GUNNAR
SCHWARZ



EL ASESINO DE ÁNGELES

THRILLER

FEUERWERKE VERLAG

El Libro

Te roba el corazón y te convierte en un ángel.

En el espacio de pocos días, dos mujeres jóvenes aparecen brutalmente asesinadas en escenarios de conciertos abandonados. Ambas víctimas han sido exhibidas de una forma macabra: suspendidas del techo con cuerdas, con enormes alas de ángel grapadas a sus espaldas destrozadas y sin sus corazones en el pecho.

Para los investigadores Emma Bajetzky y Alex Kuper, pronto queda claro que están persiguiendo a un pérfido asesino en serie que no ha hecho más que empezar su «obra» y que podría atacar de nuevo en cualquier momento...

El autor

No podría haber sido de otra manera. Nací a finales de los setenta en una familia de escritores, así que mi camino hacia la literatura estaba, en cierto modo, predestinado.

Inspirado por mis padres y mis hermanas, empecé a escribir mis primeros relatos cuando era adolescente y desarrollé un estilo literario lleno de matices. El género en el que me siento más en casa es el thriller. El deseo de crear, con mis propias palabras, una tensión palpable me impulsa a trabajar en mis historias cada día.

Cuando dejo el escritorio, es para dar largos paseos con mi perro. La tranquilidad de la vida rural del norte de Alemania me inspira y deja espacio para nuevas ideas. Me gusta la calma y la soledad. Y aunque no soy precisamente tímido ni poco agraciado, he decidido mantener mi rostro en secreto… por ahora.

El asesino de ángeles

Un thriller de Bajetzky & Kuper

Libro 4

Gunnar Schwarz

Edición original de febrero de 2025

© FeuerWerke Verlag, todos los derechos reservados

Maracuja GmbH, Laerheider Weg 13, 47669 Wachtendonk, Alemania

info @ feuerwerkeverlag . de

Diseño de portada: Chris Gilcher (Buchcoverdesign.de)

Corrección de estilo: Ulrike Rücker, Leipzig

Traducción encargada por FeuerWerke Verlag

Revisión editorial a cargo de Gunnar Schwarz

La trama y todos los personajes son totalmente ficticios. Cualquier parecido o semejanza con personas reales es pura coincidencia y no intencionado. Todos los textos e imágenes de este libro son material protegido por derechos de autor y no pueden ser utilizados por terceros sin el permiso explícito del autor, el titular de los derechos y el editor.

Índice

Antes de empezar a leer
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19

Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41

Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51

Antes de empezar a leer

Una historia cambia cuando viaja — pero su tensión permanece.

Esta nació en alemán y ahora habla español.

He hecho todo lo posible por conservar su filo, su ritmo y su pulso.

Si encuentras alguna frase que no suene del todo bien, por favor escríbeme a feedback@gunnarschwarz.de — tus comentarios marcan la diferencia.

Espero que disfrutes de la lectura.

Prólogo

BAJO el foco solitario del escenario, sumido por lo demás en la oscuridad, sus brazos se elevan en un elegante port de bras por encima de su cabeza. Cruza las muñecas y sus manos se abren con gracia como una rosa que florece. Una tristeza silenciosa se refleja en sus ojos; sus movimientos son ventanas a su alma.

Se eleva sobre las puntas de los pies, en una pointe perfecta, con su cuerpo impecable estirado hacia el firmamento, que es adonde pertenece de verdad.

Permanece inmóvil en esa postura, aunque no es una naturaleza muerta sin vida. Desde su espalda, más allá de la rosa desplegada de sus manos, unas alas blancas de ángel crecen hacia arriba.

Al ritmo de la música que suena para ella en mi cabeza, su mano izquierda se desliza suavemente sobre la derecha. Sus brazos forman un corazón a partir de la rosa y se extienden con elegancia junto con sus alas, antes de que ella inicie una serie de piruetas, girando y ganando cada vez más velocidad.

La base de sus alas se tiñe de rojo y, mientras realiza sus últimos giros, soy consciente de toda su gloria. Me siento un poco más cerca del cielo y de su amor angelical cuando unas finas gotas rojas se desprenden de las puntas de las plumas y me humedecen el rostro.

Capítulo 1

La inspectora jefa Emma Bajetzky estaba junto a su compañero Alex Kuper en la primera fila, frente al escenario al aire libre en el bosque de Teutoburgo, en Bielefeld. Llevaban puesta ropa de protección; su abrigo oscuro de invierno, que llevaba debajo, la protegía del frío matinal, pero no de aquella visión espantosa.

La joven fallecida, que estaba completamente desnuda a excepción de unas bragas, colgaba con los brazos extendidos de la vieja estructura metálica que se alzaba sobre el escenario. Donde antaño se habían montado focos para mostrar a los artistas bajo su mejor luz, ahora unas gruesas cuerdas sostenían el cuerpo sin vida a unos pocos centímetros del suelo, como si estuviera flotando. La víctima tenía la cabeza inclinada sobre el pecho y los ojos entreabiertos, como si contemplara el agujero negro del tamaño de un puño que se abría en él.

Unas pequeñas alas estaban sujetas a la columna vertebral con gruesas grapas. Del tipo que se ve en los disfraces de elfo. La piel pálida del cadáver contrastaba fuertemente con el rojo oscuro que se había extendido hasta los pies. El charco de sangre y las innumerables gotas sobre el suelo estaban congelados y, allí donde el cuerpo proyectaba su sombra, seguían cubiertos de rocío.

El haz de una linterna parpadeaba por el escenario; los colegas de la policía científica, incluido Meyer, estaban tomando primeros planos de la difunta y de los alrededores.

—¿Sabemos ya quién es? —preguntó Emma al grupo, para romper el silencio que se había formado tras el fugaz saludo inicial.

—No —respondió Meyer—. He enviado fotos de su rostro. Quizá el reconocimiento facial arroje algo de luz sobre el asunto.

—¿Quién la ha encontrado? —preguntó Emma.

—Una corredora —dijo Silvia Wulle, la joven pero experimentada colega de Meyer—. Sienna Brecht, de veintiocho años. La ha descubierto durante su carrera matutina y ha alertado a la policía.

—¿Sigue aquí? —preguntó Emma.

—Os acabáis de cruzar con ella —dijo Silvia Wulle—. Debería llegar al Klinikum-Mitte en cualquier momento para recibir apoyo psicológico. Cuando hemos llegado, estaba bastante desorientada y no daba la impresión de que pudiera encontrar el camino a casa por sí sola.

—Teniendo en cuenta lo que ha visto, no me sorprende —intervino Meyer, mientras no dejaba de hacer fotos—. Es difícil de digerir incluso para mí.

—¿Alguna idea de cuánto tiempo lleva ahí colgada? —preguntó Alex y se aclaró la garganta, como si tuviera un nudo en ella.

—A primera vista, diría que unas seis u ocho horas —dijo Meyer—, pero murió hace más bien unas cuatro o cinco.

—¿Así que estuvo viva un tiempo antes de morir? —preguntó Emma.

Meyer asintió. —Eso parece. Pero solo se podrá decir con más precisión más adelante.

—¿Cuál ha sido la causa de la muerte?

—Presumiblemente esto. —Meyer señaló el agujero en el pecho—. Eso no se causó *post mortem*.

—No me parece precisamente una muestra de precisión quirúrgica —concluyó Alex, mientras se inclinaba hacia delante, estirando el cuello y observando el agujero en el pecho—. ¿Cómo le han extraído el corazón?

—Se ven al menos bordes de corte nítidos —dijo Meyer—, pero descarto el uso de un bisturí por ahora. Podría imaginar que el autor utilizó un cuchillo de caza afilado.

Emma rompió el silencio una vez más: —Evidentemente, también le han quitado las costillas. ¿Cómo?

—¿Con un hacha, quizá? —conjeturó Alex.

—Sí, es muy posible. Aunque en realidad no faltan las costillas —intervino de nuevo Meyer y, sin que se lo pidieran, mostró la cámara a los dos investigadores para enseñarles una ampliación en la pantalla con una vista del interior del agujero. Gracias al uso del flash, las costillas se veían claramente. No habían sido extraídas, sino fracturadas hacia dentro.

—Todo está destrozado —dijo Meyer—. Si el autor hubiera utilizado herramientas de cirujano o de carnicero, no sería así. Pienso más bien en un hacha o una hachuela. Probablemente esto último. De lo contrario, la extensión de la herida sería mayor.

—¿Por qué? —preguntó Alex.

—Física elemental. Masa multiplicada por aceleración. Un hacha es significativamente más pesada que una hachuela y, por tanto, alcanza una energía cinética mayor con el impulso necesario, lo que conlleva un efecto más devastador en el impacto.

Por un momento, Emma pareció quedarse en estado de shock, como si tuviera que asimilar las palabras antes de poder decir nada en respuesta. El solo pensamiento de que la víctima hubiera experimentado todo aquello... —¿Y estaba definitivamente viva cuando la colgó? —preguntó, aunque ya conocía la respuesta.

—Eso parece, sin duda —dijo Meyer—. Las rozaduras en las muñecas demuestran claramente que debió de forcejear. En la espalda se puede ver que el autor hizo varios intentos para colocar las alas más o menos rectas. Mira, estas pequeñas heridas entre los hombros son donde se arrancaron de nuevo las grapas. Pero aún no las hemos encontrado.

—¿Pero no se habrá enterado de mucho? —preguntó Emma, que solo se sentía más inquieta con la pregunta.

—Estoy bastante seguro de que no pudo estar consciente mucho tiempo durante semejante tortura. La postura se asemeja a una crucifixión. Eso por sí solo ya provoca falta de oxígeno. Debido al propio peso del cuerpo combinado con la gravedad, se vio arrastrada hacia abajo, la presión en el pecho aumentó, dificultándole la respiración. Debido al dolor adicional y al pánico, se habrá desmayado bastante pronto.

Meyer subió al escenario. Al hacerlo, tuvo cuidado de no pisar el charco de sangre mientras se acercaba. Lanzó una mirada incierta por encima del hombro cuando notó que el brazo derecho de la víctima estaba directamente sobre él.

—Su cuello no muestra lesiones —dijo tras una inspección más cercana—. Sin marcas de estrangulamiento ni nada similar. El cráneo también parece intacto a primera vista. —Examinó el rostro con atención, agachándose ligeramente para inspeccionarlo de cerca—. Hm —continuó, tomó algunas fotos y las miró en la cámara—. Aquí.

Se dirigió al borde del escenario, se puso en cuclillas y mostró a Emma y Alex otro primer plano, que mostraba la zona del cuello y la barbilla—. No se ven más que finas salpicaduras de sangre. En la cara —se volvió hacia la mujer y la señaló—, apenas se ve rastro de ella desde aquí.

—¿Y eso qué significa? —insistió Alex.

—Que definitivamente fue colgada primero y luego asesinada con una hachuela o algo comparable. No hay otras heridas en el cuerpo que puedan considerarse la causa de la muerte, al menos no a primera vista. Si el perpetrador le hubiera abierto el pecho por la fuerza mientras estaba tumbada, le habría saltado mucha más sangre a la cara. Por lo tanto, ya debía de estar colgando allí. Esto también lo corroboran los rastros de sangre en el suelo.

Meyer se levantó y retrocedió para dejar de nuevo a la vista el cadáver. Luego señaló el suelo y toda la sangre, que mostraba dos zonas claras a un buen medio metro de la víctima, a la altura del pecho izquierdo. —Ahí es donde debió de estar de pie y golpear. De

lo contrario, estas dos marcas no serían tan nítidas. Además, en los bordes se ven perfiles de calzado emborronados.

—No solo en el escenario —confirmó su colega Silvia Wulle, y cuando Emma se volvió hacia ella, vio que ya había varios marcadores de plástico con números distribuidos por el desmoronado suelo de hormigón. A través de las grietas, la hierba y la maleza habían reclamado el terreno—. Talla cuarenta y tres de calzado; según el perfil yo diría que o bien botas de trabajo o algo de moda como unas Doc Martens, aunque más probablemente una imitación; la original tiene un perfil bastante único.

Emma oyó a Meyer saltar del escenario y volvió a girarse hacia él. Miró brevemente a Alex a los ojos, quien aparentemente también dirigía la mirada hacia la víctima solo con reticencia.

—¿Algo más? —preguntó Emma.

—No por ahora —dijo Meyer y continuó con su serie de fotos.

Emma se volvió hacia Alex, que se quedó mirando a la mujer muerta un momento más. —Si todavía estaba viva esta noche, o más bien ayer por la noche, es posible que nadie la eche de menos todavía —dijo Emma.

—Quizá eso no ocurra hasta dentro de un par de horas —conjeturó Alex.

—Eso le dejaría al autor tiempo suficiente para desaparecer.

—¿Crees que hará eso? ¿Simplemente desaparecer y dejarlo en este único asesinato?

—La puesta en escena es bastante... No sé cómo expresarlo.

—¿Distintiva? Parece un modus operandi.

Alex probablemente intentaba evitar el término «asesino en serie», que también rondaba por la mente de Emma.

—Bastante... Así que la mató con un hacha o una hachuela —pensó Emma en voz alta.

Alex no dijo nada, mirando fijamente a la mujer muerta de nuevo en silencio.

—Entonces no habrá salido limpio —continuó Emma, intentando apartar la imagen de un asesino enloquecido con la sangre corriéndole por la cara.

—¿Qué debió de hacerle ella para que el autor creyera que este era el castigo justo? —preguntó Alex.

—En cuanto sepamos quién es ella, quizá podamos responder a eso.

—O al menos nos proporcionará una pista para nuestra investigación. Desde luego, no podremos entrevistar a la corredora tan pronto.

—¿Te basta por ahora con el resultado del reconocimiento facial? —preguntó Meyer y le tendió su iPad, en el que acababa de aparecer el nombre e incluso un número de teléfono de la mujer muerta.

—¿Se ha rastreado ya su móvil? —preguntó Emma.

—No. Supuestamente está apagado. Solo han podido determinar el lugar donde se conectó por última vez a una antena.

Capítulo 2

La mujer muerta era Elsa Vogel, una estudiante de veintitrés años que se había mudado de Paderborn a Bielefeld hacía tres años.

El leve crujido de los viejos tablones del suelo recibió a Alex mientras seguía a Emma al interior del piso de la víctima.

—Si me necesitan, me encontrarán abajo —dijo Michael Klaas, el dueño del edificio, cuya apariencia rezumaba riqueza.

—Gracias —dijo Alex, y Michael Klaas se despidió con los labios apretados y un escueto asentimiento.

—¿Cuándo llegarán los padres al laboratorio de patología? —preguntó Alex, cerrando la puerta tras Emma.

—Deberían estar llegando en cualquier momento. No es un viaje largo desde Paderborn.

—¿Así que aún no saben nada sobre la causa de la muerte de su hija?

—No. —Emma volvió a guardar su móvil en el bolsillo trasero.

El sol de la mañana entraba por los grandes ventanales, proyectando una luz suave sobre los cuidados muebles de madera y el reluciente parqué. Incluso en el estrecho pasillo, el piso irradiaba una especie de elegancia serena, que ya se veía empañada por los rastros de un forcejeo en la transición abierta hacia la zona principal. Una silla antigua volcada bloqueaba el paso, obligando a Alex a sortearla. —Un momento —dijo, inclinándose ligeramente—. Hay una copa de vino rota.

—Entonces será mejor que nos pongamos los trajes de protección e informemos a Krüger de la nueva situación.

***

Mientras se embutían en los trajes blancos de cuerpo entero en el rellano frente al piso, Emma tenía en línea a su superior, el inspector jefe Krüger.

—Un momento, le pongo en manos libres. —Dejó el teléfono en los escalones, a su lado, y siguió vistiéndose.

—¿Está segura de que es la escena de un crimen?

—Al menos no en lo que respecta a nuestra víctima. Fue asesinada en el escenario donde se la encontró. Pero esto es claramente una escena secundaria —dijo Alex con brusquedad.

—Me temo que no puedo enviarles a nadie. Al menos no en las próximas dos o tres horas. Los compañeros siguen ocupados con la escena del bosque, aunque el cuerpo ya ha llegado a lo de Gräfe.

—¿Han llegado ya los padres? —preguntó Emma.

Krüger respiró hondo. —Todavía están con el equipo de apoyo psicológico. Pasará un tiempo hasta que Gräfe haya preparado el cuerpo de modo que sus padres puedan verlo sin que sea una experiencia traumática.

—Entonces empezaremos a echar un vistazo al piso por nuestra cuenta —dijo Emma—. Quizá encontremos algo que nos lleve hasta el autor.

—No me hace gracia que lo hagan solos, pero no parece que tengamos mucha elección. Hablaré con el fiscal Aufderheide para autorizarlo. Pero tengan cuidado. Ya saben lo que se les permite hacer y lo que no.

***

El apartamento, aunque no era especialmente grande, estaba amueblado con gusto, con indicios de un estilo de vida que parecía costoso, aunque sin una extravagancia excesiva. Encajaba con la imagen de una mujer joven centrada en su carrera pero capaz de prescindir de lujos materiales.

En la zona de la entrada, había unas zapatillas de ballet pulcramente alineadas; captaron la atención de Alex de inmediato. Diez pares, todos con distintos grados de desgaste, con las punteras muy rozadas en algunos casos. En la pared de arriba colgaba un gran póster de una escena de *El lago de los cisnes*.

—Obviamente tenía mucho talento —murmuró Emma mientras entraban en la sala de estar, donde numerosos trofeos y galardones adornaban el pequeño aparador—. Quizá era alguien que lo daba todo por llegar a la cima.

Alex asintió brevemente mientras su mirada escaneaba la habitación. Sus ojos se detuvieron en un pequeño marco de fotos roto en el suelo, medio oculto por una delicada mesa auxiliar antigua que yacía volcada junto al cómodo sofá. Se agachó para mirar más de cerca. Mostraba a Elsa Vogel, riendo, en un estudio de ballet, rodeada de otros bailarines aparentemente exhaustos tras un ensayo.

Mientras Alex estudiaba la foto, vio por el rabillo del ojo a Emma agachándose para inspeccionar más de cerca una lámpara de pie volcada. Sacó un pañuelo de tela de debajo de ella y lo olisqueó con precaución.

—Posiblemente cloroformo. Ya casi se ha evaporado.

Mientras Emma guardaba la prueba en una bolsa de plástico, Alex miró hacia las ventanas, que estaban todas cerradas. Luego miró la puerta de entrada, claramente visible desde su posición. —No hay señales de entrada forzada. Debía de conocer al agresor.

—¿Su novio, tal vez? —especuló Emma.

—¿O un ex? Quizá ella rompió con él y él perdió los estribos —sugirió Alex.

—Pero también podría ser que fuese *ella* a la que habían dejado.

—Sí, supongo.

La mesa de centro llamó la atención de Alex. Sobre ella había esparcidas varias fotos de gran formato. Claramente hechas por un

profesional. Mostraban a Elsa Vogel en diversas poses sobre un fondo negro, con un típico vestido de ballet que dejaba al descubierto gran parte de su espalda desnuda. Las luces y las sombras jugaban sobre el cuerpo de la joven, de aspecto grácil y elegante. Otras fotos promocionales mostraban a Elsa Vogel sola con diferentes trajes, a veces sobre el escenario, a veces en retratos compuestos artísticamente en entornos de alto contraste. Todo indicaba que había estado a punto de lograr su gran éxito y que esas fotos estaban destinadas a fines promocionales. Una se había deslizado bajo el sofá y solo asomaba una esquina. Alex se puso de rodillas y sacó su Maglite para verla mejor. Mostraba a Elsa Vogel de puntillas, con las manos alzadas sobre la cabeza como si formara una flor. A diferencia de las otras fotos, esta estaba claramente dañada y, mientras Alex movía la luz de un lado a otro, se dio cuenta de que alguien la había pisoteado.

—Quizá encontremos en esto el mismo dibujo de suela que en la escena del crimen —le dijo a Emma, que miraba con cautela la zona abierta del dormitorio de enfrente.

Alex se apoyó con cuidado sobre los codos y alumbró con su Maglite bajo el sofá, donde descubrió pelusas de polvo y un calcetín negro del revés. No podía saber si pertenecía a un pie grande o pequeño, pero no quería tocarlo, y mucho menos estirarlo, para no emborronar o destruir por completo cualquier prueba potencial. Estaba a punto de incorporarse de nuevo cuando notó un smartphone detrás de una de las patas del sofá.

—Aquí hay un móvil —dijo—. Eso explica la última conexión con el repetidor cercano. —Lo alcanzó y lo sacó.

—¿Sigue encendido?

—No. —La pantalla estaba completamente destrozada—. Parece que alguien lo ha pisado.

—Entonces ya no se puede rastrear, obviamente.

Lo inspeccionó por todos los lados. Las marcas de presión de la pantalla eran visibles incluso en la parte trasera. —Me temo que no

sacaremos mucho más de esto —decidió, pero lo embolsó de todos modos.

—Quizá esto nos ayude más —dijo Emma mientras Alex se levantaba y se sacudía del brazo el polvo que había arrastrado de debajo del sofá.

Tuvo que rodear el tabique para ver qué estaba mirando Emma al otro lado. Había varias docenas de fotos prendidas en la pared formando un collage. No parecía estar terminado. Algunas de las fotos más antiguas ya estaban un poco descoloridas. Era un inconveniente de la impresión digital: el sol tenía paso libre hacia las imágenes a través de los grandes ventanales. Alex veía eso a menudo con los folletos que él y su mejor amigo Torben hacían en imprentas baratas de internet para sus conciertos. No se podían dejar esas cosas al sol ni un solo día, o inmediatamente parecían impresas hacía diez años.

Mientras Emma asimilaba la vista general, Alex tomó unas cuantas fotos del collage con su smartphone.

Muchas de las fotos mostraban a Elsa Vogel, algunas todavía de niña, y siempre en relación con sus actuaciones y las correspondientes entregas de premios. Sostenía sus trofeos hacia la cámara, pero nunca parecía especialmente feliz.

—Quizá era de esas personas que nunca están satisfechas consigo mismas —especuló Emma.

—O su expresión es simplemente el precio del éxito —dijo Alex, ya que aquello le resultaba familiar. Él se movía por la ambición de la misma manera, queriendo siempre que el próximo caso y la próxima actuación en directo fueran un poco mejores.

En las fotos más recientes, se solía ver también a una mujer joven. Posaba con la víctima en un estudio de danza o se la veía con ella en alguna fiesta. Las dos se reían a la cámara, con aspecto alegre y cercano; presumiblemente eran amigas. Despreocupadas, jóvenes y sin un solo problema en el mundo; al menos, así se veía Elsa Vogel

todavía aquí. Y esa amiga parecía tan obsesionada con el ballet como lo estaba Elsa Vogel.

—¿Podría haber habido envidia o rivalidad? —preguntó Alex en voz alta—. Desde luego, no es algo inusual en ese entorno.

—Podría ser —admitió Emma—. ¿Pero matarías a alguien de forma tan bestial por eso? Además, la otra mujer no parece tener fuerza para ello. Es tan grácil como Elsa Vogel, quizá incluso más.

—¿Y si alguien la ayudó?

—Quizá los vecinos notaron algo por casualidad.

—Nunca hemos tenido tanta suerte.

***

—No le dimos más importancia —confesó Gisela Berkemeier, que se refería constantemente a sí misma en plural, lo que al principio le pareció extraño a Alex. Cuando les reveló al entrar en su opulento piso, situado bajo el de Elsa Vogel, que disfrutaba de su pensión de viudedad allí con su perrito faldero, casi sintió lástima por ella. Debía de estar muy sola si le concedía al perro un estatus igual al suyo, y lo hacía incluso delante de extraños.

En el acogedor salón, que lucía adornos dorados por todas partes, se había sentado junto a su perro Timmy, que yacía sobre un grueso cojín de seda que apenas cedía bajo su peso. Emma y Alex se habían sentado frente a ella y la interrogaron sobre Elsa Vogel y si algo le había parecido extraño la noche anterior.

—Simplemente ensaya muy a menudo, incluso de noche —dijo ella, aunque no parecía molesta por ello—. Realmente hizo mucho por su sueño, y siempre me recordaba a mí misma. —Su mirada se perdió soñadora, y luego se tornó triste—. ¿Y ahora está muerta? ¿Asesinada? ¿Y justo encima de mi cabeza?

—El acto no tuvo lugar en su piso —dijo Emma.

Gisela Berkemeier dio un respingo, lo que provocó que el pequeño Timmy levantara la cabeza y se la quedara mirando. —¿Simplemente... la dejaron tirada en algún sitio entonces?

—¿Qué oyó exactamente anoche? —preguntó Emma.

—Un golpe seco, y luego algo rompiéndose. —Cogió a su perro y lo apretó contra su pecho. Era tan pequeño que podía descansar sin esfuerzo en su brazo izquierdo. Con la mano derecha le acariciaba el lomo, algo que Timmy disfrutaba claramente—. Pensé que habría ocurrido durante uno de sus ejercicios. No sería la primera vez. ¿Debería haber reaccionado? Oh, Dios... —Asustada, los miró a los dos.

—No es culpa suya —tranquilizó Emma—. Si esos ruidos no son una rareza, no podía saber que debería haber intervenido.

—Si usted lo dice —respondió la mujer con inseguridad. Las lágrimas asomaron a sus ojos mientras miraba fijamente un pequeño cenicero sobre la mesa que estaba lleno de caramelos de menta.

—¿Le ha parecido alguien sospechoso alguna vez? ¿O ha oído quizá alguna discusión?

—¿Una discusión? —Lentamente levantó la mirada hacia Emma—. Sí... ¡Sí! Tenía ese novio... una vez mencionó su nombre. ¿Sascha? No... ¿Cómo era? —preguntó, volviéndose hacia su perro—. ¡Silas! Eso es. Silas.

—¿Sabe por casualidad su apellido, o puede darnos una descripción de él?

—No, lo siento. Solo le conozco por sus historias, y una vez les oí discutir a los dos.

—¿Hace cuánto tiempo fue eso?

—Unos meses, creo. Ella le dejó. Le acusó de frenarla, de ser un perdedor... así fue como lo dijo. Luego se bajó el volumen, ya no pude entender de qué se trataba. Su nombre salía a menudo, así que estoy bastante segura de que era con él con quien discutía.

—¿Habló con ella después de aquello?

—Sí, pero no sobre eso. No quería que pensara que andaba escuchando a escondidas a mis vecinos.

—¿Tuvo la sensación de que la ruptura le afectó negativamente?

—No estaba contenta por ello, pero aun así me pareció más animada. Como si se hubiera quitado un gran peso de encima.

Capítulo 3

En la pequeña sala común junto al depósito de cadáveres, Elisabeth y Bernhard Vogel estaban sentados a la mesa. Él sostenía las manos de su esposa entre las suyas. Emma se sentó frente a ellos, mientras que Alex se quedó junto a la puerta.

Isabell vom Hofe, la nueva incorporación del servicio de apoyo psicológico interno, estaba apoyada en la cafetera y observaba a los padres. Tenía la misma edad que Emma y acababa de sustituir a una compañera que se había ido de baja por maternidad. Hasta ese momento, Emma solo la conocía de alguna charla ocasional en la sala de descanso, que siempre le había resultado agradable. Al parecer, compartían el mismo ritmo en cuanto a su necesidad de café. Si tenían algo más en común, Emma aún no podía decirlo.

—¿Hay alguien que pudiera haberle hecho esto a su hija? —preguntó Emma.

—No lo sé —susurró Elisabeth Vogel.

—Su ex, tal vez —añadió Bernhard Vogel, aunque no parecía estar muy seguro—. Silas Stein. Elsa lo dejó hace unos meses.

Alex anotó el nombre en su cuaderno, debajo de las notas que había garabateado tras interrogar al vecino.

—Él nunca entendió por qué la carrera de Elsa era tan importante para ella —añadió el padre.

—En los últimos meses, le ha ido todo muy bien —dijo entonces Elisabeth Vogel—. Con el baile, me refiero. Quería centrarse totalmente en su futuro, realizar su sueño. Silas no lo entendía, aunque debería haberlo hecho.

—¿Por qué? —preguntó Alex.

—Él es músico y lleva toda la vida intentando encauzar su carrera. No lo sé, quizá le guardaba rencor a nuestra hija porque ella lo había

logrado... o estaba a punto de lograrlo. A diferencia de él.

—La envidia y la rabia por el propio fracaso pueden ser motivos para un comportamiento tan resentido —intervino Isabell vom Hofe. Era inusual que alguien del apoyo psicológico hiciera algo así. Por lo general, solo hablaban si era en beneficio de los interrogados. Sin embargo, Emma dejó pasar la declaración y no la reprendería después. Era, después de todo, un buen argumento. —¿Dijo Silas alguna vez algo en ese sentido? —preguntó Emma, retomando el comentario de Isabell.

—No que sepamos. Siempre fue muy amable, servicial, nunca rechazó un favor —recordó Elisabeth Vogel.

—Al fin y al cabo, tampoco tenía otra cosa que hacer —añadió el padre de Elsa.

—Para llegar a ser un buen músico, hay que pasar muchas horas en la sala de ensayo —dijo Alex, defendiendo al todavía desconocido joven—. En cuanto al tiempo necesario, seguro que no es diferente de los atletas o bailarines profesionales.

—Entonces él nunca será un profesional —dijo Bernhard Vogel, y luego levantó la vista de las manos de su esposa hacia Alex—. ¿Ha matado él a nuestra niña?

—Aún no lo sabemos —dijo Alex.

—¿Tienen algún motivo específico para suponerlo? —preguntó Emma.

La mirada de Bernhard Vogel volvió a las manos de su esposa. Ambos permanecieron en silencio, y tras un breve momento de quietud absoluta, rota solo por el zumbido de los fluorescentes sobre ellos, Emma formuló la siguiente pregunta: —¿Hay alguien que haya amenazado a su hija?

—Era muy popular —dijo Elisabeth Vogel—. Si hubiera alguien así, Elsa nunca nos dijo nada al respecto. —Miró a su marido, quien se limitó a negar con la cabeza para confirmarlo.

—¿Qué era exactamente ese sueño que su hija quería realizar? —preguntó Emma.

—Consiguió el papel principal en una representación de ballet. —Los ojos de Elisabeth Vogel volvieron a dirigirse al suelo—. Y no era una representación cualquiera. Habrá invitados prominentes entre el público. Podría haber sido su gran oportunidad.

—La competencia debió de ser feroz —dijo Emma.

—Hubo docenas de aspirantes. —Elisabeth Vogel pareció evocar un recuerdo con orgullo; una sonrisa soñadora cruzó fugazmente su rostro—. Ella les ganó a todos.

—Cuando quería algo de verdad —intervino de nuevo Bernhard Vogel—, se entregaba por completo. Por eso nunca he entendido por qué se lió con un perdedor como Silas.

—Los polos opuestos se atraen —dijo Alex.

—Quizá sea así —dijo la madre de la víctima, y añadió—: Ella siempre fue la más ambiciosa de los dos.

—¿Se refiere a Silas? —preguntó Emma.

—No, a su hermano gemelo —explicó la mujer—. Robert. Él también vive en Paderborn.

—¿Le han informado ya? —preguntó Alex.

—Lo intentamos de camino hacia aquí —dijo Elisabeth Vogel—. Nunca contesta al teléfono. Tenemos suerte si nos devuelve la llamada al día siguiente.

—¿Tienen alguna idea de dónde podríamos encontrarlo? —preguntó Emma.

—Tal vez en el *Phönix Dom* —respondió Elisabeth Vogel.

—¿En la discoteca? —preguntó Alex, sorprendido.

—El propietario es su mejor amigo, y Robert suele trabajar desde casa y va allí a menudo para hacerlo. Dice que allí puede concentrarse mejor. Por la razón que sea. No está especialmente interesado en la música. No como nuestra Elsa. Nuestro angelito. —

Una lágrima recorrió su mejilla, con los labios temblorosos. El rostro de su marido también se contorsionó de dolor. Entonces el dique se rompió y el dolor los invadió a ambos por igual.

Capítulo 4

MIENTRAS los compañeros de la científica seguían ocupados recogiendo pruebas en el piso de Elsa Vogel, Emma y Alex entraron en la zona de baile del *Phönix Dom* en Paderborn. En el escenario, ante la mesa destinada habitualmente a los pinchadiscos que actuaban allí con regularidad, estaba sentado el hermano de Elsa Vogel, Robert. Se encontraba en un taburete de bar, encorvado y absorto en su ordenador portátil.

—¿Robert Vogel? —preguntó Emma, mientras se acercaban a él desde la pista central.

Los labios carnosos y los pómulos marcados, aunque más acentuados, revelaban un parecido asombroso con la víctima. Tenía una pequeña cicatriz en la ceja izquierda donde ya no crecía el pelo. Solo después de que Emma repitiera la pregunta, Robert levantó la vista de la pantalla para mirar a ambos.

—Estoy trabajando —dijo simplemente, y volvió a dedicarse a la pantalla.

—Nosotros también —dijo Alex, subiéndose al escenario con agilidad. Aunque Emma no era torpe ni estaba en baja forma, prefirió usar los estrechos escalones del lado izquierdo.

Robert Vogel se puso de pie, y solo entonces Emma notó su complexión atlética. Llevaba una sudadera con capucha gris oscuro y unos vaqueros sencillos. Llevaba el pelo largo recogido en una coleta. Todo en él parecía discreto.

—¿En qué está trabajando? —preguntó Alex, echando un vistazo a la pantalla.

Antes de que Emma pudiera ver lo que había en ella, él ya la había cerrado de golpe. No del todo, seguramente para que no entrara en modo de suspensión antes de poder guardar lo que fuera que estuviera haciendo.

—Un proyecto —explicó él brevemente, mirando a Alex con enfado —. ¿Y quiénes son ustedes, de todos modos?

Alex sostuvo su placa a la altura de los ojos. —Kuper, de la policía criminal de Bielefeld. Esta es mi colega, la inspectora Bajetzky.

Tras la presentación, resultó evidente que el hombre se sentía incómodo al verse flanqueado por la policía. —¿Y qué quieren de mí?

Alex lo miró con sombría gravedad. —Me temo que no tenemos buenas noticias para usted. Su hermana fue asesinada anoche.

Robert abrió mucho los ojos y, por un instante, Emma pudo ver el dolor en ellos antes de que él volviera a bajar la mirada. Tragó saliva con dificultad y suspiró. —Eso es... Eso no puede ser —balbuceó, negando lentamente con la cabeza—. Deben de estar equivocados.

Emma dio un paso más, con tono suave pero firme. —Sentimos mucho que tenga que enterarse de esta manera, pero estamos bastante seguros. Y estamos aquí porque necesitamos su ayuda para averiguar quién ha hecho esto.

Robert se pasó una mano temblorosa por el pelo y su mirada volvió a caer en el portátil que tenía delante. Volvió a abrir la pantalla y se quedó mirando el monitor como si su trabajo pudiera protegerle de la realidad.

—No sé qué ayuda podría darles yo con eso. —Se quedó mirando incesantemente el colorido código que parpadeaba sobre el fondo negro de su pantalla.

—¿Había alguien que quisiera hacerle daño a su hermana? —preguntó Emma—. ¿Tenía enemigos?

Robert no dijo nada. Se limitó a mirar obstinadamente la pantalla.

—¿Cómo era la relación con su hermana? —Alex probó un enfoque diferente. Pero aquello tampoco parecía llevarles a ninguna parte. Emma intercambió una mirada con él que dejaba claro que, por el momento, era posible que no sacaran absolutamente nada de él.

—¿Señor Vogel? —preguntó Emma, inclinándose ligeramente hacia delante con la esperanza de cruzar su mirada. Pero él simplemente

se quedó allí sentado, sin dejar de mirar el código de colores.

Emma estaba a punto de sugerirle que se pusiera en contacto con el servicio de atención a las víctimas cuando, de repente, él cerró el portátil de un portazo y se lo metió debajo del brazo. —Tengo que volver al trabajo. —A toda prisa, casi como si huyera, Robert Vogel empezó a recoger sus cosas y a guardarlas en la mochila.

—Sabemos que esto es duro para usted —dijo Alex—. Pero necesitaremos que responda a algunas preguntas, por favor.

—Pregunten a mis padres —le espetó con amargura, sorprendiendo tanto a Emma con su repentino estallido emocional que ella retrocedió instintivamente un paso—. Seguro que ellos pueden contarles todo lo que quieran saber.

Sin dedicarles otra mirada a los dos investigadores, cogió sus cosas y abandonó el escenario.

***

—Tendremos que volver a hablar con él —dijo Alex mientras cruzaban el aparcamiento vacío frente al *Phönix Dom* en dirección al coche de Emma.

—Pero hoy no —replicó Emma, mirando con aire interrogante a Alex, que sostenía el teléfono pegado a la oreja—. ¿A quién estás llamando? —quiso saber ella, abriendo su coche y poniéndose al volante.

—Al ex de Elsa. Silas Stein —respondió él, pero saltó directamente el contestador. Alex colgó y se abrochó el cinturón de seguridad—. Si todos son tan difíciles de localizar, nos esperan unos días muy largos.

—Lo de siempre, entonces —dijo Emma en tono de broma, arrancando el coche—. Ya tenemos la dirección. Vayamos para allá.

—¿Y si no está?

—Entonces le buscaremos y le encontraremos. —Emma se incorporó al tráfico y se dirigió a la autopista en dirección a Bielefeld.

—Ojalá no sea tan parco como el hermano de la víctima.

—Hay que darle un poco de tiempo. Se acaba de enterar de la muerte de su hermana.

—¿No te parece extraño que no haya querido saber nada de cómo ha pasado? —preguntó Alex.

—El hecho de que no preguntara por las circunstancias no le convierte en sospechoso.

—No solo eso, por supuesto —dijo Alex—. Ese comentario sobre sus padres me hace sospechar un poco. Parecía que no tenía buena relación con su hermana. ¿Por qué si no sabrían ellos más de ella que su hermano gemelo? Se supone que los gemelos suelen estar muy unidos.

—Su madre dijo que recibieron la información sobre el *Phönix Dom* a través de su hermana. Desde ese punto de vista, parece que hablaban entre ellos más de lo que parecía. Probablemente solo quería escapar de la situación.

—Quizá —admitió Alex, silenciando su móvil personal, que no dejaba de sonar con mensajes entrantes.

—¿Te está mandando más fotos tu hermana?

—Imagino que sí —dijo él con una leve sonrisa—. El fin de semana estuve en un centro de juegos cubierto en Herford con los dos pequeños. Me liaron para todo, y mi hermana básicamente grabó como para llenar un álbum entero de fotos.

—Por cierto, ¿cómo está ella?

—Va tirando.

—¿Y tú?

—Yo también.

La forma en que lo dijo no convenció precisamente a Emma. Después de todo, apenas habían pasado unos meses desde que la

hermana de Alex estuvo a punto de ser víctima de un asesino en serie. Durante semanas, Emma había tenido la sensación de que su compañero se culpaba por ello. Y eso fue exactamente lo que le dijo ahora.

—A veces sé que nada de esto es culpa mía —dijo él.

—¿Incluyendo ahora?

—No.

—Pues deberías. ¡Lo digo en serio! Si alguien sabe lo que es eso, soy yo. A mí también me llevó tiempo procesarlo.

—Lo tuyo fue algo totalmente distinto. Tú realmente no tienes la culpa. No podías saber que un asesino en serie te estaba tendiendo una trampa.

—Exacto —dijo ella, alargando la palabra para dar énfasis. A través del reflejo en la ventanilla, pudo ver a Alex sonriendo y negando con la cabeza. Finalmente, él logró articular: —Gracias.

—No hay de qué —dijo ella, aliviada por haberle quitado parte de la carga de encima por el momento.

Capítulo 5

Después de que Silas Stein no hubiera aparecido por ninguna parte la noche anterior, Emma y Alex habían pedido a sus compañeros de piso que se pusieran en contacto en cuanto volviera a presentarse. Así lo habían hecho, y Emma y Alex entraban ahora en el viejo edificio de viviendas a primera hora de la mañana. Una escalera empinada los llevó directamente al último piso, donde Silas Stein vivía en un piso compartido con otras dos personas. El olor en el hueco de la escalera le recordó a Alex una mezcla indefinible de humo de tabaco rancio y madera húmeda. Como un viejo pub irlandés. La música se filtraba a través de una de las delgadas puertas. Más concretamente, no era más que un bajo constante que hacía temblar ligeramente las paredes.

—Me sorprende bastante que nadie haya llamado ya a nuestros compañeros con ese ruido —dijo Alex.

—No todo el mundo es tan cuadriculado como tú —replicó Emma en tono de broma.

Alex soltó una risa corta. —Sí, está claro.

Ante la puerta del piso, Emma pulsó el timbre, que no emitió ningún sonido.

—¿Estará estropeado? —especuló Emma.

—Puede ser —dijo él, aporreando la puerta con el número 12 descascarillado, ya que un golpe suave seguramente se habría perdido. Tras un momento que pareció una eternidad, abrió la puerta un joven con vaqueros rotos y una camiseta descolorida de Bob Marley. Llevaba el pelo recogido en un moño desaliñado y tenía ojeras marcadas bajo los ojos.

—¿Sí? —preguntó irritado.

—Venimos a hablar con Silas Stein —dijo Emma, mostrando su placa para legitimar su presencia—. ¿Ha sido usted quien nos ha

llamado?

—Sí. —Retrocedió y les hizo un gesto desganado para que pasaran —. Silas está en su habitación. Seguidme. —Mientras se giraba y caminaba por el pasillo, murmuró por lo bajo—: Si es que a eso se le puede seguir llamando habitación.

Cables de diversos grosores recorrían el lugar en vez de rodapiés, algo bastante común en un piso compartido de músicos. Las botellas vacías y las prendas de ropa desperdigadas también contribuían a ese ambiente auténtico. Los carteles de conciertos de rock y películas antiguas cubrían las paredes, donde la pintura de un tono blanco amarillento se desconchaba por partes, mientras varios instrumentos musicales, principalmente guitarras, estaban de pie o tumbados en cada espacio disponible.

—Lleva la mayor parte del tiempo encerrado ahí desde hace unas semanas, haciendo música, o como sea que queráis llamarlo — continuó el compañero de Silas sin mirar atrás—. Soy Max, por cierto. Max Brecht. —Hizo un gesto que se situaba en algún punto entre la indiferencia y la cortesía obligada.

Guió a los agentes hasta una puerta al final del pasillo. Cuanto más se acercaban, más aumentaba el volumen de los bajos.

—Yo me vuelvo a la cama —dijo Max secamente, antes de darse la vuelta y desaparecer en la cocina, desde donde se oyó el tintineo de la vajilla y el sonido de una nevera al abrirse. Al parecer, a medio camino se lo había pensado mejor respecto a lo de volver a la cama. Alex no pudo evitar sonreír. Todo el lugar le recordaba mucho a la época en que vivía en un piso compartido con su amigo Torben. Él siempre había sido igual de caótico y, básicamente, no servía para nada antes del mediodía.

La habitación de Silas Stein le pareció a Alex un museo caótico de ambiciones musicales frustradas. Había cuerdas desgastadas y rotas por todas partes. Las tres guitarras eléctricas y los dos bajos eléctricos también habían tenido tiempos mejores. De las paredes colgaban pósteres de leyendas del rock que habían conquistado el

mundo hacía muchos años. Alex sintió un extraño eco de su propio pasado musical al observar una reproducción de un póster de la gira «Anarchy in the UK» de los Sex Pistols de 1977.

Silas Stein estaba sentado en el borde de la cama. Un bajo eléctrico descansaba sobre su muslo, conectado a uno de los amplificadores y zumbando suavemente. No pareció percatarse de los visitantes hasta que Alex llamó suavemente a la puerta.

—¿Silas Stein? —preguntó él, pasando con cuidado por encima de un cable, uno de los muchos que recorrían descuidadamente el suelo hasta terminar en cualquier parte.

El joven los miró a los dos, pero no pronunció palabra. Rodeado de montones de partituras sin clasificar y botellas de cerveza vacías, parecía distraído, con los ojos cansados y ligeramente inyectados en sangre. A pesar de su evidente agotamiento, algo brilló en su mirada al observar a los investigadores. La reciente ruptura con su novia probablemente le estaba inspirando para escribir nuevas canciones, para las cuales estaba componiendo una línea de bajo en ese momento.

—Nos gustaría hacerle unas preguntas sobre su exnovia, Elsa Vogel —comenzó Emma, mientras Alex seguía mirando a su alrededor. La guitarra eléctrica roja junto al sofá parecía al mismo tiempo un objeto precioso y carente de valor. Un modelo barato, con la pintura desconchada y la cuerda superior rota. ¿Quizá un triste símbolo del final de una relación sentimental? Porque para romper una cuerda tan robusta, había que aporrearla de verdad, como Alex sabía por experiencia propia.

Silas asintió lentamente, con las manos jugueteando nerviosas con la púa que sostenía en la derecha. —¿Qué pasa con ella? —preguntó, con la voz quebrada como si no hubiera hablado en un buen rato.

Alex lo observó de cerca. Conocía a esos tipos que acababan viviendo solo para su música, como si no existiera nada más en el mundo; había conocido a muchos... y los había visto caer.

Emma se sentó frente a Silas Stein en el borde del sillón orejero gastado y lo miró fijamente a los ojos. —Ha sido asesinada.

—¿Qué? —La púa se le cayó de la mano y miró frenéticamente de Emma a Alex.

—Sabemos que esto es difícil para usted... —empezó Emma con la mayor empatía posible, pero Silas la interrumpió. —¿La han asesinado? —La incredulidad y la confusión se reflejaban en su rostro—. ¿Por qué? —fue lo único que pudo articular antes de que las lágrimas le ahogaran la voz.

—Eso es lo que estamos intentando averiguar —dijo Emma.

—¿Quién ha sido? —preguntó él finalmente, y Alex no pudo evitar notar la ira que bullía en su interior.

—¿Dónde estaba usted la noche antes de ayer? —insistió Alex.

—¿Creen que yo la maté?

—Es una pregunta que tenemos que hacer. Por favor, no se lo tome como algo personal —dijo Emma.

—Claro que no. ¿Cómo podría? —soltó con sarcasmo, luego sacudió la cabeza, se frotó los ojos y finalmente dijo—: Estuve aquí.

—¿Puede alguien testificar eso?

—No lo sé.

—Ya no estaban juntos, ¿verdad? —preguntó Alex.

—No.

—¿Desde hace cuánto?

—Seis semanas.

—¿Quién lo dejó? —presionó Alex, aunque conocía la respuesta. Pero quería ver su reacción.

—Ella —admitió Silas de forma casi inaudible. No parecía haber ira, al menos a primera vista.

—¿Cómo era su relación antes de la ruptura? —preguntó Alex.

Silas Stein se encogió de hombros. —A veces era complicada.

—¿En qué sentido? —preguntó Emma.

—Su carrera era más importante para Elsa que cualquier otra cosa... Incluso más importante que yo.

—¿Se vieron con regularidad después de romper? —indagó Emma.

—Un par de veces. Intentamos seguir siendo amigos. Pero era difícil. Elsa tenía grandes planes y yo solo era un estorbo.

Alex sintió que su propio pasado le alcanzaba; y la frustración, el sentimiento de no ser suficiente, el anhelo constante por el amor de una mujer que siempre parecía estar fuera de su alcance.

—¿Habló con ella ayer o en los últimos días? —preguntó Alex.

—No —respondió Silas Stein rápidamente—. Intenté llamarla, pero no me cogió el teléfono.

Emma y Alex intercambiaron una breve mirada.

—¿Por qué quería hablar con ella entonces? —continuó Emma.

Silas vaciló. —Solo quería oír su voz. La echo de menos. —Se interrumpió y era obvio que estaba luchando con sus emociones—. Y ahora está muerta. —Inspiró y espiró profundamente, y luego miró a Emma con expresión atormentada—. ¿Cómo murió?

—Todavía no tenemos información precisa al respecto —evadió Emma la pregunta.

A Silas le temblaban ligeramente las manos mientras recogía la púa y volvía a darle vueltas entre los dedos. —No he sabido nada de ella en una semana. Supongo que me bloqueó.

—¿Cómo fue el contacto hace una semana? —preguntó Emma.

—¿A qué se refiere?

—¿Se llamaron, se escribieron mensajes o quizá llegaron a verse? —aclaró Emma su pregunta.

—Nos estuvimos escribiendo, bueno, antes de que me bloqueara.

—¿Qué le escribió?

—Que la dejara en paz.

—¿No querían seguir siendo amigos?

—Eso probablemente no era más que una estúpida frase hecha. Ya sabe. Es lo que suele decir la gente poco después de arrancarle a alguien el corazón del pecho.

Alex arqueó las cejas. ¿Podría ser Silas tan insensato como para soltar semejante indirecta? Por el momento la pasó por alto y se limitó a preguntar: —¿Podemos ver ese mensaje?

Silas lo miró y no pareció especialmente complacido por la petición. —¿Cree que miento?

—De momento no creemos nada. Pero tenemos que seguir cualquier pista —dijo Alex—. Empezando por el círculo más cercano de la víctima. ¿Podemos ver el mensaje ahora, por favor? Sin duda nos ayudaría a entender mejor a su exnovia.

—No, no pueden.

—Con eso no nos ayuda a nosotros ni se ayuda a sí mismo —comentó Emma.

—Yo no la maté —dijo él en voz alta. Dejó su bajo a un lado y solo ahora, al no tener el brazo derecho apoyado en el cuerpo de la guitarra, Alex vio unos arañazos recientes en su antebrazo que aún no habían terminado de curar.

—¿Dónde se ha hecho eso? —preguntó Alex, señalándolos.

—Esas carcasas viejas de aluminio de los altavoces del amplificador pueden estar muy afiladas —explicó con sencillez, y giró el brazo para que los arañazos dejaran de verse.

—¿Dónde estuvo ayer, por cierto? Intentamos localizarle y tampoco estaba en casa —preguntó Alex.

—Paseando. —Esta respuesta sorprendió a Alex. ¿De verdad creía Silas que iban a tomarlo por el típico paseante recreativo y que se lo iban a tragar así como así?

—¿Puede alguien testificar eso? —intervino Emma.

—Quizá —dijo él, sonando francamente obstinado.

—Entendemos que no le gusten nuestras preguntas —aclaró Alex una vez más—, pero créame cuando le digo que no es nada personal y que se las hacemos a todas las personas cercanas a su exnovia.

—Entonces será mejor que dirijan sus preguntas a la que era su mejor amiga, Julia Marini. Ella tenía apalabrado el papel de éxito del que todo el mundo habla... hasta que Elsa se lo arrebató.

Capítulo 6

—Gracias —susurró Emma, cogiendo uno de los cuatro perritos calientes que Alex había comprado para ellos en el snack bar de IKEA. El gran centro comercial les pillaba de camino y justo antes del carril de acceso a la Ostwestfalen-Damm, a la que los lugareños llamaban cariñosamente la Ossi-Damm. Alex sabía que Emma, siendo berlinesa de nacimiento, nunca había llegado a acostumbrarse al nombre. Por otro lado, estaba empezando a aceptar poco a poco la adicción de Alex a estos perritos calientes.

Con la otra mano seguía sosteniendo el móvil junto a la oreja, escuchando a su colega forense, Chris Wolf. Alex no podía entender ni una palabra por el nivel de ruido, así que no tuvo más remedio que esperar hasta que ella terminara la llamada.

Dejaron la comida y las bebidas en una de las mesas altas, que estaban decoradas con migas y manchas de salsa y ofrecían una vista panorámica del aparcamiento. El habitual ajetreo de parejas jóvenes y adolescentes con sus padres a cuestas era bastante limitado hoy. Pero incluso con los pocos clientes presentes, Alex podía observar con certeza cómo entraban con el ánimo por las nubes, y cómo la gente a la salida volvía a abandonar el edificio con cara de estar completamente harta.

—Gräfe y Wolf están de acuerdo —dijo Emma tras colgar—. El paño que encontramos en el piso de Elsa Vogel tiene restos de cloroformo.

Alex tragó el último bocado de su primer perrito caliente. —En ese caso, la vecina de abajo no la oyó entrenar hasta tarde esa noche, por una vez.

—Y Gräfe ha mencionado que tras limpiar el cuerpo, han encontrado un hematoma en la rodilla de la víctima. Ahora sospechan que se produjo cuando golpeó el suelo del piso estando

inconsciente. ¿Cuándo dijo la vecina que había oído el ruido? —preguntó Emma.

—Sobre las once.

—Y solo unas horas después, estaba muerta.

Alex le dio un bocado al siguiente perrito caliente. —¿Han podido hacer algo ya con el teléfono los compañeros, el que encontramos debajo del sofá?

—Dicen que fue aplastado con el tacón de un zapato y que está bastante maltrecho. Están trabajando con una empresa que se especializa en recuperación de datos en casos como este. Así que podría llevar un tiempo. —Emma sostenía el panecillo en la mano y se quedó mirando a Alex. Luego dijo—: El equipo forense no ha encontrado pruebas que sugieran un robo. Y su ex tenía arañazos en el brazo. Wolf ha dicho que han encontrado partículas de piel bajo las uñas de Elsa. Eso hace que la historia de Silas parezca bastante inverosímil, ¿verdad? Además, sus compañeros de piso no pueden confirmar su coartada de ayer. Tampoco tiene ninguna para la noche del asesinato.

Un niño gritaba en el aparcamiento, negándose a dejarse convencer por su madre para entrar en el edificio. El niño no parecía tener mucho que decir al respecto porque, a pesar del berrinche, la madre lo arrastró al interior de la tienda.

—Es cierto —dijo Alex—, suena muy sospechoso. Pero me creo su historia. Esos casos a veces son una pesadilla. Yo tenía arañazos así todo el tiempo cuando todavía tocaba en el grupo.

—¿El grupo de punk del que me hablaste una vez?

—¿Dónde si no se encuentra un equipo tan destartalado? —replicó él bromeando y dio otro bocado—. En serio —dijo mientras masticaba—, por supuesto que podría estar mintiendo. Deberíamos solicitar una prueba de ADN. Al menos un frotis bucal. Para una muestra de sangre, lo que tenemos probablemente no sea suficiente.

Una pareja de mujeres, que cruzaba la barrera de salida frente a ellos, reía ruidosamente mientras empujaba con torpeza un carrito completamente cargado y con aspecto de pesar mucho. El primer impulso de Alex fue ayudarlas, pero dos hombres ya se le habían adelantado.

Emma dejó su perrito caliente sobre la mesa. —Lo que todavía me inquieta es el recuerdo que se llevaron de la escena del crimen.

—¿El corazón?

—Sí. Y su ropa. Supuestamente. Porque no encontramos ninguna, y no creo que el autor la transportara desnuda desde su piso por toda la ciudad hasta el bosque.

—¿Ni siquiera en un maletero?

—Eso sería posible, desde luego.

—El corazón podría representar simbólicamente que ella se lo arrancó del pecho al agresor —dijo Alex.

—Así que otro punto en contra del ex.

—O de otra persona. También podría haber sido un admirador al que rechazó.

—Sí —dijo ella y empezó también a comer.

Alex ya se había terminado su segundo perrito caliente y estaba a punto de empezar con el tercero cuando se le ocurrió algo. —¿No podría aplicarse la misma metáfora también a esa antigua mejor amiga, a la que le arrebató el papel?

—Podría ser —dijo Emma.

Un grupo de adolescentes se unió a ellos en la mesa, con dulces comprados en la Tienda de Alimentación Sueca. Alex y Emma guardaron silencio. Fuera, en el aparcamiento, la actividad aumentaba, y Alex se preguntó si Elsa Vogel y su ex también habían sido una de esas parejas que sucumbieron al estrés de este templo del consumismo.

Emma estaba a punto de dar otro bocado cuando sonó su teléfono de trabajo. Era un compañero de la comisaría, que le informaba de que habían localizado a Julia Marini, la amiga de Elsa Vogel, y que estaba esperando a los dos investigadores en la cafetería de la universidad.

***

Los grandes ventanales de la cafetería universitaria de Bielefeld captaban los últimos rayos de sol, que se filtraban tenuemente a través de una espesa capa de nubes al final de la tarde. A pesar del tenue sol invernal, la cafetería estaba inundada de una luz suave y difusa que hacía que la sala pareciera acogedora. El aroma del buffet del almuerzo aún flotaba en el aire.

En la mesa del fondo, situada de forma que pudiera mantener una buena panorámica, Julia Marini estaba sentada de espaldas a la pared. Llevaba el pelo oscuro recogido en un moño alto y tirante. Su ropa era una mezcla armoniosa de funcionalidad y estética.

La cafetería estaba poco concurrida. Grupos pequeños de estudiantes estaban repartidos por allí, absortos en sus conversaciones o mirando las pantallas de sus portátiles. A pesar de la hora tardía y de la menguante actividad, la sala se sentía viva, casi como si el sonido amortiguado de las teclas al escribir y los susurros formaran una sinfonía silenciosa. Emma bien podía imaginar que este lugar, alejado del ajetreo de un piso compartido, representaba un refugio para aquellos que se retiraban al anonimato para estudiar y trabajar.

—¿Julia Marini? —preguntó Emma mientras se acercaban a su mesa. La ligera palidez de su piel se acentuaba por la luz natural que entraba por los grandes ventanales de la cafetería, dándole un aspecto casi escultórico.

—Deben de ser los dos investigadores de la policía judicial —dijo ella con presteza, se levantó y les estrechó la mano a cada uno.

—¿Podríamos hablar en algún lugar privado? —preguntó Emma, justo cuando Julia Marini estaba a punto de sentarse de nuevo.

—¿Tan grave es?

***

Poco después, Emma, Alex y Julia Marini se sentaron en una de las aulas de seminario vacías, no lejos de la cafetería. La sala era fría y estéril, imposible de asignar a ninguna materia en particular. Julia se colocó en la incómoda silla de plástico exactamente en la misma postura que en la cafetería.

—¿A qué viene tanto misterio? —preguntó sin rodeos. El leve eco de sus voces quedaba ahogado por el zumbido de los tubos fluorescentes.

—¿Conoce a una tal Elsa Vogel? —preguntó Alex como respuesta.

—Desde luego —replicó ella con escepticismo.

—Lamentamos comunicarle que falleció en la noche del martes al miércoles —dijo Emma.

—¿Qué? —dijo ella, pareciendo insegura—. ¿Están seguros?

—No cabe ninguna duda, por desgracia —dijo Alex.

—¿Pero por qué nadie me llamó? ¿Cómo murió? ¿La asesinaron?

—No hemos descartado que haya habido juego sucio —dijo Emma —. Pero ¿qué le hace preguntar precisamente por un asesinato?

—¿Por qué si no querría hablar conmigo la policía?

—Siempre investigamos cuando alguien muere en circunstancias que aún están por explicar —dijo Alex.

—Y por lo visto no saben nada de las circunstancias —afirmó Julia Marini.

—Aún estamos al principio de nuestra investigación —dijo Emma.

—¿Alguien le puso algo en la bebida o algo así?

—¿Salía mucho de fiesta? —le preguntó Emma.

—En realidad no —respondió—. Al menos no lo creo. No lo sé con certeza. Ya no pasamos tanto tiempo juntas.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio o tuvo contacto con ella? —preguntó Alex, bajando la mirada a su libreta, listo para escribir.

—¿Hace unas tres semanas?

Emma notó que Alex aparentemente registró que aquello era más una pregunta que una afirmación, ya que tomó la nota correspondiente.

—¿Quedaron en persona? —continuó ella.

Julia Marini miraba con apatía la mesa que tenía delante, sin reaccionar en absoluto a la última pregunta.

—¿Señorita Marini? —Emma intentó llamar su atención.

—¿Qué? —preguntó la joven, despertando de su letargo—. Sí. Nos vimos. O mejor dicho, no exactamente. No fue una cita. Fue más bien un encuentro casual mientras comprábamos. No nos llevábamos muy bien últimamente.

—Según la declaración de Silas Stein, usted era la mejor amiga de Elsa Vogel —dijo Emma.

—Eso fue hace mucho tiempo, sí.

—¿Qué llevó a que dejara de ser así? —preguntó Emma.

—Tenemos enfoques diferentes a la hora de perseguir nuestros objetivos —dijo, sonando casi amargada.

—Uno de sus objetivos le fue arrebatado por Elsa —dijo Alex.

—¿Le dijo eso Silas?

Alex no reaccionó a eso y preguntó en su lugar: —¿Cómo ocurrió que Elsa le arrebatara el papel delante de sus narices?

—No se limitó a *arrebatármelo* —explicó ella, con el rostro contraído como si tuviera que escupir las palabras—. Convenció al

director a mis espaldas de que ella era la mejor opción. Y eso a pesar de que la habían eliminado en la audición.

—¿Cómo lo consiguió? —quiso saber Alex.

—¿Usted qué cree?

—Díganoslo usted —replicó Alex.

—Yo lo diría así: hizo su audición en su cama.

—¿Lo está suponiendo simplemente o tiene pruebas para demostrarlo? —preguntó Emma.

—No es que estuviera allí y lo grabara. Pero es obvio que solo consiguió el papel de esa manera.

—Un papel que ahora vuelve a estar disponible para usted. ¿No es así?

Ante la provocación de Emma, Julia Marini volvió a mostrarse más profesional y menos emocional. Su voz era fría: —Sé lo que están sospechando ahora. Sí, seguramente me ofrecerán el papel de nuevo si Elsa... bueno, se retira. A pesar de todo, no tengo nada que ver con eso. No necesito hacer algo así. Seguramente habría recibido una oferta igual de buena pronto.

—¿Una que Elsa podría haber vuelto a disputarle? —preguntó Alex.

—No puede acostarse con todo el mundo.

—¿De quién estamos hablando, de todos modos? —preguntó Alex —. ¿Cómo se llama el director?

—Carlos Romero —respondió Julia, y de nuevo sonó como si le costara decirlo. Su mirada ahora también mostraba la frialdad que ya irradiaba a través de su voz y su postura—. Antes de sospechar de él o de mí, quizá deberían preguntarle de nuevo a Silas cómo llevó la ruptura.

—Ya lo hemos hecho —dijo Alex.

—Entonces seguro que también les ha dicho que lleva semanas acosando a Elsa.

Capítulo 7

Alex siguió a Emma a través del brillo estéril del corredor que los conducía a medicina forense. El resplandor de las luces fluorescentes del techo se reflejaba en las baldosas mate del suelo.

—Los compañeros de informática han podido leer parcialmente los datos del móvil de Elsa Vogel —dijo Emma, echando un vistazo a su teléfono del trabajo.

—¿Y? —preguntó Alex, deteniéndose junto a ella frente a la puerta corredera automática opaca, cuyo mecanismo aún no había llegado a comprender.

—Ni idea. Solo me han avisado. Mirémoslo bien más tarde.

Siguieron caminando y las puertas se abrieron. El zumbido de los equipos se mezclaba con el eco de sus zapatos y la conversación de los dos expertos forenses presentes.

Achim Gräfe, el larguirucho patólogo forense jefe de dos metros de altura, estaba con su colega Chris Wolf, dos cabezas más bajo que él, junto a la mesa de autopsias. La mujer muerta yacía sobre el metal frío bajo la luz cruda de las lámparas de disección, bajo las cuales sus heridas destacaban contra la piel pálida. Cosida de nuevo como estaba, parecía casi falsa. Como el atrezo de una película de terror.

Alex sintió una punzada en el estómago al acercarse al cuerpo sin vida que había sido tan brutalmente despedazado. Aunque sabía que la puesta en escena sobre el escenario había sido real, notó que su mente aún se negaba a aceptarlo como una realidad. Para él, un escenario era en realidad un lugar que le proporcionaba una sensación de seguridad, cuando daba un concierto con su mejor amigo Torben y se dejaba aclamar por el público, que incluso coreaba sus canciones y se movía al ritmo de la música. Se preguntó si volvería a sentir esa alegría después de este caso.

—¿Cuál ha sido la causa exacta de la muerte? —comenzó Emma la conversación.

—Un politraumatismo causado por un fuerte impacto contundente es muy probablemente la causa principal de la muerte —dijo Achim Gräfe—. Ya hemos podido atribuir la naturaleza de las lesiones a un hacha de cocina. ¿No a un hacha normal? No. En ese caso, se habría causado significativamente más daño. Hemos podido determinar la fuerza del impacto, y estas lesiones son bastante más fáciles de conseguir con el arma homicida sospechosa. Pueden verlo aquí. —Se precipitó hacia una mesa con tres monitores y movió el ratón frenéticamente para despertarlos del modo de espera. Aparecieron planos detalle del agujero en el pecho de Elsa Vogel. Señaló los puntos de fractura con el dedo meñique—. ¿Ven? También los fragmentos que encontramos... —Sin apartar la vista, Achim tendió la mano abierta hacia Chris Wolf, quien le puso una batea en ella sin necesidad de más instrucciones. Achim Gräfe la acercó hacia sí y señaló con el dedo meñique las bolsas de pruebas—. Fragmentos de este tamaño, además de las muescas en ángulo en la caja torácica... —Sus gruesas gafas de pasta se le resbalaron por la nariz, lo cual corrigió inmediatamente con el dedo meñique—. Claramente un hacha de cocina. —Le devolvió la batea a su colega.

—¿Cree usted también que la mataron mientras ya estaba colgada sobre el escenario? —preguntó Emma.

—¿Apuntan los indicios a eso? —Se planteó la pregunta a sí mismo Achim Gräfe—. Sí, así es. Quienquiera que hiciera esto parecía positivamente obsesionado. Quiero decir, ¿se tarda un rato en atravesar las costillas a hachazos? No, no mucho. Por lo que parece, dos golpes habrían bastado. Pero como pueden ver, el perpetrador golpeó seis veces. ¿Ven? Bien.

Alex en realidad no podía verlo con tanta claridad y, para ser sinceros, no quería. Verlo todo tan ampliado le causaba un dolor punzante en el esternón que se abría paso hasta su columna vertebral.

—Entonces tenemos que asumir —comenzó Emma su pregunta— ¿que no procedió necesariamente por pasión, sino más bien por rabia?

—La rabia no excluye necesariamente la pasión.

—¿Hay algún rastro de ADN? —preguntó Alex.

—Aparte de los restos de piel mencionados bajo sus uñas, no hemos podido encontrar nada, lamentablemente. Toda la sangre pertenece claramente a la víctima. También se han encontrado restos de analgésicos en ella.

—¿Cómo han podido averiguar eso tan rápido? —preguntó Emma.

—Si sabemos lo que buscamos, va relativamente rápido.

Emma lo miró con curiosidad. Alex tampoco tenía la más mínima pista de a qué se refería.

—Bueno —empezó su explicación—, nuestros colegas de la unidad de la escena del crimen encontraron un buen suministro de Tilidina en su piso. ¿Si son solo bajo receta? Sí, por supuesto. Por eso estaban empaquetadas en una pequeña bolsa de plástico y bien escondidas. Más o menos. Las guardaba detrás de sus toallas en el baño. Las que no había usado, me refiero. Ya saben. Dobladas en el estante. Los colegas de Antivicio han podido identificar las pastillas rápidamente, a pesar de que no tenían marcas. Ellos se manejan mucho mejor con esas cosas, por eso les pedimos ayuda tras nuestro descubrimiento.

—¿Cómo consiguió analgésicos con receta? —preguntó Alex.

—Eso se puede conseguir sin problemas en la estación central —dijo Emma—. ¿Fue violada?

—No —dijo Achim Gräfe—. Ni violación, ni siquiera sexo.

—¿Y la huella del calzado? —preguntó Alex.

—Un momento. —Tras unos pocos y frenéticos movimientos del ratón, durante los cuales también tuvo que ajustarse la posición de las gafas, había comparado una serie de fotos de huellas del

escenario del crimen y la del piso de la víctima con un nuevo modelo de bota de trabajo.

—El perpetrador llevaba sin duda unas botas *Haix Airpower XR26*. El modelo es antideslizante, con puntera de acero, en nuestro caso del número cuarenta y tres. La suela está además casi nueva, y la bota —miren el precio— cuesta nada menos que trescientos cincuenta.

—¿Casi nueva? —se extrañó Alex.

—Apenas usada, eso es todo. Además, se han encontrado restos de limpiadores entre los dibujos de la suela en el escenario. Limpiadores industriales, no domésticos. ¿Cómo lo hemos averiguado? Después de poder determinar la bota correspondiente, jugamos un poco al bingo de los empleos.

—¿Bingo de los empleos? —preguntó Alex.

—Bueno, comprobamos dónde lleva la gente botas así —dijo Chris Wolf desde el otro extremo de la sala, sin levantar la vista de su portapapeles, en el que estaba tomando notas—. En cocinas industriales, por ejemplo, en almacenes de bebidas, o en diversos trabajos de limpieza y demás. En todos esos sitios se utilizan limpiadores apropiados para tratar diferentes tipos de suciedad.

—Buen trabajo —dijo Emma.

—Así que nos limitaremos a recorrer todos los restaurantes y locales donde se hagan tareas de limpieza y veremos dónde se esconde Cenicienta —dijo Alex, sonando ligeramente frustrado.

—Solo necesitaríamos la bota adecuada para hacer una comparación —dijo Achim Gräfe con una leve sonrisa—. Hablando de eso... —Se apartó de la mesa y regresó rápidamente a la mesa de autopsias con el cadáver—. Miren sus pies.

Alex dio un paso hacia ella y miró donde señalaba el examinador médico.

—Callosidades, uñas de los pies arrancadas, piel endurecida en los dedos y residuos de cinta adhesiva —explicó Achim Gräfe su

descubrimiento, que Emma ahora también observaba de cerca—. ¿De dónde viene eso? Presumiblemente del ballet. De hecho, casi con seguridad. Esas son características típicas.

—¿También los residuos de la cinta? —preguntó Emma.

—Cinta o apósitos. Así es como se vendan los dedos, para hacerlos más compactos, para que quepan en los zapatos apretados y tener una postura más firme y segura.

—¿Le ocurre eso a todas las bailarinas de ballet? —preguntó Alex.

—Si se lo toma en serio, entonces sí —dijo Achim Gräfe—. Estoy seguro de que otras de su clase consumen analgésicos con la misma regularidad. Porque el ballet no solo afecta a los pies, sino también a las articulaciones. Especialmente a las rodillas.

—¿Cómo es que sabe tanto sobre el tema? —preguntó Emma con interés.

—Mi hija lo practicó durante un tiempo cuando aún estábamos en Münster... —Achim Gräfe fue interrumpido a mitad de la frase cuando las puertas se abrieron. Todos miraron hacia la entrada al mismo tiempo.

La fiscal Hanna Aufderheide entró en el departamento forense con su ajetreo habitual, vistiendo un traje de chaqueta oscuro y elegante. Alex no le había prestado mucha atención antes, pero hoy notó que estaba realmente guapa con ese atuendo.

Tras un breve saludo, volvió a desviar la atención de sí misma: —No he querido interrumpirles. Por favor, continúen.

—Eh... —Achim Gräfe necesitó un momento para rebobinar la cinta en su cabeza hasta el lugar correcto.

—¿Qué hay de las heridas en la piel de la espalda? —le ayudó Emma.

—Sí —dijo él, plenamente concentrado de nuevo—. Son de una grapadora industrial. —Les hizo señas para que se acercaran y pudieran ver las alas de ángel que yacían en una mesa separada junto a la mujer muerta—. Es claramente visible que el perpetrador

necesitó varios intentos antes de que las alas quedaran como él quería. Arrancó los primeros intentos de su cuerpo junto con las alas. Pueden verlo por los agujeros de aquí. —Los señaló y ellos se inclinaron más cerca.

—¿Ha extraído usted las grapas mal colocadas? —Emma señaló los agujeros en las alas.

—No. Tampoco se encontró ninguna en la escena del crimen. Sospechamos que el perpetrador se las llevó consigo. Y ahora pasemos al corazón —continuó Achim Gräfe, volviendo a subirse las gafas por la nariz—. Tengo algo que mostrarles sobre eso también.

De nuevo ante los monitores, señaló unas cuantas imágenes más que mostraban la sangre en el suelo del escenario. —Es una cantidad bastante considerable. Tuvimos que levantar los tablones para mirar debajo.

—Para asegurarse de que perdió toda su sangre en ese lugar y no fue quizás torturada en otro sitio —conjeturó Emma.

—Exactamente. —Gräfe abrió más imágenes que se superponían a las otras con un desfase. Mostraban el suelo empapado de sangre bajo los tablones sueltos—. Como pueden ver, es obvio que fue asesinada en el escenario.

***

Poco tiempo después, Aufderheide consultó brevemente con el jefe de forenses, mientras Emma y Alex obtenían una primera visión general de los datos del móvil de Elsa Vogel. Cuando se reunieron de nuevo en la pequeña sala de descanso junto a la sala de autopsias, informaron brevemente a la fiscal del estado actual de los hechos.

—¿Y qué hay de la coartada de la mejor amiga? —quiso saber Aufderheide.

—Dice que estaba ensayando en la escuela de ballet —dijo Emma.

—¿En mitad de la noche?

—Supuestamente lo hace a menudo porque entonces tiene algo de paz y tranquilidad. Tiene una llave de la escuela y puede entrar y salir a su antojo.

—Déjeme adivinar —comenzó Aufderheide—: ¿estaba sola?

—Exacto —confirmó Emma—. Ya hemos preguntado en la *Maison de l'Art*. Probablemente no había nadie allí en ese momento. Pero no es seguro. No está tan vigilado. Y según la declaración de la recepcionista por teléfono, al parecer todos los que pertenecen al elenco permanente tienen llave. De modo que unas treinta personas tienen acceso las veinticuatro horas.

—Ha dicho recepcionista. ¿No ha hablado con la dueña?

—Supuestamente la dueña, Madame Geneviève Beaumont, no estaba presente.

—Ya veo. ¿Así que ni el exnovio ni la antigua mejor amiga de la víctima tienen coartadas sólidas? Es más, al ex se le acusa de acoso.

—Eso es correcto.

—¿Ha mencionado hace un momento que había algo más que una simple acusación de Julia Marini?

—La restauración de los datos del móvil de Elsa Vogel está resultando difícil por ahora; no obstante, tenemos algunos fragmentos de información. Pero no es más del veinte por ciento. Entre otras cosas, fragmentos de mensajes de Silas Stein en los que le ruega encarecidamente que vuelva con él.

—Eso no le convierte en un acosador ni de lejos. —Aufderheide obviamente aún no estaba convencida por esta teoría.

—Con más de treinta mensajes al día, que lamentablemente no podemos ver todos debido al mal estado del móvil, sí que va muy en esa dirección —defendió la teoría Alex—. Además de las numerosas llamadas no contestadas en el registro. Quiero decir, apenas nada de eso es ya visible, pero el número de Stein todavía aparece con una frecuencia sospechosa.

—Entiendo. ¿Y el hermano?

—Aún no tenemos información suficiente sobre eso —dijo Alex y le informó sobre el breve encuentro con Robert Vogel—. Pero lo tenemos en nuestra lista para volver a contactar con él durante el día. Quizás sepa más sobre las mujeres de las fotos que encontramos en el piso de Elsa Vogel y pueda decirnos algo más sobre el ex. Porque hasta ahora, además de su declaración, solo tenemos las de sus padres y la de su antigua mejor amiga.

—¿Creen que el hermano sabe más sobre Silas Stein?

—No queremos descartar eso por completo.

—¿Tiene el hermano al menos una coartada?

—Aún no lo sabemos —dijo Emma.

—¿Hay algo más que puedan decirme?

—Tenemos otra suposición con respecto al perfil del perpetrador. Parece más un crimen de pasión, no cometido por impulso. La secuencia de eventos requiere una planificación cuidadosa y conocimiento de los hábitos de la víctima.

—He entendido todo eso hasta ahora. Por favor, vayan al grano.

—El comportamiento competitivo de Julia Marini hacia Elsa Vogel es ciertamente sospechoso, así que bien podría ser que encontremos al culpable en el entorno de la escuela de ballet o entre otros bailarines. Quizás deberíamos echar un vistazo a la escuela o al director con el que supuestamente Elsa se acostaba para conseguir su papel.

—Ciertamente no es una mala idea, pero por favor, céntrense en el exnovio por el momento —aclaró Aufderheide—. Tiene arañazos en el antebrazo, y la mujer muerta tiene partículas de piel bajo las uñas; además hay signos de forcejeo en su piso y la sospecha de acoso ahora algo más clara. Las huellas de calzado de la foto encontrada bajo el sofá, ¿coinciden con las de la escena del crimen?

—Sí —dijo Alex—. Pero si corresponden a la talla de Silas Stein, aún no lo sabemos. Había varios pares de zapatos de diferentes tallas en el pasillo de su piso compartido.

—Cítenlo aquí y compruébenlo. Organizaré para que se le tome una muestra de ADN de inmediato.

Capítulo 8

Silas Stein estaba de camino. Hasta su llegada, Emma y Alex pasaron el tiempo en su despacho analizando más detenidamente los datos y mensajes del teléfono móvil de Elsa Vogel que se habían procesado hasta el momento.

—Siete números bloqueados desde los que Elsa recibió mensajes amenazantes... Al menos eso es lo que sugieren los fragmentos, yo diría —reflexionó Emma, mirando los informes impresos—. En dos chats, podemos asignar definitivamente los mensajes a números bloqueados, o al menos partes de ellos. Y luego están los de su ex.

—Todo deja demasiado margen a la interpretación —señaló Alex—. Cosas como «Te vas a... por esto», que probablemente diría «arrepentir», se escriben fácilmente. Esos mensajes bien podrían haber venido de Julia Marini; al menos sabemos por ella que tendría motivos para escribir algo así.

—O de su ex, que intentó ponerse en contacto con Elsa a través de los otros números. ¿Cuándo se enviaron los mensajes de los números desconocidos? Es decir, ¿cuándo empezó todo?

—Hace seis semanas —dijo Alex—. Cuando Elsa rompió con Silas.

—Completaré las palabras que faltan. Escucha esto: «No sabes lo bueno que soy para ti», o incluso: «Sé que me deseas. Pronto te darás cuenta». Estos dos mensajes provienen de su número y son declaraciones típicas de acosadores.

—Sea como fuere —dijo Alex—, los otros mensajes son extraños. Elsa incluso respondió a los primeros, aunque eso tampoco aporta mucho. Al mensaje «Pagarás por eso», ella escribió: «¿Pero qué mierda...? ¿Quién eres siquiera?». —Alex leyó un poco más y luego dijo—: Mira aquí —y le tendió uno de los impresos con la transcripción del chat de uno de los números desconocidos.

Emma lo cogió y miró los mensajes rodeados con bolígrafo. —Los subrayadores no han llegado a tus manos todavía, por lo que veo.

—Alégrate de que ya no trabaje con carboncillo —replicó él—. Mira el segundo.

—Hm —murmuró Emma y leyó: «No te mereces lo que eres». Enviado hace un mes. Si esto fue antes del asunto con su supuesta mejor amiga, entonces todavía no tiene nada que ver con el pleito entre ellas dos.

—Siempre que todos estos mensajes sean de una misma persona.

—El novio ciertamente podría ser capaz de tal acto, si nos basamos puramente en la capacidad física. Julia Marini es incluso más menuda y frágil de lo que era Elsa. Incluso con un sistema de poleas, no habría podido subirla al escenario. Además, habría tenido que recorrer todo ese camino con ella y, como no se encontraron marcas de arrastre en la escena del crimen, el perpetrador debió de llevarla en brazos...

—... o cargada al hombro como un saco.

El teléfono de Emma sonó. —El jefe —dijo, echando un vistazo a la pantalla. La llamada duró menos de cinco segundos—. La corredora está lista para hablar —dijo Emma tras colgar.

***

—Lamento muchísimo no haber podido hablar con ustedes antes —dijo Sienna Brecht—. Estaba completamente fuera de mí.

—Lo entendemos —dijo Emma con empatía. Se había sentado frente a ella a la mesa de la sala de reuniones. Alex estaba sentado al lado de Emma, con su cuaderno de jeroglíficos delante y el bolígrafo listo para tomar más notas que ningún ser humano sería capaz de leer—. Debemos pedirle que describa su hallazgo con la mayor precisión posible.

—Por supuesto —dijo Sienna, inspirando y espirando profundamente—. Salí a correr como hago todas las mañanas durante la semana. De hecho, quise saltármelo ese día porque la tarde, o mejor dicho la noche, fue bastante corta... —Se desvió, perdida en sus pensamientos.

—¿Ha tenido problemas para dormir? —Emma la hizo volver.

—Un nuevo novio —respondió Sienna con timidez.

—Ya veo —dijo Emma—. Por favor, continúe.

Su mirada volvió a entristecerse. Se quedó mirando fijamente al centro de la mesa. —Iba por el sendero y aún recuerdo exactamente lo bien que se sentía. El canto de los pájaros, el rocío en las telarañas. Era pintoresco. Por eso me gusta tanto esta ruta... Me gustaba... Iba por el camino estrecho y entonces vi el escenario detrás de los arbustos. Ese momento me recuerda a mi infancia cada vez. —De nuevo, parecía estar pensando en algo agradable, como si su subconsciente quisiera protegerla del horror.

—¿Qué vivió allí de niña? —preguntó Alex, para reforzar el sentimiento positivo. Esto a menudo ayudaba a que las personas traumatizadas no se cerraran de nuevo tan rápido.

—Muchos festivales en verano. Con castillos hinchables, grupos de música para niños y, desde luego, demasiados dulces. Siempre iba allí con mis padres. Mi padre se apuntaba a toda la diversión. Fueron tiempos fantásticos.

—Me lo imagino —dijo él—. ¿Ha dicho que corre todas las mañanas?

—Durante la semana, sí —dijo ella.

—¿Y siempre la misma ruta?

—Podría recorrerla con los ojos vendados. —Su ánimo, ligeramente animado, pareció oscurecerse de nuevo—. Pero ahora, cuando cierro los ojos, la veo inmediatamente allí colgada. —Una lágrima rodó por su mejilla. Emma deslizó el dispensador de pañuelos hacia ella,

aunque ya lo tenía a su alcance—. Gracias —dijo la joven, sirviéndose de uno y secándose los ojos.

—Por favor, continúe —dijo Emma.

—Sí. Perdón.

—No tiene por qué. Podemos imaginar lo difícil que debe de ser para usted.

Sienna Brecht se sonó la nariz y mantuvo el pañuelo arrugado en la mano. —Perdón, ¿por dónde iba?

—Vio el escenario detrás de los arbustos y los árboles —le indicó Alex.

—Sí. Al principio, ni siquiera entendí realmente lo que estaba viendo. Al principio pensé que era una sábana sucia o algo así. Aunque me dije, por supuesto, que eso no tenía sentido. ¿Por qué iba alguien a tender la colada allí? Luego me acerqué y pensé que era un maniquí. Un accesorio o algo parecido. Busqué cámaras alrededor. Pensé que tal vez se estaba rodando una película o algo así. No habría sido la primera vez. Hace dos años, pasé corriendo justo por mitad del set de una película de terror sin darme cuenta. Era un proyecto de fin de carrera, creo.

Se detuvo un momento en ese recuerdo. Esta vez, Emma le dio tiempo para liberarse de él y retomar su relato.

—Pero al acercarme más, de alguna manera supe que no era ninguna de las cosas que había sospechado al principio.

—¿Notó algo más frente al escenario? ¿Llegó a ver tal vez a alguien escabulléndose o incluso huyendo?

—Si fue así, no me di cuenta. Ya me estaba costando bastante procesar nada en absoluto. Ni siquiera sé cuándo llamé a la policía.

—¿Estaba sola en su ruta? —preguntó Emma.

—Sí, siempre voy a correr sola.

—Me refería a si se encontró con alguien que viniera en dirección contraria.

—Claro, eso pasa todo el tiempo... Espere. Hubo alguien. Mis cordones estaban demasiado flojos y me detuve en medio del camino para volver a atarlos. Un corredor venía hacia mí. Para cuando levanté la vista, ya casi me había pasado. Pero algo... Hm... Ahora que lo pienso, en realidad no era un corredor en absoluto.

—¿A qué se refiere? —preguntó Alex.

—Llevaba un mono de trabajo, creo. Y zapatos toscos y manchados.

—¿Eran quizás como estos? —Alex deslizó hacia ella la foto de las *Haix Airpower XR26* que tenían del informe de Achim Gräfe.

—Podría ser. No pude ver bien. Se movía bastante rápido. No era un ritmo que se elegiría para hacer footing, en cualquier caso. Pero tampoco huía ciegamente de algo. Era más bien como si ya llevara un tiempo corriendo y tuviera un destino.

—¿Le vio la cara? —preguntó Alex.

—No, lo siento. E incluso si lo hubiera hecho, estoy segura de que no la habría reconocido.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Emma.

—Cuando miré por encima del hombro, pude ver que llevaba una capucha. No suelta sobre la cabeza, sino muy ajustada.

—¿Llevaba algo en las manos? —preguntó Alex.

—No, pero llevaba una mochila. Una de esas grandes que se suelen ver a los mochileros.

—¿En qué dirección corría? —preguntó Emma.

—Todavía estaba bastante cerca del inicio de mi ruta. Hacia el aparcamiento, imagino.

—¿Hay varios senderos allí?

—No, en realidad solo el que yo tomé. Pero poco después de pasar por mi lado, se salió del camino hacia el bosque.

—¿Y eso no le pareció extraño? —preguntó Emma.

—Tal vez solo necesitaba ir a mear.

***

—¿Quieren que envíe a un equipo allí de nuevo para peinar todo el bosque? —preguntó Krüger, mirándolos con seriedad a los dos desde el otro lado de su escritorio. Su expresión invariable llevó a Emma a preguntarse, y no por primera vez, si sería capaz siquiera de reírse. O si estaba casado, si tenía hijos y cómo tomaba el café. El hombre se guardaba todo lo personal para sí mismo. Y el bote que se había establecido internamente, que iría a parar a quien lograra averiguar algo más sobre Krüger, crecía con cada nuevo integrante.

—La información sobre la mochila es nueva —dijo Emma—. Quizá la tiró en alguna parte.

—O simplemente se la llevó con él —dijo Krüger—. Y si está tirada por ahí... el bosque es grande, no hace falta que se lo enseñe en el mapa. Podría haber desaparecido en cualquier dirección. Incluso el área alrededor del aparcamiento cubre demasiadas hectáreas como para que pueda enviar a un equipo de nuevo ahora a buscar una *posible* mochila descartada.

—¿Revisaron los compañeros las papeleras? —preguntó Alex.

Krüger los miró un momento en silencio. —Por supuesto que lo hicieron... y no encontraron nada.

—Entonces déjenos conducir hasta allí de nuevo —sugirió Emma.

—Por lo que a mí respecta, pueden hacerlo... después de que se hayan ocupado de Silas Stein. Le están tomando una muestra de ADN en este momento y, siempre que no se desplome durante el proceso, estará a su disposición en diez minutos. Y ya que están, ¿por qué no le preguntan de paso dónde está su antiguo cuñado?

—¿Se refiere al hermano de Elsa Vogel?

—Sí. Porque parece ser que ustedes dos fueron los últimos en haberle visto o hablado con él.

Capítulo 9

Silas Stein parecía cualquier cosa menos feliz. —No sé por qué estamos sentados en una sala de interrogatorios —dijo—. ¿Debería llamar a un abogado?

—Tiene todo el derecho a hacerlo —dijo Emma, mientras se sentaba frente a él. Alex permanecía, como siempre, junto al espejo, tras el cual Krüger los observaba dirigir la entrevista desde la pequeña habitación contigua—. Pero eso solo prolongaría la búsqueda del asesino de su exnovia. ¿Es eso lo que quiere?

—Por supuesto que no —dijo Silas, mirando con incertidumbre del espejo a Alex y luego a Emma, quien en ese momento puso la carpeta sobre la mesa de metal. La mesa estaba atornillada al suelo de hormigón y contaba con una anilla soldada que ofrecía la posibilidad de esposar a un sospechoso a ella. Emma había elegido deliberadamente la iluminación de la sala para que el foco cayera solo sobre la carpeta en la mesa, no sobre Silas Stein. Su intención era que él se diera cuenta de que esto no iba sobre él, sino sobre Elsa Vogel.

—Como podrá imaginar, nos han surgido varias dudas. Los arañazos de su antebrazo, por ejemplo.

—Ya se los he explicado —la interrumpió él—. Me los hice con uno de mis amplificadores.

—Cuando le visitamos en su piso —intervino Alex—, dijo que los arañazos eran de una de las cajas de los altavoces y no de un amplificador.

—A eso me refería.

—Supongamos que es verdad —continuó Emma—, ¿cómo explica estos mensajes y las numerosas llamadas sin respuesta en el móvil de su exnovia? Lo que nos sorprende aún más es que no hayamos encontrado nada parecido en su teléfono.

—No se me da muy bien la tecnología moderna.

—Oh, venga ya, los borró deliberadamente, ¿verdad?

Silas Stein la miró con ansiedad y luego bajó la vista. —Sí —admitió con mansedumbre.

—¿Por qué hizo eso?

—Ya no me acuerdo.

—Tenemos algo aquí que seguro que le ayuda a recordar. —Emma deslizó un trozo de papel hacia él con sus propios mensajes a Elsa Vogel. Él no lo tocó, como si fuera algo con lo que pudiera quemarse los dedos. Sin embargo, se inclinó un poco hacia delante para poder leer mejor. Su cuerpo dio un respingo cuando empezó a mover la pierna derecha rápidamente de arriba abajo.

—¿Le pone nervioso? —preguntó Emma.

—Por supuesto que sí —respondió él.

—¿O le enfada? —preguntó Alex.

—¿Qué? —preguntó él.

—Las respuestas de su ex. La última llegó hace una semana. —Déjame en paz de una vez, perdedor—. No es precisamente lo que uno quiere oír de alguien a quien ama. ¿Verdad?

—Ella no era ella misma. No suele ser así.

—¿Cómo era entonces? —preguntó Emma.

—La única persona a la que he amado... Tiene que creerme. No tuve nada que ver con su muerte. Quería que volviera conmigo. No la mataría, ¿verdad?

—No sería el primero en hacer exactamente eso.

—Sobre todo cuando te han rechazado —añadió Emma—. Si no puedo tenerla yo, no la tendrá nadie más.

—Admito que puede que fuera un poco pesado. Pero no le hice nada.

—¿Estos mensajes son suyos también? —Emma deslizó otro trozo de papel hacia él—. ¿O estos de aquí? —La siguiente hoja aterrizó frente a él.

Silas leyó. —No, esos no son míos. ¿Los recibió Elsa?

—¿Por qué no nos dice de dónde proceden realmente esos arañazos? —sugirió Alex.

—Ya he dicho que...

—Lo sabemos —le cortó Alex—. Entonces seguro que no le importa que echemos un vistazo a los flight cases de los amplificadores.

—¿Qué son los flight cases? —preguntó Emma.

—Maletas especiales para transportar amplificadores.

Silas Stein apretó los labios y ahora movía rítmicamente ambas piernas. Su mano izquierda subió a su hombro, donde empezó a rascarse.

—¿Qué cree usted? ¿Coincidirá la muestra de ADN que le hemos tomado con las partículas de piel que encontramos bajo las uñas de su ex?

—Está bien —dijo él entonces, y sus piernas se quedaron quietas —. La vi la noche en que ella... —Inspiró y espiró profundamente.

—¿La noche en que fue asesinada? —preguntó Emma.

—Sí —dijo él, desplomándose y mirando los mensajes que tenía delante—. Quería hablar con ella. Me había bloqueado. Ya se lo he dicho.

—¿Dónde la vio? —insistió Emma.

—La intercepté de camino a casa.

—¿De dónde venía ella?

—Del ensayo. No quería que me vieran los demás, así que fui a su encuentro a mitad de camino.

—Quiere decir que se quedó al acecho —dijo Alex.

—La estaba esperando —aclaró Silas Stein—. Ya era tarde y se asustó cuando me puse frente a ella.

—¿Qué pasó entonces?

—Fue distinto a como lo había imaginado. Estaba totalmente aterrorizada y, cuando me acerqué a ella, levantó las manos a la defensiva y dijo que por algo había cortado el contacto conmigo. Pero yo sabía que solo decía eso por la tensión del momento.

—¿Qué le hace estar tan seguro? —Alex despegó la espalda de la pared y caminó lentamente por detrás de Silas Stein hacia el otro lado. Como un depredador que quiere acorralar a su presa. Silas Stein intentó seguir los movimientos de Alex de reojo por encima del hombro.

—Ella ha estado entrenando mucho.

—¿Para el papel que originalmente le habían prometido a Julia Marini? —Alex se detuvo al otro lado, se cruzó de brazos y miró a Silas Stein.

Él se volvió hacia Alex y dijo: —No se lo arrebató a Julia. Elsa era mucho mejor que ella. Mejor que todas.

—¿Cómo fue su último encuentro? —preguntó Emma, provocando que Silas Stein se volviera de nuevo hacia ella. Alex se impulsó ruidosamente desde el otro lado y volvió a caminar despacio por detrás de Silas Stein, regresando a su posición original. Al hacerlo, redujo deliberadamente la distancia que le separaba del sospechoso.

—Sé que todo esto tiene mala pinta para mí —dijo Silas Stein—, pero de verdad que nunca quise hacerle daño.

—Sin embargo, ¿le hizo daño? —preguntó Emma.

—Tiene que entenderlo. Estaba bajo una presión enorme. No era ella misma y no quería escuchar lo que yo tenía que decirle. Dijo que estaba cansada y que quería irse a casa. Le pregunté si podía acompañarla, ella no quiso y entonces... tampoco sé por qué lo hice, y lo siento de veras... la agarré del brazo y tiré de ella hacia mí. Se revolvió y casi se cayó.

—¿De ahí proceden los arañazos de su antebrazo? —preguntó Emma.

Silas Stein asintió en silencio.

—Por favor, responda a la pregunta con un sí o un no —dijo Emma.

—Sí —dijo él y volvió a mover rítmicamente las piernas—. No quería hacerle daño ni asustarla. Se soltó de mí de un tirón, incluso me empujó, y dijo que por fin la dejara en paz o llamaría a la policía.

—¿La dejó en paz después de eso? —preguntó Emma.

—Le escribí unos cuantos mensajes más, pero probablemente no le llegaron —dijo, mirando los papeles que tenía delante.

—¿No ha dicho que ella le había bloqueado? ¿Hace una semana?

—Lo sospechaba. Le escribí de todos modos.

—¿Podemos ver los últimos mensajes? —preguntó Alex.

—Si quieren —dijo él, sacando su teléfono y abriendo la ventana del chat de WhatsApp.

Alex se puso junto a Emma y miró por encima de su hombro. Eran textos largos en los que el contenido se repetía constantemente. Cuánto lo sentía, cómo solo quería que volviera, cuánto la amaba y la extrañaba, y así sucesivamente. Cuando hubieron leído todo, le devolvieron el teléfono a Silas Stein, quien volvió a guardarlo. —De verdad que no quería hacerle nada.

—No nos lo está poniendo precisamente fácil para creerle, como seguro que comprenderá —dijo Emma—. Sobre todo porque no tiene ninguna coartada que alguien pueda confirmar.

—Hay alguien que puede hacerlo —dijo él con voz débil.

—¿Y quién es?

—Julia. Estuve con ella esa noche.

—Ella nos dijo algo diferente. Según su declaración, estuvo en la escuela de ballet y ensayó toda la noche.

—No —dijo él, removiéndose en la silla presa del pánico. El fuerte chirrido del metal sobre el suelo resonó por toda la sala—. Quiero decir, sí. Así fue como lo acordamos. Pero no es cierto. Yo estaba con ella. No podía irme a casa. Tenía que hablar con alguien.

—¿Y no se le ocurrió nadie mejor que la antigua mejor amiga de su ex? —Alex no se creía ni una palabra de lo que decía.

—Al parecer, no.

—¿Por qué nos cuenta esto solo ahora, y qué fue exactamente lo que acordó con ella? —preguntó Alex.

—No quiero meterla en problemas.

—¿Así que prefiere incriminarse usted mismo? —insistió Emma.

—No... ¡Ay!, no lo sé.

—¿Cree que esto es todo un juego?

—Estaba confundido y sigo estándolo. El amor de mi vida ha sido asesinada y se me acusa a mí de habérselo hecho. Quizá debería llamar a un abogado después de todo.

—Una pregunta más antes de que lo haga —dijo Emma—. ¿Sabía que Elsa Vogel tomaba analgésicos con regularidad?

—Por supuesto que lo sabía. Todos lo hacen.

Capítulo 10

La oscuridad se arrastraba lentamente por el bosque de Teutoburgo. Emma y Alex se vieron obligados a usar sus linternas Maglite. El aire era frío y nítido, con olor a musgo húmedo y agujas de pino. Sus pasos apenas se oían sobre el suelo blando.

La ruta de la corredora, que ya habían recorrido entera, no había aportado ningún dato nuevo. Durante la última hora se habían estado alejando del sendero para internarse en el bosque y ahora se encontraban en el lugar que Sienna Brecht les había descrito. Emma se apartó el móvil del oído y se lo volvió a meter en el bolsillo trasero.

—Julia niega haber estado con Silas Stein esa noche —dijo Emma.

—Por supuesto que lo niega —respondió Alex con sequedad, inspeccionando el suelo del bosque frente a él con su Maglite. Emma hizo lo mismo. Los haces de luz bailaban sobre los troncos de los árboles y los arbustos. El terreno era irregular; aquí y allá sobresalían raíces que proyectaban sombras inquietantes bajo la tenue luz de las linternas. El silencio del bosque solo se veía interrumpido ocasionalmente por el crujido de algún animal que se escondía en la espesura oscura o que huía de ellos.

El aparcamiento por donde el posible autor podría haber huido quedaba ya muy atrás. Si el suelo del bosque no hubiera estado tan cubierto de hojas y ramas, seguramente habrían encontrado algún rastro útil. Pero no habían sido capaces de descubrir nada, ni siquiera cerca del sendero.

—Tiene que haber algo aquí —refunfuñó Emma para sus adentros.

—Me temo que no —dijo Alex, echando por tierra sus esperanzas.

—Podría imaginarme que ha tirado el arma del crimen en alguna parte.

—¿Por qué iba a hacerlo? Pero incluso si lo hubiera hecho, la habría lanzado lejos, al interior del bosque, y desde luego no cerca de un sendero. El equipo de la científica también habría encontrado huellas entonces. Además, la corredora seguramente se habría dado cuenta si alguien hubiera pasado por su lado con un hacha ensangrentada.

—Lo sé —dijo ella con desánimo—. Pero sigo esperando encontrar algo.

—Hasta que eso ocurra, podemos especular un poco.

—¿Por ejemplo, sobre qué está pasando entre tú y la fiscal?

—En realidad, me refería a otra cosa... ¿Qué te ha dado por ahí? ¿Es tan obvio?

Emma se encogió de hombros. —Para mí, sí. Desde hace un tiempo se te pone esa mirada de corderito cada vez que ella entra en la habitación. Y siempre te incorporas de una forma tan extraña... Me sorprende que Aufderheide no se haya dado cuenta todavía.

—Quizá simplemente no le intereso y no me presta ninguna atención.

—Qué tontería, estoy segura de que sí. Solo que no lo demuestra.

—¿Eso te ha dicho ella?

—No nos llevamos tan bien. Y difícilmente voy a ir a verla para decirle: «¿No te has fijado en que mi colega está colado por ti?».

—Oh, venga ya —Alex soltó una carcajada, y luego la miró con seriedad—. ¿Alguien más lo ha notado?

—¿Bromeas? La gente ya está haciendo apuestas por toda la comisaría.

—¿En serio?

Emma sonrió. —Estás realmente prendado de ella, ¿verdad?

—Yo no diría tanto... Pero en serio: ¿crees que alguien se ha percatado de algo de verdad?

—No. No te preocupes por eso. Son buenos sentimientos, positivos. Necesitamos cosas así. Y si crees que es estupenda, prueba suerte. Tienes mi bendición.

Alex hizo una mueca y Emma sonrió con picardía. Estas charlas con Alex resultaban muy refrescantes; se sentía cerca de él, y cada vez se estaba convirtiendo más en un buen amigo. Ocupar la cabeza con otros pensamientos para variar era bueno, especialmente cuando ya llevabas más de una hora vadeando entre la densa maleza sin éxito.

—Si fue Silas Stein —dijo Emma después de un periodo de silencio —, entonces, como músico, tiene una conexión con un lugar como el escenario al aire libre. Y Elsa también estaba en camino de conquistar los escenarios.

—Los focos estaban sobre ella, no sobre él —dijo Alex.

—Entonces un motivo sería la envidia. El otro sería un amor no correspondido, por eso el corazón que le arrancaron también podría apuntar a él. Ella le arrancó el suyo del pecho, así que él le hizo lo mismo a ella.

—Lo que no encaja en el cuadro es lo que nos dijo durante el interrogatorio de hoy.

—¿A qué te refieres? —preguntó Emma.

—Llegó a las manos con ella, de ahí los arañazos. ¿No debería la violencia haber escalado justo en ese momento? ¿En el arrebato de pasión? ¿Por qué deja pasar unas horas antes de decidir matarla? Especialmente de la forma en que ocurrió después.

—Podría haberse ido acumulando. Aunque es extraño que se supone que planeó eso en tan poco tiempo. Requiere bastante organización y preparación. Y seguramente no es del tipo que guarda un hacha de leñador en el sótano. Y si lo hiciera, ¿para qué? En un piso compartido en medio de la ciudad, no necesita quemar madera para calentarse.

—También está su supuesta nueva coartada... —dijo Alex.

—La cual, al igual que la primera, no ha sido confirmada.

—No me fío de esa Julia —dijo Alex.

—¿Crees que también nos está mintiendo?

—¿Tú no?

—Sí, en cierto modo. Pero no creo que esté mintiendo sobre la coartada.

—¿Sobre qué, entonces?

—Creo que tiene algo que ver con los mensajes. Me refiero a los que no podemos explicar.

El bosque parecía estar clareando. Las Maglites iluminaban el camino frente a ellos.

—Mira, hay algo ahí —dijo Alex de pronto.

Emma se volvió hacia él. Su mirada siguió el haz de su linterna hacia la densa maleza. Él se adelantó. Las ramas secas del suelo cedían audiblemente bajo sus pies. Emma le siguió, inspeccionando el suelo con su luz, y entonces volvió a levantar la vista y divisó algo oscuro que había aplastado los helechos. Cuando se detuvieron a un buen metro de distancia, se dieron cuenta de que era una mochila de senderismo grande.

Alex le entregó a Emma su Maglite y sacó un par de guantes azules desechables nuevos de su parka. —Alumbra aquí, por favor —dijo y se agachó.

Con cuidado, abrió la cremallera de la mochila que yacía en el suelo. Emma enfocó la luz hacia la abertura, y contemplaron el extremo de un grueso mango de madera.

Capítulo 11

Llevo un rato siguiendo sus pasos silenciosos, con la mirada clavada firmemente en ella. Su silueta destaca con claridad contra la oscuridad de los edificios. Camina a paso ligero, pero mantengo la distancia y permanezco oculto entre las sombras. A veces, solo a veces, gira un poco la cabeza hacia un lado. Como si pudiera sentir que la sigo.

Una sonrisa asoma a mis labios.

De repente, se detiene. Me oculto a toda prisa tras una esquina, pegándome a la rugosa pared de una casa. Mi respiración se ralentiza y se vuelve más superficial. Me asomo con cautela y la veo mirar por encima del hombro. Sus ojos escudriñan las tinieblas.

Me está buscando. Pero no puede verme.

El pequeño lunar en el lado izquierdo de su mejilla me atrae como un imán. La incertidumbre se refleja en su rostro. Se queda inmóvil un momento más. Luego sacude la cabeza, como para espantar sus pensamientos, y sigue caminando. Inspiro profundamente y voy tras ella.

Llega a un antiguo bloque de pisos, se detiene brevemente y vuelve a mirar alrededor. Esta vez estoy mejor preparado y permanezco inmóvil bajo la densa sombra de un seto. Sus ojos pasan sobre mí, pero no me ve.

La sonrisa de mis labios se ensancha.

Con manos temblorosas, saca a tientas las llaves del bolso y abre la puerta principal. Vigilo cada uno de sus movimientos, memorizando cada detalle. Entra; la puerta se cierra tras ella. Pero para mí, volverá a abrirse pronto.

Muy pronto.

Y entonces será mía.

Capítulo 12

El sol brillaba en un cielo otoñal despejado aquella fría mañana de sábado mientras Emma maniobraba el coche entre el denso tráfico del centro de Bielefeld. Había quedado con Alex para desayunar. Querían discutir los últimos hallazgos una vez más, a pesar de que ayer ambos habían coincidido en que no encontrarían respuesta a la acuciante pregunta de por qué el perpetrador se había deshecho de su mochila, cometiendo un acto tan sumamente ilógico. Con suerte, el peritaje forense de esa misma tarde aportaría algo de luz.

El móvil de Emma sonó. Era su superior, el inspector jefe Krüger.

—Bajetzky —respondió ella escuetamente.

—Robert Vogel, el hermano de Elsa, acaba de ponerse en contacto. Está de camino a la comisaría y cree que tiene algo que quiere enseñarnos.

***

El sentido de la urgencia de Krüger hizo que, una vez más, el desayuno tuviera que salir de la máquina expendedora de la comisaría. A Alex no le habría importado un comienzo del día más relajado. En lugar de eso, ahora estaba sentado junto a Emma en una mesa, de espaldas a la ventana. El inspector Krüger se sentaba a su lado. Se le veía visiblemente disgustado por tener que estar allí en su día libre. En realidad, no habría sido necesario en absoluto, pero él insistió en estar presente cuando le hicieran unas cuantas preguntas a Robert Vogel. Alex estaba a punto de romper el silencio con un poco de charla trivial cuando una compañera uniformada condujo a Robert Vogel al interior de la sala.

—Gracias —dijo Emma, recibiendo un amable gesto de cabeza de la policía de pelo negro antes de que esta volviera a cerrar la puerta

tras de sí.

—Siento haberme mantenido al margen —dijo Robert Vogel—. Primero tenía que asimilar lo ocurrido. —Se quedó junto a la puerta como un escolar que espera su castigo.

—Lo entendemos —dijo Emma—. Por favor, siéntese. —Señaló la silla vacía de enfrente.

—Gracias —dijo él y se sentó.

A pesar de las apariencias iniciales, a Alex no le pareció nervioso. Era casi como si la comprensión que Emma le había mostrado hubiera bastado para eliminar cualquier incertidumbre. Aun así, no podía ocultar cierta mirada de preocupación en sus ojos.

—¿Dijo por teléfono que tenía información para nosotros? —Krüger fue directo al grano.

—Sí —dijo él—. He preparado una lista.

Sacó una hoja de papel doblada y escrita a mano de su maletín de portátil, la extendió y la deslizó hacia los oficiales. Emma la cogió y la sostuvo de modo que Alex y Krüger también pudieran echarle un vistazo.

—¿De dónde ha sacado estos nombres? —preguntó Emma, pasándosela a su jefe.

—De mi hermana. Yo no conozco a estas personas, a excepción de Silas y Julia.

—Silas Stein y Julia Marini también nos resultan conocidos. Los otros...

—Doce —dijo su jefe, posando la nota frente a él.

—... no los conocemos —continuó Emma tras la interrupción.

—¿Cree que se trata de enemigos de su hermana? —preguntó Alex.

—No sé si enemigos es la palabra adecuada, pero estoy seguro de que estas personas no se alegraban del éxito de mi hermana. Se lo hacían saber. Bueno, no exactamente a la cara, más bien a sus

espaldas. En este mundillo, ese tipo de cosas llegan a oídos de los interesados con relativa rapidez.

—¿Por qué ha elaborado esta lista?

—Yo no lo hice. Fue Elsa.

—¿Y cómo se hizo con ella? —preguntó Alex.

—A través de sus cuentas.

—¿Cómo?

—Conozco sus contraseñas.

—¿Sabía su hermana que usted las conocía? —preguntó Emma.

—He traído nombres de personas a las que deberían investigar más de cerca. ¿No es eso suficiente?

Emma miró a Krüger, que no dijo nada, lo cual fue confirmación suficiente para que ella no indagara más en esa obtención ilegal de información por el momento.

—¿Son todos bailarines del círculo social inmediato de su hermana? —preguntó ella.

—Así es.

—¿Por qué cree que querían hacerle daño a su hermana? —insistió Alex.

—Ella siempre quiso ser la mejor. Los demás también lo deseaban, sin duda, y cuando alguien llega a ser realmente la mejor, como le pasó a Elsa, seguro que hay algunos que no pueden aceptarlo.

—Ya hemos hablado con el exnovio de Elsa —dijo Emma—. No nos dio la impresión de que tuviera un nivel de ambición tan alto.

—Aun así, estoy seguro de que le habría gustado tener tanto éxito con su música como mi hermana con el ballet.

—¿Usted no tiene ese afán por el éxito? —prosiguió Emma.

—Soy programador de aplicaciones y diseñador web —dijo Robert, como si eso respondiera a la pregunta—. En mi trabajo, mi objetivo es un buen sueldo y, como mucho, salir a mi hora.

—¿Por qué no siguió un camino artístico como su hermana? —añadió Alex.

—El diseño web es una forma de arte reconocida —aclaró Robert Vogel.

—¿Cómo describiría la relación entre usted y su hermana? —preguntó Emma.

—Bastante buena. Éramos gemelos. No hablábamos todos los días, pero siempre estábamos muy unidos.

—¿Le habló su hermana de los mensajes amenazantes que recibió?

—No sé nada de eso. ¿Son del asesino?

—Lamentablemente, todavía no podemos hacer declaraciones al respecto —dijo Emma.

—¿Puedo verlos?

Emma miró a su jefe, quien asintió con la cabeza para indicarle que no había problema.

Después de que Robert Vogel los hubiera examinado, dijo: —No me resultan familiares, y no entiendo por qué alguien haría algo así.

—Por favor, explíquese mejor —solicitó Krüger.

—Quiero decir, ¿por qué alguien escribiría amenazas tan vagas y... y luego la mataría de verdad? Entonces es demasiado fácil que te atrapen.

—Tales métodos no son inusuales en casos como este —dijo Alex —. Especialmente cuando el remitente fue aparentemente ignorado, como en este caso. No todos los perpetradores piensan de forma compleja o planifican para imprevistos.

—Y como Silas se comportó de forma un poco alocada, probablemente sea su principal sospechoso —dijo Robert Vogel.

—Lo dice como si estuviéramos en la pista equivocada —dijo Emma.

—Es mucho ruido y pocas nueces.

—¿Lo conoce lo suficientemente bien como para decir eso con certeza?

—En realidad no. Solo estoy suponiendo. Lo he visto con mi hermana unas cuantas veces y sé cómo es ella. Nunca habría estado con alguien que pudiera plantarle cara o que incluso fuera un rival. Está demasiado obsesionada con su propia vida y con mantener el control sobre ella para eso.

—¿De dónde le viene esa compulsión por el control? —preguntó Emma.

—No es una compulsión si lo retuerces todo para sacar el mayor beneficio posible.

—Entonces permítame replantear la pregunta: ¿De dónde le viene el deseo de ser la mejor?

—Creo que mis padres tienen parte de culpa. A diferencia de mí, Elsa no era precisamente la mejor en el colegio. Pero mis padres le dan mucha importancia a eso. Elsa estaba bastante frustrada, pero luego llegaron sus primeros éxitos en el ballet, y los comentarios positivos de mis padres —que hasta entonces solo habían sido para mí y mis buenas notas— ciertamente influyeron en que se volviera tan ambiciosa, entrenando y ensayando más que nadie. Solo tenía que oírle decir a una de las bailarinas que había salido a correr media hora a las seis de la mañana, y al día siguiente Elsa ya estaría fuera corriendo una hora a las cinco y media.

—¿Fue difícil para usted no tener de repente toda la atención de sus padres? —preguntó Alex.

—Era un adolescente cuando eso ocurrió. Por supuesto que tuve problemas con ello. En los últimos años, no ha sido importante para mí. Me alegraba de los éxitos de Elsa. Nuestra relación fue mejorando; de hecho, me habló del papel principal a mí primero. Incluso antes de que lo supieran mis padres.

—¿Cuándo fue la última vez que tuvo noticias de su hermana? —preguntó Emma.

—El miércoles pasado. Me envió un mensaje de voz por WhatsApp.

—¿Recuerda de qué trataba?

—Espere, le pondré el mensaje. —Metió la mano en el bolsillo del pantalón y mostró su teléfono—. ¿Puedo?

Alex asintió. —Por supuesto.

Robert Vogel buscó durante un momento, luego colocó el teléfono frente a él, reprodujo un mensaje de voz y subió el volumen lateral.

—Madre mía, no te vas a creer lo que acaba de pasar... —En la voz de Elsa se percibía un rastro de miedo. Al fondo, se oía pasar un tranvía a lo lejos. También se escuchaban sus tacones sobre el asfalto y el silbido del viento—. Silas se ha vuelto un acosador total. Ya te dije que no paraba de mandarme mensajes. Lo bloqueé hace una semana, y de repente el bicho raro aparece en medio de la calle intentando decirme que debería volver con él y dejar el espectáculo. No está bien de la cabeza, en serio. Y luego me agarra del brazo. —Inspiró y expiró de forma audible—. Joder, casi me caigo y ahora sí que tengo miedo de verdad. Sé que probablemente no escuches esto pronto, pero si lo haces, estaría guay si pudieras llamarme. Gracias. Te quiero, hermanito.

Aunque el mensaje había terminado hacía unos segundos, Alex pudo ver que seguía resonando en la cabeza de Robert. —¿Volvió a hablar con ella después de eso? —preguntó.

—Sí. —Se guardó el teléfono en el bolsillo—. La llamé. Al poco de recibir el mensaje.

—¿Así que no siempre es tan difícil localizarle? —preguntó Alex.

—Seguramente se lo habrán dicho mis padres. Simplemente no me gusta cogerlo cuando llaman ellos.

—¿Por qué no? —preguntó Emma.

—Son difíciles. Sinceramente comparto la alegría de mi hermana, pero mis padres parecen no tener ya ningún otro tema de conversación y actúan casi como si yo fuera solo un amigo de la familia al que hay que informar sobre los últimos éxitos de su hija.

—Así que mantuvo las distancias con sus padres deliberadamente y dio la impresión de que no tenía precisamente la mejor relación con su hermana —concluyó Emma.

—¿Por pura autoprotección? —preguntó Alex.

—Yo no iría tan lejos. Simplemente no me apetecía.

—¿Le vio su hermana alguna vez como una competencia? —preguntó Alex.

—No —dijo él y soltó una carcajada dolida—. En los últimos años, incluso la he apoyado y animado, y he intentado transmitirle que nuestros padres no son el rasero por el que debería medirse. Le aconsejé que lo hiciera todo por ella misma, no para complacerlos a ellos.

—¿Le hacía caso?

—Últimamente más de lo habitual.

—Volvamos a los nombres de su lista. ¿Mencionó su hermana alguna vez a alguien que la amenazara? Aparte de Silas.

—Bueno, no acabó muy bien con Julia en las últimas semanas. Quiero decir, Elsa le arrebató el papel. Si realmente se lo merecía o no, no puedo juzgarlo. Pero yo le dije que aquello no estaba bien.

—¿Cómo reaccionó ella a eso?

—Dijo que así son las cosas y, con eso, el tema quedó cerrado para ella.

—¿Pero no para usted?

—Sí, también lo fue. ¿Qué más podría haber dicho? Al fin y al cabo, todos somos adultos.

—Y estas personas de la lista... ¿Dijo su hermana algo sobre ellas?

—Todos son rivales de Elsa, personas que o bien no obtuvieron papeles o premios que luego ella recibió. Eternos segundos a la sombra de mi hermana. Últimamente, el resentimiento hacia ella había aumentado. No me sorprendería que se hubieran tenido que añadir unos cuantos nombres más mientras tanto.

—¿Conoce a alguna de estas personas? —Emma le presentó fotos del collage que habían encontrado en el piso de Elsa. Él las miró—. Esa es Julia —dijo entonces, señalando una foto en la que se la veía con Elsa en una fiesta—. A esos dos —señaló una foto de conjunto— solo los conozco de vista. Es muy posible que estén en la lista.

Emma le dio las gracias y recuperó las fotos. —A diferencia de usted, sus padres están casi convencidos de que Silas Stein es el responsable de la muerte de su hermana.

—Me lo puedo imaginar perfectamente. Mi padre nunca tuvo muy buena opinión de él.

—¿Y usted?

—Yo diría que Silas es un artista tan absorto en sí mismo como el resto. No obstante, siempre fue amable, simpático y todo lo demás que los familiares podrían desear. En general, sin embargo, era reservado.

—¿Introvertido? —preguntó Alex.

—Más bien inseguro, nunca sabía muy bien cómo debía comportarse. Creo que le costaba mucho tener que estar a la sombra de Elsa. Probablemente le habría gustado llegar a ser algo más, pero no tenía la ambición ni la disposición a hacer sacrificios para ello, y quizá tampoco el talento. Elsa estaba mucho más centrada. Una vez que sintió de verdad el amor por el ballet, simplemente lo dio todo.

—En detrimento de sus rivales.

—Eso parece —dijo él con una mirada a la lista.

—Cuando habló por última vez con su hermana por teléfono —continuó Alex—, ¿de qué más trataba la conversación?

—Bueno, por un lado, estaba el miedo a Silas. Bueno, no miedo real a que pudiera matarla, sino más bien a que continuara molestándola e influyendo en ella. Ella había roto con él, pero no porque ya no lo quisiera. Simplemente era un lastre para ella. La frenaba, siempre prefería estar por ahí perdiendo el tiempo antes que ponerse manos a la obra, y Elsa ocasionalmente le seguía el juego. Hasta que estropeó una audición por culpa de eso.

—¿Aquella en la que Julia obtuvo el papel primero? —preguntó Emma.

—Sí. A partir de entonces, le quedó claro que nunca tendría éxito con él en su vida.

—¿Se lo dijo a él?

—Creo que sí. Siempre fue muy directa. Con ella, sabías a qué atenerte. Criticar a espaldas de la gente no era lo suyo.

—¿Cuánto tiempo estuvieron juntos entonces? —preguntó Alex.

—Dos años o así.

—¿Vio algo de la ruptura?

—Más de lo que me hubiera gustado. Poco después, Silas apareció de repente en el *Phönix Dom* y quería que hablara con mi hermana para convencerla de que volviera con él.

—¿Lo hizo? —preguntó Emma.

—Sí, pero no como Silas quería. Es mi hermana. No importa por qué hayan roto, yo estoy de su lado.

—¿Qué era exactamente lo que quería Silas, entonces?

—Que le dijera a Elsa que volvería con Julia si mi hermana no lo quería. Básicamente, cosas confusas que no tenían sentido alguno.

—Espere un momento —dijo Emma—. ¿Dijo que quería volver con Julia?

—Sí. Ellos dos estuvieron juntos antes de que él conociera a mi hermana. ¿Es que no lo sabían?

Capítulo 13

Además de ir a la universidad, Julia Marini trabajaba en la barbería de su primo siempre que había algo de jaleo. Hoy era uno de esos días. Y no le hacía ninguna gracia que Emma y Alex la hubieran localizado allí y la hubieran hecho salir a la calle para hacerle unas cuantas preguntas más. No había ninguna sala aparte donde hubiera espacio para los tres.

Detrás de Julia Marini, Emma podía ver a través del escaparate cómo tres de los hombres que trabajaban allí se movían frenéticamente de un lado a otro, atendiendo a cinco clientes a la vez.

—¿De verdad era necesario esto? —preguntó Julia Marini.

—Lo sentimos, pero solo hacemos nuestro trabajo —dijo Alex con una sonrisa comprensiva que no mejoró lo más mínimo el humor de Julia Marini.

—En fin... al menos así tengo la oportunidad de fumarme un cigarrillo —dijo ella, sacando un vaporizador negro de su cinturón de herramientas y dando una profunda calada. Flotó en el aire un aroma dulce a frambuesa. Las concurridas calles del centro de la ciudad estaban a rebosar este sábado a la hora del almuerzo. De vez en cuando, el olor afrutado se mezclaba con los gases de escape de los coches. —Aun así, sería bueno que fuéramos lo más breves posible. Ahí dentro es el caos y no me gusta dejar tirado a mi primo.

—De acuerdo —dijo Emma—. Nuestras investigaciones han revelado que usted envió mensajes amenazantes a Elsa Vogel.

—Ya me extrañaba que no los hubieran mencionado en nuestro primer encuentro.

—¿Por qué no los mencionó usted?

Ella se encogió de hombros con indiferencia.

—¿De qué iba el asunto de los mensajes? —quiso saber Emma.

Julia Marini dio otra calada a su vapeador y soltó el humo lentamente. Luego dijo: —Estaba enfadada, obviamente. Me arrebató delante de mis narices el papel que me habría hecho famosa.

—¿Tan seguro era eso? —preguntó Alex.

—Si supiera algo del mundillo y tuviera alguna idea de qué famosos iban a estar en el estreno, no preguntaría eso.

—Dados sus mensajes y el hecho de que Elsa le arrebatara su futuro, seguramente comprenderá que tengamos que hacerle bastantes preguntas.

—Lo raro sería que no lo hicieran.

—Otra cosa que nos resulta extraña —empezó Emma— es que no nos dijera que mantuvo una relación con Silas Stein.

Ella sonrió levemente. —¿Se lo ha dicho él, verdad?

—¿Estuvo con él antes de que conociera a Elsa? —rebatió Emma.

—No —dijo Julia Marini con firmeza—. Teníamos algo de vez en cuando, pero nada serio y, por supuesto, nada oficial. Eso nunca ha ido conmigo.

—¿Y siguió con Silas incluso cuando él estaba con Elsa? ¿O tal vez retomaron la relación después de que rompieran?

—Ni lo uno ni lo otro —dijo—. He encontrado a otras personas con la misma mentalidad.

—Si no era oficial, como usted dice, ¿cómo podía saberlo el hermano de Elsa?

—¿Quizá ella se lo contó porque Silas se lo contó a ella? Silas siempre fue muy sensible y nunca supo ver el aspecto puramente físico como tal.

—¿Intentó entablar una relación con usted? —preguntó Alex.

—Casi cada vez que nos acostábamos.

—Entonces, ¿por qué seguía viéndose con él? —preguntó Alex.

—Porque quería divertirme. No es que yo le diera esperanzas. Las cartas estuvieron sobre la mesa todo el tiempo. —Guardó de nuevo su vaporizador—. ¿Hemos terminado?

—¿Le resultan familiares también estos mensajes? —preguntó Emma, sacando un montón de trozos de papel doblados del bolsillo de su abrigo y mostrándoselos a Julia Marini.

Ella echó un vistazo rápido a lo que estaba escrito. No hubo el menor movimiento en sus ojos, ni indignación ni ninguna otra emoción. Lo que leyó allí parecía dejarla fría. Unos instantes después, le devolvió los papeles a Emma. —¿Qué se supone que me dicen estos exactamente?

—Se los enviaron a Elsa. Como seguramente puede ver por la fecha de los primeros mensajes, fue poco después de que Elsa le arrebatara su gran papel, como usted dice.

—O poco después de que dejara a Silas —replicó Julia Marini—. ¿Creen que esos también los escribí yo?

—Díganoslo usted —dijo Alex.

—Yo les digo que tengo cosas más importantes que hacer que dejar que me acusen de matar a la que fuera mi mejor amiga.

—Su coartada no es precisamente de las que nos convencen de que no nos está mintiendo otra vez.

—Vayan a preguntar a la *Maison de l'Art* entonces.

—Ya lo hemos hecho. Nadie puede atestiguar que usted estuviera allí.

—Sea como sea. No mentí; simplemente no se lo conté todo.

—¿Entonces por qué no nos cuenta algo más ahora? —sugirió Alex.

—Está bien, si con eso consigo que me dejen en paz... ¿Que si estaba enfadada con ella? Sigo estándolo, y no, no me arrepiento de lo que le escribí. Era una zorra traicionera y no sabía comportarse...

—¿Sí? Continúe —la instó Emma.

—Simplemente no sabía comportarse —dijo Julia finalmente—. Claro que yo también miro por mí antes que por nadie, pero nunca le habría arruinado la oportunidad de su vida a mi mejor amiga.

Dicho esto, se dio la vuelta y entró de nuevo en la tienda.

—Vámonos —le dijo Emma a Alex, dándose la vuelta y dirigiéndose al aparcamiento, que estaba a unos buenos cien metros. Mientras el olor afrutado a frambuesa se desvanecía tras solo unos pasos y los gases de escape volvían a ganar terreno, el teléfono del trabajo de Emma sonó. Era Avci, uno de los colegas que trabajaban con ella en el caso.

—Un momento —dijo ella, echándose la mano al abrigo y sacando dos auriculares, uno de los cuales le dio a Alex. De ese modo, él podría escuchar la conversación, ya que poner el altavoz en público no era una opción. Se sentaron en un banco de madera bastante deteriorado y sin respaldo, que se encontraba entre un haya y un cubo de basura rebosante a un lado de la carretera.

—¿Qué tienes para nosotros? —Emma sostuvo el teléfono con la mano entre ella y Alex.

—Seguimos revisando los nombres de la lista de Robert Vogel. No es tan fácil localizarlos por teléfono ni encontrarlos en casa. Dos de ellos todavía viven con sus padres; a una, Betty Hamann, ya hemos podido interrogarla. No tiene contacto con Elsa desde hace un año. Y también ha dejado el ballet; ahora está haciendo una formación profesional como dependienta de comercio.

—¿Y los demás? —preguntó Alex.

—Hemos conseguido contactar con tres por teléfono al menos. El mismo resultado: ningún contacto con Elsa y ya no tienen nada que ver con el ballet ni con la danza en general. Por otro lado, tenemos noticias de la policía científica. Deberían llegaros en cualquier momento; acabo de reenviarlas.

El teléfono vibró en la mano de Emma.

—¿Han llegado?

—Sí, las estoy abriendo. Espera. —Sostuvo el teléfono de modo que Alex también pudiera leer.

—El ADN del ex coincide con las partículas de piel bajo las uñas de la víctima —dijo Avci—. El hacha de hendir de la mochila no es el arma del crimen. Gräfe ya dijo que deberíamos buscar un hacha de mano en su lugar. El patrón del corte no coincide lo más mínimo, y la sangre tampoco coincide con la de la víctima. Es sangre animal. Probablemente de venado.

—Era obvio que eso no nos llevaría a ninguna parte —dijo Alex.

—Eso habría sido demasiado sencillo.

—No es que un poco de suerte no nos viniera bien por una vez —rebatió Alex.

—¿Tienes algo más? —preguntó Emma.

—Los compañeros de informática han vuelto a comprobar los números de los mensajes anónimos. Todos provienen de un sitio web desde el que se pueden enviar SMS. Una empresa bastante grande. Todavía no les han concedido acceso; los operadores están poniendo muchas dificultades por motivos de protección de datos y, además, todo pasa por servidores en el extranjero. Incluso con una orden judicial, podría pasar mucho tiempo antes de que obtengamos alguna información por ese frente, si es que conseguimos alguna. Mejor no contar con ello por ahora.

—¿Tienes también alguna buena noticia? —preguntó Emma.

—Al menos se está abriendo algo parecido a una pista. Como sospechabas correctamente, los interrogados hasta ahora están todos registrados en la misma escuela de ballet que la víctima, o al menos lo estuvieron en algún momento.

—¿En la *Maison de l'Art*? —preguntó Emma.

—Exactamente.

—Íbamos a encargarnos de eso nosotros mismos en un momento —dijo Alex.

—Ahorraos la molestia. Klose ya va de camino hacia allí para preguntar un poco.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—No, eso es todo por ahora.

Emma le dio las gracias, colgó y se quitó el auricular de la oreja. Alex limpió el suyo en los pantalones y se lo devolvió. Ella arqueó una ceja y lo miró con aire interrogante mientras guardaba ambos dispositivos en su abrigo.

—Pro forma —dijo él—. Vieja costumbre de los ensayos con la banda en el pasado.

—¿Es que no te lavabas las orejas por aquel entonces?

—Claro que no, me habrían echado de la banda. Ducharse habría sido absolutamente nada punk.

Emma soltó una breve carcajada, luego se puso seria de nuevo. —¿Qué opinas de la nueva información?

—No hay mucho que decir al respecto. Lo que más me preocupa son los mensajes.

—Muestran diferencias lingüísticas. Pero en algunos puntos también hay paralelismos.

—Pero no con Julia ni con Silas.

—¿Podrían haber venido de su hermano?

—No, no lo creo.

—¿Por qué no?

—No tengo mucha idea de diseño web ni de código, pero lo que vi en el *Phönix Dom*, me refiero al breve vistazo que eché a su pantalla, era algo más que simplemente diseñar páginas web o programar aplicaciones.

—¿Desde cuándo sabes tanto sobre eso?

—Por Torben. Es una especie de programador. Prueba brechas de seguridad en cortafuegos y cosas así. Nuestra página web también es suya.

—¿Para vuestro combo de dos hombres?

—Sí. Me senté a su lado mientras la creaba para que no se pasara de frenada. Se maneja bien con los códigos, pero no tiene ni idea de diseño. En cualquier caso, a veces cambiaba y se ponía con su trabajo real. Y aquello se parecía casi exactamente a lo que vi por un breve momento en el portátil de Robert Vogel.

—O sea, quieres decir que si es tan bueno como crees, los números no deberían haber podido rastrearse hasta un servidor específico.

—Exactamente —dijo Alex y se levantó—. ¿Tienes hambre?

—No, pero comería algo de todos modos.

—Buena decisión. —Alex sonrió y se acercó a la ventanilla abierta de un puesto de comida para llevar—. Dos kebabs, por favor.

—¿Con todo? —llegó la pregunta desde el interior.

—Sí, por favor.

—Sigo sin creerme del todo lo que nos acaba de contar Julia —dijo Emma mientras se apoyaban en la pared de ladrillo, esperando la comida y observando el intenso tráfico—. Y de alguna manera me ronda la idea de que podríamos estar tratando de nuevo con alguien que asiste al perpetrador.

—Supongamos que es así; entonces diría que no funciona como en el último caso y la dinámica de roles está invertida. Que esta vez es una mujer quien mueve los hilos.

Emma vio cómo la mirada de Alex se quedaba en blanco; sus ojos estaban fijos en un punto que solo él podía ver. Su rostro parecía tenso, su frente ligeramente fruncida, como si estuviera en otro lugar. Quizá en el último caso, que claramente le había costado más de lo que quería admitir.

—¿Está todo bien? —preguntó ella.

—Sí —dijo él con cierta reserva—. Conmigo, al menos.

—¿Y con tu hermana y los niños?

—Mi hermana también está bien, creo. Al menos está haciendo de tripas corazón.

—Ha demostrado que sabe hacerlo.

—Por un lado, me culpo por haberle enseñado tanto en cuanto a defensa personal. Pero luego pienso que, si no lo hubiera hecho...

Emma le dio el momento que aparentemente necesitaba para procesar lo que se había quedado sin decir.

—Los niños suelen tener pesadillas —continuó él entonces—. Ella me lo contó ayer cuando estuve en su casa. Pedimos pizza, no hicimos nada especial. En realidad, quería ir a una cita, pero él le dio plantón. Estuvimos hablando durante mucho tiempo.

—Lo que pasó no es culpa tuya. Supongo que tendré que decírtelo más a menudo.

—Ni siquiera pienso eso. Aun así, me preocupa más que cualquier otra cosa. Paso mucho tiempo con los niños, todo el que puedo. Y entonces siempre están de muy buen humor, ríen mucho, se hinchan a hamburguesas hasta que se sienten mal y vuelvo a tener problemas con mi hermana. Pero aun así no me parece que estén del todo bien. Algo en sus ojos me dice que no son verdaderamente felices. Y ayer por la noche ambos se despertaron gritando. Parece ser así casi todas las noches.

—¿Cómo van las sesiones de terapia?

—Mi hermana dice que no muestran ningún signo evidente de TEPT. Su terapeuta cree que todo eso solo se manifestará más claramente dentro de unas semanas o meses.

—¿Has ido ya a ver a mi terapeuta? —preguntó Emma.

—Regularmente.

—¿Te ayuda?

—Si esa extraña mascota en el estante no me distrajera permanentemente, estoy seguro de que ya estaría curado —dijo bromeando.

—¿Esa vieja marioneta de doctor con las gafas grandes?

—¿Así que tú también te has fijado?

Emma tuvo que reír. —A mí también me distrae siempre. No me preguntes por qué tiene ese trasto ahí puesto. Pero desde luego no es por razones estéticas. Al menos eso espero.

—¿Quizá haya una intención psicológica detrás?

—O habla con ella cuando los pacientes salen de la habitación.

—Los terapeutas a menudo tienen ellos mismos un tornillo flojo —bromeó Alex.

—Casi con seguridad. —Emma pudo ver cómo Alex se ponía serio de nuevo.

—Si asumimos que Julia es la que maneja los hilos —dijo él—, entonces Silas podría haber cometido los crímenes porque ella quería que lo hiciera. Quiero decir, desde la perspectiva de un hombre enamorado, mucho es posible. Ella dijo que él quería algo más con ella y que lo rechazó. ¿Y si Julia realmente explotó eso después de que Elsa le arrebatara el papel?

—¿Quieres decir que fingió tener sentimientos por él de repente? ¿No crees que Silas se habría cuestionado eso?

Alex se encogió de hombros. —Para ser sincero, no. Cuando el amor está por medio, a los hombres a veces nos falta previsión.

Emma se mostró escéptica. —¿Pero cómo explicas entonces que Silas estuviera tan obsesionado con Elsa?

—Quizá Julia lo indujo a ello. Ella le promete su amor incondicional si él carga con las culpas por ella. Una especie de trato.

—¿Pero por qué nos habría dicho que estuvo en su casa esa noche? Ella lo niega, pero si es como tú piensas, él habría apoyado su versión. Quizá Silas no es tan fácil de manipular como crees.

—¿Dos kebabs? —llegó el grito desde el interior del puesto.

—Gracias —dijo Alex, cogió los dos kebabs, pagó y le extendió el suyo a Emma. Unos pasos más allá, se detuvieron junto a una de las tambaleantes mesas altas de plástico con un logotipo antiguo de Coca-Cola apenas visible y empezaron a comer.

—¿Cómo lo ves?

Alex suspiró. —No lo veo. No tenemos una pista clara de nuevo. Parte de ello suena plausible, pero aún nos faltan las pruebas para respaldar realmente los indicios.

Capítulo 14

EL telón se alza y el corazón se me acelera. Allí está ella, esa figura delicada. Comienza con un suave demi-plié; sus rodillas se doblan con una flexibilidad absoluta mientras mantiene la espalda perfectamente erguida. Su pie se desliza con elegancia hacia delante en un tendu, como si unos hilos invisibles tiraran de él hacia arriba.

Sus movimientos fluyen sin interrupción hacia un lento adagio, una danza armoniosa que revela gracia y control. En un arabesque perfecto, extiende la pierna tras de sí y yo contengo el aliento. Es como si estuviera buscando el equilibrio entre el cielo y la tierra. Me siento fascinado y, a la vez, conmovido por la serenidad de su rostro. Parece un ángel que planea sobre la tierra, con movimientos ligeros y divinos.

La música se vuelve más rápida y animada, al igual que sus movimientos. Con un ágil pas de bourrée, vuela literalmente por el suelo. Sus pasos son tan precisos, están tan sincronizados con la música, que parece flotar sobre el escenario. Mientras se prepara para un potente grand jeté, un gran salto, no puedo evitar maravillarme con admiración. En el punto más alto sobre las tablas, despliega sus alas de ángel y vuela por el aire, con la pierna delantera extendida y elegante. Es como si el tiempo se detuviera. El polvo de ángel resplandeciente, que sus alas han soltado al desplegarse, se posa sobre mi rostro.

Sus pies vuelven a posarse suavemente sobre el oscuro parqué y sé que se acerca el clímax de su actuación. Inicia una serie de fouettés, giros rápidos en los que su pierna oscila hacia delante y hacia atrás; cada rotación es más rápida y potente que la anterior. Su cuerpo es pura elegancia y fuerza. Estoy electrizado por su belleza. Gira más y más rápido, elevándose cada vez más con sus alas hacia el foco abrasador, donde completa su giro y, con los brazos extendidos, desciende lentamente hacia mí.

En medio de una lluvia de pétalos de rosa que caen del techo, ella se aproxima. Cierro los ojos y saboreo el cálido contacto de su aliento y el cosquilleo de los pétalos que caen sobre mi cuerpo.

Capítulo 15

—Ahí es donde estaba él cuando la asesinó. —Meyer, de la policía científica, señaló con su bolígrafo un punto frente al pequeño escenario. Al igual que con la primera mujer muerta, allí se veían huecos. Para Alex, la tenue iluminación del techo pintaba un cuadro más brutal que con la primera víctima. Aun así, la conexión era evidente, y no necesitaban decir en voz alta que se enfrentaban a un asesino en serie.

Las sombras, que reaparecían cada vez que el flash de la cámara de Silvia Wulle se apagaba, intensificaban la dantesca visión. El hecho de que la segunda víctima hubiera sido mutilada con más crueldad que la primera influía no poco en ello. Colgaba sobre el escenario en la misma postura y estaba igualmente desnuda, a excepción de unas bragas. Había sido atada con cables a las tuberías de desagüe que recorrían a la vista el techo de este sótano. A la derecha de la difunta, una de las tuberías había cedido un poco; un soporte se había soltado del techo de hormigón y yacía en el suelo frente al escenario, marcado con el número siete en un pequeño soporte de plástico.

Alex permanecía con el traje protector junto a Emma y observaba la escena con una mezcla de distancia profesional y angustia personal. Aunque el mono blanco protegía la escena del crimen de cualquier contaminación, no hacía nada para protegerle a él de la visión.

La mujer muerta colgaba de las tuberías con los brazos extendidos. Los cables se hundían profundamente en su piel, y su cuerpo estaba expuesto como una macabra obra de arte. La cabeza de la víctima estaba inclinada sobre el pecho, en el que se abría un agujero más grande y deforme que en el caso de Elsa Vogel. Las alas pegadas a su espalda también eran casi el doble de grandes.

—Falta el corazón —observó Emma.

—Sí —confirmó Meyer, alumbrando con su linterna el espacio vacío en el tórax—. Pero esta vez parece haberlo extraído de un tirón, a pesar de que aquí también ha seccionado las arterias limpiamente. —Dirigió el haz de luz del cuerpo al suelo y, pasando por delante de Emma y Alex, unos metros hacia el interior de la sala—. La sangre ha salpicado hasta allí.

Apagó la linterna y se volvió de nuevo hacia el cadáver. Los fogonazos de la cámara detrás de Alex proyectaban sombras hacia la zona del público.

La mirada de Alex seguía fija en el punto hacia donde la luz del investigador se había dirigido apenas unos segundos antes. No podía evitar pensar en el pasado. Muchos años atrás, había estado aquí en este escenario como cantante de una banda punk, lleno de energía y rabia contra el mundo. Por aquel entonces, no deseaba nada más que escapar de los estrechos límites de su pequeña ciudad natal. Recordaba cómo se había lanzado al público durante una actuación y cómo los fans lo habían llevado en volandas. Una sensación de libertad y pertenencia que nunca olvidaría. Intentó aferrarse a este recuerdo para soportar mejor la espantosa visión sobre el escenario. Pero la realidad se abrió paso de nuevo en su conciencia, desplazando aquel momento feliz del pasado. Lo que quedaba era la visión sin filtros de la sangre en el suelo. Se volvió hacia el escenario, enfrentándose a la realidad una vez más.

—¿Cómo ha podido salpicar la sangre tan lejos? —preguntó Emma.

—Solo me lo puedo imaginar de esta manera —empezó Meyer—: que, como he dicho, ha arrancado el corazón de un tirón, lo que significa que su brazo ha retrocedido y se ha detenido bruscamente con el órgano en la mano. Esa sería al menos una explicación para la distancia de las salpicaduras. Habría que analizarlas más de cerca para ver si las gotas impactaron en un ángulo determinado. Los bordes irregulares de la herida también sugieren una acción rápida. Pero a simple vista solo puedo especular. Estoy seguro de que Achim

podrá daros más información pronto. Parece que trabaja las veinticuatro horas.

En ese momento, Alex tampoco podía imaginar que fuera capaz de dormir esta noche. Le resultaba difícil desde que encontraron a Elsa Vogel. Sin embargo, aún no había sido capaz de decidirse a empezar el blister de somníferos que su terapeuta le había recetado.

—¿Cuánto tiempo lleva colgada aquí? —preguntó Emma.

Achim miró su reloj de pulsera. —Hemos fijado la hora de la muerte unas seis u ocho horas antes de que fuera descubierta; es decir, aproximadamente entre las cuatro y las cinco de esta madrugada. Las marcas de cortes en las muñecas causadas por los cables son un poco más antiguas. Quizá una o dos horas. Ciertamente no más.

—¿Quién la ha encontrado?

—El conserje, cuando estaba haciendo su ronda. Si quiere hablar con él, los compañeros de la judicial lo están interrogando arriba.

Emma encendió su Maglite, se puso en cuclillas y examinó los pies descalzos de la difunta.

Alex miró una vez más el rostro pálido. —¿Habéis enviado fotos de ella a los compañeros?

—Sí —dijo Meyer—. Sin resultados hasta ahora.

—¿Por qué tiene tanta sangre en la cara? Eso no pasaba con la primera mujer muerta.

—Supongo que se debe al asunto del corazón —dijo Meyer—. Como ya he dicho, lo ha arrancado de un tirón. La sangre suele salir disparada en todas direcciones en ese caso. Igual que si sacaras una esponja empapada de una bañera a toda velocidad. Salpica hasta el techo.

—Ya veo. Aunque Alex era reacio a acercarse más, lo hizo e iluminó el rostro exangüe desde diferentes ángulos con su Maglite. El lunar de su mejilla izquierda despertó recuerdos en Alex—. Me resulta familiar.

—Ella también es bailarina de ballet —dijo Emma, y cuando Alex la miró, supo a qué se refería—. Los pies.

—Igual que la primera víctima, solo que un pelín más deformados. Sus dedos gordos ciertamente no estuvieron siempre así de marchitos. —Emma se puso en pie. Su mono blanco crujió. Ella también examinó el rostro con atención—. La conocemos de las fotos del piso de Elsa.

—Entonces puede que incluso hayáis dado con la identidad más rápido que los compañeros de informática por una vez.

—Al menos sabemos quién podría conocerla —dijo Alex.

***

En el pasillo que bajaba al sótano de la sala de conciertos, Alex se había despojado de medio traje y había encontrado la foto en la que la mujer muerta era claramente visible. Ahora llevaba varios minutos intentando en vano localizar por teléfono a Julia Marini. A continuación, marcó el número de Silas Stein, quien, contrariamente a las expectativas de Alex, respondió al primer tono.

—¿Diga?

—Kuper, de la policía judicial de Bielefeld.

—No voy a hablar más contigo.

—Antes de que cuelgues, solo te pido un dato. ¿De acuerdo?

—¿Sin acusaciones?

—Ninguna.

Silas Stein se tomó un momento y luego dijo: —Vale. ¿De qué se trata?

—Me gustaría enviarte una foto. Es una prueba del piso de tu exnovia. Necesito saber si reconoces a alguien en la foto además de a Julia y Elsa.

—¿Para qué quieres saber eso?

—Solo necesitamos los nombres. Nada más.

—¿Nombres de quién? ¿Del asesino? ¿O de una nueva víctima?

—Por favor, limítate a mirar la foto.

La respuesta a eso llegó puntualmente con el fin de la llamada. Alex miró su móvil: conexión finalizada por el destinatario.

—Tío, ¿en serio? —Marcó el número de nuevo. Pero ahora saltó el buzón de voz inmediatamente.

—¿Y? —Emma subió las escaleras y se echó hacia atrás la capucha de su mono.

—Temperamentos artísticos. Nada más.

—¿Quieres que lo intente yo? —preguntó ella, ajustándose la coleta.

Alex estaba a punto de aceptar su oferta cuando ambos recibieron un mensaje en sus teléfonos de empresa.

—Parece que ya no necesitas mi ayuda —dijo Emma—. La mujer muerta ha sido identificada mediante reconocimiento facial como Emilia Austermann.

—Estaba en la lista del hermano de Elsa —recordó Alex.

—Era una de las que no pudimos localizar.

—Ahora ya sabemos por qué. Alex vio a Sergej Volkov, uno de los compañeros de la judicial que había interrogado al conserje, pasando por el final del pasillo. Alex lo llamó.

El compañero se acercó y, incluso a distancia, se le veía tan en forma que resultaba casi intimidante, lo que se debía a que en realidad pertenecía a la unidad táctica. Normalmente, ahora estaría pasando su tiempo libre entrenando, si no fuera por la redada antidroga de hace dos meses en la que había sufrido una lesión de hombro que había requerido dos operaciones y lo había relegado a la judicial por el momento.

—Buenos días —dijo con un breve asentimiento.

—¿Podrías resumirnos brevemente lo que te ha contado el conserje? —le preguntó Alex.

—No hemos sacado mucho más que unos pocos datos de él —dijo —. Ha llegado aquí poco antes de las diez y ha sido el primero en la escena. El lunes es día de cierre, así que se encarga de cualquier desperfecto del fin de semana. El propietario suele venir por aquí a última hora de la tarde. Tampoco se le puede localizar por teléfono ahora mismo. El conserje cree que todavía está durmiendo. Por lo que él sabe, ayer terminaron a la una, así que el último personal de barra, incluido su jefe, debería haberse marchado hacia las dos.

—Tiempo suficiente para que el autor entrara aquí sin ser visto.

—Eso es exactamente lo que ha pasado. —Sergej Volkov señaló la puerta al final del pasillo donde la científica estaba ocupada registrando pruebas—. Entró con una palanca.

—¿Alguna otra cosa? —preguntó Alex.

—Aparte del impacto y la descripción imprecisa de lo que habéis visto en detalle, no ha dicho nada más.

—Gracias —dijo Emma.

—De nada —respondió él y se marchó.

—¿Echamos un vistazo a la *Maison* ahora? —preguntó Emma—. Supongo que lograremos más en persona que por teléfono. Y quizás tengamos más suerte que nuestros compañeros y por fin tropecemos con la dueña. Se está dejando ver demasiado poco para mi gusto.

—Estoy de acuerdo. Y más tarde también deberíamos hacer que Silas Stein vuelva a aparecer, una vez que hayamos averiguado más sobre la víctima.

Emma miró el nuevo mensaje que le había llegado de la comisaría. —Emilia Austermann vivía en un piso compartido cerca de la universidad, junto con una tal Leyla Kaya.

—Entonces nos encargaremos de ella también.

Capítulo 16

Alex abrió la pesada puerta de cristal para que pasara Emma y la siguió al interior de la *Maison de l'Art*. Un suave timbre anunció su llegada. El área de recepción del estudio era de diseño espacioso y contaba con un elegante mostrador de roble tras el cual se sentaba una recepcionista amable de sonrisa impecable. Sobre el mostrador colgaba un cartel con el nombre del estudio en letras ornamentadas que recordaban a la caligrafía antigua.

La sala estaba decorada en tonos beige y dorados, y desprendía un aire de lujo y exclusividad. En las paredes colgaban fotografías enmarcadas de bailarines con diversos trajes y ante escenografías siempre cambiantes. Una de ellas mostraba a Emilia Austermann durante una actuación. En ella llevaba puestas unas alas de ángel similares a las que el asesino había clavado en la espalda de las víctimas.

Emma lanzó una breve mirada a su compañero. Él parecía igual de impresionado por la refinada atmósfera del estudio. Los suelos de madera pulida brillaban bajo la suave luz y la música llegaba desde una de las salas de ensayo, acompañada por el rítmico zapateo de los bailarines.

—Bienvenidos a la *Maison de l'Art*—dijo la recepcionista con amabilidad profesional—. ¿En qué puedo ayudarles?

Emma se acercó al mostrador y sacó su placa. —Buenas tardes. Me llamo Emma Bajetzky y este es mi colega Alex Kuper. Somos del Departamento de Investigación Criminal de Bielefeld y nos gustaría hablar con la dirección del estudio.

—Lo siento, no está disponible en este momento.

—¿Pero se encuentra en el edificio?

—Sí, aquí está.

—Entonces dígale, por favor, que la policía judicial está aquí y que la espera en el área de recepción —dijo Emma.

La expresión de la recepcionista perdió parte de su amabilidad inicial. Tras un breve momento de silencio, cogió el teléfono. —Por supuesto. Un momento, por favor.

Emma aprovechó la corta espera para seguir examinando la estancia. Junto al mostrador había un jarrón exquisito con lirios frescos cuyo aroma se extendía por toda el área. Unas cuantas sillas elegantes y una mesa baja con revistas de papel satinado completaban la escena.

Alex se situó a su lado y susurró: —Mola bastante cómo han montado este sitio.

Emma asintió. Notó que los ojos de la recepcionista se dirigían hacia ellos un segundo antes de volver a centrar su atención en el teléfono. —D'accord. Gracias. —Colgó y se dirigió de nuevo a ellos —: Les espera en su despacho. —Se levantó, se inclinó sobre el mostrador y señaló el pasillo que quedaba a su derecha—. Tienen que girar la esquina y es la segunda puerta a la izquierda.

Caminaron por el pasillo brillantemente iluminado, cuyas paredes estaban decoradas con más fotos y carteles de actuaciones pasadas. Las puertas de cristal de las salas de entrenamiento permitían vislumbrar el mundo del ballet.

En una de ellas, Emma vio a un grupo de bailarines moviéndose en absoluta sincronía. El sudor brillaba en sus frentes mientras se concentraban en las instrucciones de su estricto profesor. La música se oía amortiguada, aunque el rítmico golpe de sus pasos se percibía acompasado con ella. La elegancia y la gracia de aquellas personas resultaban verdaderamente impresionantes.

En la siguiente sala por la que pasaron, las luces estaban apagadas. El silencio y la oscuridad formaban un marcado contraste con la energía vibrante de la anterior.

Otra sala estaba iluminada pero vacía. La puerta estaba abierta. Los espejos a lo largo de las paredes reflejaban las barras de ballet y

el suelo recién fregado. El olor a limpiador con aroma a limón llegó a la nariz de Emma.

Al girar la esquina vieron la segunda puerta a la izquierda, que estaba marcada con una sencilla placa de latón: *Madame Beaumont – Directora del Estudio*, rezaba.

Emma llamó a la puerta. Una voz amortiguada les pidió que entraran, así que Emma abrió la puerta y entró en el despacho de Madame Beaumont. Estaba amueblado con gusto, con muebles elegantes y lámparas de pie que bañaban la habitación con una luz cálida e indirecta. Los grandes ventanales hacían que pareciera más abierto y espacioso. Tras un imponente escritorio se sentaba una mujer de mediana edad con rasgos afilados pero ojos amables. Un toque de lavanda y vainilla llenaba la estancia.

—Bienvenidos —dijo Madame Beaumont, poniéndose en pie—. Los estaba esperando. Soy Geneviève Beaumont. Por favor, tomen asiento.

—¿Sabe por qué estamos aquí? —preguntó Emma, sentándose en uno de los dos estrechos sillones junto a Alex.

—¿Es por Elsa Vogel? —supuso ella.

—Y por Emilia Austermann —añadió Emma.

—¿Perdón?

—Fue asesinada anoche —dijo Alex.

Geneviève Beaumont dejó caer los hombros un instante. Apenas un segundo después, volvió a corregir su postura. A Emma le pareció más un reflejo entrenado que una reacción intencionada. Al mismo tiempo, su expresión de preocupación se transformó en algo que parecía ira, aunque también lo ocultó de inmediato. —Y tan cerca de la función —dijo simplemente.

—¿Es todo lo que tiene que decir al respecto? —preguntó Alex.

—¿Qué más se supone que debo decir? ¿Si estoy conmocionada? *Naturellement*. Triste también, pero tengo un negocio que dirigir. No soy solo la dueña; también soy una de las *productrices* y he

invertido una gran cantidad de dinero y tiempo en la próxima producción. Más que en cualquier ocasión anterior. Así que ya ven, las actuaciones de esas dos eran cruciales para mí... ¿Creen que alguien quiere sabotearme?

—¿De esta forma en particular?

—Parece que no tienen ni idea de cómo funcionan los artistas.

—Entonces ilústrenos —dijo Alex.

—Lean un libro sobre el tema. Tengo otras preocupaciones... ¿Cómo voy a encontrar un reemplazo tan rápido? Especialmente para Elsa. El estreno es este fin de semana.

—¿No sería Julia Marini una opción? —planteó Emma.

—Así que ya la conocen —respondió ella, sin parecer muy complacida por el hecho—. Sí, originalmente se le había prometido el papel a ella.

—Eso no parece hacerle mucha gracia —dijo Alex.

—No me la hace. Julia es buena, pero no tiene ese algo especial, si me entienden. Ya les he dicho quién sí lo tenía.

—Si Elsa Vogel era tan buena como dice, ¿por qué no le dieron el papel de inmediato? —preguntó Emma.

—Se dejó distraer.

—¿Por qué?

—Su novio. Exnovio, más bien. Silas Stein. —Al mencionar su nombre, su rostro se contrajo como si algo le diera asco—. Él no era bueno para ella. Me costó todo mi poder de persuasión que se diera cuenta de eso.

—¿Le aconsejó que rompiera con él? —preguntó Emma.

—Ciertamente no era la única con esa opinión. Solo fui la única que lo dijo en voz alta, y tuve que rogarle de rodillas a Carlos, el director, para que la dejara audicionar para el papel una vez más. Casi había perdido la esperanza, pero finalmente accedió. Elsa estaba eufórica y agradecida. Está mejor sin Silas. *Croyez-moi*.

Todos mis artistas lo están, de hecho. Las relaciones son un obstáculo cuando uno quiere cumplir sus sueños.

—¿Ha disuadido a menudo a las chicas de ver a sus novios?

—No solo a las chicas. He tenido dramas épicos también con mis bailarines masculinos.

—¿Ha recibido amenazas de algún tipo recientemente? —preguntó Emma.

—¿Yo? —Ofendida, miró alternativamente a Emma y a Alex—. ¿Para qué? ¿Recibieron alguna Elsa y Emilia?

Ninguno de los dos respondió; se limitaron a esperar.

—Créanme cuando les digo —continuó Geneviève Beaumont— que yo no soy la siguiente. No estoy preocupada por eso, y ustedes tampoco deberían estarlo.

—Parece que le preocupan igual de poco las demás chicas de su escuela —dijo Emma—. Muy bien podría ocurrirle a otras.

—Dice eso como si fuera culpa mía.

—No, no intentamos sugerir eso —dijo Alex—. Simplemente nos sorprende que...

—Miren —le interrumpió Geneviève Beaumont—, yo no soy sospechosa en absoluto y no quiero que realicen investigaciones en mi establecimiento. Las próximas actuaciones son importantes. Ni yo ni mis bailarines podemos permitirnos que un miedo atroz nos distraiga.

—Ya hemos hablado con Julia Marini. ¿Es cierto que estuvo entrenando en su estudio el pasado miércoles por la noche?

—Puede que sea el caso. No estoy presente las veinticuatro horas del día.

—La señorita Marini nos dijo que tiene llave y que puede entrar y salir cuando quiera.

—Es correcto. A todos nuestros bailarines que tienen actuaciones próximas o que, como Julia, están entre los mejores, se les da la

oportunidad de entrenar tanto como deseen.

—¿Tienen también acceso al vestuario? —preguntó Emma.

—¿Se refiere al ropero? No, que yo sepa. ¿Por qué?

—¿Han tenido alguna vez una producción en la que aparecieran alas de ángel?

—Sí, hace dos años. ¿Por qué lo pregunta? ¿Qué tiene eso que ver con la muerte de esas dos?

—Solo seguimos una pista —dijo Alex. La información sobre las alas en la espalda de la primera víctima se había ocultado deliberadamente a la prensa. Cuánto tiempo seguiría siendo así tras el segundo asesinato, no obstante, era una incógnita.

—Sería de ayuda si pudiera facilitarnos los nombres de quienes poseen llave de sus instalaciones —dijo Emma—. Además, necesitamos una lista de todos los que reciben clases aquí, por favor.

—He dicho que deben concentrarse en sus actuaciones.

—Y debemos concentrarnos en nuestra investigación. Nos ayudaría si usted hiciera lo mismo —intentó Emma, probando un enfoque diferente.

—Mi respuesta no ha cambiado. Y creo que hemos terminado por aquí.

—Eso no era una petición —dijo Alex—. Estoy seguro de que es plenamente consciente de que está obstruyendo una investigación por asesinato en curso. Su reputación, o la de su escuela, nos resulta *totalement égal*; y me imagino que a las familias y amigos de las víctimas también. Queremos atrapar al responsable de los asesinatos. Podemos, por supuesto, regresar con una orden judicial y exigir todo lo que intenta ocultarnos, o puede darnos la lista con los nombres de todos sus alumnos.

—*C'est bon* —dijo Geneviève Beaumont indignada—. No hace falta ponerse tan grosero. —Se giró hacia su ordenador—. Estaré, por supuesto, *encantada* de imprimírsela. No obstante, le pido que no ande sospechando ni inquietando a todo el mundo por aquí.

—No estamos haciendo eso —dijo Emma—. Pero no podemos descartarlo por completo. Al fin y al cabo, ambas víctimas están conectadas entre sí y con su escuela.

—No somos una *escuela* —aclaró ella—. Somos una institución artística, un *établissement artistique*, y Elsa Vogel podría habernos devuelto a la cima. Nadie lo ha logrado en décadas.

—Hemos tenido una impresión distinta de sus éxitos hasta ahora —dijo Emma.

—Ciertamente, colocamos a buenos bailarines constantemente. Sin embargo, hace mucho tiempo que no somos *le numéro un*.

—¿Cuánto tiempo exactamente? —quiso saber Alex.

—Cuarenta y dos años. —La impresora junto al escritorio se puso en marcha con un zumbido. Ella miró más allá de Emma y Alex, apartando la vista de la pantalla—. *Lamentablemente no puedo* decirle el número exacto de meses y días.

—Con una idea aproximada bastará —replicó Alex con sequedad—. ¿Quién les ayudó a alcanzar aquel éxito entonces? ¿Fue usted?

—¿De verdad parezco tan vieja?

—La luz aquí dentro no es la mejor —dijo Alex.

Geneviève Beaumont le dedicó una mirada de desprecio. Luego volvió a mirar por encima de ellos y dijo: —Fue Helene Dubois.

—¿Es ella? —Emma siguió su mirada y señaló un viejo póster enmarcado detrás de ellos, que mostraba a una mujer captada a mitad de un salto, como si flotara en el aire.

—Sí —dijo ella, y apartó la vista de nuevo—. Y también se la puede ver en algunas de las otras fotografías. Seguro que se habrán fijado.

La impresora había terminado y, aunque las hojas estaban al alcance de Geneviève Beaumont, les hizo un gesto con un vago movimiento de la mano, como indicando que los dos investigadores podían coger las impresiones ellos mismos.

—Gracias —dijo Alex, poniéndose de pie. Cogió los papeles y empezó a revisar los nombres incluso antes de volver a su asiento.

—Helene Dubois aparece en una de las tarjetas de visita de la entrada —dijo Emma—. ¿Eso significa que trabaja aquí como profesora?

—Es una de nuestras mejores *Maîtresses de ballet*.

—Entonces seguro que habrá estado entrenando a las mejores —dijo Alex, sin levantar la vista de la lista.

—Lo hizo, hasta hace tres semanas —dijo Geneviève Beaumont con amargura.

—¿Está enferma? —insistió Emma.

—No. Cuando quiere tomarse un respiro de todo, lo hace. Siempre ha sido así. De un día para otro, sin decírselo a nadie. Semanas después, vuelve a aparecer como si nada. Y antes de que lo pregunten: no sé dónde está. Siempre ha tenido ínfulas de grandeza. Comparados con los suyos, los berrinches de Julia o de las otras chicas son *broutilles*.

—¿Podría alguien saber dónde se encuentra? —preguntó Alex.

—No.

—¿No tiene parientes? ¿Alguna pareja, hijos?

—No que yo sepa. Pero nunca hablaba de su vida privada conmigo ni con nadie más.

Eso le sonaba familiar a Emma al pensar en su superior. Se preguntó si aquí también habría algo parecido a un fondo común para aquel que lograra averiguar algo más sobre ella.

—¿De qué manera se manifestaban esas «ínfulas» de Julia? —preguntó Emma.

—Se cree mejor de lo que es. No me malinterpreten, es una de las mejores, igual que Emilia... *Bon sang*, a quién demonios voy a poner de reemplazo... —Tomó aire de forma profunda y teatral, y luego

continuó—: Deberían ver las miradas que le dedica a cualquiera que considere competencia.

—¿Había enfrentamientos ocasionales entre sus protegidas? —preguntó Emma.

—¿*Vous plaisantez*? ¡Por favor! Aquí están constantemente lanzándose pullas, intentando superarse unas a otras. Se podrían instalar cámaras y tendrían un culebrón de primera sin necesidad de guion, donde nadie se detiene ante los métodos más rastreros.

—¿De qué tipo? —preguntó Alex.

—Hace unos meses, una de ellas, Efgenia Christopoulos, se encontró cuchillas de afeitar en sus zapatillas de punta. De lo cual, desgraciadamente, no se dio cuenta hasta después de haber metido el pie izquierdo.

—¿Ocurren este tipo de cosas a menudo?

—No hasta ese extremo.

—No figura en la lista —observó Alex.

—No volví a verla después de aquel incidente. Su renuncia llegó por correo. *Por supuesto*, les daré sus datos de contacto.

—También nos gustarían los de los otros antiguos alumnos de los últimos dos años, y los del director, Carlos Romero —dijo Alex.

—*Mon dieu*. ¿Por qué no les preparo directamente una guía telefónica? No es como si tuviera otra cosa que hacer.

***

—No está precisamente bien dispuesta hacia nosotros —dijo Emma mientras volvían por el pasillo hacia la recepción. Se fijó en una puerta discreta que estaba entornada. Dentro, un hombre con mono azul estaba llenando un cubo de fregar con productos de limpieza. El conserje, tal vez.

—Pues a mí me ha parecido bastante agradable —dijo Alex, indicándole a Emma con un gesto que quería detenerse un momento con el conserje—. ¿Perdone? —preguntó asomándose a la puerta.

—¿Sí? —dijo el hombre fibroso, que debía de rondar los cuarenta. Estaba bien aseado, su ropa de trabajo estaba limpia y llevaba su espeso cabello engominado hacia atrás. Se enderezó y los miró a ambos alternativamente.

—Disculpe la interrupción —dijo Alex—. Somos de la comisaría de Bielefeld y estamos investigando el caso de Elsa Vogel y Emilia Austermann.

—También Emilia Austermann ahora —dijo él, con una expresión que transmitía pesar.

—¿La conocía bien?

—No más que a los demás por aquí. Aun así es triste. Al fin y al cabo eran muy jóvenes.

—Tampoco queremos entretenerle mucho —dijo Emma—. Pero ¿puede decirnos si por casualidad estuvo aquí el pasado miércoles por la tarde?

—¿Por qué iba a haber estado aquí? —la miró con escepticismo—. Trabajo de siete a cuatro y media. A menos que haya una emergencia, entonces vuelvo.

—¿Qué clase de emergencias? —quiso saber Alex.

—Que se funda un fusible o se rompan unos fluorescentes. A veces alguien se olvida las llaves.

—¿Le llaman para eso? —preguntó Alex.

El conserje sonrió. —Vivo cerca. No es gran cosa, y se paga como extra.

—Ya veo —dijo Alex.

—¿Le llamó algo la atención el jueves por la mañana? —preguntó Emma, con la esperanza de averiguar algo sobre la coartada de Julia Marini—. ¿Alguien olvidó o dañó algo, por ejemplo?

—No, no noté nada. La *Maîtresse de ballet* y sus alumnas se esfuerzan para que todo quede en orden.

—Ciertamente tiene el vocabulario técnico interiorizado —dijo Alex.

—Llevo trabajando aquí más de veinte años. Se le pegan las cosas después de un tiempo.

—Ya veo —dijo Alex—. Una última pregunta, y por favor no se lo tome como algo personal: ¿dónde estuvo la noche del miércoles al jueves, y anoche?

—El miércoles estaba en casa; ayer estuve pescando. Pesca nocturna. Lo hago a menudo. Nadie le molesta entonces.

—¿Dónde fue eso?

—En el Obersee.

—¿Estaba solo?

—Sí.

—Gracias por su tiempo —dijo Alex.

—No hay de qué —dijo el hombre amablemente.

Se despidieron y él volvió a su trabajo.

Al cruzar la puerta de entrada hacia el pasillo, Alex habló: —Tenemos que revisar las listas e interrogar a quienes tengan llave. Quizá alguien pueda confirmar la coartada de Marini.

—Y deberíamos preguntarle nosotros mismos qué estaba haciendo anoche.

Capítulo 17

—¿Hola? —preguntó Leyla Kaya a través de la estrecha rendija de la puerta de su piso.

—Bajetzky —se presentó Emma—. Este es Kuper. Mi compañero. Somos de la Policía Criminal de Bielefeld. ¿Podemos pasar?

—¿Qué ocurre? ¿Le ha pasado algo a Emilia?

—Por favor, déjenos entrar para hablar de ello.

—De acuerdo, pasen entonces —dijo Leyla Kaya.

Emma vio de inmediato que el piso compartido de Emilia Austermann y Leyla Kaya no guardaba parecido alguno con el de Silas Stein. El piso estaba bien iluminado y resultaba acogedor. Lámparas de techo y de pie, así como focos individuales, iluminaban el pasillo de una forma agradable y relajante. El aroma de hierbas frescas llegó a la nariz de Emma.

Los muebles, que parecían hechos a mano —una cómoda y una estructura para chaquetas, abrigos y zapatos—, reflejaban creatividad e ingenio.

—¿Los ha construido usted? —preguntó Emma.

—Junto con Emilia. —Cerró con cuidado la puerta tras los dos investigadores—. Hemos hecho mucho nosotras mismas aquí. —Hundió las manos en los bolsillos, como si intentara esconder los brazos enteros dentro de ellos—. ¿Van a decirme ya de qué se trata?

—¿Preferiría que nos sentáramos para hablar de esto?

—Conozco estas escenas de la televisión. Le ha pasado algo terrible a Emilia, ¿verdad? No volvió a casa ayer. He pasado toda la noche intentando localizarla. —Se le humedecieron los ojos—. Por favor, no me tengan más tiempo así.

—Lo sentimos mucho, pero falleció anoche.

La joven se quedó como si se hubiera convertido en piedra. Solo sus ojos brillaban, reflejando la luz de la lámpara de pie junto a la cómoda.

—Querrán ver su habitación —dijo entonces, y pasó por su lado hacia la puerta entreabierta al final del pasillo. Que alguien reaccionara con tanta entereza a una noticia así era inusual y, además, muy poco frecuente. Pero a veces ocurría que el choque lo paralizaba todo.

Los dos investigadores intercambiaron una mirada sombría y siguieron a la joven. Emma echó un vistazo a través de la puerta abierta de la cocina. Estaba amueblada con estilo, una combinación de armarios de diferentes colores que se complementaban entre sí. El aroma que había notado al entrar en el piso provenía de unas barritas de incienso que se consumían en macetas sobre el alféizar de la ventana, encima del fregadero.

—¿Están seguros de que es Emilia? —dijo Leyla Kaya mientras abría de un empujón la puerta de la habitación de su compañera de piso.

Emma alcanzó a ver el interior de la habitación contigua a la de Emilia Austermann. El cuarto de la compañera parecía un estudio, al menos en parte. A pesar del caballete, los numerosos marcos, lienzos y otros utensilios de pintura, reinaba un cierto orden y todo parecía dispuesto con esmero. Aunque las dos mujeres no parecían tener mucho dinero, habían logrado darle a su piso un toque único. Emma podía imaginar cuántas horas y cuánto esfuerzo habían invertido allí. De las paredes colgaban cuadros pintados a mano que contaban historias de sueños y viajes. Todo se sentía armonioso y bien pensado.

—¿Los ha pintado usted? —preguntó Alex.

—Sí. Estudio Historia del Arte —dijo ella.

—Son buenos.

—Gracias —dijo con apatía.

Cuando Emma entró en la habitación de Emilia Austermann, su mirada recayó de inmediato en el tablero de visión que había sobre el escritorio, adornado con fotos, postales y notas. Emma vio que la joven tenía una visión clara de su futuro. Todo en la habitación estaba ordenado; incluso la cama estaba hecha. No había ropa por el suelo ni platos sucios por ninguna parte. Las estanterías estaban ordenadas alfabéticamente y el armario de color azul claro era una pieza antigua, decorada con pequeñas pegatinas de diamantes. Sobre el escritorio había un portátil. Al lado, un cuaderno abierto que contenía planes de entrenamiento y listas de tareas pendientes.

Emma sintió una punzada de pesar. Emilia Austermann debió de ser una persona ambiciosa y con talento que perseguía sus metas con disciplina y pasión. Todo aquello había terminado de forma trágica. Emma se obligó a reprimir sus emociones y se concentró en los detalles que pudieran ayudar en la investigación.

Mientras seguía inspeccionando la habitación, reparó en una foto sobre la cómoda. Mostraba a Emilia en un escenario, presumiblemente durante una actuación musical o un ensayo. La expresión de su rostro estaba llena de alegría y orgullo. Detrás de ella, eran claramente visibles las mismas alas de ángel que el perpetrador le había colocado en la espalda. Era la misma foto que habían visto en el pasillo de la escuela de danza.

Leyla Kaya se situó al lado de Emma. —Ese era su mayor sueño. Quería ser artista de teatro musical.

Sorbió por la nariz y Emma vio que la mujer estaba a punto de romper a llorar. Parecía que solo ahora le había calado de verdad la noticia de la muerte de su amiga. Por encima de ella, miró a Alex, que señaló el estrecho sillón que había junto a la ventana, en la esquina.

—¿Le gustaría sentarse un momento? —preguntó Emma con un gesto en esa dirección.

Con los labios temblorosos, Leyla Kaya se dio la vuelta y dejó que Emma la escoltara hasta el sillón. La investigadora se sentó frente a

ella, en el borde de la cama, mientras Alex inspeccionaba la habitación con más detenimiento.

—¿Cómo ha muerto?

—Todavía no podemos decir nada sobre las circunstancias exactas. Sin embargo, no descartamos que haya habido violencia.

—¿Quiere decir que ha sido asesinada? —Las últimas palabras salieron de su boca con dificultad. Las lágrimas rodaban por sus delicadas mejillas.

—Ese es el estado actual de nuestra investigación.

Sus codos descansaban sobre el alto respaldo del sillón. Ensimismada, apartó la mirada de Emma y se quedó mirando por la ventana.

—¿Puede decirnos si se ha comportado de manera diferente a lo habitual últimamente?

—¿Por qué alguien haría algo tan terrible? —preguntó en lugar de responder, mirando a Emma con aire suplicante.

—Sabemos que esto es difícil para usted. Por eso, le pedimos que conteste a nuestras preguntas lo mejor que pueda. ¿De acuerdo?

—Sí. Lo siento.

—No pasa nada —dijo Emma y repitió su pregunta.

—Estaba un poco más nerviosa de lo habitual, tal vez. No estoy del todo segura. Últimamente he estado muy ocupada con la fecha de entrega de mi portafolio. Tiene que estar terminado en dos semanas y voy un poco retrasada. Por eso estoy en casa todo el tiempo, pintando.

—¿Mencionó Emilia por casualidad si alguien la había amenazado o si se sentía amenazada?

—No.

—¿Tenía una relación estable?

—No tenía tiempo para eso —gimió Leyla—. Tenía tres trabajos para poder permitirse esta habitación y las clases de ballet. Además de eso, daba clases de canto por su cuenta, que no son baratas.

—¿Sabe dónde trabajaba? —preguntó Alex, preparado para anotar la información.

—En la gasolinera Sparren-Tank, en la caja del LIDL y los fines de semana tras la barra en el Gleishalle.

—¿Siete días a la semana? —insistió Alex.

—Casi siempre —dijo ella—. No sé de dónde sacaba la energía para ello.

—¿Trabaja usted también, además de sus estudios?

—No —dijo con tono de culpabilidad—. Mis padres me mantienen para que pueda concentrarme plenamente en mis estudios.

—¿Dónde recibía las clases de canto? —preguntó Emma.

—Me temo que no lo sé.

—Quizá encontremos alguna pista al respecto aquí —dijo Alex—. ¿Le parece bien que echemos un vistazo más de cerca por aquí?

—Claro.

—¿No habrá visto por casualidad el teléfono móvil de su amiga? —preguntó Alex.

—No. —Miró la mesilla de noche al cabecero de la cama, sobre la que descansaba una novela romántica—. Se lo habrá llevado, si no, estaría ahí.

Alex usó su teléfono oficial para tomar una fotografía de la foto de la cómoda.

—¿Quiere que contactemos con alguien para que se quede con usted? —preguntó Emma.

—No necesito a un psicólogo, si es a lo que se refiere —dijo ella—. Si no les importa, preferiría irme a mi habitación ahora.

Después de que hubiera salido de la estancia, Emma pudo oírla llorar en la habitación de al lado. Respiró hondo mientras se ponía los guantes azules desechables y empezaba a registrar la cómoda.

Alex hojeó el diario que había sobre el escritorio. —Llevamos dos asesinatos, y no creo que me arriesgue mucho si digo que nos enfrentamos a un mismo perpetrador. Julia Marini tiene claramente una conexión con ambas víctimas. En el caso de Silas Stein, aún no lo sabemos. Pero cualquier otro de la escuela de ballet también podría ser sospechoso. Los compañeros han estado revisando la lista de Robert Vogel y una cosa está clara: todos se conocían. Vamos a tener que interrogar a todo el mundo en la comisaría otra vez...

—Así que podría haber sido alguien que quisiera quitarse de en medio a la competencia.

—O un fan o admirador enloquecido.

—Buscando a su propio ángel personal.

—Algo así.

—¿Has encontrado algo ya que respalde alguna de nuestras teorías? —le preguntó a Alex. Aparte de ropa interior, pijamas y un buen arsenal de cinta adhesiva, tiritas, vendas y tres cajas de ibuprofeno, no había nada más en la cómoda.

—Teniendo en cuenta todo lo que hay escrito aquí, me sorprende que aún tuviera tiempo para dormir —dijo Alex, justo cuando Emma volvía a cerrar el cajón inferior.

—¿Hay algo ahí sobre las clases de canto? —preguntó ella, caminando hacia el armario. Las puertas se abrieron con un leve chirrido.

—No mucho. Los jueves de cinco a seis de la tarde pone «Canto». Sin dirección, sin nombre. Lo mismo ocurre con el ballet. Según lo permitieran sus turnos, pone «Danza». A veces una hora, a veces dos o más. No hay actividades de ocio anotadas; todo lo demás está ligado al trabajo.

—Lo supeditó todo a su sueño. —Emma volvió a cerrar el armario, cuyo contenido no había revelado más que el hecho de que Emilia Austermann tenía un gusto por la ropa bastante moderno y sus zapatillas de punta alineadas con esmero en filas sobre el suelo.

—Deberíamos llevárnoslo y que informática lo evalúe —dijo señalando el portátil.

—¿Crees que recibió correos electrónicos amenazantes?

—Quizá. Aunque en el caso de Elsa Vogel, solo encontramos mensajes en WhatsApp y otras aplicaciones de mensajería. Pero tal vez las usara también en su versión de escritorio.

Capítulo 18

BAJO el suave resplandor de la luz que cae delicadamente sobre el escenario, la observo moverse con una gracia que me cautiva. Sus movimientos son fluidos, y cada paso se funde con el siguiente sin fisuras. Es más musculosa que las demás, pero aun así resulta grácil y elegante. Cada fibra de sus músculos ejecuta los movimientos a la perfección. Su larga cabellera negra, recogida en un moño, contrasta con nitidez con su vestuario de seda blanca, que ondea con cada movimiento. Sus ojos traslucen una determinación serena. Con cada salto y cada giro, parece desafiar la gravedad.

Gira en elegantes piruetas, trazando con los brazos suaves arcos en el aire. Su pie derecho, envuelto en seda, se mantiene con tanta seguridad sobre la punta que apenas parece rozar el suelo.

Oculto en la oscuridad del auditorio, sigo cada uno de sus movimientos. No puedo apartar los ojos de ella; soy cautivo de la belleza de su danza.

—¡Alto! —Una voz tajante destruye cada ápice de la gracia que irradiaba hace apenas un instante.

El director, un hombre de cabello canoso, se levanta de entre el público y da palmadas. —¡No!

Ella respira con dificultad, con la mirada fija en el hombre que camina impaciente hacia ella. —Eso no ha estado bien —dice él—. Más sentimiento. Mucho más. Otra vez desde el principio. Vamos.

Ella baja la cabeza con humildad mientras este intruso vuelve a sentarse en su sitio y, en la oscuridad, se convierte en nada más que una silueta que estropea la imagen de conjunto.

Pero la determinación centellea en sus ojos. Respira hondo, vuelve a erguirse y recupera su posición inicial. Las demás bailarinas hacen lo mismo. Siento la tensión en el aire. Cuando la música empieza de nuevo, baila con una intensidad sin precedentes que llena la sala y

me llega al alma más profundamente que nunca. Y entonces vuelvo a verla a ella sola en el escenario. Veo cómo baila solo para mí y hace que me olvide de todo y de todos los que me rodean.

Capítulo 19

Alex dejó que la puerta se cerrara con un clic tras irrumpir en la sala de interrogatorios. Estaba amueblada de forma sobria y funcional; sin distracciones, sin detalles innecesarios. Una mesa, dos sillas, un espejo unidireccional en la pared. Emma ya estaba sentada allí, hojeando sus notas. La iluminación de neón bañaba todo con un resplandor crudo e implacable. Ya era la tercera entrevista de hoy, la tercera persona de la lista de Robert Vogel a la que habían citado para interrogar. Los dos primeros no habían aportado ninguna información que no tuvieran ya. El hecho de que ambos entrevistados admitieran haber sentido envidia del éxito de Elsa no suponía realmente ninguna sorpresa. De la conversación con Efgenia Christopoulos, que ahora estaba sentada frente a ellos, Emma esperaba obtener algo más de información, dada la historia de las cuchillas de afeitar en sus zapatillas.

Su figura esbelta y su postura delataban su formación en el ballet. Incluso sentada, seguía emanando esa gracia típica, lo que quizá explicaba por qué parecía tan fuera de lugar en aquella sala. Parecía nerviosa; sus dedos jugueteaban con un mechón de pelo que se había escapado de su moño. Sus ojos daban saltos entre Alex y Emma.

—Señorita Christopoulos —comenzó Alex, tomando asiento e inclinándose hacia delante—, gracias por dedicarnos su tiempo hoy.

—En realidad no he tenido mucha elección, ¿verdad? —preguntó ella con inseguridad.

—Me imagino que le pone nerviosa estar sentada aquí —dijo Alex con una sonrisa cálida—. Crea que solo hemos elegido este lugar para ahorrar tiempo por nuestra parte.

—Vale. —Miró a los dos agentes por turno, con vacilación.

—Estamos investigando los asesinatos de Elsa Vogel y Emilia Austermann. —Alex pudo ver cómo la palidez cubría su rostro, y su postura perdió la tensión de forma notable—. Esto debe de ser un golpe para usted —señaló él.

—¿Qué ha pasado? Esas mujeres asesinadas que han salido en las noticias... ¿son...?

—¿Podría, por favor, limitarse a responder a nuestras preguntas primero? —intervino Emma.

—Sí, perdón, lo intentaré —dijo Efgenia Christopoulos, enderezando la espalda.

—¿Las conocía bien a ambas? —preguntó Emma.

—Solo del baile. No nos veíamos fuera de clase.

—¿Es usted esta? —preguntó Alex, sacando del archivo una de las fotos del piso de Elsa Vogel y deslizándola hacia ella. Una vez más, su postura perdió parte de su compostura.

—Sí —dijo ella, apenas audible.

—La foto la muestra con Elsa Vogel y Julia Marini —dijo Alex, poniéndole dos más bajo la nariz—. Aquí se ve claramente que está fuera con ellas dos en un entorno privado.

—Esas fotos son bastante antiguas —dijo ella con evasivas, haciendo un gesto amplio sobre las imágenes que Alex acababa de presentarle—. Quiero decir, sí, antes quedábamos. Unas cuantas veces. Pero no duró mucho.

—¿Por qué no? —preguntó Emma.

—Porque no nos llevábamos bien —dijo ella, y Alex creyó notar que prestaba más atención a Julia Marini que a Elsa Vogel mientras miraba las fotos.

—¿Con quién diría que se llevaba peor? —preguntó Alex.

—Con Julia —respondió Efgenia Christopoulos sin dudarlo, y luego apartó la vista de las imágenes. Ya no parecía asustada, sino

indignada. Aunque intentaba ocultarlo con su postura, Alex se dio cuenta.

—¿Por qué? —preguntó él, y cuando ella no respondió, insistió— ¿Fue ella quien le puso las cuchillas de afeitar en las zapatillas?

Efgenia Christopoulos lo miró, y la ira se encendió en su interior. —¿Cómo sabe eso?

—Esa información nos ha llegado en el transcurso de la investigación.

—Desde luego no ha sido por ella. Y sí, creo que lo hizo ella.

—¿Qué motivo podría haber tenido ella para hacerle algo así? —preguntó Emma.

—Porque yo era mejor que ella. Fue hace un año y me arruinó la vida. Iba por el buen camino y ahora... ahora simplemente es doloroso.

—¿Fueron tan graves las lesiones? —preguntó Emma.

—El dolor emocional es peor. Yo solo quería bailar y no pensaba en la competición ni en los celos. Hasta el día en que metí el pie en esa zapatilla. A partir de entonces, me di cuenta de que había sido una ingenua y que esas supuestas amistades no eran reales.

—¿Le ha dado la espalda a ese mundo o está ahora en una escuela diferente? —preguntó Alex.

—No me he vuelto a calzar unas puntas desde entonces —dijo ella, hundiéndose un poco. Su ira parecía haberse evaporado. Miró con tristeza las fotos que tenía delante y luego volvió a alzar la vista hacia ellos dos.

—¿Ha recibido alguna amenaza recientemente? ¿O hay alguien que le transmita malas vibraciones? —Tenían que hacer estas preguntas, ya que, al fin y al cabo, ella figuraba en la lista de Robert Vogel.

—Nadie, excepto Julia.

—¿Siente que la están siguiendo?

—¿Debería?

—Probablemente no, pero tenemos que considerar todas las posibilidades.

—Ya nadie me amenaza —dijo, mirando más allá de ellos dos mientras hablaba.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Que la amenazaron alguna vez?

—Solía recibir mensajes de números desconocidos, hasta que pasó lo de las zapatillas. Después de eso, pararon.

—¿Aún conserva esos mensajes? —preguntó Alex.

—No. Ni siquiera tengo el teléfono que tenía entonces.

—¿Qué tipo de mensajes eran?

—Cosas como: «Tonta de mierda, pronto dejarás de robarle el protagonismo a cualquiera». Y otras cosas por el estilo. No recuerdo la redacción exacta. Quizá lo he bloqueado. Ya no quiero pensar más en ello. —Entonces les miró casi con amargura—. Saben, por aquel entonces pensé que todos esos mensajes podían haber venido perfectamente de Julia. Esa era siempre su actitud hacia todas las demás chicas. Y si creen que ella tiene algo que ver con las muertes de Elsa y Emilia, solo puedo decirles que no me sorprendería en absoluto.

***

Emma se inclinó hacia delante y fijó su mirada en Lukas Becker, que también figuraba en la lista de Robert Vogel. El bailarín estaba sentado erguido en la silla, con su pelo rubio cayéndole sobre la cara y sus pómulos prominentes resaltando al apretar la mandíbula. Sus ojos azules centelleaban de fastidio, y Emma podía sentir el resentimiento que emanaba de él. Se pasó una mano por el pelo, luego apoyó los antebrazos en la mesa y se inclinó hacia delante en un gesto conspirador.

—Está perdiendo la cabeza por completo. Incluso me dio una bofetada una vez —dijo aquel hombre atlético de unos veinticinco años—. Efgenia no es, desde luego, la primera que ha sufrido bajo su mando, y no habrá sido la última.

—¿Y cuánto está sufriendo usted por ella? —preguntó Alex.

—En absoluto —replicó, recostándose de nuevo, retirando las manos de la mesa y dejándolas descansar en el borde—. Solo me irrita que siga rondando por aquí. Me alegré mucho de que Elsa la reemplazara, y ahora tengo que lidiar con Julia otra vez.

—¿Por qué le dio una bofetada? —preguntó Alex sin rodeos.

—Porque no está bien de la cabeza.

—Eso ya lo ha dicho —aclaró Alex.

—No puedo decirlo las suficientes veces. —Se inclinó hacia delante de nuevo—. Es decir, imaginen por qué lo hizo.

Les miró como si esperara a que uno de ellos le dijera que siguiera con la historia. Emma le hizo el favor. —¿Por qué lo hizo?

—Porque yo tuve un mal día. Todo el mundo los tiene, ¿no? No acababa de pillar la coreografía y estaba totalmente harto por eso. Me habló de ello en el aparcamiento del estudio después de los ensayos. Dijo que había quedado como una completa idiota delante de todos por mi culpa. Le pedí perdón, pero su respuesta fue esa bofetada. En ese momento, no supe cómo reaccionar. Dijo que no volviera a hacer eso nunca más, o de lo contrario se encargaría de que nunca volviera a disfrutar del baile. Como si pudiera hacerlo después de una jugada así.

—¿Habló con ella después de eso? —preguntó Emma.

—Lo habría hecho si no estuviera tan seguro de que no servía absolutamente de nada. Además, Julia se ha asegurado en más de una ocasión de que buenos bailarines dejaran no solo nuestra escuela, sino también su pasión.

—¿Habla de alguien en concreto? —preguntó Emma.

—Aparte del asunto de las cuchillas de afeitar en las zapatillas de Efgenia, últimamente ha habido más y más *accidentes*, sobre todo en las últimas semanas.

—Y usted no cree que fueran accidentes —dijo Alex.

—Claro que no. Quiero decir, no eran tan obvios como las cuchillas, pero aun así eran extraños. Zapatos que de repente se rajaban mientras bailabas, escaleras resbaladizas fuera de los pisos...

—Estamos en otoño. Hiela de vez en cuando —dijo Emma.

—Puede ser. Aun así me parece raro y estoy seguro de que Julia está detrás de ello.

—¿Hay alguna prueba que respalde sus acusaciones? —preguntó Emma.

—Julia no es tonta. Pero estoy seguro de que Elsa y Emilia encontraron pruebas que la incriminan.

—Eso me suena más a una teoría conspirativa —dijo Alex.

—Y probablemente haya algo de verdad en muchas de ellas —dijo Lukas Becker.

—¿Está tratando de decir que cree que Julia es responsable de los asesinatos de las dos mujeres?

—Responsable, sí. Probablemente no los llevó a cabo ella misma. —Miró a Emma y Alex como si supiera quién podría haberlo hecho en su nombre.

—¿En quién está pensando? —preguntó Alex.

—Creo que fue el ex de Elsa. Silas Stein.

—¿Por qué cree eso? —insistió Emma.

—No está muy bien de la cabeza.

—Esto empieza a sonar un poco trillado —dijo Alex—. ¿Quién a sus ojos *está* bien de la cabeza? Quizá podamos terminar antes haciendo esa lista.

—En estos círculos, a todo el mundo le falta un tornillo. Seguro que a mí también, pero yo no hago daño a nadie.

—No —aclaró Emma—. Usted solo acusa a otros de doble asesinato.

—Silas Stein es definitivamente a quien buscan. Siempre andaba merodeando por el estudio esperando a Elsa.

Nadie nos había dicho nada de eso, pensó Emma. —¿Dónde exactamente?

—En el aparcamiento cerca de la escuela. Está a la vuelta de la esquina, a una calle de distancia. Se puede aparcar allí gratis por las noches. Yo lo hago a veces cuando no queda sitio en la escuela. A menudo le veía merodeando por allí, y hace dos semanas —quizá fueran tres— escuché a Elsa y a él discutiendo. En realidad, ni siquiera debería haber estado allí, pero tenía que escuchar un mensaje de voz de mi hermana. Incluso a doble velocidad, tardo al menos cinco minutos en escucharlo. En cualquier caso, oí que los dos hablaban del futuro de Elsa. O mejor dicho, él era el único que hablaba. Dijo que había encontrado la solución adecuada. Una para que pudieran volver a estar juntos. Elsa no quería eso, le hizo saber que no había nada que pudiera hacer para que cambiara de opinión. Ella no quiso escuchar lo que él tenía que decir, se metió en su coche y se fue.

—¿Qué hizo Silas Stein entonces? —preguntó Emma.

—Caminaba de arriba abajo, agitado. Luego se fue calle abajo.

—¿Hacia el estudio?

—Creo que hacia el tren. Pasa por el Niederwall.

***

Alex observó a Sophia Winterfeld. Sus brazos y hombros musculosos sugerían que no se dedicaba exclusivamente al ballet, sino que iba al gimnasio a hacer entrenamiento de fuerza con

regularidad. Su pelo oscuro estaba recogido y sus ojos castaños brillaban con confianza.

Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y estaba recostada de forma casual, como para demostrar que no tenía nada que ocultar. Alex recordó la foto del piso de Elsa, que la mostraba posando junto a las otras bailarinas del conjunto. El hermano de Elsa se la había presentado como una de las sospechosas de la lista. Además, ella también poseía su propia llave del estudio.

—Estuve en el cine esa noche —dijo en respuesta a la pregunta de dónde había estado el pasado miércoles por la noche y en la noche del domingo al lunes—. Y después volví a casa de mi novio. Estuvimos juntos hasta la mañana siguiente. El domingo también estuve en su casa toda la noche.

—¿Cómo se llama su novio? —preguntó Emma.

—¿Quieren comprobarlo?

—Puro trámite —dijo Alex.

—Arvid Meinhardt.

Alex garabateó el nombre en su cuaderno. Emma levantó la vista de los jeroglíficos hacia Sophia Winterfeld y estaba a punto de hacer la siguiente pregunta cuando la mujer tomó la palabra. —Él también podrá confirmarles que me están siguiendo.

—¿Desde cuándo sucede eso? —preguntó Emma, sorprendida.

Se balanceó de adelante atrás como si quisiera usar el respaldo como trampolín para lanzarse hacia delante. Se inclinó y dijo: —Desde hace unos días.

—¿Y la noche que estuvo en el cine?

—No, entonces no, creo. Pero no estoy segura. Quizá lleva pasando más tiempo y solo me di cuenta el sábado.

—¿Dónde estaba el sábado cuando pensó que la seguían?

—Realmente había alguien.

—La creemos —dijo Emma—. Por favor, cuéntenoslo.

—Era tarde, las once quizá, y acababa de salir del estudio para ir a casa. Normalmente no tengo problema con eso; vivo a menos de cinco minutos y me gusta caminar. Esta vez oía constantemente pasos detrás de mí. No directamente detrás, más bien como si los míos crearan un eco. No suelen hacer eso. Pero cada vez que me daba la vuelta, no se veía a nadie. ¿Conocen el camino desde el estudio más arriba hacia Bethel?

Emma asintió.

—Hay unos cuantos rincones oscuros allí. Podría haberse escondido fácilmente en las sombras. No me malinterpreten: no tenía miedo ni nada de eso, creo que habría podido defenderme de un atacante. Pero desde que me enteré de la muerte de Emilia, tengo que admitir que estoy asustada. Y cuando llegaron esos mensajes anoche, estuve a punto de llamar a la policía.

—¿Podemos ver esos mensajes, por favor? —solicitó Emma.

—Claro —dijo ella, sacando su teléfono y mostrando una ventana de chat en WhatsApp. El número no estaba guardado. No estaba en el teléfono, ni Emma se había topado con él durante la investigación hasta el momento. Pero el contenido era casi idéntico al que habían encontrado en el teléfono de Elsa Vogel.

—¿Lleva recibiendo estos mensajes desde anoche? —insistió Emma—. ¿No los recibió antes y los borró?

—No —dijo ella con firmeza—. Rotundamente no.

—¿Conoce a Silas Stein? —preguntó él.

—Sí, solía andar por aquí para recoger a Elsa, y a menudo estaba cerca de ella fuera de eso. A veces charlábamos —dijo y rio brevemente—. Pero es inofensivo. Claro, es inquietante a su manera. Al parecer, o eso decía el rumor, acosaba a Elsa, pero seguro que no me estará siguiendo a mí. E incluso si lo hiciera, dudo que lograra esconderse cada vez que me doy la vuelta.

—¿Se le ocurre alguien más que pueda querer hacerle daño? ¿Un amante despechado, quizás? —preguntó Emma.

—Llevo con mi novio desde los catorce años y, que yo sepa, no hay nadie más que quiera nada conmigo.

Capítulo 20

Hoy, se saltaron el almuerzo y se conformaron una vez más con una serie de aperitivos de la máquina expendedora que había fuera de la sala de reuniones. Emma y Alex se sentaron con su superior, el inspector jefe Krüger, en las mesas de la primera fila, mientras los demás colegas estaban ocupados con más entrevistas a las personas de la lista de Robert Vogel. La fiscal Aufderheide se inclinó sobre el podio apoyándose con ambas manos.

—¿Cuáles de las personas de la lista van a la misma escuela de danza? —preguntó Krüger.

—Todas —dijo Alex.

—¿Cuándo llegan nuestros dos principales sospechosos? —preguntó ella a continuación.

—Silas Stein en la próxima media hora —respondió Emma—. Aún no hemos podido localizar a Julia Marini; los compañeros no han podido encontrarla en su casa, en la universidad ni en la barbería de su primo.

—¿Por qué no citasteis a esos dos primero, dado que llevan bajo sospecha bastante tiempo?

—Porque necesitábamos más información sobre ellos —explicó Emma.

—¿Ha valido la pena? —preguntó también Krüger ahora.

—Sí —intervino Alex de nuevo—. Julia Marini no ha salido bien parada con dos de las personas a las que hemos entrevistado.

—¿Y el resto? —insistió Aufderheide.

—Ni una cosa ni la otra —dijo Alex—. En cambio, tenemos nuevos mensajes amenazantes. Con Sophia Winterfeld, ocurre algo similar a lo de Elsa Vogel y Emilia Austermann. —Alex les acercó varias hojas de papel que había impreso anteriormente—. Arriba encontraréis la

información más reciente de la policía científica informática. Los mensajes proceden del ordenador portátil de Emilia Austermann. Utilizaba WhatsApp como aplicación de escritorio. Aunque no podemos ver los mensajes más recientes, sí vemos todos los demás hasta la última sincronización el domingo por la tarde a las siete y veintitrés. Informática todavía está comprobando los números. No coinciden con los que tenemos hasta ahora. Pero como el contenido es similar, podrían ser del mismo autor y, por tanto, del mismo proveedor.

—Lo que significa que volverían a ser dirigidos a través de un servidor en el extranjero —dijo Krüger.

—En otras palabras —comenzó Aufderheide—, no vamos a encontrar nada que nos lleve al autor.

—Probablemente no —admitió Alex.

A Emma le habría gustado añadir que creía que sería una buena idea poner a Sophia Winterfeld bajo protección policial. Pero sabía que Aufderheide no podía autorizarlo, aunque hubiera querido. Tenían muy poco a lo que agarrarse. Ningún juez de la ciudad concedería protección policial las veinticuatro horas del día basándose en mensajes que ni siquiera amenazaban explícitamente con un asesinato o un acto de violencia. Tampoco lo harían basándose en la preocupación de la mujer, que no hacía más que sentir que la seguían sin tener ni el más mínimo rastro de prueba. Sin embargo, no debía dejarse de mencionar una posibilidad: —Dada la nueva situación, también creemos que sería sensato que una patrulla pasara regularmente ante la casa de Sophia Winterfeld.

—Eso no debería ser un problema —dijo Krüger.

—Bien —dijo Aufderheide—. Volviendo a los mensajes del servidor extranjero: ¿podría Robert, el hermano de Elsa, haber utilizado eso a su favor?

—El hecho de que no haya podido ser localizado en dos ocasiones es ciertamente extraño —dijo Alex.

—Es más, dos personas de su lista han sido asesinadas —dijo Emma—. Y también tenemos que considerar una posible tercera víctima, dados los mensajes a Sophia Winterfeld y el hecho de que ha sido seguida por un desconocido.

—Hablaré de nuevo con la comisaría de Paderborn; deben ampliar la búsqueda del hermano —dijo Aufderheide.

—Yo dispondré lo mismo aquí —dijo Krüger.

—Muy bien. —Aufderheide pasó una página y continuó—: Según el informe de Gräfe, la segunda víctima no presenta huellas dactilares, signos de violación o contacto sexual. Esta vez no hay fragmentos de piel bajo las uñas. La sangre en el lugar del crimen coincide con la de la víctima; las salpicaduras en su rostro y frente al escenario confirman la teoría del señor Meyer respecto a la súbita extracción del corazón.

—Tenemos que asumir que el autor se vuelve más brutal con cada asesinato —terció Emma.

Aufderheide confirmó la sospecha de Emma y continuó: —La talla de calzado en la escena del crimen es una cuarenta y tres, y el dibujo de la suela es el mismo que en la primera y en el piso de Elsa Vogel. Silas Stein calza una cuarenta. ¿No podría haber usado plantillas o rellenado el zapato para crear un perfil diferente?

—Según Gräfe, las huellas serían diferentes entonces —dijo Emma —. No hay indicios de desplazamientos de peso en los zapatos. Con esa diferencia de talla, en realidad debería haber habido más peso o bien en la parte delantera o en la trasera. O habría afectado a la parte central del zapato. Nada de eso se aplica. Por lo que parece, el peso está distribuido normalmente, lo que significa que el autor tiene en realidad unos pies de la talla cuarenta y tres, posiblemente una cuarenta y dos y medio, ya que los zapatos pueden variar. Pero alguien que normalmente calza dos tallas menos es improbable. Además, según la evaluación de Gräfe, el autor debe de pesar unos diez kilos más que Silas Stein.

Aufderheide asintió en silencio y pasó la página. —Los forenses no han encontrado ningún rastro en el piso de Emilia Austermann que sugiera un crimen. Por lo tanto, el autor debió de reducirla en otro lugar.

—Siempre que fuera reducida —dijo Alex.

—¿Cree que fue con él voluntariamente? —intervino Krüger.

—En el piso de Elsa Vogel había señales de forcejeo, pero no de entrada forzada. Como mínimo, debía de conocerlo y dejarlo entrar en el piso.

—En el piso de Emilia Austermann tampoco encontramos ningún rastro, pero sí una foto que plantea interrogantes. En ella, lleva un traje que ya hemos visto en la escuela de danza —dijo Emma.

—¿Se refiere al traje con las alas de ángel? —preguntó Aufderheide.

—Ese mismo —dijo Emma—. Tras nuestra visita a la *Maison de l'Art*, nuestros colegas Möller y Klose hicieron indagaciones sobre ese mismo traje en el departamento de vestuario situado cerca del teatro municipal. Supieron que había varios, pero ya no están allí. Supuestamente fueron desechados, algo que no debería haber ocurrido. Nadie lo autorizó.

—¿Quién era el responsable de retirar los trajes viejos?

—Presumiblemente alguien del departamento; nadie del elenco tiene llave para ello —añadió Alex—. Pero los trajes llevan desaparecidos más de un año. Quién fue es difícil de rastrear, ya que casi ninguno de los empleados de allí es fijo.

—Haced que se compruebe eso a fondo de todos modos —ordenó Aufderheide.

—Muy bien —anotó Emma.

—El personal del segundo lugar del crimen —empezó Alex— no ha visto ni oído nada sospechoso. Nadie merodeando ni nada más que pudiera parecer sospechoso.

—¿Se interrogó a los vecinos?

—Se hizo, pero tampoco salió gran cosa de ahí —dijo Alex—. Lo mismo se aplica a los tres lugares de trabajo de Emilia Austermann, según la información de los compañeros.

Con un suspiro, Aufderheide cerró el expediente. —En resumen, no tenemos nada que nos permita avanzar.

Llamaron a la puerta. Entró un colega con bigote. —Silas Stein ha llegado.

Capítulo 21

Silas Stein estaba hundido en la silla, con los ojos inyectados en sangre y las manos con un ligero temblor. Emma llevaba ya varios minutos bombardeándolo con preguntas asfixiantes, y ahora parecía estar al borde de un colapso. Alex aprovechó el momento para lanzar la siguiente pregunta.

—Sabemos que usted y Elsa discutieron poco antes de su muerte —dijo Alex—. Por favor, explíquenos una vez más a qué se debió.

—Ya lo he hecho.

—Pues hágalo de nuevo.

Silas se pasó la mano por el pelo y bajó la mirada. —Ya les dije la última vez que yo no quería eso. No sabía de qué otra forma ayudarme. Quería que me escuchara y que no volviera a ignorarme.

—¿Se refiere a lo que llevaba haciendo las últimas semanas tras la ruptura?

—Al principio no lo hacía. Pero luego sí, muy pronto.

—Porque usted resultó ser un acosador —sentenció Alex.

—¿Tiene que seguir diciéndolo así? ¡Yo no le hice nada! Sí, estaba enfadado, pero jamás le haría nada terrible.

—Julia Marini también afirma, por cierto, que usted acosaba a Elsa —soltó Alex.

Silas resopló con desprecio y sacudió la cabeza. —¡Julia está mintiendo! Todo fue un plan de ella. Desde el mismísimo principio. Yo quería proteger a Elsa de eso.

Emma alzó una ceja y Alex anotó algo en su cuaderno. —¿A qué se refiere con eso? ¿En qué consistía exactamente el plan de Julia?

—Julia y yo fuimos pareja antes de que yo empezara con Elsa —comenzó Silas, con la voz temblorosa por una rabia contenida.

—La señorita Marini lo niega.

—¿Y qué?

—Dice que fue usted quien lo pretendía. Pero que ella le dejó meridianamente claro que solo quería divertirse un poco con usted.

—Lo que Julia quería de verdad era que yo alejara a Elsa de sus sueños para que ella pudiera cumplir los suyos. Al principio yo también lo hice por Julia, hasta que me enamoré de Elsa.

—¿Cómo quería Julia que alejara a Elsa de sus sueños?

—Se suponía que debía distraerla. Meterle en la cabeza la idea de que aquello no tenía futuro, de que ella no estaba entre las mejores. Cosas de ese estilo.

Alex se inclinó hacia delante, con los ojos clavados en Silas Stein. —¿Por qué ayudó a Julia con un plan así, para empezar?

Silas suspiró con pesadez. —Porque era estúpido. Porque creía que amaba a Julia y que aquello era lo correcto. Pero cuando conocí a Elsa de verdad, no pude seguir adelante. Quería proteger a Elsa de ella, porque de alguna manera Julia se lo tomaba todo demasiado a la ligera. Quiero decir, no le importaba nada, al menos eso decía, y decía que lo conseguiría también sin mí. No sé cómo, pero creo que fue capaz de convencer a otros para que se pusieran en contra de Elsa. Y como no podía quitarme esa sensación de encima, intenté protegerla incluso después de nuestra ruptura. Sin éxito, como ya saben.

—¿Y por qué no le contó la verdad a Elsa? —preguntó Emma.

—¿Qué se suponía que debía decir? Difícilmente podía soltarle la verdad y decirle que en un principio solo estuve con ella porque Julia lo quería —respondió Silas Stein con desesperación—. Entonces me habría dejado. Cosa que terminó haciendo de todos modos.

Alex observó las reacciones de Silas. —Y tras la ruptura, ¿no la dejó en paz porque temía por ella? Eso no suena especialmente creíble. Como tampoco lo es la historia de cómo se hizo los arañazos del brazo.

Silas asintió lentamente, con las lágrimas asomando a los ojos. —Tenía miedo de que Julia le hiciera algo.

—¿No consideró necesario decirnos eso? —preguntó Alex.

—No estaba seguro de cómo se lo tomaría Julia. No quería que ella retorciera la verdad aún más y me hiciera quedar todavía peor.

—En lugar de eso, se encargó usted mismo —dijo Emma.

—Lo sé, fue una estupidez. Pero no hice daño a Elsa, y tampoco la acosé. Solo no quería perderla de vista, para protegerla de Julia. Pero no le hice nada, lo juro. Aquella noche... —se miró los arañazos del antebrazo—, estaba al límite. Desesperado y agotado. Y desde que sé que ha muerto, desearía haberla cargado al hombro y haberla encerrado bajo llave. Al menos así seguiría viva.

Alex cerró su cuaderno y se recostó. —¿Hay algo más que deba contarnos?

Silas sorbió por la nariz y se secó las lágrimas. —No me creen. ¿Verdad?

Los dos guardaron silencio y se limitaron a mirarlo fijamente. Era mejor dejar que expresara sus pensamientos sobre el asunto por su propia voluntad. Quizá revelara algo más que creyera que podía exculparlo.

—Estuvo aquella historia de las cuchillas de afeitar en los zapatos de una bailarina.

—Ya sabemos eso —dijo Alex.

Silas se enderezó apresuradamente en la silla. —Pero no saben quién lo hizo.

—Creo que sabemos a quién intenta cargarle el muerto —dijo Alex.

—¿Ah, sí?

—¿A Julia?

—No. Fui yo. Porque Julia lo quería. Eso fue en un momento en el que no estaba seguro de si todavía amaba a Julia o si sentía algo

más por Elsa. Y entonces Julia vino con esa misión... Cuando escuché lo que le pasó a la pobre chica al meter el pie allí dentro, aquello fue una especie de punto de inflexión.

—¿Qué pensaba que iba a pasar cuando alguien mete el pie en un zapato trucado con cuchillas de afeitar? —preguntó Emma.

—¡Nada! —espetó—. No pensé en absoluto. Estaba ciego, dependía totalmente de Julia; hacía todo lo que ella decía. Siempre lo había hecho. Quería hacerla feliz.

—¿Vio cómo sucedía? —insistió Emma.

—No. Elsa me lo contó. Ella estaba allí. Debió de ser bastante desagradable. ¿Y saben cómo reaccionó Julia cuando se lo conté? Se rió. Estaba auténticamente encantada con aquello.

—¿Hizo más cosas así por ella después de eso? —preguntó Alex.

—Le dije que estaba fuera de todo ese asunto.

—¿Y ella simplemente lo aceptó? —continuó Emma.

—Seguro que encontró a otro para hacerlo. Siempre tiene un plan B... para todo.

—¿Tiene a alguien específico en mente para ese plan B?

—No.

—¿Pero seguía en contacto con Julia después de aquello?

—No.

—¿Pero no afirmó usted haber estado con ella la noche en que Elsa Vogel fue asesinada? —preguntó Emma con sorpresa.

—Sí, así fue —respondió él con inseguridad.

—¿Acaso volvió a enamorarse de Julia después de todo y le hizo el favor de quitar a Elsa de en medio?

—¿Qué? —miró a Emma horrorizado—. ¡No! ¡Por el amor de Dios, pare ya!

—Yo me lo imagino así —intervino ahora Alex—. Lo suyo con Elsa se había terminado y usted, que al parecer busca el amor de forma

obsesiva, se aferró de nuevo a su antiguo amor. A Julia. Y como había rechazado sus otras ideas, pensó que se le ocurriría una propia, la llevaría a cabo y se lo contaría. Con la esperanza de que entonces ella volviera con usted.

—No fue así.

—¿Por qué buscó el contacto con ella la noche del asesinato, entonces?

—Está bien, no estuve allí. ¿Satisfechos? Solo afirmé que sí lo estuve.

—¿Y dónde estuvo entonces la noche del domingo al lunes entre las once de la noche y las cuatro de la madrugada?

—En casa —dijo sumisamente—. Y no, nadie puede atestiguarlo. Max y los demás estaban en un concierto en Colonia.

—¿Escribió usted esto? —preguntó Alex, presentándole una transcripción de los mensajes que habían tomado del portátil de Emilia Austermann y del móvil de Sophia Winterfeld. Silas Stein cogió las hojas y, tras la primera página, miró a los dos investigadores con indignación.

—¿Creen que yo escribí eso?

—Sí, son muy similares a sus mensajes, ¿no cree? —preguntó Emma—. «Te arrepentirás de esto» o «Para antes de que sea demasiado tarde». ¿No le suena de nada? Usted también le escribió mensajes así a Elsa Vogel.

—Sí —admitió—. Pero esos de ahí no son míos. ¡Lo juro!

Capítulo 22

Emma caminaba por delante de Alex por el Ravensberger Park, pasando junto a la antigua hilandería de lino que se había convertido en un centro de educación para adultos y un museo hace muchos años. Frente a ella había un pequeño estanque en el que, en ese momento, varios patos hundían el pico entre el plumaje. Junto al estanque había una gran fuente en cuyo borde uno podía sentarse cómodamente. En el centro, un alto chorro de agua se disparaba hacia arriba. El chapoteo del agua tenía un efecto calmante en Emma. El entorno le producía ahora una sensación completamente distinta a la que conocía de las patrullas nocturnas. Porque, a pesar de la atmósfera acogedora, era mejor no quedarse allí por la noche, a menos que quisieras pincharte o ganar dinero mediante la prostitución. Durante el día, sin embargo, el parque era un lugar popular para corredores, paseantes e incluso para gente que practicaba yoga en grupo o en solitario.

Como Julia Marini.

Al llegar a la fuente, vieron a la joven en una complicada postura de yoga que demostraba cuánto equilibrio y flexibilidad poseía su cuerpo bien entrenado. Se mantenía sobre una pierna, con las manos juntas frente al pecho y los ojos cerrados, completamente absorta en su ejercicio.

—Buenos días —dijo Emma en voz alta para llamar la atención de Julia Marini.

Julia Marini abrió los ojos y perdió brevemente el equilibrio. Observó a Emma y a Alex con desconfianza. —¿Cómo me habéis encontrado?

—Hemos visto tus publicaciones en Instagram —dijo Emma—. Y describías esto como tu rutina matutina. Parece que realmente vives lo que vendes a tus seguidores.

—¿Queréis un selfi conmigo para darle un impulso a vuestro perfil?

—¿Podemos hablar contigo en un lugar donde no nos interrumpan? —preguntó Alex, sin responder al comentario.

Julia hizo una mueca y deshizo la postura. —Ya os he dicho todo lo que sé. —Se sentó, adoptando una nueva posición en la que se inclinaba hacia delante con las piernas estiradas.

—Algunas declaraciones no han hablado precisamente a tu favor —añadió Emma—. Todavía nos quedan algunas cosas por aclarar.

—No tengo tiempo para este teatro.

—También podemos continuar esta *mise-en-scène* en comisaría —dijo Emma con calma pero con insistencia.

Julia suspiró con resignación y abandonó la postura. —Venid a mi casa, está justo al cruzar la calle.

—Pero esa no es tu dirección registrada —observó Alex.

—El piso está a nombre de mi primer padrastro —dijo ella—. Él no lo necesita y para mí es un refugio muy de agradecer.

El supuesto refugio de Julia Marini se encontraba en la primera planta del antiguo edificio, que se alzaba en medio de una hilera de casas señoriales restauradas. Estaba amueblado con estilo, con muebles modernos y acentos artísticos. Los grandes ventanales dejaban entrar la luz de la mañana, y por todas partes se veían fotos y recuerdos de la carrera de Julia como bailarina.

—Sentaos —dijo Julia Marini con brusquedad, señalando el sofá—. ¿De qué se me acusa ahora? —Se sentó frente a ellos e inmediatamente volvió a adoptar esa postura de su primer encuentro en la universidad, como Emma notó enseguida.

—En primer lugar, nos gustaría saber por qué te ocultas aquí —preguntó Emma.

—No me oculto. Si no hubiera querido que me encontrarais, no me habríais encontrado.

—¿Y por qué no respondes a nuestras llamadas? —preguntó Alex.

—Porque necesito tiempo para mí misma. Como seguramente habréis averiguado, el estreno es este fin de semana y tengo que prepararme para mi papel.

—¿Eso es más importante para ti que ayudarnos con la investigación? Al fin y al cabo, se trata de tu ex mejor amiga —preguntó Emma.

—Tengo que pensar en mi futuro.

—El cual ya no tiene ningún obstáculo en su camino —añadió Alex.

—Sé qué aspecto tiene eso —dijo ella con calma—. No obstante, no tengo nada que ver con todo este asunto.

—¿Ni siquiera con las cuchillas de afeitar en los zapatos de Efgenia Christopoulos? —preguntó Emma.

Julia Marini la miró intensamente. —Eso no fue idea mía.

—Después te dieron el papel que originalmente le habían prometido a Efgenia Christopoulos. Al menos, eso es lo que ella nos ha contado.

Ladeó la cabeza y lanzó a Emma una mirada tan arrogante y despectiva que resultaba verdaderamente inquietante.

—A veces simplemente se tiene suerte —dijo con frialdad.

—Unos más que otros —rebatió Alex.

—Me lo merezco.

—¿Por qué crees eso? —preguntó Emma.

—A mí nadie me ha regalado nada y mis padres no me apoyaron. En absolutamente nada. Son unos completos perdedores. Ni siquiera sé si mi padre sigue vivo.

Aquello era algo con lo que Emma podía empatizar. Su padre había desaparecido sin dejar rastro de un día para otro cuando ella tenía catorce años. Hasta el día de hoy, no sabía qué le había pasado. El hecho de que su madre lo hubiera declarado muerto tras dos años era algo que Emma no le había perdonado hasta la fecha.

—A estas alturas me da igual lo que le haya pasado, porque lo he conseguido todo sin él. He trabajado duro por todo y he sacrificado lo que he podido, y no voy a permitir que tú ni nadie más me estropee o arruine mi suerte.

—No queremos arruinarte nada —dijo Emma.

—¿Ah, sí? ¿Me buscáis con la intención de interrogarme porque alguien ha hablado mal de mí? Quizá todo el mundo lo haga. Porque tienen envidia de mi suerte y de lo que he logrado con mi esfuerzo.

—Solo queremos resolver este caso —Emma cayó en un tono casi defensivo—. Seguro que comprendes que tenemos que seguir cada pista.

—Entonces será mejor que sigáis otras pistas.

—¿Tienes una sugerencia específica? —quiso saber Alex.

—Deberíais preguntaros por qué bailarinas sin talento consiguen constantemente buenos papeles.

—No somos expertos —admitió Alex—, así que tendrás que ser más explícita.

—Como ya he dicho antes, Elsa no consiguió mi papel simplemente por volver a hacer una audición para Carlos.

Emma no quería dejarse arrastrar por otra especulación; además, Julia necesitaba comprender que ellos eran los que mandaban allí. Por lo tanto, retomó otro pensamiento: —¿Has dicho que la idea de las cuchillas no fue tuya? Sabemos que Silas Stein lo llevó a cabo.

—Porque fue idea suya. Yo no sabía nada al respecto. Hasta que me lo contó. Me quedé horrorizada. Definitivamente, yo no quería algo así ni, como él afirma, llegué a planearlo.

—Él nos dijo que fue idea tuya y que solo lo hizo con la esperanza de complacerte.

—Eso es mentira —bufó Julia Marini—. Silas diría cualquier cosa para salvarse. Siempre ha sido un personaje débil. Por eso también

terminé lo nuestro. Sigo sin entender cómo Elsa pudo estar con él tanto tiempo.

Emma se inclinó hacia delante. —Lo que seguimos sin entender son los mensajes de amenaza que recibió incluso Efgenia Christopoulos. Hasta el día en que Silas escondió las cuchillas en sus zapatos.

Julia Marini se encogió de hombros y evitó la mirada de Emma. —Esos fueron cosa mía.

—¿Los de Elsa y Emilia también?

—Sí.

—Y los de Sophia Winterfeld.

—De esos no sé nada.

—Entonces háblanos de los otros.

—Quería advertirlas.

—¿Para que no se interpusieran en tu camino? —la interrumpió Alex.

—Para que no les pasara nada —contradijo ella con calma. Su postura erguida se mantuvo, pero su mirada cambió. Ya no parecía arrogante y superior, sino más bien agobiada—. Silas es verdaderamente peligroso. No puede existir sin un vínculo firme con alguien. Después de lo de las cuchillas, hubo un puñado de incidentes más, aunque todos parecían más bien accidentes.

—Hemos oido hablar de ellos —dijo Emma—. ¿Crees que Silas Stein los escenificó?

—Estoy segura de que lo hizo. Cuando descubrí que él había sido el de las cuchillas de afeitar, le dejé claro que no debía volver a hacer nada parecido, y mucho menos en mi nombre.

—En ese momento, ya llevaba un año con Elsa, ¿verdad? —preguntó Alex.

—Puede ser. Me dijo que solo había iniciado la relación con Elsa para evitar que ella se interpusiera en mi camino. He intentado

dejarle claro que nunca habrá nada entre nosotros, pero parece que todavía no se ha dado por enterado. Por eso busqué otro camino. Pensé para mis adentros que, si enviaba amenazas, se asustarían y dejarían de bailar o cambiarían de escuela. Esperaba que entonces Silas las dejara en paz.

—¿Aún conservas los mensajes que enviaste? —preguntó Emma.

—Sí.

—¿Podemos echarles un vistazo?

Ella dudó un momento y les observó a los dos.

—Realmente nos ayudaría y, si lo que dices es cierto, podría exculparte —explicó Alex.

—Por mí bien. Ya me da todo igual. Os traigo el portátil.

***

—¿Crees que Silas Stein es realmente capaz de todo eso? —le preguntó Emma a Alex mientras caminaban de vuelta por la calle del Ravensberger Park hacia su coche.

—No lo sé. Al menos el misterio en torno a los mensajes se ha resuelto parcialmente gracias a Julia —dijo—. Pero seguimos sin saber quién escribió a Sophia Winterfeld.

—Bueno, aún podría haber sido ella. Simplemente podría haber borrado los mensajes, ¿no? Me parece extraño que de repente se mostrase tan cooperativa con nosotros.

—Yo también lo he pensado.

—Adoptemos otro ángulo. Supongamos que la historia de Julia es cierta. ¿Y si Silas Stein se enteró y continúa con lo de los mensajes para castigar a Julia por no querer nada con él?

—Ella nos mostró los mensajes que envió a través del servidor extranjero —reflexionó Alex—. Los de Sophia Winterfeld no estaban

entre ellos. Si realmente no ha escrito más y no los ha borrado a posteriori...

—... entonces el culpable está utilizando deliberadamente el mismo servidor —concluyó Emma—. Entonces tiene que saber que Julia también lo usaba.

—¿Cómo podría haberlo averiguado? Julia dijo que no se lo había contado a nadie.

—¿Y si el hermano de Elsa sí sabe lo de los mensajes? —planteó Emma otra consideración—. Obtuvo los números por Elsa, los rastreó y consiguió acceso a la cuenta del remitente.

—Entonces podría haber escrito los otros mensajes y muchos más sin dejar rastro.

—Podría. Solo nos falta un motivo para ello.

—Si hay alguno, solo lo sabremos por él —dijo Alex.

Capítulo 23

Estoy oculto tras la sombra del viejo edificio de ladrillo, observando cómo sale de la Maison de l'Art*. A su lado camina su novio, Arvid, un hombre de hombros anchos y pelo oscuro. Ríen y hablan en voz alta mientras toman el camino corto de vuelta a su piso. Resulta agradable, por supuesto, que los dos se sientan tan cómodos. Pero yo no me siento nada cómodo con lo que estoy haciendo. O con lo que me veo obligado a hacer.*

Los sigo, manteniéndome entre las sombras y con cuidado de no llamar la atención. El trayecto es corto, pero lo bastante largo como para observar cada uno de sus pasos.

De repente, su novio se da la vuelta hacia mí. Sus ojos atraviesan la oscuridad. El corazón se me acelera y me agacho tras un contenedor de basura, aunque estoy seguro de que me han visto. Echo un vistazo por el lateral del contenedor.

Mierda*. Vuelvo a cubrirme, conteniendo el aliento. Sopeso mis vías de escape, pero no se me ocurre ninguna. Soy un idiota; debería haber ideado un plan B de antemano. Sé que tengo que desaparecer. O podría arriesgarme a una huida hacia adelante. Reducirlo sería una opción. Pero entonces sabrán quién soy.*

—¿Hola? —le oigo gritar. Sus pasos se acercan, volviéndose más rápidos. Me pongo en posición, inspiro y empiezo a correr.

—¡Oye! ¡Detente ahí mismo!

Su voz se aleja mientras me adentro en el callejón más cercano. Sus pasos se aproximan. —¡Voy a acabar contigo!

El pánico brota en mi interior. Sigo corriendo, maldiciéndome a cada paso. El callejón desemboca en un laberinto de calles y patios traseros. Menudo lío. Nunca he estado aquí. No tengo tiempo de buscar un escondite. Esquivo contenedores y coches aparcados, me

meto en un jardín, salto la valla baja y vuelvo a salir a la calle por el otro lado.

No tengo ni idea de si sus pasos siguen tras de mí o no. Solo oigo mi propio aliento rasposo y el fuerte latido del pulso en mis oídos. No me atrevo a mirar atrás y corro cuesta abajo hacia una zona arbolada, cuyo sendero apenas es visible. No sé a dónde lleva. Lo principal es alejarme de mi perseguidor y alejarme de ella. Una parte de mí desearía detenerse, rendirse y poner fin a todo esto. Pero no puedo. Entonces ellos habrían muerto en vano. El pensamiento de que aún no he terminado con ella y los demás me impulsa a seguir. Una última descarga de adrenalina recorre mi cuerpo y consigo salir del bosque. Me encuentro en una avenida en la que no había estado nunca. Aminoro el paso, casi seguro de que le he dado el esquinazo, pero solo unos segundos después le oigo gritar: —¡Pedazo de mierda pervertido!

Tengo los labios secos, la garganta me quema. El aire frío hace que se me contraigan los pulmones. Doblo la siguiente esquina, luego otra, y no sé cómo he acabado en el nicho oscuro entre dos edificios. Aunque necesito aire desesperadamente, contengo la respiración. El corazón me martillea contra el pecho. El redoble resuena en mi cabeza. Me siento mareado. Unas estrellas estallan ante mis ojos y entonces lo veo pasar corriendo por delante de mí. Oigo el eco de sus pasos; es un auténtico estruendo.

Poco a poco, exhalo de forma casi inaudible y dejo que la tensión abandone mi cuerpo. Ha faltado poco. Por los pelos.

Me quedo en mi escondite un buen rato antes de atreverme a echar un vistazo a la calle.

No hay moros en la costa.

Capítulo 24

—¡Ay, Dios mío, Nina, eso es espantoso! —rió Lisa, cogiendo un rollito de primavera de uno de los envases de poliestireno sobre la mesa de centro de Emma.

Nina encogió aún más las piernas y puso los ojos en blanco. —Michael y su pasión por los reptiles. No lo olvidaré fácilmente.

Emma soltó una carcajada mientras se sentaba en el sofá junto a su amiga con una copa de vino. —Aunque, de entrada, suena bastante exótico, ¿no?

—Eso ni siquiera fue lo peor —continuó Nina—. Después de la cena, empezó a enseñarme fotos de sus serpientes. Como si fuera la forma más romántica de romper el hielo de todos los tiempos.

—¿También la de un solo ojo? —preguntó Lisa, apoyando el brazo con picardía en el respaldo del sillón.

—Esa solo me la enseñó después —dijo Nina con sequedad.

Lisa abrió la boca y fingió una expresión teatral de indignación. —¡Zorra!

—Hacía casi un año que no metía a un hombre en mi cama —se excusó Nina encogiéndose de hombros.

Lisa fingió estar aún más escandalizada. —Eso no puede ser verdad. Cuéntanoslo todo.

—Mejor no. —Nina sonrió con malicia.

—¡Oh, venga ya! Primero nos pones los dientes largos y luego, ¿se supone que debemos dejarlo todo a nuestra imaginación?

—Lo mejor es que nos lo cuentes —coincidió Emma con su amiga.

—Ay... —dijo Lisa, con un gesto de ligero asco—. ¿Sacó su lado animal de forma demasiado evidente?

—No solo él —dijo Nina, dando un sorbo de satisfacción a su vino —. Por cierto, ¿cómo van las cosas entre Alex y tú?

La pregunta iba claramente dirigida a Emma. —No pasa nada en absoluto —recalcó ella, cogiendo un pan de gamba de la bolsa.

—¿En serio? —Nina miró fijamente a Emma—. ¿Yo te cuento mis aventuras y tú sales con una historia tan aburrida?

—No hay ninguna aventura que contar. Alex y yo nos llevamos bien. Eso es todo.

—¿Y qué hay de las noches de cine, de las que ya lleváis tres? —preguntó Lisa.

—¿De verdad las estás contando? —preguntó Emma.

—Llevo casada quince años. Tengo que vivir indirectamente de los vientos frescos de los demás.

—Oh, vamos, Emma —dijo Nina—. ¿Ni un poquito de mimos durante las escenas de miedo? —Nina escenificó cómo se imaginaba tal acercamiento—. «Tengo mucho miedo» —chilló, hundiendo la cabeza en el pecho de Emma—. «Por favor, abrázame».

Emma se rió y Nina pareció dejarla en paz por fin. Pero entonces le dio un codazo a su amiga. —Venga ya. ¿Ni siquiera un pequeño devaneo?

—De verdad, solo somos amigos —repitió Emma con seriedad, pero con una sonrisa—. Y somos compañeros. Además, ya tengo bastante lío con el caso actual. —Su mirada volvió a caer sobre la desordenada mesa de la cocina, que, bajo una pila de expedientes y una impresora láser, apenas dejaba espacio para la comida que habían traído sus amigas.

En ese momento, su teléfono del trabajo vibró sobre la mesa auxiliar al lado de ella. Emma lanzó una mirada de disculpa a su alrededor y cogió el dispositivo.

—No deberías haberlo dicho —reprendió a Nina.

—Deja que suene —dijo Lisa—. Te has ganado una noche libre por una vez.

—Sobre todo después de haber cancelado nuestro primer miércoles del mes una vez más —añadió Nina con severidad.

—Sí, venga, ignóralo.

—No puedo, lo siento. —Emma salió al pasillo con el teléfono y atendió la llamada.

Una voz agitada sonó al otro lado de la línea. —¿Hola? ¿Está ahí? ¡Ha estado aquí! ¡Hola!

—¿Quién ha estado dónde, y quién es, por favor?

—Soy yo. Sophia Winterfeld. —Emma había entregado su tarjeta de visita a todos los que había interrogado. En el caso de Sophia Winterfeld, había insistido en que debía llamar de inmediato si ocurría cualquier cosa sospechosa—. Ha estado aquí, lo he visto. Mi novio ha ido tras él enseguida. Yo he entrado corriendo en casa.

—Señora Winterfeld, por favor, cálmese. ¿Quién la seguía? ¿Lo ha visto?

—Sí, por supuesto —llegó la respuesta temblorosa—. Era... Era el hermano de Elsa Vogel.

—¿Está segura?

—¡Maldita sea, sí, no estoy ciega! —le espetó a Emma.

—Está bien. ¿Dónde está ahora?

—En mi piso. He echado la llave y estoy muerta de miedo.

—¿Ha vuelto ya su novio con usted?

—Sí. Sí, está aquí. Se le ha escapado. Él está bien.

—¿No están mis compañeros allí?

—¿Quiénes?

—Se supone que una patrulla debe pasarse a ver cómo está de vez en cuando.

—Ah, conque eso. Espere. —Hubo un crujido al otro lado—. No hay nadie allí. —Al parecer, acababa de asomarse por la ventana a la calle. Quienquiera que la hubiera estado siguiendo o bien había tenido mucha suerte, o bien había sido puro cálculo al elegir un intervalo de tiempo en el que la patrulla no aparecería.

—Quédese donde está. Enviaré a alguien de inmediato.

Colgó y lanzó una mirada de disculpa al salón a sus amigas. —Lo siento, pero tengo que encargarme de esto.

—No hay problema —dijo Lisa, comprensiva y decepcionada al mismo tiempo—. Nosotras nos apañaremos para acabar con la comida.

Nina asintió. —Te esperaremos aquí. Y si no has vuelto en las próximas horas, invitaré a unos cuantos amigos.

Emma sonrió con gratitud y cogió su chaqueta. —Gracias, chicas. Lo compensaremos, lo prometo.

—Entonces la cena corre de tu cuenta —dijo Lisa.

—¿Acaso no es siempre así? —dijo Emma, apresurándose hacia la puerta del piso.

—Esas son las reglas —le gritó Nina—. Si cancelas, pagas.

Con una última mirada al acogedor salón y a sus mejores amigas, Emma salió disparada por la puerta, con el teléfono pegado a la oreja, y consiguió contactar con la comisaría casi al instante.

Capítulo 25

Alex estaba sentado en un sillón desgastado en el pequeño piso de Sophia Winterfeld. La habitación estaba escasamente amueblada y limpia. Dos tazas de té humeante reposaban sobre la mesa de centro y el ambiente era tenso. Sophia, con su larga melena oscura suelta, estaba sentada junto a su novio Arvid Meinhardt, un hombre de complexión atlética y rasgos eslavos.

—Era él. Al cien por cien —dijo Arvid Meinhardt, mirando una foto de Robert Vogel que Emma le mostraba en su teléfono del trabajo. Arvid se pasó una mano con nerviosismo por su pelo corto.

Alex asintió y cogió su libreta. —¿Puede decirnos exactamente qué ha pasado?

—Acabábamos de salir de una sesión de entrenamiento en *Maison's* —comenzó Sophia Winterfeld—. Ya al cruzar la puerta tuve la sensación de que me vigilaban, como si alguien estuviera escondido en algún lugar en la oscuridad.

—¿Podría describir eso con más precisión, por favor? ¿Dónde podría haber estado esa persona? —preguntó Emma.

—No lo sé exactamente. No fue como si alguien estuviera realmente allí. Quiero decir, que yo viera a alguien de verdad. ¿Me entiende? Salimos y me sentí de algún modo... extraña. Y entonces me pareció ver a alguien parado allí por una fracción de segundo, pero desapareció entre las sombras del callejón al momento siguiente. ¿Te acuerdas? —preguntó, volviéndose hacia su novio—. Incluso te pregunté si tú también lo habías visto. Dijiste que no había nada allí. —Le dio un palmazo juguetón en el brazo—. ¡Pero había alguien!

Arvid Meinhardt retomó la conversación: —Creo que solo empezó a seguirnos más tarde.

—Sí, claro.

—En serio. No había nadie allí. Llevas semanas viendo fantasmas.

—Y al que perseguiste era un fantasma también, ¿verdad?

—No. Como he dicho, apareció más tarde. De lo contrario, me habría dado cuenta.

—Pfff. Siempre llevas un auricular puesto y te pasas todo el camino embobado con tu estúpido móvil.

—Como sea. Cuando llegamos frente a la casa, ella lo vio. Y yo también. Fui tras él inmediatamente. Se escondió detrás de los cubos de basura y luego corrió hacia la siguiente calle, cruzando ese pequeño tramo de bosque, y entonces le perdí la pista.

—¿En el bosque? —preguntó Alex.

—No, justo después de eso. En la avenida donde viven los ricachones.

—¿Puede mostrarnos eso en Google Maps? —preguntó Alex.

—Claro, sin problema —dijo Arvid Meinhardt.

Emma le tendió su teléfono de empresa con una sección de Google Maps que mostraba su ubicación actual. Arvid Meinhardt deslizó el dedo hacia la izquierda y luego un poco hacia arriba. —Ahí —dijo, señalando la pequeña zona boscosa en el Barrio de los Músicos, entre Bachstraße y Mozartstraße—. Pasamos por ahí y luego salimos por allí. —Era solo un pequeño fragmento de bosque, más bien una franja.

—Gracias —dijo Emma—. Le diré al equipo de la científica que le eche un vistazo. Quizá tengamos suerte y podamos encontrar huellas que coincidan. —Dicho esto, Emma salió y dejó que Alex se encargara del resto del interrogatorio.

—¿Llevaba puestas esas cuando lo persiguió? —Alex señaló las Adidas sucias que Arvid aún llevaba puestas.

—¿Me has puesto el piso perdido ahora? —preguntó su novia, indignada.

—Lo siento —dijo él sinceramente.

—¿Podríamos llevárnoslas para poder distinguir sus huellas de las otras?

—Claro —dijo él, y se las quitó con cuidado para no ensuciar más, algo que no consiguió del todo—. Perdona, cariño. Lo limpiaré en un minuto. —Le entregó las zapatillas a Alex.

—Soy yo la que lo siente —dijo ella y le cogió la mano.

—¿Ha tenido alguna vez contacto personal con el hermano de Elsa? —preguntó Alex a Sophia Winterfeld.

—No —respondió ella, mirando a Alex.

—¿Al menos se ha cruzado con él antes?

—Sí, de vez en cuando lo veía con Elsa. Sin duda estaba en cada una de sus actuaciones y a veces también entre bastidores.

—¿Le pareció extraño alguna vez?

—No era un mirón ni un baboso. Un tipo normal. Corriente. Nada especial. Ni siquiera te habrías dado cuenta de que estaba allí.

—¿Entonces por qué reparó en él?

—Porque Elsa siempre se ponía muy contenta cuando él estaba allí. Pero hoy, cuando he vislumbrado su cara... Ha sido como si fuera una persona completamente distinta. Su mirada perdida me ha aterrorizado, y todavía lo hace.

—Que se atreva a intentarlo —intervino de nuevo su novio—. Acabaré con él.

—Por favor, no haga eso. Y no lo subestime —dijo Alex.

No recibió más que un gruñido del hombre como respuesta.

Alex podía ver el miedo en sus ojos, pero también la determinación de no dejarse vencer. Se despidió y salió al pasillo donde estaba Emma, que acababa de terminar una llamada telefónica.

—¿Y bien? —preguntó él.

—Aufderheide está hablando con los colegas de Paderborn. Deberíamos ponernos en marcha.

—¿Adónde exactamente?

—Al piso de Robert. Los otros agentes se encargarán de las posibles pruebas en el bosque. Vamos a poner su piso patas arriba ahora que tenemos una orden.

—¿Y quién vigila este lugar?

—Los agentes que están abajo en la puerta.

***

Después de que la unidad táctica forzara las puertas, registrara todo y se retirara sin resultados, el piso fue entregado a la científica. Emma y Alex también se unieron a ellos, ataviados con trajes de protección.

El lugar era sorprendentemente grande para alguien que vivía solo. Evidentemente se limpiaba con regularidad. Además, daba la impresión de que su ocupante no pasaba mucho tiempo allí. Los cojines del sofá apenas estaban desgastados y la mesa no mostraba signos de uso.

—Lleva días sin venir —les gritó desde la cocina Theresa Niehaus, del equipo forense de Paderborn.

Emma asomó la cabeza por la puerta y vio que su colega estaba examinando un vaso de zumo de naranja medio vacío que estaba sobre la isla de la cocina. Se había formado moho en el residuo, algo que contrastaba fuertemente con la limpieza general del piso.

—Vasos y cubiertos usados en el fregadero —añadió ella.

—El contenido del frigorífico tampoco está precisamente fresco —dijo su colega Matthias Kramer, volviendo a cerrarlo. A pesar de la mascarilla, Emma notó que un olor desagradable debió de haberle llegado a la nariz.

Frente al salón había un gimnasio doméstico relativamente caro que, sin embargo, parecía apenas usado. El equipo brillaba como nuevo. Emma y Alex se encargaron del dormitorio que, al igual que el de su hermana, solo estaba separado del salón por un biombo.

En general, aquí también todo parecía ordenado. El escritorio estaba meticulosamente organizado, la cama bien hecha. Emma notó que Robert Vogel debía de tener preferencia por el minimalismo: nada de fotos personales, nada de objetos innecesarios; todo parecía funcional, moderno y eficiente.

—Seis pares —dijo Alex, manteniendo abiertas las puertas del armario.

—¿Zapatos? —preguntó Emma sin más.

—No los que buscamos. Exclusivamente Chucks y un par de Nikes. —Se puso de cuclillas y cogió una de las zapatillas deportivas, dándole la vuelta—. Talla ocho. —Comprobó las suelas de los otros zapatos—. Las Chucks son un ocho y medio.

—¿Podrían encajar los zapatos de trabajo después de todo? A menudo tallan un poco pequeño.

—Tal vez.

—¿Cuántas huellas han encontrado en el bosque?

Alex miró entre la ropa del armario, metiendo la mano detrás de las pilas de sudaderas con capucha, pantalones y camisas que estaban en los estantes del lado izquierdo. —Alrededor de una docena relativamente frescas. Ni idea de si podrían coincidir. Pero no tendría sentido. Los colegas han establecido que no ha estado aquí en una eternidad. Seguramente no habrá venido hoy para esconder un par de zapatos con los que previamente ha estado al acecho de una víctima potencial, y encima limpiarlos.

Volvió a cerrar las puertas, al no haber encontrado nada.

Música a todo volumen procedente del salón hizo saltar a los dos investigadores. Una canción pop actual con ritmos potentes, *Supernatural* de A.C.E, resonó por toda la estancia.

Theresa Niehaus, de la científica, había encendido accidentalmente el equipo de música; luego buscó desesperadamente el mando a distancia y volvió a apagar el sistema. Miró a Emma disculpándose y colocó el mando sobre el altavoz izquierdo. —Lo siento. No lo he visto. Estaba boca abajo sobre la alfombra negra y lo he pisado.

Alex frunció el ceño y se quedó allí como si intentara atrapar un pensamiento fugaz.

—¿Tú también lo has oído? —le preguntó a Emma, dirigiéndose hacia el equipo de música sin esperar respuesta ni reacción por su parte.

—¿A qué te refieres? —Ella le siguió—. ¿Qué pasa? —preguntó, mientras Alex se agachaba y examinaba más de cerca el altavoz derecho con su Maglite.

—Algo va mal con uno de los altavoces —respondió él, mientras se acercaba más al bafle—. Ha vibrado de forma extraña.

—Yo no me he dado cuenta de eso —dijo Emma, mirando a su colega, que también negó con la cabeza—. ¿Está roto? —preguntó Emma con incertidumbre—. ¿Qué es lo que te mosquea?

—Enciéndelo otra vez —dijo Alex, y Theresa Niehaus cogió el mando del altavoz izquierdo y volvió a poner la canción desde el principio, pero esta vez a un volumen normal.

—Más alto —pidió Alex—. Súbelo a tope.

—Vale —dijo ella, un poco insegura, e hizo lo que él pedía, a pesar de que la oreja de él estaba a solo unos centímetros del altavoz. Él se arrodilló frente al subwoofer y proyectó la luz de su pequeña Maglite en la abertura, pero no pudo ver nada.

—Eso suena distinto a un daño normal —gritó por encima del estruendo, señalando el cono central del altavoz—. Gracias —le gritó a Theresa Niehaus, que volvió a apagar el equipo.

Alex se puso en pie, miró detrás del altavoz y desconectó los cables. Luego lo arrastró hacia delante. —Los altavoces rotos chirrían o se cortan. Esto era una vibración continua. —Luego le dio

la vuelta para que el panel trasero quedara a la vista. Se dirigió a los presentes—: ¿Alguien tiene un destornillador? De estrella.

—Un momento —oyó decir a Matthias Kramer desde la cocina, quien se puso en marcha de inmediato. Alex se volvió hacia Emma —: Estos son modelos muy caros. Una configuración que debe de haber costado unos cuantos miles de libras. Si uno de estos conos o el subwoofer estuvieran rotos, sonaría diferente.

Matthias Kramer entró en la habitación con un destornillador.

—Desde luego estáis bien equipados —dijo Alex.

—Lo he cogido de la caja de herramientas; hay una en el armario de la limpieza en el pasillo.

Con un gesto de agradecimiento, Alex cogió el destornillador y empezó a aflojar la parte trasera del altavoz. Emma se puso a su lado, y los otros dos colegas también observaron cómo retiraba los tornillos con movimientos precisos y finalmente quitaba la tapa trasera del altavoz.

Detrás de la tapa había una hoja de papel doblada, que solo seguía adherida por la mitad inferior con celo. El resto se había desprendido de la madera sin barnizar del interior.

—Las fuertes vibraciones del altavoz hacían que el papel produjera ese ruido —explicó Alex.

—Eso no es la letra de una canción, desde luego —dijo Emma, mientras él despegaba y desdoblaba el papel con cuidado.

—¿Otra lista con nombres? —Le echó un vistazo rápido—. Algunos de los que aparecen aquí son los mismos.

—¿Por qué esconderlos en un altavoz? ¿No es un poco complicado? Si los usa para algo, tendría que estar desatornillando el altavoz continuamente.

—Ni idea. En cualquier caso, quería ocultárnoslo. Es programador. Presumiblemente supuso que sería más probable que buscáramos memorias USB y discos duros.

Emma se acercó. —Buen punto. ¿Quién está ahí que falte en la otra lista?

—Emilia Austermann, Sophia Winterfeld, Carlos Romero y Frank Peterhanwa.

—Romero es el director. El otro nombre no me suena de nada.

—A mí tampoco. Pero fíjate en las marcas detrás de los nombres.

Le tendió el trozo de papel a Emma, y entonces ella vio a qué se refería. Junto a la mayoría de los nombres había un signo de interrogación; junto a los dos nombres nuevos había un signo de exclamación; y la segunda víctima, así como Sophia Winterfeld, habían sido tachadas varias veces.

Capítulo 26

EMMA se quedó mirando los archivos y las fotos desperdigados que casi cubrían por completo la mesa de la cocina. La mesa estaba atestada de documentos, como si fuera el único lugar donde podía organizar sus pensamientos. Apenas quedaba sitio para un plato, y mucho menos para una comida. La luz mortecina de la única bombilla que colgaba sobre ella bañaba la habitación con un tenue resplandor amarillento.

Lo que Julia Marini le había contado sobre su padre no dejaba en paz a Emma. En secreto, sabía que ella misma era tan persistente en todo lo que hacía porque seguía intentando encontrar a su propio padre. Y con él, una verdad que se le había negado durante años. Una vez más, una punzada de miedo la atravesó ante la idea de que nunca llegaría a saber qué le había pasado. Pero detuvo esos pensamientos y se concentró en el pasado de Julia Marini, siguiendo con la lectura de las últimas páginas del expediente que había solicitado a la Oficina de Bienestar Juvenil. Las finas hojas crujían suavemente, un sonido que en el silencio de la noche parecía un susurro, instándola a dejar de lado sus propios sentimientos.

Julia Marini había afirmado haber crecido sin su padre. No había mencionado a su madre con una sola palabra. Emma leía las líneas mientras se le encogía el estómago al pensar en la fracturada relación entre ella y su propia madre. Julia Marini, sin embargo, nunca había conocido a la suya. Había muerto por complicaciones poco después del nacimiento de Julia. Emma sintió un nudo en la garganta. Una hija a la que nunca se le permitió sentir el abrazo de su madre. Emma se llevó la mano al vientre, sintiendo el calor a través de su fina camiseta. Recordó la suave voz de su propia madre, que a veces tarareaba una canción cuando Emma no podía dormir por la noche. En aquel entonces, antes de que todo se desmoronara.

El padre de Julia Marini había sido camionero y apenas había tenido tiempo para su hija. Y cuando estaba presente, estaba borracho. La imagen de una niña pequeña sentada sola en el sofá, con el televisor como único amigo, se impuso en la mente de Emma. Pensó en sí misma a los catorce años, en cómo se sentaba entonces en el sofá con la mirada fija en el viejo televisor, viendo un reportaje sobre el aviso de desaparición de su padre. Lo recordaba como si fuera ayer. Los ojos vacíos de su madre, el silencio que se interponía entre ellas como un muro.

Emma imaginó a Julia Marini de pequeña, ignorada por los vecinos y acosada en el colegio. El desamparo, la soledad y, finalmente, la profesora que por fin hizo algo al encontrarse con el padre borracho. Cuando la Oficina de Bienestar Juvenil se hizo cargo del caso, encontraron a Julia en un piso mugriento, envuelta en el hedor de los cigarrillos y el alcohol. Poco después, la llevaron a un hogar infantil en Herford. Un santuario frío, pero mejor que lo que Julia Marini tenía en casa.

La familia de acogida con la que acabó finalmente, y que debería haberla protegido, había abusado de ella. Durante años, hasta que por fin salió a la luz y los padres tuvieron que responder ante un tribunal. No había sido Julia Marini quien denunció los abusos; según su declaración, nunca había reunido el valor necesario. Los niños de acogida mayores habían acudido finalmente a la Oficina de Bienestar Juvenil en grupo tras haber encontrado vídeos, pruebas de lo que ocurría.

Emma se levantó bruscamente y casi volcó la silla. Se acercó a la encimera de la cocina y se sirvió una copa de vino. Dio un trago largo y sintió cómo el calor subía por su interior, aliviando ligeramente la pesadez que sentía. Se dio la vuelta y se apoyó contra la encimera, copa en mano. Sus ojos recorrieron las fotos que mostraban a Julia Marini de niña, alguien que, incluso después de aquel incidente, no encontraría la paz. Había pasado de familia en familia, sufriendo más cosas terribles; solo el baile era una constante que le aportaba alegría.

La idea de que se dedicaba al ballet con la misma desesperación con la que Emma se entregaba a su carrera policial resultaba aterradora. Ella también quería huir, olvidar, crear una nueva realidad. El baile de Julia también era solo una vía de escape, la esperanza de un mundo mejor.

Eso la sacudió hasta lo más profundo. Dejó la copa y se agarró a la encimera con ambas manos para estabilizarse. El recuerdo del abrazo de su padre era lo único que podía sentir ahora. Cerró los ojos, permitiendo que las imágenes que había reprimido durante tanto tiempo afloraran. El aroma de su loción de afeitar, el roce de su barba incipiente contra su mejilla.

Julia Marini ya no tenía padre, igual que Emma. Y, sin embargo, tenía que mantener la objetividad, a pesar de todo lo que la unía a la joven y de lo que le había pasado. ¿Hasta dónde, se preguntaba ahora Emma, estaba dispuesta a llegar Julia Marini para escapar de su pasado para siempre?

Capítulo 27

—¿Estás a dieta otra vez? —preguntó Emma en broma a la mañana siguiente, cuando vio a Alex bajarse de la bici con una bolsa grande de la panadería en el aparcamiento frente a la comisaría. Ella estaba apoyada en el coche, esperándole. En realidad, había querido pasar a recogerlo, pero tras su entrenamiento matutino y la ducha en el gimnasio, él se había empeñado en ir en bici. De ese modo, completaba el entrenamiento con un enfriamiento, como él lo llamaba.

—Comer solo engorda. Uno de estos es para ti —dijo él, mientras candaba la bicicleta. De camino hacia ella, se quitó el casco y le tendió la bolsa.

—Gracias —dijo Emma—. Ya he desayunado bien.

—¿Has vuelto a descongelar algo cocinado?

—No, solo mi muesli de siempre.

Alex lanzó el casco al asiento trasero, luego se apoyó en el coche junto a Emma y empezó a dar buena cuenta del contenido de la bolsa. —Ayer por la tarde volví a revisar el expediente de Julia y he llegado a la misma conclusión que tú. Sería capaz de pasar por encima de cadáveres para conseguir lo que quiere.

—Espero que nos equivoquemos.

—¿Por qué?

—Oh, no lo sé. Su historia... ha pasado por tanta mierda...

—Sí, es cierto, pero mucha gente la ha pasado, y no todo el mundo se comporta de forma tan desaprensiva y egoísta como resultado. Pero no creo que sea ella quien esté cometiendo los asesinatos.

—¿Por la fuerza física necesaria?

—Exactamente.

—Bueno, si está sufriendo brotes psicóticos en ese momento, desde luego podría desarrollar bastante fuerza.

—Hay historias así, claro. Aun así, no creo que se aplique a Julia. Me inclino más por el hermano de Elsa.

—Que sigue desaparecido —señaló Emma—. Los compañeros de Paderborn y Bielefeld todavía lo buscan. Aufderheide y Krüger quieren que nos encarguemos del director y de Frank Peterhanwa.

—¿El diseñador de vestuario de esta ominosa obra?

—Sí. El ensayo general es mañana. Estoy segura de que les encantará que nos pasemos por allí.

—¿A dónde nos dirigimos primero?

—Dada toda la producción que ha surgido hasta ahora, sugiero que nos ocupemos primero del director. Se ha alojado en el Leineweber Hof.

—Como digas —dijo Alex, arrugando la bolsa—. ¿Sabe que vamos?

—No. Creo que estará encantado con nuestra pequeña pieza de teatro de improvisación.

***

Carlos Romero no estaba para nada contento con la aparición espontánea de los dos investigadores. Alex se dio cuenta por el rictus de su boca en cuanto ambos se presentaron ante la puerta de la habitación del hotel. Era un hombre de unos cincuenta años, de ojos marrones profundos y una mirada escéptica que quedaba aún más acentuada por sus pobladas cejas. Su pelo era ondulado, tupido y negro con alguna que otra cana que le daba un aspecto distinguido. Llevaba una camisa de seda cuyo tejido brillaba a la luz mientras se alejaba de la puerta.

Alex anotó los detalles en la apariencia de Romero: el afeitado apurado, el sutil y costoso reloj en su muñeca y los zapatos de cuero

negro pulido mientras lo seguían al ático. Este hombre era alguien que se enorgullecía de su apariencia y estaba acostumbrado a recibir respeto y atención.

El ático del Hotel Leineweber Hof estaba lujosamente amueblado. Los ventanales panorámicos ofrecían una vista impresionante de la estación principal y de la ciudad. La decoración consistía en muebles modernos y elegantes en tonos neutros; toques artísticos y cuadros contemporáneos en las paredes lo completaban todo. Una alfombra mullida se extendía por toda la zona de estar, que estaba dominada por un amplio sofá y elegantes sillones. Una mesa baja de cristal en el centro estaba decorada con un centro de flores frescas. En un lado de la habitación había un bar bien surtido con una selección de licores caros y copas de cristal, mientras que en el otro lado, un enorme televisor de pantalla plana adornaba la pared.

—Perdone la intrusión, Sr. Romero —comenzó Alex, cerrando la puerta tras Emma.

El rostro de Carlos Romero se contrajo aún más y sus ojos se entrecerraron. —¿Qué quieren de mí? Tengo cosas que hacer, como se imaginarán. —Su voz sonaba tan impecable como el resto de su aspecto.

—Nosotros también.

—Naturalmente. Qué voy a saber yo. Siéntense. ¿Quieren algo de beber?

Los dos investigadores se sentaron en el sofá y declinaron su oferta.

—Como deseen —dijo simplemente, sentándose frente a ellos en uno de los dos sillones. Alex podía sentir la tensión mientras los ojos de Romero iban de un lado a otro entre él y Emma.

—¿Conoce a un tal Robert Vogel? —preguntó Alex.

—No. ¿Debería?

—Es el hermano de Elsa Vogel.

—¿Y? —instó él pidiendo más información.

—Usted está en una lista que él creó. Con un signo de exclamación después de su nombre. ¿Puede explicar eso?

—Estoy seguro de que figuro en muchas listas con signos de exclamación. ¿Saben quién soy?

—Sí —dijo Alex imperturbable—. Tenemos su identificación en formato digital.

—¿Ah, sí? —dijo con desdén—. ¿Y qué?

—¿Cómo ocurrió que, tras elegir a Julia Marini, se decidiera después por Elsa Vogel, a pesar de que falló en la primera audición? —preguntó Emma.

—Mejoró y me convenció.

—¿En un entorno privado? —preguntó Alex.

—En uno tranquilo —dijo él—. Pero no en el sentido que pudieran estar pensando.

—¿Y qué cree que estamos pensando? —quiso saber Emma.

—Ella era mejor de lo que Julia llegará a ser nunca. Es una desgracia lo que le pasó a ella.

—Para Julia, es una oportunidad de llegar a lo más alto —dijo Emma.

—Lo habría sido para cualquier otra mujer que hubiera obtenido el papel.

—¿Cómo percibía la relación entre Elsa Vogel y Julia Marini?

—No lo hacía, porque no me interesa ese tipo de sensiblería. Tengo cosas más importantes en la cabeza.

—Su próximo estreno debe de exigirle mucho tiempo.

—Exige todo mi tiempo y, para ser sincero, no sé qué pensar de sus preguntas. ¿Por qué están aquí? ¿Insinúan que elijo a las mujeres basándome en si se meten en la cama conmigo o no, y que si no lo hacen, las mato?

—¿Lo hace? —preguntó Alex.

—El hecho de que me hagan estas preguntas me demuestra más que claramente que no saben nada sobre mí más allá de los datos de mi documento de identidad.

—Entonces háganos el favor de iluminarnos —dijo Alex.

—La pantalla de su teléfono tiene brillo suficiente. Busque mi nombre en Google. Hay mucho que leer. Una vez que lo hayan hecho, tal vez reconsideren sus preguntas e insinuaciones. Hasta entonces, dejen de lado sus acusaciones propias de aficionados y déjenme hacer mi trabajo. Ustedes deberían hacer el suyo también. Verán lo esclarecedor que *eso* puede llegar a ser.

—Hemos oído de un puñado de testigos que usted no juzga solo por la aptitud y el talento, sino que más bien reparte papeles a cambio de favores íntimos —continuó Emma con el interrogatorio—. ¿Qué tiene que decir ante estas acusaciones?

—Que son falsas y no tengo ningún deseo de seguir siendo difamado. Se marchan ahora mismo, a menos que tengan una orden oficial o cualquier otra cosa que necesiten para obligarme a prestar declaración.

Se oyó un golpe sordo proveniente del baño.

—No mencionó que no estuviera solo —dijo Emma.

—No preguntaron. Además, realmente no es asunto suyo.

—Es la policía —dijo Alex en voz alta hacia la puerta cerrada del baño—. ¿Podría salir, por favor?

—No tiene por qué hacerlo —ordenó el director, y al principio pareció que quienquiera que se escondiera al lado le obedecería a él antes que a la policía. Pero su sonrisa de suficiencia se desvaneció cuando la puerta se abrió con tiento.

—... ¿Sí? —preguntó una delicada voz femenina. Poco después, una mujer joven asomó por el hueco. Al parecer, había estado en la ducha justo antes de la llegada de los dos investigadores y no llevaba más que un albornoz. Su cabello húmedo y la película de vapor en el espejo contiguo, que se estaba evaporando en parte,

sugerían que debía haber estado escuchando todo el tiempo. Pues Alex no había oído nada parecido a un secador de pelo ni ningún ruido en absoluto.

—¿Marie Schilling? —preguntó Emma, sorprendida.

Al acercarse más, Alex también la reconoció. Era una de las personas de la lista de Robert Vogel que había sido marcada con un signo de interrogación. Emma y Alex habían vuelto a llamar a todo el mundo —a excepción de Julia Marini, Silas Stein, Carlos Romero y Frank Peterhanwa— y les habían pedido que estuvieran especialmente atentos y que informaran a la policía de inmediato ante la más mínima sospecha de que pudieran estar en peligro. Además, habían aconsejado a todos que no fueran a ninguna parte solos. Ahora podían ver que no todos habían seguido ese consejo. Pues Alex no creía que Carlos Romero hubiera ido a buscar a Marie a casa ni que se hubiera tomado la molestia de pedirle un taxi. Por la forma en que se estaba comportando allí, parecía que solo se consideraba importante a sí mismo.

—¿Cómo ha llegado aquí? —preguntó Alex ahora también, indicándole con un gesto acogedor que tomara asiento en el sillón junto a Carlos Romero.

—¿Es eso importante? —preguntó el director.

—Por lo general, no hacemos preguntas que no sean importantes —dijo Alex.

—¿Ha venido en taxi? —preguntó Emma.

—No, en autobús y tren.

—¿Después de que le aconsejáramos que no pusiera un pie fuera sola? —preguntó Alex.

—No estaba sola. Siempre había gente a mi alrededor.

—Lo cual no siempre es una ventaja en la estación central —señaló Emma.

—Sí, lo sé. —Miró hacia abajo abatida, hacia sus zapatillas de felpa rosa. *«¿Tendrá el mismo tipo de deformidades y heridas que los*

otros?», se preguntó Emma. —Pero pensé que allí, al menos, no seguiría persiguiéndome.

—¿Alguien la ha seguido de camino aquí? —preguntó Emma.

—Sí.

—¿Por qué no me lo has dicho? —preguntó Carlos Romero.

—Lo hice. Dijiste que estaba siendo paranoica.

Él esbozó una sonrisa forzada. Era evidente que estaba avergonzado. —Pero no lo dije así. Lo has entendido mal, pequeña.

—¿Vio quién la estaba siguiendo?

—Un tipo con una sudadera con capucha. De complexión robusta, pero no le vi la cara. Me fijaba en él a cada momento. Hasta que me bajé del autobús en la estación central. Después de eso, desapareció.

—¿Notó algo en su forma de caminar?

—No, era bastante normal. Llevaba la cabeza agachada y las manos en los bolsillos delanteros de la sudadera.

—¿Así que no llegó a verle la cara?

—Solo un instante. En un momento dado se puso bajo la luz. Sin quererlo, porque alguien tropezó con él por detrás. Fue entonces cuando se le resbaló la capucha. Pero se la volvió a poner enseguida. Eso fue justo antes de la estación central. Tras la siguiente parada, ya se había ido.

—¿Puede describirlo?

—Tiene un rostro muy característico. Pómulos marcados, había algo en su ceja... y de alguna manera me resultaba familiar. Sin embargo, no sé de qué.

Emma abrió una foto de Robert Vogel en su móvil y se la mostró a Marie. — ¿Era este hombre?

—Sí —dijo ella, y empezó a asustarse—. ¿Por qué tiene una foto suya en el móvil? ¿Asesinó él a Elsa y a Emilia? —Se le dilataron las

pupilas por el pánico—. ¿Iba a matarme a mí también?

—No podemos descartarlo —admitió Emma—. No obstante, por el momento no tiene que preocuparse si se queda aquí. —Emma miró al director, como buscando que le confirmara que cuidaría de ella de ahora en adelante.

—No puedo vigilarla las veinticuatro horas del día —dijo este último, sin embargo, bastante indignado.

—¿Por qué se escondía de nosotros? —preguntó Alex, ignorando la declaración de Carlos Romero.

Mirando a Carlos Romero como un perro apaleado, ella respondió: —No lo sé.

—Es culpa mía —intervino Carlos Romero—. Fui yo quien la citó aquí. Todavía teníamos algunas cosas que discutir sobre la nueva obra. Me está ayudando con el guion. Aparte de sus cualidades como bailarina, tiene un olfato condenadamente bueno para la dramaturgia de una historia.

Alex sintió náuseas ante tanta palabrería y la mirada aceitosa que le lanzaba a la joven. El tipo realmente se creía el ombligo del mundo. —¿Qué edad tiene, en realidad, si me permite la pregunta? —Alex sencillamente no pudo contenerse más; toda la situación le parecía demasiado extraña.

—Veintidós —dijo ella.

—¿No es grandioso? —preguntó el director con entusiasmo—. Tan joven y ya con un talento tan excepcional.

Ella forzó una sonrisa y luego volvió a mirar tímidamente a sus zapatillas. Alex no pudo evitar hacer la siguiente pregunta. —¿Está aquí por su propia voluntad?

Incluso por el rabillo del ojo, Alex pudo ver cómo al director se le desencajaba la cara por completo.

—¿Cómo dice? —preguntó Carlos Romero.

—¿Marie Schilling? —Alex se inclinó hacia delante—. Por favor, míreme.

—Míreme *usted* a *mí* ahora —exigió el director, pero Alex no se dejó amedrentar. ¿Qué iba a hacer ese payaso al respecto, de todos modos?

—¿Marie? —preguntó Alex.

Ella levantó la vista hacia él, pero antes de que pudiera discernir nada en su mirada, el impertinente director, con su ego herido, se interpuso entre ambos.

—Si necesita ayuda, díganoslo —acudió Emma en ayuda de Alex. Se había inclinado hacia un lado para cruzar su mirada con la de Marie.

—Se marcharán ahora mismo y nos dejarán en paz a los dos. Todavía tenemos mucho trabajo por delante y no necesitamos que nos calumnien. Espero que les quede claro que presentaré una queja ante sus superiores por esto.

—Por supuesto —dijo Alex, mirándole mientras se ponía en pie. Metiendo la mano en su abrigo, sacó su tarjeta de visita y la dejó caer con descuido sobre la mesa—. En lugar del cuarenta y dos, marque el treinta. Es la mejor forma de contactar con él.

***

—Lo que sigo sin entender es el signo de exclamación después de algunos nombres —comentó Alex mientras caminaban por el pasillo hacia el ascensor—. ¿Qué se supone que significa? Además del director, la diseñadora de vestuario y Julia Marini estaban marcados con él. Nadie más lo tiene. Luego están los signos de interrogación. O sus nombres tachados.

—¿Acaso quería decir el hermano que esos tres son los culpables de la muerte de su hermana?

—Es posible —respondió Alex—. Pero si es así, ¿por qué las dos primeras víctimas y también Sophia Winterfeld estaban tachadas? ¿No sugiere eso que Robert Vogel está avanzando a través de sus víctimas usando la lista?

—¿Entonces para qué nos dio esa otra lista de su hermana? ¿Para llevarnos por una pista falsa?

—O para ver cuándo tiene vía libre.

—¿A qué te refieres? —Emma se detuvo a unos metros del ascensor y miró a Alex con tono inquisitivo.

—Él sabía que investigaríamos a las personas de esa primera lista, pero que de todos modos no nos serviría de nada. Si no nos hubiera señalado a esas personas, habríamos dado inevitablemente con los miembros de la escuela de danza después del segundo asesinato como muy tarde. Quizás se suponía que debíamos tomar a una de las personas de la lista por el perpetrador y centrarnos en ella.

—¿De modo que él pudiera seguir asesinando sin obstáculos?

—Quizás. Al menos, le habría dado tiempo suficiente para elegir a su próxima víctima y atraparla.

—Entonces se suponía que Sophia Winterfeld iba a ser la siguiente esa noche. —Emma continuó hacia el ascensor; Alex la siguió—. Solo que no contaba con el novio, que luego lo persiguió.

Alex pulsó el botón del ascensor. La flecha se iluminó en verde. —Eso explicaría al menos por qué todo salió mal. Intentó cambiar su plan y perdió el control en el proceso.

Emma suspiró. —¿Entonces por qué los signos de exclamación?

Alex se encogió de hombros. —Podría estar expresando su determinación o su ira hacia ellos. O pretendía ser algún tipo de señal de que esos tres están destinados a ser el final de su plan de venganza.

—Eso sigue sin parecerme del todo lógico —dijo Emma.

—Sé a qué te refieres. Pero no tenemos nada más por el momento.

—Sería demasiado fácil de lo contrario.

Alex echó una última mirada hacia el ático. —Tengo un mal presentimiento al dejar a Marie Schilling aquí simplemente.

—Ella dice que está aquí por su propia voluntad. Yo tampoco la creo del todo, pero sin pruebas, lamentablemente tenemos las manos atadas.

—Como siempre —dijo Alex, molesto.

En el ascensor, pulsó el botón de la planta baja. En ese momento, sonó el móvil de Emma. Achim Gräfe, de la policía científica, tenía noticias para ellos.

Capítulo 28

El gélido ambiente del departamento de medicina forense intensificaba la tensión que flotaba en el aire. Achim Gräfe y su colega Wolf habían estado esperando a los dos investigadores. Mientras se dirigían hacia las pantallas oscuras donde se encontraban los dos expertos forenses, echaron un vistazo a la camilla que sostenía el cuerpo cubierto de un hombre corpulento.

—Emilia Austermann ya está en la cámara frigorífica —Gräfe señaló con el meñique al difunto bajo la sábana—. Infarto, ¿verdad? Tal cual. Debería haber vigilado más de cerca su dieta. Le he encontrado un hígado graso bastante considerable.

—¿Qué tenéis para nosotros? —Emma señaló las pantallas y se detuvo frente a ellas.

—La segunda víctima, Emilia Austermann, estaba suspendida sobre un escenario exactamente igual que la primera. Eso ya lo sabéis. La diferencia con la primera es que esta vez la víctima forcejeó menos; apenas nada, de hecho.

Con un movimiento frenético del ratón, Achim Gräfe sacó las pantallas del modo de espera y señaló la central, que mostraba una imagen de la espalda de Emilia Austermann tal como había quedado sobre la mesa de autopsias.

—Las alas de ángel también fueron grapadas a su espalda con una grapadora industrial. No hay signos de reajustes, lo que sugiere que el perpetrador quedó satisfecho con la posición de inmediato. ¿Podría haber otra razón? Sí, podría. Quizás ya estaba inconsciente antes de que él empezara. ¿Recordáis? ¿El peso que presiona la caja torácica y la consiguiente dificultad para respirar cuando alguien es crucificado de esa manera? ¿Sí? Bien. También es posible que cayera en la inconsciencia después de la primera grapada. Sea como fuere, no cabe duda de que primero la colgó. Se resistió un poco a eso,

pero no mucho. Como he dicho, poco o casi nada. Podéis verlo aquí. —En la otra pantalla, les mostró primeros planos de las marcas en las muñecas y los tobillos—. Significativamente menos que con Elsa Vogel.

Emma asintió mientras estudiaba las imágenes. —¿Y el agujero en el pecho? —preguntó, aunque habría preferido no tener que volver a mirarlo tan de cerca.

—Eso se ve mejor al contrastarlo con las imágenes de la otra víctima. En realidad, por eso os he pedido que vinierais.

Achim Gräfe les mostró entonces primeros planos de las zonas pectorales mutiladas de ambas víctimas. A la izquierda había tres imágenes de Elsa Vogel; junto a ellas estaban las de Emilia Austermann. Cada una de las fotos había sido tomada desde un ángulo diferente.

—El orificio es mayor que en la primera víctima. El perpetrador golpeó varias veces con el hacha de hendir. Las heridas son más profundas y muestran un mayor nivel de brutalidad.

Alex se inclinó hacia delante y estudió los detalles. —¿Coinciden los patrones de corte del hacha en ambos casos?

Con el dedo meñique, Achim Gräfe señaló dos tomas ampliadas. —Aquí se pueden ver las marcas de limado y los microrrasguños, que nos permiten rastrear la misma hoja. Coinciden. Así que, sí. Utilizó una misma hacha de hendir.

Alex, que seguía estudiando las fotos, preguntó finalmente: —¿Hay algo más llamativo o alguna otra coincidencia?

—Lamentablemente no —dijo Achim Gräfe—. Las huellas en el barro del bosque podrían proceder potencialmente de Robert Vogel. Unas Nike, talla cuarenta y dos.

—¿Así que por fin tenemos una coincidencia?

—Solo hasta cierto punto. El dibujo de la suela solo coincide con el modelo, no con los zapatos que habéis encontrado en su piso. Esa talla de calzado no es precisamente una rareza, que conste.

¿Descarta eso a Robert Vogel? No. ¿Es posible que los zapatos de trabajo se compren una talla más grande? Sí, por supuesto. Pero incluso la talla cuarenta y tres era común entre las huellas recuperadas en el bosque, aunque no se ha encontrado ninguna que se pareciera a las de la escena del crimen o a las del piso de Elsa Vogel. Ni siquiera hace falta hablar de coincidencias exactas. Todo suena desalentador, lo sé. Sin embargo, hemos podido encontrar rastros que al menos hacen posible una teoría.

Achim realizó unos rápidos movimientos y clics con el ratón; entonces vieron huellas ampliadas en el suelo húmedo del bosque. —Dado que los hombres se movían al trote, dejaron impresiones más profundas en el suelo que quienes simplemente utilizan este sendero del bosque como atajo. Pero es imposible decir cuántos hombres corrieron por allí.

Capítulo 29

—Lo hemos puesto todo patas arriba, hemos registrado cada rincón —dijo Aufderheide al equipo reunido en la gran sala de juntas de la comisaría—. Y no hemos podido encontrar nada que nos indique el paradero actual de Robert Vogel. Su coche fue hallado a pocas calles de su piso en Paderborn. Pero dado que se le ha visto cada vez más por Bielefeld, es probable que se desplace a pie y evite el transporte público en la medida de lo posible. Al menos eso es lo que creemos, ya que hasta ahora no hemos logrado localizarlo en ninguno de los tranvías, estaciones o autobuses equipados con cámaras. Ni en Paderborn ni en Bielefeld y sus alrededores.

Un silencio opresivo reinaba en la sala, roto solo por algún murmullo ocasional, mientras los investigadores procesaban los hechos actuales. Entonces, el perfilador asignado al caso, el Dr. Jonas Weber, tomó la palabra. Estaba sentado de forma relajada junto a Emma y Alex en la primera fila. Rondaba los cincuenta años, y su mirada penetrante y su cabello ligeramente canoso le conferían un aura de seriedad. Su traje gris oscuro resaltaba su complexión delgada, y su expresión tranquila, casi estoica, lo hacía parecer una roca en medio de la tensión que se respiraba en la sala. Su mirada parecía analítica, como si estuviera penetrando cada movimiento y emoción de los presentes y evaluándolos en cuestión de segundos.

—El hombre al que buscamos —comenzó Weber con una voz agradable y penetrante— no es un delincuente común. Ha seleccionado cuidadosamente a sus víctimas y ha escenificado los asesinatos: jóvenes bailarinas de ballet a las que ha dispuesto como ángeles sobre el escenario. Esta necesidad de atención sugiere una personalidad narcisista, combinada con una fuerte necesidad de control y una exaltación propia casi religiosa. Me atrevería a afirmar que se ve a sí mismo como una especie de creador o artista.

Emma asintió lentamente mientras asimilaba la idea. —¿Quiere decir que podría estar glorificándose a sí mismo a través de sus puestas en escena?

—Exactamente —confirmó Weber—. Cada presentación, cada escena que crea, refleja la imagen que tiene de sí mismo. No solo presenta a las chicas como ángeles, sino también como víctimas de una voluntad superior y «justa»: la suya. Según su percepción, tiene el derecho de decidir sobre la vida y la muerte. El escenario es para él un altar sobre el que presenta a sus víctimas. Por lo tanto, resultaría lógico que prefiera lugares que permitan este tipo de autopresentación.

Alex se inclinó hacia delante y miró al Dr. Weber. —¿Entonces deberíamos buscar lugares abandonados que ofrezcan un escenario o una especie de espacio de presentación? ¿Antiguos teatros, salas de conciertos o algo similar?

—Sí —asintió Weber—. Lugares donde se sienta fuera de la vista ajena, pero que al mismo tiempo le hagan sentir que, de alguna forma, está presentando sus actos ante un público. Los teatros o cines vacíos serían ideales. Son refugios perfectos para él, porque allí puede presidir los acontecimientos de forma simbólica: en el escenario, en el centro de atención, incluso aunque el público esté ausente en el momento de la actuación.

—Exactamente como hacía Robert Vogel cuando se retiraba al *Phönix Dom* para trabajar. El Dr. Weber miró a Alex con expresión inexpresiva, así que este explicó: —Trabaja en ese club, es como su oficina en casa, pero siempre se sienta arriba en el escenario, justo en medio, como si se estuviera exhibiendo ante todos los demás.

—Eso encajaría con el perfil del autor —dictaminó el Dr. Weber.

Sabrina Möller se cruzó de brazos y frunció el ceño. —¿Así que dispuso a las chicas en el escenario como si fueran ángeles...? ¿Cree que eso tiene alguna relación con la religión o la espiritualidad?

Weber arqueó ligeramente las cejas. —Es ciertamente posible. Sin embargo, estoy pensando menos en una religiosidad clásica y más

en un simbolismo personal. En su visión del mundo, podría verse a sí mismo como una especie de ejecutor de una voluntad divina o superior. La representación de los ángeles sugiere que cree estar concediendo a sus víctimas una especie de redención. Podría verse como aquel que les permite trascender a un nivel superior.

—¿Qué significa eso para nosotros? —preguntó Klose.

—Exacto —añadió Möller—. ¿Cómo podemos evaluarlo mejor con ese dato?

—Significa que se dejará arrastrar más por ese papel cuanto más atención reciba por sus crímenes. Es posible que ya esté planeando la próxima puesta en escena, en la que se presente como un salvador. Quizás esté preparando otra ubicación, un nuevo escenario. Como he dicho, deben concentrarse en lo inusual: edificios vacíos que no sean accesibles al público y que le ofrezcan cobijo.

—¿Podrían considerarse también lugares que tengan un significado simbólico o sagrado? —preguntó Emma.

—También es posible, aunque las escenas del crimen sugieren algo distinto.

—¿Podrían servirle de escondite? —preguntó Alex.

—Sí, también.

Alex asintió lentamente y anotó algo. Emma le echó un breve vistazo, pero se rindió de inmediato. Era simplemente incapaz de descifrar sus jeroglíficos.

—La oficina de planificación podría ayudarnos con eso —recordó Emma—. Solicitaré una lista, especialmente de iglesias vacías o grandes salas con escenarios.

—Dr. Weber, ¿cree que ya tiene algún lugar específico en mente? —volvió a intervenir Aufderheide.

El perfilador asintió pensativo. —Es muy probable, de hecho. Un autor con una necesidad tan pronunciada de ritualización y puesta en escena planifica sus pasos con antelación. Podría haber estado

preparando esta ubicación durante días o semanas: un escondite que se convertirá en su nuevo escenario.

Aufderheide respiró hondo. —Muy bien. Entonces nos concentraremos en esas posibles escenas.

—¿Puede estimar cuándo podría volver a atacar? —preguntó Emma—. Si presenta a sus víctimas como ángeles, ¿no podría eso apuntar también hacia una especie de ciclo o rito?

—Quizá quiera enviar un mensaje con ello —dijo Alex—. Es muy posible que elija días especiales que tengan un significado simbólico para él. Así que también deberíamos buscar pistas sobre festividades o motivos religiosos que pudieran jugar un papel en su mente.

Aufderheide asintió y comenzó a distribuir las tareas dentro del equipo. —Señora Möller, póngase en contacto con la oficina de planificación y solicite una lista de edificios vacíos con escenarios o espacios sagrados. Señor Klose, revise los contactos del panorama cultural de Paderborn e intente averiguar si alguien le ha facilitado el acceso a algún lugar inusual o si lo han visto por allí.

Paul Klose anotó su tarea, mientras Alex levantó la vista. —Echaremos un vistazo a algunos escenarios antiguos. Conozco unos cuantos que podrían encajar.

—De acuerdo. Por ahora, redacten una lista y después asignaremos los equipos. —Aufderheide miró a Krüger, el superior de Emma y Alex—. Además, deberíamos incorporar a más colegas para revisar las imágenes de vigilancia de los lugares públicos de Bielefeld, Paderborn y sus alrededores. Quizás, después de todo, localicemos a Robert Vogel en alguna parte.

Cuando se levantaron, Weber añadió algo más. Tuvo que hablar un poco más alto para imponerse al ruido de fondo de los que se marchaban: —Recuerden que siempre está planeando una puesta en escena. No dejará nada al azar y probablemente lo preparará todo para retratar la siguiente escena a la perfección. Porque, y creo que todos estaremos de acuerdo en esto, no va a dejar de matar

voluntariamente a corto plazo, y es muy probable que ya haya encontrado a su próxima víctima.

Capítulo 30

Alex tenía un mal presentimiento mientras estaban ante el edificio abandonado. No era una sala de conciertos propiamente dicha, sino una antigua fábrica donde bandas locales pequeñas habían tocado con regularidad hasta hace unos cinco años. Incluidos Alex y su grupo de punk, *Glatteis im Vogelhäuschen.* Los recuerdos afloraron ante la visión de las puertas metálicas oxidadas y las ventanas rotas. Todo el lugar tenía una atmósfera fantasmal que le provocó un escalofrío por la espalda, sobre todo al pensar en el motivo por el que estaban allí.

Mientras él y Emma cruzaban la puerta lateral entreabierta, ella preguntó en voz baja: —¿De verdad crees que encontraremos algo aquí?

—Ni idea, pero ya hemos pasado por todo lo demás. Este es el último sitio en el que se me ocurre mirar.

En el interior, reinaban la oscuridad y la humedad. El aire olía a moho y a madera vieja. Alex alcanzó a distinguir el escenario improvisado al fondo de la nave donde había estado subido hacía muchos años. Las paredes estaban cubiertas de grafitis y, en algunos puntos, todavía colgaban carteles viejos de conciertos y eventos pasados. El último había tenido lugar hacía más de cinco años.

—Es evidente que aquí había mucho movimiento, y yo no vine nunca —dijo Emma.

—¿No fue eso antes de tu época?

—Ya vivía en Bielefeld por entonces —dijo ella, observando uno de los carteles.

—Me refería a antes de tu época de formal.

Emma sonrió y al momento siguiente recuperó la seriedad. Se acercaron al escenario. Alex le indicó con un gesto de la mano que él se escabulliría por la derecha. Ella asintió y se dirigió hacia la izquierda.

Detrás del escenario encontraron una escalera vieja que conducía a una estancia inferior. Alex encendió su Maglite y abrió el paso, seguido por Emma. Se abrían varias habitaciones y descubrieron señales claras de que alguien vivía allí. Había un saco de dormir extendido en el suelo; a su lado, restos de comida y envoltorios vacíos de barritas de cereales y de proteínas.

Alex asintió con determinación y se dirigió hacia una puerta que estaba entreabierta. Esperó a que Emma estuviera en posición, luego la abrió de golpe e iluminó con su linterna una habitación vacía que contenía una silla volcada. Nada más.

—Parece que hemos vuelto a llegar tarde —dijo Alex. Se giró con la Maglite hacia Emma, que se había metido su propia linterna en la boca y se estaba poniendo un par de guantes azules desechables.

—Asegurémonos de que esto no sea solo obra de algún okupa —dijo ella, mientras Alex también se ponía un par de guantes.

—Tampoco es que tengamos nada mejor que hacer —replicó él, haciendo lo único que podían. —Esto podría pertenecer a cualquier persona sin hogar. —Pasó el haz de luz desde los envoltorios vacíos por el saco de dormir hasta la parte de la cabeza. Alex se inclinó hacia delante y tanteó la zona. —Nada.

—Yo tampoco encuentro gran cosa —dijo Emma, agachándose para inspeccionar más de cerca el interior de una taquilla oxidada.

Alex recogió uno de los envoltorios. El aluminio del interior reflejaba la luz de su Maglite. Lo olisqueó y volvió a soltarlo. —No huele a nada. Esto podría llevar aquí unos días o semanas. Pero desde luego no es de las barritas que cuestan un par de céntimos.

—Al menos es algo más que polvo de los ochenta —dijo Emma, poniéndose en pie de nuevo.

Tras unas cuantas cajas de cartón viejas, aplastadas y húmedas, la pared estaba desmoronada. Un agujero negro del tamaño de un balón de fútbol se abría detrás de ellas. Alex apartó una de las cajas, casi destruyéndola por completo en el proceso. La desechó como si fuera un trapo mojado y examinó el hueco que había quedado al descubierto. Dirigió el haz de su linterna hacia el interior, se tumbó en la marca húmeda y cuadrada del suelo e iluminó hacia arriba el interior del muro hueco.

—Creo que he encontrado algo. —Tanteó con la mano libre.

Emma acudió en su ayuda con su linterna.

Cayeron migajas húmedas de yeso sobre la cara de Alex y, tras un ligero tirón, sacó una bolsa de plástico que contenía algo rígido y rectangular. Se incorporó y se la entregó a Emma. Sin vacilar, ella se volvió a meter la Maglite en la boca y abrió la bolsa. De ella extrajo una funda de portátil. Antes de que pudiera examinarla más a fondo, oyó un sonido proveniente del piso de arriba. Alex se levantó de un salto casi sin hacer ruido.

—¿Has oído eso? —susurró, con la mano apoyada en la culata de su arma reglamentaria. Sus ojos escudriñaron el techo sobre ellos.

Emma asintió, dejó la funda del portátil a un lado, se sacó la Maglite de la boca y desenfundó su arma.

Con un gesto de cabeza hacia las escaleras, Alex dejó claro que él iría delante.

Cuando llegaron arriba, alcanzaron a ver a una figura que se quedaba paralizada a medio movimiento en el centro de la nave. Era Robert Vogel, que estaba visiblemente sorprendido de que lo hubieran encontrado.

—¡No se mueva! —gritó Alex, apuntando al hombre. Los ojos de Robert Vogel se movieron de forma frenética de un lado a otro, presumiblemente buscando una ruta de escape. Pero no había ninguna. En un radio estimado de cinco metros, no había nada que pudiera servirle de cobertura. Miró a Alex, y este vio claramente el pánico en sus ojos. Con vacilación, Robert Vogel levantó las manos.

Alex y Emma se le acercaron. Emma se movió un poco más rápido y ya tenía las esposas listas, mientras Alex lo mantenía a raya.

—Está cometiendo un error —protestó Robert Vogel mientras Emma lo inmovilizaba. —Yo no soy un asesino.

Alex lo clavó con una mirada penetrante. —¿Entonces por qué se oculta de nosotros?

Robert Vogel sacudió la cabeza. La desesperación estaba grabada en su rostro. —Tenía que hacerlo.

—¿Por qué?

—No lo entenderían.

—Si eso es todo lo que tiene que decir en su defensa, la cosa no pinta bien para usted.

—No pinta bien de todas formas. Ni aunque les cuente la verdad.

Capítulo 31

Cuando Emma entró en la sala de observación de la comisaría, Alex estaba apoyado contra el espejo unidireccional, con los brazos cruzados, observando el interior de la sala de interrogatorios. Robert Vogel estaba allí sentado, con las manos esposadas a la mesa y la cabeza gacha. A su lado, reposaba un vaso de poliestireno con café, por ahora ya tibio, que apenas había probado.

Emma cerró la puerta y le entregó a Alex una carpeta que contenía los últimos resultados forenses que habían logrado extraer del ordenador portátil de Robert Vogel. —Esto podría ser útil.

Alex cogió la carpeta y la hojeó. —Esto nos ayudará a ejercer un poco de presión. Sin embargo, no prueba nada. Ha hackeado los perfiles de los que figuran en su lista. —Pasó otra página—. ¿Han encontrado algo más los compañeros?

—Están en ello. Ha encriptado bien el material. —Emma observó a Robert Vogel a través del cristal—. ¿Sigues pensando que mató a su hermana?

—Preguntémosle —dijo Alex.

Entraron juntos en la sala de interrogatorios. La puerta se cerró tras ellos con un suave clic. Emma se sentó frente a Robert Vogel. Alex se quedó de pie detrás de ella y le entregó la carpeta.

—Señor Vogel —comenzó Emma mientras dejaba la carpeta sobre la mesa—. Tenemos algunas cosas que discutir. Empecemos por el ordenador portátil que encontramos en su escondite.

—¿Por qué no empezamos por el hecho de que están perdiendo el tiempo?

—¿Ah, sí? —preguntó Alex—. Su comportamiento y las pruebas sugieren lo contrario.

—¿Y qué pruebas tienen?

—Creo que ya lo sabe —faroleó Emma, con la esperanza de que él revelara voluntariamente de qué trataban todos esos archivos y carpetas encriptados.

—No han encontrado nada en mi portátil —dijo Robert Vogel—. Nada que me incrimine.

—¿Y qué hay del hecho de que ha hackeado los perfiles, móviles y cuentas de las mujeres y hombres de su lista? Y no me refiero a los que nos entregó usted.

Emma sacó de la carpeta la lista envuelta en plástico que habían encontrado en su piso. Por un breve instante, Emma pudo ver incertidumbre en la mirada de Robert Vogel.

—Entonces ya tienen la versión actual —dijo él.

—Una que probablemente va por delante de sus progresos reales —dijo Emma, señalando los dos nombres tachados—. Emilia Austermann está muerta. Usted estuvo acechando a Sophia Winterfeld hace muy poco, y sin embargo no le tocó ni un pelo. ¿Por qué está tachada?

—Solo la estaba cuidando; no la estaba siguiendo, buscaba al asesino. Y había alguien más allí, muy cerca de mí, que salió pitando cuando ese tipo de Sophia me vio y corrió tras de mí. Yo fui tras el asesino... tienen que creerme. —Robert Vogel miró de Alex a Emma y luego otra vez de vuelta—. Yo no soy el asesino.

—Mire, señor Vogel —empezó Alex—, incluso si todo eso fuera cierto... encontramos cosas en su ordenador que no debería tener. Una gran cantidad de archivos que están fuertemente encriptados. Tan fuertemente que nuestros forenses informáticos aún no han podido descifrarlos. Pero eso es solo cuestión de tiempo.

—¿Acaso no se me permite tener archivos encriptados? ¿Dónde está escrito eso?

—Hemos podido rastrear sus actividades en línea —añadió Emma, sacando las pruebas de la carpeta y mostrándoselas—. Las direcciones IP coinciden con algunos de los usuarios de su lista.

Entre ellas hay una que corresponde al móvil de su hermana. Y estoy segura de que, una vez que tengamos todos los móviles y ordenadores de las personas de su lista, podremos cotejar el resto también.

Alex dio un paso adelante. —Aunque todavía no hayamos sido capaces de descifrar sus códigos, ya hemos establecido que ha hackeado las cuentas y los móviles de otras personas. Eso por sí solo basta para una acusación formal. Si a eso se le suma el asesinato, las cosas se ponen muy feas para usted. A menos que coopere con nosotros.

—No tienen más que teorías —dijo él—. Y no pueden retenerme basándose en ellas. Conozco mis derechos, y asumo que ustedes también. Así que pongamos fin a esta farsa. Déjenme marchar.

—No podemos hacer eso. Es sospechoso de haber asesinado a dos mujeres, incluida su propia hermana.

—Yo no le hice nada a Elsa.

—¿Y qué hay de Emilia Austermann? —insistió Alex.

—Tampoco.

—¿Por qué es la primera de su lista y está tachada por usted? —preguntó Emma.

Robert Vogel no respondió.

—¿Y qué significan los signos de interrogación junto a los otros nombres y los signos de exclamación tras Julia Marini, Carlos Romero y Frank Peterhanwa? —preguntó Alex.

—Quiero averiguar quién mató a mi hermana —espetó él.

—Si lo que dice es cierto —empezó Emma—, ¿por qué trabaja contra nosotros en lugar de colaborar?

—¿No es obvio? He obtenido acceso ilegal a datos para los que ustedes habrían tardado días o semanas en conseguir autorización en este sitio. Todavía no han conseguido acceso a la página desde la que Julia envió los mensajes, ¿verdad?

—¿Cómo sabe eso?

—De oídas.

—¿Envió usted mensajes desde este proveedor? —Alex le presentó una copia impresa de los mensajes de Julia, a los que ella les había concedido acceso en su piso. El logotipo del proveedor figuraba en la esquina superior derecha.

—Yo no fui —fue todo lo que dijo.

—¿En cuántos perfiles se ha infiltrado? —quiso saber Alex ahora, pero Robert Vogel solo le respondió con una mirada que dejaba claro que no se lo diría.

—Muy bien —dijo Emma, volviendo a meter los documentos en la carpeta—. Si no va a ayudarnos, nosotros tampoco le ayudaremos a usted. Todavía nos quedan —Emma miró intencionadamente su reloj de pulsera— veintiuna horas.

—¿Tiempo para qué? —preguntó Robert Vogel.

Emma se levantó, dispuesta a marcharse. —Es el tiempo que podemos retenerlo aquí sin cargos. —Se dirigió hacia la puerta. Alex la siguió.

—Esperen —dijo Robert Vogel—. Por favor.

Los dos se dieron la vuelta y le miraron expectantes. Ya no parecía tan seguro de sí mismo, y desde luego no superior. Miró con incertidumbre a uno y a otro mientras por fin se confesaba: —Tráiganme mi portátil. Entonces desbloquearé los archivos.

Emma y Alex intercambiaron miradas escépticas. —¿Por qué deberíamos hacer eso? —preguntó Emma.

—Para que pueda mostrarles lo que he encontrado.

—¿Cómo sabemos que no borrará los archivos con un solo comando? —preguntó Alex.

—Porque esta historia transcurre en Bielefeld y no en la nueva de *Misión: Imposible*.

—Primero díganos qué encontraremos en esos archivos —dijo Emma, dando un paso hacia él.

Robert Vogel luchó consigo mismo.

—O nos vamos ahora mismo y volvemos cuando hayamos encontrado pruebas que lo incriminen aún más.

—Son mensajes. Amenazas, más bien. Todos de teléfonos de prepago y no del proveedor que creen que utiliza el agresor. —Señaló la carpeta que Emma tenía en la mano—. Pude reconocer un patrón entre las personas de la lista.

—¿Cómo? —quiso saber Emma.

—Comparándolos con otros mensajes privados de los móviles.

—¿Pero no se refiere a Julia Marini? Ella ya ha confesado haber escrito algunos de los mensajes.

—¿No me han estado escuchando? No me refiero a esos mensajes en absoluto. Y ya que estaban a punto de irse, asumo que tampoco han encontrado aún los vídeos en mi portátil. Tráiganme mi ordenador. Les presentaré a los verdaderos culpables si, a cambio, el método de obtención de las pruebas no se utiliza en mi contra... y si puedo marcharme después.

Emma y Alex salieron de la sala de interrogatorios y volvieron a la sala de observación, donde su superior, el comisario jefe Krüger, y la fiscal Hanna Aufderheide habían seguido de cerca el interrogatorio. Krüger miró a los dos investigadores con expresión preocupada.

—Eso ha ido realmente bien —dijo con sarcasmo.

Emma suspiró y se apoyó contra la pared. —Sabe exactamente hasta dónde puede llegar.

Aufderheide consultó su reloj y replicó: —El tiempo se agota. Si esos mensajes y vídeos realmente existen y llevan el sello de una sola persona, apenas nos quedan veinte horas para comprobarlo.

—No deberíamos esperar tanto —señaló Emma.

—¿Por qué no? —quiso saber Krüger.

—Es sospechoso que, tras enterarse de que no va a salir de aquí pronto, de repente quiera acabar con su secretismo —dijo Emma.

—Sospechamos que, o bien ya ha secuestrado a la próxima víctima, o bien cree, o incluso sabe, que el próximo asesinato no tardará en producirse —añadió Alex.

—¿De verdad creen que los archivos pueden proporcionarnos esa información? —preguntó Aufderheide, que no parecía muy convencida por la teoría de los dos investigadores—. Si accedemos a esto —continuó— y se trata de material que condena al culpable, no lo tendremos fácil en el juicio para intentar que se admita como prueba. Al fin y al cabo, Robert Vogel obtuvo acceso a ello de forma ilegal.

—Pero si a través de ello podemos averiguar quién es el culpable, entonces puede que ni siquiera necesitemos ya esa prueba —dijo Alex.

—Espero que tenga razón —dijo Aufderheide, accediendo a las exigencias de Robert Vogel.

Capítulo 32

Es tarde y la oscuridad se ha asentado sobre la ciudad como un velo espeso. Aguardo entre las sombras y observo. Mis ojos están clavados en la salida trasera de su piso. No pasa mucho tiempo antes de que salga a hurtadillas, en silencio. Se cree a salvo porque han atrapado a Robert Vogel y está en prisión preventiva. Pero se equivoca. Todos están completamente equivocados.

Sophia se escabulle por el callejón, echando una mirada tras su hombro constantemente. Habla en voz baja por el móvil, explicándole a su novio por qué ha salido de casa, a pesar de que le dijeron que no lo hiciera. Le habla del entrenamiento —el estudio solo está a cinco minutos, después de todo— y del estreno del fin de semana. Su voz tiembla un poco, pero su determinación es palpable.

Su novio, al otro lado de la línea, no parece estar de acuerdo. Al final, ella cuelga, respira hondo y sigue su camino.

Ha llegado el momento.

Me acerco en silencio. La oscuridad me envuelve como un manto invisible. Mis latidos se ralentizan, mis sentidos se agudizan.

Elijo un callejón oscuro, un pasaje estrecho donde la luz de las farolas no logra alcanzar.

En cuanto pasa por mi lado, me abalanzo hacia delante. Mi mano, con el paño empapado en cloroformo, se cierra sobre su boca antes de que pueda emitir sonido alguno.

Capítulo 33

—¿Y se ha conformado con que lo hayamos dejado aquí a pesar de su disposición a cooperar? —preguntó Sabrina Möller, que estaba analizando la nueva situación con Emma y Alex en su despacho. Sabrina Möller observaba los vídeos una y otra vez de reojo, aunque les había quitado el sonido.

—A excepción de Sophia Winterfeld, los vídeos del portátil de Robert Vogel muestran a las otras mujeres de su lista manteniendo relaciones sexuales con Carlos Romero o con Frank Peterhanwa, o con ambos. —Emma respiró hondo, lanzando una breve mirada lateral a la pantalla de su colega Möller.

—Eso, sumado a la declaración de Vogel de que los otros mensajes no procedían de un proveedor extranjero sino de teléfonos de prepago, podría significar que ha dicho la verdad —concluyó Alex—. Al fin y al cabo, los primeros solo contenían amenazas, pero con los otros nos enfrentamos a un chantaje concreto. Los remitentes exigen ciertas cosas a las mujeres; de lo contrario, los vídeos se filtrarían a sus familiares y amigos. Así que tal vez los chantajistas sean Carlos Romero y Frank Peterhanwa.

—¿Pero por qué iban ellos dos a presionar primero a las mujeres si tenían intención de matarlas? —preguntó Paul Klose.

—Sobre todo teniendo en cuenta que Elsa Vogel y Sophia Winterfeld no recibieron ni esos vídeos ni mensajes de chantaje —añadió Emma.

—¿Y si las mujeres lo hicieron voluntariamente? —planteó Klose.

—En ese caso, aun así las han grabado —dijo Emma.

—Por lo que parece, no ha sido a escondidas. Después de todo, parece que alguien ha estado sujetando la cámara activamente —dijo Alex—. Pero se nota claramente que han sido drogadas. Están

todas totalmente fuera de sí, algunas incluso parecen tan aturdidas que apenas son capaces de participar de forma activa por sí mismas.

—¿Pero no es posible también que consumieran las drogas voluntariamente? —sugirió Klose. Alex pareció haberle mirado con excesiva seriedad, porque el otro se retractó de inmediato—. —Solo es una suposición.

—¿Os habéis fijado en esto? —preguntó Sabrina Möller, girando la pantalla para que los demás investigadores pudieran ver a qué se refería. En un reflejo en la ventana, y solo parcialmente, aunque de forma claramente reconocible, aparecía Julia Marini con un teléfono móvil en la mano, sonriendo.

Emma estaba a punto de decir algo cuando sonó su teléfono del trabajo. Un número desconocido. Respondió y se sobresaltó ante la voz masculina presa del pánico que le comunicaba que Sophia Winterfeld había sido secuestrada.

Capítulo 34

ARVID Meinhardt recorría nervioso el salón de su novia; cerraba los puños una y otra vez para relajarlos al instante siguiente. Unas huellas húmedas en el suelo marcaban el trayecto que había seguido durante los últimos minutos. Emma y Alex, de pie junto a la entrada del cuarto, apenas se atrevían a interrogarlo.

—Soy un idiota —repitió por tercera vez—. Debería haber seguido el rastro.

—Ha hecho todo lo que ha podido —dijo Emma, y lo decía en serio —. Ahora, por favor, tiene que calmarse y responder a nuestras preguntas.

—¿Calmarme? —Se detuvo y la fulminó con una mirada de ira—. ¡Alguien ha secuestrado a mi novia y va a matarla!

—Y por eso mismo es tan importante que se controle y responda a nuestras preguntas —dijo Alex.

—Maldita sea —dijo él, sin dejar de caminar con la vista clavada en el suelo—. Debería haber ido a buscarla yo mismo de inmediato. Si encuentro a ese cabrón, lo mato. ¡Ustedes no son capaces de hacer su trabajo! ¡Y esa supuesta patrulla que se pasea por aquí cada pocas horas no sirve de nada!

—¿No prefiere sentarse? —preguntó Alex.

—¡No! —le espetó—. Quiero salir de aquí. —Se dirigió hacia Alex y Emma, pero ellos le cerraron el paso. Entonces su ira se transformó abruptamente en pura desesperación. Le temblaron los labios y no pudo sostener la mirada compasiva de Emma por mucho tiempo. Se dio la vuelta y se desplomó en el sofá, ocultando el rostro entre las palmas de las manos. Emma se sentó frente a él en el viejo sillón; Alex se quedó de pie junto a la puerta.

—¿Qué voy a hacer sin ella? —preguntó desesperado.

Emma casi podía sentir aquel dolor de forma física. —Ha dicho que habló con ella por teléfono poco antes de que desapareciera. ¿Mencionó algo sobre si alguien la seguía?

—No. No, me dijo que no pasaba nada. —Levantó la cara de las manos y miró más allá de Emma con tristeza—. En cuanto colgó, me fui directo a Maison's. No tardo ni diez minutos andando.

—¿Tiene llave?

—Sí, formo parte del elenco estable y bailo en varias funciones porque no hay muchos hombres. Hombres buenos. Cuando llegué, no había nadie. Luego vine aquí y, al no encontrarla tampoco, recorrí la ruta que ella hace siempre. Fue entonces cuando encontré su bolsa.

Emma señaló la bolsa de deporte, húmeda y sucia, que estaba en el suelo ante el sofá. —¿Esa de ahí?

—Sí... Sé que no debería haberla cogido. No tengo ni idea de por qué lo hice. Debió de ser un acto reflejo. Luego vine aquí.

Para Emma resultaba totalmente comprensible. En situaciones así, la gente solía buscar lugares conocidos sin pensar. Lo hacían por puro instinto, y sin duda era lo que le había pasado a Arvid Meinhardt—. Por favor, piense detenidamente si hay alguien que pudiera haber querido hacer daño a su novia. Aunque fuera un asunto insignificante, intente recordarlo.

—No había nada. ¿No ha sido ese hermano extraño de Elsa?

—Sigue bajo nuestra custodia.

—¡Lo sabía! —Saltó del sofá, lo que sobresaltó a Emma e hizo que se echara hacia atrás—. Ese cerdo los mató a todos.

—¿De quién está hablando? —preguntó Emma.

—Ese director engreído que se cree el centro del mundo. Carlos... Lo mataré.

Emma se puso en pie y oyó que Alex se acercaba. Arvid Meinhardt estaba más furioso que antes. Apretó los puños y los nudillos se le

pusieron blancos.

—¿Qué le hace sospechar de él en concreto? —intervino Alex.

—Si el hermano de Elsa sigue detenido, ¿quién más podría ser? —replicó él, como si Alex hubiera hecho una pregunta estúpida—. Ella no participaba en sus fiestas y, desde entonces, le costaba conseguir buenos papeles, si es que llegaban a darle alguno.

La teoría de que los vídeos y los mensajes estaban conectados y de que todas las personas de la lista tenían algo que ver con ello cobraba cada vez más fuerza. —¿De qué trata eso de las fiestas?

—¿Acaso importa? ¿Por qué siguen ahí parados sin hacer nada? ¡Arréstenlo!

—Tiene razón —dijo Alex, y por la breve mirada que le lanzó a Emma, ella supo de inmediato que solo le estaba siguiendo la corriente para que Arvid Meinhardt se tranquilizara y respondiera a las preguntas de su compañera.

—¿Te encargas tú? —preguntó Emma.

—Desde luego. —Alex salió del piso. Solo entonces Arvid Meinhardt bajó un poco el tono.

—Mientras mi colega se ocupa de Carlos Romero, por favor, cuénteme todo lo que sepa sobre él. Su declaración podría marcar la diferencia entre que encontremos a su novia pronto o no. ¿Lo entiende?

—Sí —dijo él, y se dejó caer de nuevo en el sofá—. Sí —susurró una vez más.

—En su opinión, ¿qué tiene que ver exactamente Carlos Romero con la desaparición de su novia y los asesinatos de Elsa Vogel y Emilia Austermann?

—Siempre ha organizado esas fiestas a las que solo se permite asistir a gente selecta.

—¿Estuvo usted en alguna de ellas?

—No. Solo invitan a mujeres. Mujeres jóvenes. Debe de hacer dos años que Sophia fue a una. Por aquel entonces estaba empezando. Bueno, no exactamente empezando; ya era buena. Pero nunca había estado en producciones grandes, aunque acababan de darle un papel secundario. Pero después de volver de una de esas fiestas, ese papel fue para otra. Alguien que ni siquiera era tan buena como Sophia. Desde entonces, le ha costado mucho que la seleccionen en cualquier sitio. Y no solo por aquí. Los contactos de Carlos llegan a todo el país.

—¿Por qué cree que le ocurrió eso a Sophia si asistió a una de esas fiestas?

—Me contó esa misma noche, cuando llegó a casa, lo que pasaba allí y que ella no quería saber nada del asunto. —Vaciló un poco.

—¿Qué ocurre exactamente en esas fiestas? —preguntó Emma, aunque ya había revisado suficiente material de vídeo para tener una idea clara, pero quería oírlo de su boca con la esperanza de conocer detalles que no se apreciaran en las grabaciones.

—Sophia dijo que drogan a las chicas y luego las obligan a tener sexo. Después las graban y usan los vídeos para chantajearlas.

—¿Sophia se enteró de todo eso en una sola noche?

—No, claro que no. Ella misma fue drogada y se marchó en cuanto se dio cuenta de que su estado no podía deberse únicamente a una copa de champán. Me llamó y fui a recogerla.

—¿Había alguien con ella cuando fue a buscarla?

—Julia estaba con ella y la cuidaba.

—¿Julia volvió a la fiesta?

—Debió de hacerlo. Era una habitual. Si todavía sigue yendo, no lo sé.

—¿Cómo lo sabe?

—Sophia investigó un poco y se enteró de lo de los vídeos y de Julia. Hay muchísimas chicas afectadas. La mayoría ya no están con

nosotros o han dejado el ballet. Julia es de las pocas que parece estar llevándolo razonablemente bien.

—¿Y qué hay de Elsa Vogel? ¿Se vio involucrada alguna vez?

—Seguro que no. Ella nunca tuvo que pasar por eso. Sus padres tienen dinero de sobra; ni siquiera necesitaba aceptar trabajos temporales para salir adelante.

—¿Y no existen grabaciones así de Sophia?

—No, ya se lo he dicho, escapó en cuanto se dio cuenta de lo que pasaba.

—Además de Carlos Romero, ¿había alguien más implicado?

—No lo creo. Al menos no sé nada más al respecto. Pero esas fiestas todavía se celebran con regularidad. Por lo general, cuando empieza el casting para una nueva producción.

Capítulo 35

Después de que Alex se hubiera puesto al día sobre las conclusiones preliminares del equipo de la policía científica a través de los compañeros de patrulla que estaban en la puerta principal, se había instalado en el coche de Emma y no quitaba ojo al piso de enfrente, donde su compañera estaba hablando con Arvid Meinhardt. El hecho de que esta rutina funcionara de verdad una y otra vez había dejado de sorprender a Alex hacía mucho tiempo. Por supuesto, no iba a ir directamente a por Carlos Romero para detenerlo. Sin embargo, al menos debería mantener informada a la fiscal Aufderheide. Era tarde, no cabía duda. Pero ella insistía en estar al tanto de todo, sin importar la hora. Y puesto que presumiblemente seguía despierta —Emma la había informado de los últimos acontecimientos antes de conducir hasta allí—, no se sentía culpable por llamarla ahora.

El tono de llamada a través del sistema de manos libres fue interrumpido por su voz tras el primer timbrazo. No sonaba nada somnolienta.

—¿Kuper? —Su voz sonaba más suave de lo habitual. ¿O era el cansancio que le estaba jugando una mala pasada?

—Perdone la intrusión —dijo Alex.

—No se preocupe. Estoy segura de que es importante. De lo contrario, no me estaría llamando.

—Por lo que parece, Sophia Winterfeld ha sido secuestrada por el mismo autor que mató a Elsa Vogel y a Emilia Austermann. Los compañeros de la científica han encontrado un paño con restos de cloroformo en el lugar donde, según su descripción, su novio encontró la bolsa de deporte. Todavía no se han asegurado ni huellas ni signos de lucha.

—¿Hay algún indicio de en qué dirección desapareció con ella?

—No. Pero el rastreo del vecindario circundante aún no ha terminado. Quizá alguien oyera o incluso viera algo.

—¿Cree que fue un asunto ruidoso?

—No lo creo.

—¿Qué pretende hacer ahora?

—Bajetzky todavía está interrogando al novio de la chica desaparecida.

—¿Se le considera sospechoso?

—No. Pero ha respaldado nuestra teoría respecto a Carlos Romero.

—¿Cuál?

—Aquella según la cual creemos que organiza fiestas sexuales para someter a las jóvenes. Con qué fin, no lo sabemos.

—¿Usted qué opina?

—Podría imaginar que simplemente lo hace por diversión, por crudo que suene. Creo que así es como funciona él. Abusa de su poder y se siente aún más poderoso por ello de lo que ya se siente en su cargo de director.

—Lo que me ha contado sobre él ha sido suficiente para mí. Menudo elemento.

—Estoy de acuerdo. En cuanto Emma —la inspectora Bajetzky— termine con su interrogatorio, nos gustaría volver a por él.

—Para empezar, ¿por qué está realizando ella el interrogatorio sin usted?

Alex le explicó la situación y Aufderheide elogió la buena reacción ante las difíciles circunstancias. Luego dijo: —Vuelva a llamarme cuando haya hablado con Romero.

—Así lo haré.

—Y si intenta hacerse el importante, déjele. Sea cual sea la denuncia con la que nos amenace, podemos gestionarlo.

Alex le dio las gracias y colgó. No podía negar que le resultaba atractivo cuando ella hacía gala de su poder e influencia de forma tan abierta. En privado, seguro que no era un hueso tan duro de

roer. En cierto modo, se sentía tentado a invitarla a uno de sus conciertos. La idea de verla entre el público fue bruscamente ensombrecida por las imágenes de las dos escenas del crimen que cruzaron fugazmente su mente.

Se sobresaltó cuando la puerta principal de enfrente se cerró de golpe y Emma caminó hacia él. Él se estiró hacia el lado del conductor y le abrió la puerta.

—Gracias —dijo Emma y se sentó a su lado.

Alex le contó la conversación con la fiscal Aufderheide. Luego preguntó: —¿Y por tu parte?

—Según su declaración, no es solo el director quien está involucrado, sino también Julia Marini. Al principio, él pensaba que ella simplemente gestionaba mejor el hecho de que hubiera vídeos suyos que la pusieran en una situación tan comprometida. Al final, recordó una discusión que Sophia le había contado. Supuestamente, Julia le había dicho que podía olvidarse de su carrera si le contaba a alguien lo de los vídeos. Pero como Sophia no sabía nada de los vídeos, alguien más debió de habérselo contado. Quizá durante su investigación. Una de las mujeres quería hablar. Julia debió de enterarse.

—De todos modos sospechábamos que Julia estaba involucrada, aunque solo podamos ver un atisbo de ella en uno de los vídeos.

—Estoy segura de que también grabó a las demás. Porque, al parecer, iba a esas fiestas a menudo. Arvid Meinhardt cree que, a pesar de todo, ella también es una víctima de Carlos Romero.

—Si lo es, entonces debía de tener miedo de que Sophia hablara.

—Podría habérselo dicho a Romero y él se encargó del asunto.

—O Julia no le dijo nada y se tomó la justicia por su mano. Porque si procesan a Romero por ello, los vídeos sexuales de Julia Marini también se harán públicos. Aunque nos mintió en todos los interrogatorios, me puedo imaginar perfectamente que lo hizo por autoprotección. O estamos pensando en la dirección equivocada y

Julia fue obligada a grabar a las mujeres para mantenerlas bajo control a través de su complicidad.

—Es toda una trama —dijo Emma—. Pero bien podría haber sido así.

—¿Qué hay de Frank Peterhanwa? —preguntó Alex—. ¿Dijo Arvid algo sobre él?

—No lo mencionó.

—¿Lo conoce siquiera?

—No se lo pregunté deliberadamente —dijo ella, mirando hacia la ventana que Alex había estado observando todo el tiempo. Podían ver a Arvid Meinhardt caminando de un lado a otro de nuevo—. No quería que él también saliera a buscarlo. Cree que ya nos estamos ocupando del director.

—En ese caso, deberíamos hacer precisamente eso.

Capítulo 36

—Ustedes otra vez —dijo Carlos Romero cuando abrió la puerta de su habitación de hotel tras varios golpes que, ante la impaciencia de Alex, habían acabado convirtiéndose casi en estruendos. Los restos blancos de cocaína que se habían acumulado en las gotas de sudor sobre su labio superior llamaron de inmediato la atención de Alex.—No me había fijado en que estaba nevando —dijo Alex—. ¿No deberíamos echar un vistazo por si se ha olvidado de cerrar las ventanas?

Carlos Romero estuvo a punto de protestar hasta que se dio cuenta de a qué se refería Alex. Rápidamente se frotó el rastro con la mano.

—También podemos limitarnos a hablar —sugirió Alex.

—Pasen —dijo él entre dientes, manteniendo la puerta abierta para que entraran los dos.

Sorbiendo por la nariz y sin dejar de frotársela, los guió al interior del ático, que parecía el escenario de una fiesta salvaje con al menos una docena de personas. Alex recordó fragmentos del documental sobre The Doors, en el que destrozaban ceremoniosamente una planta entera de un hotel.

—¿De qué me acusan ahora? —Se desplomó ostentosamente en el sofá y extendió los brazos sobre los respaldos. Al hacerlo, el albornoz se le abrió, dejando al descubierto su pecho de palomo velludo—. Debe de haber una sospecha razonable si se presentan aquí en mitad de la noche. Estoy seguro de que lo saben de sobra.

—Desde luego. Pero verá, es que no tenemos otros planes ni tampoco aficiones —dijo Alex.

—Casi me lo creo.

—Nosotros también tenemos nuestra propia opinión sobre usted —le interrumpió Emma, sentándose en uno de los sillones junto a Alex; detrás de este había un pañuelo de seda que, al parecer, se había deslizado del respaldo.

—¿Me han buscado en Google? Entonces no puede ser tan malo.

—Tenemos fuentes más fiables —dijo Alex, algo que inquietó a Carlos Romero por un breve instante—. ¿Está solo?

—No. Sea lo que sea lo que intenten colgarme, tengo una coartada —dijo con aire de suficiencia—. ¿Aylin? Ven a hacernos compañía.

Poco después, una mujer muy joven y visiblemente aturdida, vestida solo con un biquini, salió tambaleándose del dormitorio. Apenas podía mantener la vista fija y claramente tenía restos de coca entre los pechos y en el vientre. Alex tuvo que morderse la lengua para evitar comentar nada. Emma cruzó las piernas, lo cual era una señal clara de que estaba tan tensa como él.

Alex saludó educadamente a la joven después de que ella se desplomara sobre el brazo izquierdo de Carlos.

—Aylin, estos son mis amigos de la policía.

—Ah —dijo ella simplemente, recogiendo del suelo la fina manta para envolverse en ella hasta el cuello.

—¿No se siente bien? —preguntó Emma.

—Sí —dijo Aylin con voz somnolienta—. Solo tengo un poco de frío.

—¿Han estado juntos toda la noche? —preguntó Emma.

—Creo que sí —dijo ella, frunciendo el rostro.

—¿Lo ven? —dijo Carlos Romero con confianza—. Continúen con sus preguntas.

—¿Está seguro de que deberíamos tratar esto delante de su nueva novia?

—Visto así, quizá sea mejor que no. —Le dio un codazo a Aylin, ya que ella por lo visto no se había enterado de lo que acababan de decir. Sin mediar palabra, ella se puso en pie. La manta se escurrió de su cuerpo y quedó olvidada en el suelo frente al sofá. Aylin regresó tambaleándose al dormitorio y dio un portazo.

La mirada de Carlos Romero la había seguido y, de manera inconsciente, se lamió los labios. Eso le bastó a Alex para saber todo lo que pasaba por la cabeza de aquel hombre.

Finalmente, Romero los miró a ambos con expectación. —Venga, disparen. ¿Qué he hecho?

—¿Le suenan estos nombres? —Emma le entregó una transcripción de los nombres femeninos que figuraban en la lista de Robert Vogel.

—Los conozco todos —dijo él, lanzando la lista con descuido sobre la mesa, entre botellas de alcohol vacías y a medio llenar. Emma la recuperó antes de que el papel pudiera absorber más alcohol derramado.

—¿De qué las conoce? —preguntó Alex.

—Qué pregunta más tonta. Les hago pruebas de casting con frecuencia.

—Aunque, excepto en el caso de Julia, no exactamente para papeles importantes —dijo Emma.

—¿Han estado mirando las listas de reparto de los últimos años, o, si no, cómo saben eso?

—Eso es exactamente lo que hemos hecho —dijo Emma.

—Se me escapa por qué es importante para ustedes —dijo Carlos Romero.

—Nuestras investigaciones han revelado que usted produce vídeos sexuales y los utiliza para chantajear a las jóvenes de esta lista —dijo Alex, poniendo las cartas sobre la mesa.

Carlos Romero se quedó mirándolo un instante. Sus rasgos parecían congelados, pero de pronto la ira afloró en él.— Fuera de aquí.

—¿No tiene nada más que decirnos al respecto? —preguntó Emma.

—A partir de ahora solo hablaré con ustedes a través de un abogado.

—Entonces será mejor que lo llame de inmediato y le diga que esté en comisaría a las nueve en punto. Lo estaremos esperando.

Capítulo 37

—¡Venga, rápido! —Emma oyó la irritable voz masculina a la entrada de los almacenes de vestuario, que se encontraban junto al teatro municipal y donde se suponía que debían encontrar a Frank Peterhanwa.

—Estoy seguro de que esto no servirá de nada —dijo Alex.

Emma lo miró y pudo ver lo cansado que estaba bajo la tenue luz anaranjada del pasillo. Ella se sentía igual. Se preguntó si ella tendría un aspecto tan agotado y si a él le importaba siquiera, dado que actualmente solo tenía ojos para la fiscal. Aquel pensamiento no era en absoluto negativo. Se alegraba de que fuera capaz de sentir algo por otras mujeres de nuevo después de haberse aferrado a su ex durante tanto tiempo, a pesar de que había sido él quien lo había dejado. Por lo que Emma sabía, él no había aceptado su última oferta de quedar para tomar un café. Emma nunca se lo había dicho, pero se alegraba de que no lo hubiera hecho. Su ex, sencillamente, no había sido buena para él.

—Debe de ser aquí —dijo ella cuando doblaron la siguiente esquina y vieron luz en una habitación al final del pasadizo, cuya hoja izquierda de la puerta doble estaba abierta.

—¿Es que tengo que hacerlo todo yo mismo? —resonó en el pasillo. Se oían sonidos de una actividad frenética. Dos mujeres jóvenes, cargadas de disfraces y trajes, pasaron a toda prisa por delante de la puerta.

Al entrar en la sala, el ruido de fondo aumentó. El estrés y las prisas febriles ante la próxima función se mascaban en el ambiente. Las cabezas de los fatigados diseñadores de vestuario se movían de un lado a otro entre los percheros. Emma necesitó un momento para acostumbrarse a la luz de los brillantes tubos fluorescentes del techo, que sentía como una punzante luz solar.

—¿Y quiénes son ustedes? —Emma oyó la voz irritable por la derecha. Miró el rostro contraído por la ira de un hombre que, según sus archivos, solo tenía cuarenta y tres años, pero que parecía estar a finales de los cincuenta y poseía un gusto en el vestir que seguramente le habría gustado a Don Johnson en *Corrupción en Miami*.

Emma se presentó a sí misma y a Alex, lo que no mejoró precisamente el humor de Frank Peterhanwa.

—Ahora mismo no tengo tiempo para esto —dijo él, volviendo a centrar su atención en una fila de trajes en el perchero de al lado, comprobando algo en ellos.

—A estas horas, nosotros también podríamos imaginar cosas mejores que hacer —dijo Alex, caminando directamente hacia él.

—¡No! —gritó Frank Peterhanwa por encima del hombro de Alex.

Emma se dio la vuelta y sintió el aire que desplazó el diseñador al pasar a su lado como una exhalación y arremeter contra una joven asustada en una mesa de costura junto a la ventana. Ella se encogía más y más a medida que él se acercaba.

La mujer tenía el pelo castaño y largo recogido en un moño descuidado. Sus ojos estaban muy abiertos por el miedo y sus manos se aferraban nerviosamente a un traje en el que presumiblemente estaba trabajando.

—¡Tabea! —gritó Peterhanwa, haciendo señas a otra mujer para que se acercara. Tabea, que acudió de inmediato, era ligeramente mayor que la otra, con rizos rubios y cortos que bailaban salvajemente alrededor de su cara. Llevaba unas gafas de moda y un vestido negro, elegante pero práctico, provisto de bolsillos para los utensilios de costura. A pesar de su ritmo rápido, sus movimientos parecían ágiles.

—¡Encárgate tú de esto! ¡Todo tiene que estar terminado hoy, por el amor de Dios! —Luego se volvió hacia Emma y Alex—. ¿No ven con lo que tengo que lidiar aquí? Todo sería mucho más fácil si Julia no tuviera tantos humos; si estuviera aquí, podríamos tomar las

medidas adecuadas. Todos los arreglos tienen que estar terminados para el ensayo general de mañana por la tarde... aunque supongo que ya es *mañana*. —Exhaló agotado y pasó junto a ellos como un vendaval hacia su propia máquina de coser, donde reanudó de inmediato su trabajo—. Sean breves, si es que no queda más remedio —dijo, concentrado en el traje que ya tenía bajo la aguja. Estaba hecho de varias capas de tul fino, que brillaba en suaves colores pastel y tenía cristales relucientes en el dobladillo.

—Está bien —dijo Alex—, seremos breves. Hemos oído que usted organiza fiestas sexuales junto con Carlos Romero.

Frank Peterhanwa no pareció en absoluto perturbado por esta acusación, ni le hizo interrumpir su trabajo; a diferencia de Tabea y la otra mujer joven, que habían echado un vistazo fugaz y ahora volvían a actuar de forma totalmente indiferente.

—¿Y? —dijo simplemente Frank Peterhanwa—. ¿Acaso va contra la ley?

—¿No lo niega? —preguntó Alex, y Emma volvió a mirar a las costureras.

—¿Por qué debería hacerlo? Todos somos adultos. Al igual que las chicas que participan.

—Chicas muy jóvenes —matizó Emma.

—¿Y?

—Se nos ha informado de que no siempre han participado por su propia voluntad —detalló Emma.

Por un breve momento, Frank Peterhanwa detuvo su labor. Exhaló con fastidio. —¿Quién dice eso? —preguntó sin levantar la vista, y continuó con su tarea.

—Eso no es importante —dijo Alex.

—Si usted lo dice. —Con un hábil movimiento, dio la vuelta al traje. Por este lado, estaba decorado con hilos de oro, perlas y lentejuelas. Emma ahora también podía ver las mangas transparentes y vaporosas. Al parecer, la delicada diadema con

cristales también pertenecía al conjunto, que ahora volvió a sujetar rápidamente bajo la aguja para seguir trabajando.

—De modo que afirma que las chicas se unen por su propia voluntad —dijo Alex.

—No lo afirmo, es un hecho.

—Entonces estoy seguro de que no le importará decirnos dónde se celebran esas fiestas.

—¿Y luego qué?

—Luego iremos a echar un vistazo por allí. —*Y a buscar cámaras ocultas*, le habría encantado añadir a Emma.

—No pienso decirles eso.

—Entonces seguro que alguna de las participantes podrá ayudarnos más.

—No lo creo.

—¿Por qué no? —preguntó Alex.

—Porque en este mundillo valoramos mucho la discreción y nuestro derecho a la intimidad.

—¿Ha estado aquí toda la noche? —preguntó entonces Emma.

—¿Es una broma? Hace tres horas que necesito mear.

—¿Así que ha estado aquí todo el tiempo? —insistió Alex.

—Solo salí una vez a por cigarrillos. En la tienda de conveniencia de Jahnplatz —dijo con irritación, mirando a Alex por un momento—. Pregúnteles a las chicas. Ellas pueden confirmarlo.

—Seguro que ellas también necesitarán usar el baño —dijo Alex.

—Podrán hacerlo cuando hayamos terminado aquí. ¿Alguna pregunta más? ¿No? Bien. Entonces déjenme seguir con mi trabajo en paz.

—¿Alguna objeción a que hagamos nosotros el nuestro? —preguntó Alex—. Tendremos que interrogar a su personal sobre su coartada.

—Aunque tuviera alguna objeción, estoy seguro de que no les detendría. Así que hagan lo que quieran. Solo no nos roben más tiempo del necesario.

***

En la mencionada tienda nocturna, Emma y Alex habían tomado un café y preguntado de inmediato por Frank Peterhanwa. El tendero pudo confirmar que estuvo allí para comprar cigarrillos.

—Las chicas dicen que estuvo con ellas todo el tiempo —dijo Emma mientras volvían a salir a la calle.

—Supongo que sencillamente no se dieron cuenta de que se había ido durante veinte minutos. Quizá irradie una presencia tan fuerte para ellas que siempre sienten como si estuviera cerca.

—Desde luego, no fueron tan habladoras como él.

—Eso ya es decir —dijo Alex, dando un sorbo al café caliente.

—¿No te has comprado nada de comer? —preguntó Emma.

—No como tan temprano. —Se sentó en uno de los bancos de madera, que ofrecía una buena vista de Jahnplatz. Emma se sentó a su lado y observó a los operarios municipales con sus monos naranjas mientras recogían la basura de la noche del viernes. Ayer hubo otro evento. El pequeño escenario, donde había actuado algún grupo en directo, ahora parecía desierto y estaba mojado por la lluvia. Emma pudo ver por la forma en que Alex miraba el escenario que, desde luego, no estaba rememorando recuerdos agradables de actuaciones en vivo. A ella se le encogió el estómago ante la idea de encontrar pronto a Sophia Winterfeld en un escenario similar.

—¿A qué aspirábamos en realidad? —preguntó Alex.

—¿A qué te refieres?

—Por lo que parece, ambos hombres tienen coartada.

—Aunque la del director me parece un poco extraña. Como si supiera que iba a necesitar una coartada esta noche.

—O bien sabe algo sobre el secuestro de Sophia y los asesinatos de Elsa y Emilia, o cree que queremos pillarlo por alguna otra cosa —dijo Alex.

—Por los vídeos.

—Que ninguno de los dos sabe que tenemos —dijo Alex.

—Pero lo sospecharán tras nuestra última visita. ¿Y si Romero estaba siendo presionado por Elsa usando ese conocimiento, o las pruebas que reunió su hermano?

—¿Quieres decir que así consiguió el papel?

—Exacto.

—Y ahora Carlos y Frank Peterhanwa temen que las otras chicas hagan lo mismo que Elsa —dijo Alex—. Quizá incluso ir a la policía con ello.

—¿Pero por qué ha desaparecido Sophia entonces? Ella no participó.

—Tampoco Elsa. Tal vez las dos mujeres planeaban tomar medidas contra esos cabrones.

—En ese caso, deberíamos abordar a los dos hombres de nuevo y poner las cartas sobre la mesa.

—¿Y luego qué? Llamarán a sus abogados, no dirán ni una palabra más, y las pruebas que tenemos ahora valdrán aún menos.

Emma exhaló con resignación.

—Entonces deberíamos volver a interrogar a las mujeres que aparecen en los vídeos y a las de la lista del hermano.

—¿Y cómo se supone que eso nos va a ayudar a encontrar a Sophia?

—Si encontramos a una sola mujer dispuesta a hablar, al menos podemos mantener a los hombres bajo custodia un tiempo basándonos en su declaración y en las pruebas que tenemos.

—Eso nos daría tiempo suficiente para encontrar a Sophia, suponiendo que uno de ellos sea el culpable.

—Desde luego no vendrá mal que comprobemos el elenco para el gran estreno del domingo. Si lo que dijo el novio de Sophia es cierto —que se organizan fiestas así antes de cada casting importante—, entonces habrá nombres que no están en la lista de Robert Vogel.

—Lo cual solo nos hace perder más tiempo. Deberíamos ceñirnos a la lista que tenemos por ahora. Si eso no da resultados, siempre podemos ampliarla.

Capítulo 38

Alex llevaba ya tres horas observando los interrogatorios de Emma a través del cristal de la sala de observación. Habían decidido que sería mejor que Emma realizara las entrevistas junto con Isabell vom Hofe, la nueva asesora psicológica. Si él hubiera estado presente, su presencia seguramente habría causado inquietud a algunas de las mujeres, un riesgo que querían minimizar al máximo.

Emma les había dejado claro a todas y cada una de las mujeres que sabían lo de los vídeos y el chantaje. Pero, hasta ahora, ninguna de ellas había revelado dónde se habían grabado esos vídeos. Alegaban que todo había sucedido de forma consensuada y que no se habían tomado en serio los mensajes de chantaje. Pensaban que procedían de alguna otra confidente, alguien que simplemente quería asustarlas. Rebecca Miller era una de esas mujeres que tenían demasiado miedo para decir la verdad. Fue la cuarta persona a la que Emma interrogó, y dio la misma versión de los hechos que las anteriores.

—Como si hubieran coordinado sus historias —dijo Aufderheide, que llevaba unos veinte minutos de pie junto a Alex, escuchando la conversación. Krüger también se había pasado de vez en cuando para pedir la última actualización. Si Alex no se equivocaba, volvería a estar aquí de pie en diez minutos, solo para escabullirse insatisfecho un momento después porque todos estos interrogatorios simplemente no estaban arrojando ningún resultado nuevo.

—Ojalá pudiera obtener órdenes de detención de todos modos.

Aufderheide lo miró a través del reflejo y luego se giró hacia él. —¿Desde cuándo nos tuteamos?

—Perdóneme —dijo Alex, avergonzado—. Estoy cansado.

Ella sonrió de forma casi imperceptible, lo que no hizo sino acentuar el hecho de que a él le resultara aún más atractiva. Volvió a

centrar su mirada en el procedimiento.

—Todos lo estamos —dijo ella con amabilidad, pero luego recuperó la seriedad—. ¿Cuántas nos quedan todavía?

—Cuatro más después de Rebecca Miller —dijo Alex.

—¿Está segura —llegó a la sala a través de los altavoces— de que estaba en pleno uso de sus facultades y consintió las grabaciones? —Isabell vom Hofe repitió la pregunta de Emma, a pesar de que Rebecca Miller ya la había respondido con un claro «sí». Había algo en su aspecto que era diferente al de las demás. No parecía tan segura de sí misma. Parecía más abierta, a pesar de que seguía mostrándose esquiva. Como si quisiera hablar, pero algo se lo impidiera.

—Si hay algo o alguien que le dé miedo, puede decírnoslo —añadió Emma—. Es la única forma en que podemos ayudarla.

—Ustedes no lo saben —dijo Rebecca Miller—. Tampoco pudieron ayudar a Elsa y a Emilia, y quién sabe qué le pasó a Sophia o qué pasará todavía.

—¿Son amigas usted y Sophia? —preguntó Isabell vom Hofe.

—No exactamente. Aun así, me preocupo por ella, y por mí misma. Yo podría ser la siguiente. —Las lágrimas rodaban por sus delicadas mejillas rosadas.

—Entonces es aún más importante que nos ayude. Cuéntenos algo sobre los vídeos, los mensajes o el lugar donde se celebran esas fiestas. Cualquier cosa que nos ayude a nosotros, a usted y a sus amigas.

—Tengo miedo —dijo apenas audible y luego empezó a llorar amargamente. Isabell vom Hofe se acercó suavemente a ella y le puso un brazo sobre el hombro. —La creemos —le aseguró—. Y las demás seguramente también lo tenían. Pero creo que las personas que las obligaron a mantener relaciones sexuales y a las grabaciones tienen mucho más miedo. Si nos ayuda, entonces ya no tendrá que temer nada.

Rebecca Miller sollozó una vez más y luego se secó las lágrimas con el borde de la manga. Se puso las manos en el regazo y jugueteó con el dobladillo de la manga izquierda con la derecha. Con los hombros caídos, bajó la mirada. —Es verdad, lo que dice.

—Por favor, cuéntenos exactamente a qué se refiere con eso —dijo Emma.

Exhaló temblorosamente. —No supe nada de la grabación hasta que me la enviaron. Ni siquiera recordaba haber tenido sexo en absoluto esa noche. No bebí más de una copa de vino espumoso. De verdad. Y luego me desperté en el sofá a la mañana siguiente.

—¿Estaba desvestida cuando recobró el conocimiento? —preguntó Emma.

—Sí. —Se encogió un poco más sobre sí misma—. Sabía que debía de haber pasado algo más, e intenté bloquearlo. Hasta que unas semanas después, un vídeo mío y... bueno, salía yo... —Cerró los ojos con fuerza y brotaron más lágrimas.

—Sabemos a qué se refiere —dijo Emma.

—En el juicio tendrá que decirlo —dijo Aufderheide en la otra sala, sonando tan afectada como se sentía Alex.

—¿Sabe quién pudo haber filmado el vídeo? —continuó Emma con el interrogatorio.

—No tengo ninguna prueba, pero creo que Julia tiene algo que ver con ello.

—¿Se refiere a Julia Marini?

—Sí.

—¿Por qué cree eso?

—Porque ella es la que invita a las chicas a esas fiestas.

—¿Y no ha hablado de ello de otra manera?

—No directamente. Aquella noche ella también estaba allí y nos recibió como si fuera la anfitriona. Todo fue tan cordial y cálido, incluso los hombres fueron muy amables.

—¿Carlos Romero y Frank Peterhanwa?

—Sí. Nos dijeron que solo se permite venir a las fiestas a las más talentosas y hermosas. —Esbozó una sonrisa forzada—. Fui tan estúpida.

—No, ciertamente no lo fue —dijo Emma.

—Había esperado tanto de todo ello, y ahora tengo que vivir con el miedo a perderlo todo ante la más mínima negativa.

—¿A qué se refiere con eso?

—Las huéspedes del hotel de Carlos no se quedan con él voluntariamente, ni tampoco le hacen compañía a ese baboso de Frank por voluntad propia, si entiende a qué me refiero.

—Sospechábamos algo parecido —le dijo Alex a Aufderheide.

—¿Con qué frecuencia las obligan a hacerlo? —preguntó Emma.

—No tan a menudo. Quizá una o dos veces al mes. No es que esos dos no tengan una gran selección. Elsa dijo que había al menos una docena de mujeres.

—¿Elsa Vogel le habló de estas fiestas? —insistió Emma.

—Tampoco sé cómo sabía ella de ellas. Le dije que nada de eso era verdad. No quería líos. He sacrificado demasiado. No podía simplemente renunciar a eso. —De nuevo, se le saltaron las lágrimas —. ¿Soy una mala persona?

—¿Qué le hace pensar eso? —preguntó Emma.

—Porque solo pensé en mí misma. Si la hubiera ayudado, quizá todavía estaría viva. Y Emilia también.

—Eso no es culpa suya —dijo Isabell vom Hofe—. Cada una de ustedes reaccionó como lo hizo, y eso es perfectamente comprensible dado lo que les ocurrió.

—¿Sabe si Elsa habló con las demás sobre ello también? —continuó Emma.

—Si lo hizo, nadie me lo dijo. Elsa sonaba algo desesperada cuando quiso hablar conmigo sobre ello. Creo que no fui la primera que no quiso ayudarla. Y sin embargo ella era la que quería sacarnos a todas de este círculo vicioso.

Aufderheide reflexionó un momento. —Si Elsa Vogel sabía de sus grabaciones, entonces seguramente también sabía de las de las demás.

—Al menos de aquellas que lo admitieron y no habían borrado sus vídeos —rebatió Alex.

—¿Así que cree que hay incluso más víctimas?

—Es pura especulación, pero sí.

Aufderheide asintió. —El número de casos no denunciados siempre es alto en estos casos.

Ambos volvieron a mirar a Emma. Ella estaba preguntando: —Entonces, ¿no es cierto que también obtuvo buenos papeles después de esta fiesta?

—Sí. Alguno que otro por aquí y por allá. No siempre. Supongo que tienen que mantener a las otras mujeres satisfechas de alguna manera también.

—Julia Marini ha recibido varios papeles importantes en comparación con todas las demás —señaló Emma.

—Por supuesto que sí. ¿O cree que solo nos tiene a nosotras en su mano con las grabaciones? Estoy segura de que ha instalado cámaras ocultas para tener algo contra Carlos y Frank también.

—¿Puede recordar dónde se celebró esta fiesta a la que asistió?

—Era una galería de fotos. El hombre que la posee es un amigo de Carlos. Él también hizo las fotos promocionales de Elsa, poco antes de que ella... —Empezó a llorar de nuevo.

—Contarnos todo esto ha sido muy valiente por su parte —dijo Emma.

Alex vio a través del cristal la mirada que Isabell le lanzó ahora a Emma. Rebecca Miller necesitaba un descanso. Emma asintió apoyándola, dio las gracias a la mujer una vez más, le pidió la dirección del fotógrafo y luego se unió a Alex y Aufderheide en la sala de observación.

Alex apagó el altavoz para permitir a Rebecca Miller al menos un pequeño grado de privacidad mientras era consolada por Isabell vom Hofe.

—¿Es eso suficiente para traerlos? —preguntó Emma.

—Sí —dijo Aufderheide—. Agresión sexual, uso de sustancias tóxicas, sexo no consentido.

—¿No podemos hablar ya de violación? —preguntó Alex.

—Por el momento no. Con el sexo bajo la influencia de sustancias tóxicas, que incluye el consumo voluntario de alcohol y drogas, es difícil hacer que prospere tal acusación, aunque lógicamente equivaldría a una violación. De momento tenemos demasiado poco. Pero tenemos lo suficiente para traer a los dos hombres y darles un buen repaso. Buen trabajo.

—Gracias —dijo Emma—. Si Julia Marini reclutaba a las mujeres y está en posesión de grabaciones comprometedoras, entonces es algo más que otra víctima —dijo Emma.

—Entonces estas fiestas podrían incluso haber sido idea suya —dijo Alex.

—¿Cómo pudo planear todo esto por su cuenta? —preguntó Aufderheide.

—Tal vez simplemente resultó así: Carlos Romero y Frank Peterhanwa se divirtieron con algunas de las chicas. Tal vez incluso con Julia Marini al principio. Ella empezó entonces a aparecer en las siguientes fiestas. Supongamos que ya hubiera escondido cámaras que mostraran cómo se mezclaban sustancias en las bebidas. Si uno o ambos hombres hicieron eso, ella podría obligarlos a que se hicieran esas grabaciones sexuales de las otras chicas. De ese modo,

no solo tendría a la competencia bajo control, sino también su propio futuro.

—Obtuvo varios papeles importantes, más que todas las demás —reflexionó Emma.

—Y como Elsa y Emilia estaban en su camino, tenían que morir —añadió Alex.

—Pero ¿cuál de ellos podría ser capaz de asesinarlas de una forma tan brutal? —planteó Emma la pregunta a la sala.

—Podría originarse en Julia —dijo Alex—. Podría conseguir que los hombres la ayudaran. Del mismo modo que ya consiguió que el ex de Elsa hiciera cosas por ella que nunca habría hecho sin ella.

—Sigue sin encajar en el patrón. Los crímenes no parecen cometidos por alguien que se sintiera coaccionado a ello —señaló Aufderheide.

—Otra idea sería que Julia llevara a cabo los actos después de que sus secuaces drogaran a las mujeres y las llevaran al lugar donde murieron. Quizá las colgaron y dejaron el resto a Julia.

—Eso suena creativo, pero ciertamente dentro de lo posible —dijo Aufderheide—. Presentaré su teoría al juez e intentaré que se emitan órdenes de detención para los tres. —Alex no dudaba de que lo conseguiría—. Hasta que eso suceda y hayan llegado aquí, procuren dormir unas horas.

Alex la observó mientras salía de la sala. Le gustaba el aura que proyectaba. Ese juego entre la confianza en sí misma y la gracia natural. Pero cuando se dio cuenta de que sus pensamientos se demoraban en la fiscal, le invadió un leve sentimiento de culpa. ¿Cómo podía dejarse distraer por pensamientos tan banales en un momento como este? Inmediatamente regresó el peso, su tarea, el caso, y cuando Emma lo miró de repente, sintió como si su mirada penetrara profundamente en sus pensamientos.

La miró con tono de disculpa y, con el corazón encogido, volvió a dirigir la mirada al cristal. Nada había cambiado. Rebecca Miller

estaba sentada junto a Isabell vom Hofe y estaba siendo consolada por ella. Y contrariamente a las instrucciones de la fiscal Aufderheide, Alex ciertamente no se sentía con ganas de acostarse a dormir ahora. Especialmente no en medio del día. Lo que necesitaba con mucha más urgencia era algo de comer. Ni siquiera tuvo que preguntar a su compañera si ella también quería algo; el estómago de ella rugía con esa fuerza. Pero tenían que aguantar un poco más. Después de todo, cuatro mujeres más de la lista de Robert Vogel seguían esperando a sus preguntas.

Como si Emma le hubiera leído el pensamiento, sugirió: —Deberíamos dejar el resto de los interrogatorios a nuestros colegas. Vamos a comer algo, luego iremos al estudio y nos ocuparemos del fotógrafo.

—Antes de eso, deberíamos conseguir una orden de registro de Aufderheide. Si el tipo está compinchado con ellos, seguro que no nos dejará entrar así como así.

—Dejo el conseguirla a usted y a su encanto. Al fin y al cabo, ella acaba de mandarnos a la cama. Tendrá que explicarle por qué no estamos cumpliendo con su petición.

—No creo que mi encanto tenga mucho efecto en ella.

—Si de verdad cree eso, entonces no tiene tan buen ojo para los detalles como yo pensaba.

Capítulo 39

Se encontraban ante un edificio moderno que se asentaba en el paisaje como un bloque monolítico. Líneas depuradas, grandes ventanales y un jardín delantero impecablemente cuidado daban fe de un gran ojo para los detalles y una inclinación por el perfeccionismo. Allí era donde el fotógrafo Johannes Marx tenía su estudio.

Abrió la puerta antes incluso de que tuvieran oportunidad de llamar. El hombre era alto, esbelto y llevaba unas gafas de diseño negras que acentuaban sus facciones afiladas. Su vestimenta era impecable: un traje a medida que parecía más adecuado para una gala que para una jornada de trabajo en el estudio. Observó a los dos investigadores con una mirada de superioridad. Su postura delataba confianza en sí mismo y arrogancia. *Eso parece ser un requisito indispensable para ser aceptado en el círculo de élite de Carlos Romero*, pensó Alex.

—¿Puedo ayudarles en algo? —preguntó el hombre, con tono molesto. Los ojos tras las gafas brillaron con sospecha y se deslizaron más allá de los dos investigadores hacia los colegas que les habían sido asignados para el registro.

—¿Johannes Marx? —preguntó Emma.

—¿Quién quiere saberlo?

Emma dio un paso al frente y le tendió la orden de registro. Alex ni siquiera había tenido que usar su encanto para obtenerla. A Aufderheide no le había hecho especial gracia que ellos dos no quisieran permitirse ni un rato de sueño, pero tampoco les había llevado la contraria al respecto.

—Emma Bajetzky y Alex Kuper, del Departamento de Investigación Criminal de Bielefeld. Tenemos una orden de registro para su estudio.

Durante un momento, la incertidumbre asomó a los ojos del fotógrafo, pero se recompuso rápidamente. —Debe de haber algún error —dijo con un deje defensivo—. No encontrarán nada relevante para una investigación criminal aquí.

Emma no se dejó amedrentar por aquello e indicó a su equipo que procediera con un gesto de cabeza. —Eso lo decidiremos nosotros.

Entraron en el estudio y Emma se sintió abrumada por sus dimensiones y su elegancia. Techos altos, arte moderno en las paredes y equipo fotográfico y de atrezo meticulosamente dispuesto por todas partes; algunos eran incluso decorados completos que solo esperaban a la modelo para la siguiente sesión. Uno de ellos mostraba una cocina nostálgica con una estufa antigua, estantes de madera y vajilla de cerámica de colores sobre una mesa de comedor rústica. Otro set representaba un acogedor salón, con chimenea, una alfombra mullida y un cómodo sillón junto a una estantería llena de literatura clásica.

Mientras el equipo comenzaba a registrar sistemáticamente la estancia, Emma y Alex se acercaron con Johannes Marx a la mesa de luz situada en el centro, donde a un lado yacían algunas fotos de mujeres jóvenes desconocidas, posando estéticamente frente a la estantería.

Emma observó a Johannes Marx mientras este se hundía nervioso en su silla de diseño. La arrogancia se le había desmoronado.

—¿Cuánto tiempo hace que es fotógrafo, señor Marx? —comenzó Alex el interrogatorio.

Johannes Marx vaciló antes de responder. Miraba alternativamente a los dos investigadores y al resto del equipo. Estaba claro que no quería perder de vista a los agentes que se movían por allí. —Desde hace más de veinte años. Me he especializado en retratos y fotografía artística.

—¿Como estas? —Emma sacó una carpeta de su bolso y le deslizó algunas copias de las fotos promocionales que habían encontrado en el piso de Elsa Vogel.

Johannes Marx cogió una de las imágenes y la miró fijamente, abriendo ligeramente los ojos. —Estas no se han publicado todavía. ¿De dónde las han sacado?

—Del piso de Elsa Vogel —dijo Alex—. ¿Fue usted allí para entregárselas?

—No, ni siquiera sé dónde vive.

—¿Dónde estaba usted la semana pasada, en la noche del miércoles al jueves, y este pasado fin de semana, en la noche del sábado al domingo, entre las once de la noche y las cuatro de la madrugada?

—Estaba... —Algo se cayó—. ¡Eh, tenga cuidado!

Emma miró a la izquierda. El colega que en ese momento estaba retirando los innumerables cojines del sofá había golpeado y derribado accidentalmente la lámpara de pie que había al lado.

—Iba usted a decir dónde estaba esas dos noches —dijo Emma.

—Supongo que estaría aquí.

—¿Lo supone?

—Trabajo todos los días. Es difícil no confundir los días de la semana.

—¿Y la noche pasada? —preguntó Alex.

—Estuve en una fiesta. Al menos cincuenta personas pueden dar fe de ello.

—¿Cuánto tiempo estuvo allí?

—Ni idea. Llegué sobre las once de la noche, volví a casa sobre las cinco. No lo recuerdo con exactitud. Si quieren, les doy el número de teléfono de mi amigo Benny. La fiesta fue en su casa.

—¿Alquila sus instalaciones para celebraciones? —Emma profundizó en su declaración.

—Ocasionalmente.

—¿No va tan bien el negocio de la fotografía? —preguntó Alex.

—A todo el mundo le viene bien un poco de dinero extra.

—¿A quién le alquila sus instalaciones? —preguntó Alex.

—No tengo por qué decírselo.

—También podemos preguntar en Hacienda a nombre de quién se emitieron las facturas correspondientes.

Johannes Marx no pareció precisamente encantado con aquello. Por lo que parecía, Hacienda no sabía nada de esa fuente de ingresos extra.

—No seguiremos indagando en eso, por supuesto, si a cambio nos cuenta todo lo que queremos saber —añadió Alex tras un momento de silencio.

—Todavía no me han dicho por qué están aquí y con qué derecho están poniendo mi casa patas arriba.

—¿Vive usted aquí?

—Desde luego.

—¿Entonces también está presente en las fiestas?

—No. No quiero tener nada que ver con ellas.

—¿Por qué no? —quiso saber Emma.

—Porque no.

Emma se apoyó en la mesa y se inclinó hacia delante. —Estamos investigando dos casos de asesinato y, si no desea ser acusado de complicidad en un tercero, será mejor que nos diga a quién y con qué frecuencia alquila el estudio.

—¿Asesinato? —dijo casi de forma inaudible y tragó saliva con dificultad—. ¿Han matado a alguien aquí?

—No —dijo Alex—. Pero el detonante de los crímenes podría encontrarse aquí.

—Oh, maldita sea.

—¿No tendrá por casualidad cámaras que no sean reconocibles como tales a primera vista?

—¿Qué? No. ¿Por qué iba a tenerlas?

Y entonces se oyó desde una esquina detrás de Emma: —Tenemos algo.

Emma pudo ver por la expresión del rostro de Johannes Marx que le sorprendía que hubieran encontrado algo.

Emma y Alex rodearon un decorado que consistía en una gran pantalla verde y un taburete de bar en medio. Se acercaron a una lámpara que estaba montada como un aplique a la altura de la cabeza en la pared, junto a un cuadro de gran tamaño.

—Aquí había algo que ya no está —dijo el colega, que estaba subido al respaldo del sofá inspeccionando un foco de techo mientras Emma y Alex se aproximaban a él. Había aflojado con cuidado la lámpara de su soporte, de modo que ahora colgaba de los cables. Se inclinó más y señaló un hueco en la pared detrás del casquillo que era bastante más grande de lo necesario para la lámpara. Los bordes eran desiguales y rugosos, como si alguien los hubiera manipulado de forma chapucera con un destornillador plano.

—¿Ven esto? Es posible que una minicámara estuviera escondida aquí una vez. Se empotró en la pared y los cables pasaron por la lámpara. —Señaló las regletas de terminales que sobresalían del agujero—. Esto indica que otros cables estaban conectados a la fuente de alimentación aquí. Esto habría activado la cámara en cuanto se encendiera la luz.

Luego giró ligeramente la lámpara y señaló un agujero diminuto, perforado con precisión en el centro del casquillo. —Eso era para la lente. Está a la misma altura que el hueco de la pared. A primera vista, se podría tomar por un detalle de diseño discreto, pero es perfecto para colocar una cámara discretamente. Tendrían que acercarse mucho para notarlo.

—Es la primera vez que oigo hablar de esto —dijo el fotógrafo—. ¡Lo juro! ¡No sabía nada al respecto!

Dado que la luz solo estaba pensada como elemento de diseño, Emma podía imaginarse perfectamente que la cámara

probablemente estuvo activa todo el tiempo durante las fiestas. Emma se dirigió a Johannes Marx. — ¿La quitó usted?

—¿Qué? —Miró a su alrededor buscando ayuda. Pero cuando se dio cuenta de que difícilmente habría alguien allí dispuesto a ponerse de su lado, protestó de nuevo—: No sabía nada de eso. De verdad que no.

—¿Quién organiza estas fiestas? —preguntó Alex con voz firme.

—Carlos Romero —dijo él, como si esa fuera la respuesta salvadora que le libraría de la soga al cuello.

—¿Y simplemente deja que haga lo que quiera aquí?

—Me paga varios miles de euros por noche. Por supuesto que no hago preguntas.

—Tampoco le hace falta, si puede ver lo que trama —dijo Emma.

—¡Yo no estoy aquí esas noches! ¡Pregúntenle a él!

—Lo haremos —dijo Emma.

—Hay otra por aquí —llegó una voz desde otra parte del estudio.

—Oh, por el amor de Dios —dijo Johannes Marx.

—Se podría decir así —confirmó Alex y acudió al aviso de su colega.

Capítulo 40

—Creo a ese Johannes Marx —dijo Emma mientras se dejaba caer tras su escritorio al final de la tarde.

—Yo también —respondió Alex, sentándose frente a ella. Con una rápida mirada a su ropa impermeable en el perchero, se preguntó si todavía la necesitaría hoy o si debería dejar que Emma lo llevara a casa. No estaba tan lejos, en realidad; siempre podía ir empujando la bicicleta. Pero estaba bastante agotado y quizás debería ahorrar las pocas fuerzas que le quedaban.

—En ese caso, deberíamos dar prioridad a nuestra teoría sobre Julia Marini —sugirió Emma.

—¿Y si el director está detrás de todo? Para asegurarse de tener pruebas contra Julia y todos los demás, las grabaciones de vídeo tendrían que ser utilizadas como chantaje por alguien que realmente estuviera allí.

—Julia se encargó de las invitaciones. Además, no creo que Carlos Romero y Frank Peterhanwa se rebajaran tanto como para preparar una fiesta, con todo lo que eso conlleva.

—¿Incluidos los narcóticos en las bebidas?

—Me imagino que eso es lo único que organizaron ellos mismos.

—Tenerlo todo listo antes de que llegaran los hombres y las chicas le habría dado a Julia tiempo de sobra para instalar cámaras ocultas o activarlas —dijo Alex.

—Así que filmó a los hombres echando somníferos en las bebidas y luego les enseñó las imágenes. ¿Es así como conseguía los mejores papeles? —sugirió Emma, planteando la idea una vez más—. Tenía mucho más que ganar con ello que cualquier otro.

—Al menos sería una explicación y una teoría creíble.

—En ese caso, Elsa podría haberse enterado. O más bien su hermano, después de que consiguiera acceder al teléfono móvil de Julia.

—Lo que significaba que Elsa y su hermano podían presionar a Carlos Romero y a Frank Peterhanwa con algo más que los vídeos sexuales.

—Y también tenían algo contra Julia.

El teléfono sonó. Emma vio un número desconocido con el prefijo de Bielefeld y puso el manos libres.

—Bajetzky, Policía Criminal de Bielefeld...

—*¿Avez-vous perdu la raison?* —interrumpió la inconfundible voz de Geneviève Beaumont, la dueña de la escuela de ballet *Maison de l'Art.*

—¿Cómo dice? —preguntó Emma, aunque había entendido perfectamente que le preguntaba si había perdido el juicio.

—Saben que el estreno es mañana. ¿Por qué irrumpen aquí en medio del ensayo general y secuestran a mi actriz principal, al director y al diseñador de vestuario?

Así que ya venían de camino. Excelente. El fiscal Aufderheide era tan fiable como de costumbre. —No los hemos secuestrado, simplemente los hemos traído para...

—*Ferme-la*, ¡no me importa! ¿Es que no podían haber esperado a que pasara el estreno de mañana?

—Para mañana, puede que sea demasiado tarde para Sophia Winterfeld.

Geneviève Beaumont masculló algo en francés. Emma no pudo entenderlo, pero estaba segura de que la mujer estaba recorriendo toda una gama de insultos antes de volver a hablar en un volumen audible: —Mis abogados están de camino. Y yo misma estaré allí pronto. Pienso demandarlos a todos ustedes y me llevaré a mi gente de vuelta conmigo.

—Ya que se pone —dijo Alex con naturalidad—, todavía tenemos que recibir esa lista de reparto de la otra obra que nos mencionó.

Emma pudo oírla resoplar al otro lado.

—*Crétin* —dijo simplemente, y colgó.

—Buf —suspiró Emma, cortando el tono de llamada continuo del otro lado—. Esto va a ser divertido.

—Tengo ganas de verlo —replicó Alex—. Si los traen a todos desde el ensayo general, llegarán al mismo tiempo. Antes de que la buena señora aparezca por aquí también y empiece una trifulca: ¿a quién es mejor interrogar primero, tácticamente hablando?

—Buena pregunta. —Antes de que Emma pudiera reflexionar más, la puerta se abrió de par en par.

—¿Es gracias a vosotros que tengo que aguantar que me insulten en francés por teléfono?

—Tiene toda la pinta —dijo Emma.

Krüger se apresuró hacia la ventana. En el reflejo, Emma pudo ver cómo se le tensaban las facciones—. Los sospechosos llegarán en cualquier momento. Encárgate primero del director. Tenemos más contra él que contra el otro o contra esa tal Julia.

Capítulo 41

—Es bastante extraño —dijo Alex, dirigiéndose al abogado de Carlos Romero— que las únicas coartadas provengan precisamente de las mujeres que aparecen en los vídeos que su cliente utilizaba para chantajearlas.

—No puede demostrar que él hiciera eso —dijo Cornelius Hagen. Difícilmente podría haber tenido la nariz más empinada. Su arrogancia daba como resultado un tono nasal que Alex solo había visto anteriormente en los sketches de Loriot, cuando imitaba a algún ricachón esnob. Antes del interrogatorio, Emma le había dicho a Alex que ya había tenido el placer de tratar con aquel hombre enjuto de unos cincuenta y tantos años en una o dos ocasiones anteriores; en la medida en que uno pudiera describir esos enfrentamientos como un placer.

—Además —continuó—, las pruebas que han obtenido ilegalmente no servirán de nada en un tribunal.

—Eso solo se aplica si su cliente no tiene nada que ver con los asesinatos. —Emma miró al director, que estaba sentado con los brazos cruzados, apretando los labios con fastidio. En realidad, estaba siguiendo las instrucciones de su abogado de dejar que él hablara, aunque parecía costarle mucho esfuerzo.

—No ha tenido nada que ver —aclaró Cornelius Hagen—. Sus coartadas son sólidas.

—Más o menos —intervino Alex, separándose del espejo y sentándose ruidosamente junto a Emma. Miró directamente al director y se propuso no romper el contacto visual durante el interrogatorio, aunque esperaba recibir las respuestas por parte del abogado—. Si no instaló las cámaras —le lanzó la pregunta a Romero—, entonces estoy seguro de que no encontraremos en su piso ninguna tarjeta de memoria que encaje en ellas.

—Eso es correcto —dijo Cornelius Hagen.

—De acuerdo —dijo Alex, sacando del bolsillo una bolsa de pruebas transparente que contenía un puñado de tarjetas SD, que no eran más que una táctica de presión. Alex estaba tirándose un farol; no habían encontrado ninguna cámara en el estudio de Johannes Marx, pero el equipo de informática forense sospechaba que habían estado ocultas en cuatro lugares que utilizarían tarjetas SD de ese tamaño exacto—. ¿Cómo explicaría que hubiéramos encontrado sus huellas dactilares en las tarjetas de memoria? —Alex lo planteó de la forma más vaga posible. No quería mentir de forma demasiado descarada, pero quería provocar a Romero.

—¿De dónde han sacado eso? —preguntó secamente Cornelius Hagen.

—No puedo decírselo en esta fase de la investigación —arriesgó Alex—. Pero digámoslo así: le hemos hecho una pequeña visita a su amigo Johannes Marx.

—¿Así que también han obtenido las tarjetas SD de forma ilegal?

—No —dijo Alex, momento en el que Emma le presentó la orden judicial de registro, que Cornelius Hagen prácticamente le arrebató de la mano para estudiarla minuciosamente.

—Y como se puede imaginar, uno suele encontrar material bastante incriminatorio en esas tarjetas —dijo Alex, sabiendo perfectamente que no había absolutamente nada guardado en sus ejemplares. Para ser más exactos, Alex las había comprado en una tienda de segunda mano cerca de Ravensberger Park. Estaba apostando fuerte y solo podía esperar que realmente existieran tarjetas de memoria que contuvieran pruebas tan comprometedoras. Si Romero supiera que no existían, ya le habría pillado el farol hace tiempo. Así que insistió—: La mayor parte no es relevante para nuestro caso. Pero podría ser de gran interés para los compañeros de la brigada de estupefacientes y de la brigada de vicios. En cuanto a las drogas, estoy seguro de que encontraremos pruebas significativas en su habitación de hotel que respalden las

grabaciones. Porque, basándonos en las montañas de nieve que pudimos ver durante nuestra última visita —que seguramente pesaban más de los cero coma cinco gramos permitidos—, su habitación está siendo registrada en este mismo momento.

Antes de que Cornelius Hagen pudiera decir nada, Emma lo hizo callar temporalmente mostrándole otra orden de registro.

Carlos Romero estuvo a punto de empezar a hablar cuando su abogado, con el dedo índice levantado, le hizo una señal para que mantuviera la boca cerrada. Este apretó los labios con más fuerza hasta que casi desaparecieron.

—Déjenme un momento a solas con mi cliente. —Colocó la segunda orden encima de la otra y miró fijamente a los dos investigadores—. Dados los nuevos acontecimientos, debo hablar con él en privado.

***

Desde la sala de observación, Emma y Alex los observaban. A diferencia de su abogado, Carlos Romero parecía terriblemente nervioso. Su abogado se esforzaba por calmarlo.

—No le sacaremos nada —dijo Emma.

—¿Cuánta cocaína crees que le encontrarán? —preguntó Aufderheide.

—No lo sé. Unos gramos, quizá nada en absoluto —dijo Alex.

—Entonces es mejor que no digáis nada específico. Solo que habéis oído por vuestros compañeros que se ha encontrado lo suficiente como para incriminarlo.

—¿Y si no encuentran nada? —preguntó él.

—Entonces los compañeros simplemente se habrán equivocado. Estas cosas pasan.

Poco después, Alex y Emma pudieron volver a entrar en la sala. Romero seguía pareciendo nervioso, y una vez que Alex le hubo

transmitido la afirmación de Aufderheide, se doblegó: —Vale, vale. Les diré lo que quieran saber.

—No debería hacer eso —intervino Cornelius Hagen—. Al menos no hasta que recibamos información precisa sobre la cantidad exacta. E incluso entonces, le aconsejo que...

—Si no les ayudo, me van a caer cargos por complicidad también, ¿no?

Su abogado pareció considerar esto un instante de más para el gusto de Carlos Romero. —A la mierda. Si hablo, ¿se olvidarán de las drogas que me han encontrado?

—Lo haremos —dijo Emma.

—Vale. Está bien.

—¡No acepte! —intentó el abogado una vez más.

Carlos Romero se limitó a aclararse la garganta y se enderezó. Dio un sorbo al agua que le habían puesto delante, vació el vaso, volvió a dejarlo, se lamió los labios y empezó a hablar: —Las tarjetas de memoria no son mías. Yo no instalé las cámaras. De todos modos, ¿dónde las han encontrado? —quiso saber Carlos Romero.

—¿Usted qué cree? —preguntó Emma.

—Hablen claro —exigió Cornelius Hagen a los dos.

—Las encontramos detrás de un cajón en el bar —mintió Emma, sorprendida de que ni Romero ni su abogado lo cuestionaran más a fondo.

—Ella me dijo que no había más grabaciones.

—¿Quién le dijo eso? —preguntó Alex.

—Elsa —dijo él.

—¿Elsa Vogel? —preguntó Emma incrédula.

—Sí. Me chantajeó con ellas. ¿Por qué si no le habría dado el papel de Julia?

—¿No se acostó con ella? —insistió Emma, para dejar este punto aclarado de una vez por todas.

—No. No se acostó conmigo ni con Frank. Y tampoco venía nunca a las fiestas.

—¿Cómo consiguió las grabaciones entonces? —preguntó Alex.

—¿Yo qué voy a saber?

—¿Es cierto que Julia Marini organiza sus fiestas?

—Si han descubierto eso, entonces supongo que debe de ser cierto.

—¿Podría Elsa haber conseguido las grabaciones a través de Julia?

—Ni hablar. La incriminan a ella tanto como a mí.

—Por favor, responda a la pregunta con claridad: ¿Le organizaba Julia Marini las fiestas?

—Las organizaba para ella misma. Y hace un año, me enseñó las grabaciones. ¿Por qué creen que ha estado consiguiendo papeles tan buenos desde entonces?

—¿Es que no es lo bastante buena para ellos? —preguntó Emma.

—Es buena, pero Elsa era mejor. La quería a ella para el papel desde el principio, aunque estuvo realmente desastrosa durante la audición.

—Pero entonces Julia le recordó lo de las grabaciones —dijo Alex.

—No necesitó recordármelo.

—Incluso si Elsa hubiera resultado ser la mejor en la audición...

—Sí, incluso entonces Julia habría conseguido el papel —interrumpió a Emma.

—¿Tuvieron usted y Julia Marini alguna vez una relación íntima? —preguntó ella.

Cornelius Hagen volvió a intervenir antes de que Carlos Romero pudiera responder: —Ya es suficiente por ahora. No tienen nada en

la mano y están lanzando suposiciones. Invoco el derecho de mi cliente a guardar silencio. El interrogatorio queda concluido.

Alex miró a Carlos Romero, esperando que desafiara de nuevo el consejo de su abogado, pero esta vez parecía dispuesto a escucharle.

—Puede irse —dijo Cornelius Hagen a Carlos Romero, que acto seguido abandonó la sala.

Al principio, Alex no entendió de qué se trataba y por qué Cornelius Hagen se quedaba allí, sustituyendo el expediente de la mesa por otro.

—Si podemos continuar entonces —dijo a los dos investigadores—. También represento a Frank Peterhanwa.

Capítulo 42

—Hagen ha hecho un buen trabajo preparatorio —ha dicho Emma en la sala de observación, mientras resumía el interrogatorio de Frank Peterhanwa para la fiscal y para su superior—. Sus coartadas son casi herméticas. Varios de sus empleados pueden testificar que las noches de los crímenes, como cada noche durante las últimas tres semanas, estuvo trabajando en el almacén de vestuario hasta altas horas de la madrugada. Como no empieza hasta primera hora de la tarde, trabaja del tirón hasta la mañana siguiente. Según la declaración de Hagen, eso es lo normal. Su cliente siempre ha sido un ave nocturna. Además, se reafirma en que los vídeos son falsos. Dice que no sabe nada de las fiestas, ni de Julia ni de ninguna otra persona.

—¿Qué versión se creen? —ha preguntado Aufderheide, dirigiéndose a ambos investigadores.

—No estamos seguros de quién es responsable de qué en este caso, así que nos gustaría confrontar a Julia Marini con la nueva información una vez más antes de emitir un juicio. No obstante, por el momento, no partimos de la base de que las grabaciones sean falsas. Sencillamente, no hay ningún indicio de ello.

—Muy bien —ha dicho Aufderheide.

Krüger ha confirmado con un breve asentimiento. —Haré que la traigan. —Estaba a punto de marcharse cuando el teléfono de la sala de observación ha sonado. A esas horas de un sábado, como todos sabían, aquella llamada no podía presagiar nada bueno.

—Krüger —ha respondido él, quedándose completamente inmóvil un instante, limitándose a escuchar. Luego ha colgado sin haber pronunciado ni una palabra más, y entonces ha ocurrido algo que Emma nunca había observado en él. Se le han hundido los hombros y su rostro reflejaba tristeza. Su voz sonaba inusualmente baja al

decir: —Julia Marini tendrá que esperar. Han encontrado a Sophia Winterfeld.

Capítulo 43

MIENTRAS los compañeros en la comisaría intentaban mantener a raya a una indignada Julia Marini y a una casi explosiva Geneviève Beaumont, los dos investigadores permanecían en silencio ante el cuerpo de Sophia Winterfeld, ataviados con el equipo forense completo. Un grupo de adolescentes, que había querido beberse sin molestias el alcohol robado a sus padres en aquella sala de conciertos abandonada, la había encontrado.

La luz de las farolas se filtraba por las ventanas rotas hacia la nave industrial, haciendo que las motas de polvo bailaran en el aire y bañando la escena en una inquietante penumbra.

La brutalidad era casi incomprensible. Utilizando un hacha de hendir, el perpetrador había destrozado casi por completo el lado izquierdo del cuerpo. El arma del crimen seguía incrustada en la cadera. Faltaba el corazón, y la sangre cubría el suelo en un radio de unos dos metros. Las alas de ángel de la espalda colgaban torcidas y parecían estar sujetas solo por un lado, probablemente debido a su peso. Eran significativamente más grandes, ciertamente tres veces el tamaño del primer par que habían prendido a Elsa Vogel. De haber estado extendidas, seguramente habrían abarcado la anchura de los brazos, que habían sido fijados a la estructura del techo con finos cables de alimentación. Los descoloridos carteles de conciertos junto al escenario estaban salpicados con finas gotas de sangre.

Junto a Meyer, el experto forense, se encontraba su ayudante Silvia Wulle. No intercambiaron ni una palabra mientras documentaban la escena con profesionalidad. Emma también se obligó a mantener la rutina profesional y a reprimir sus emociones. Tenía que analizar todas las impresiones de forma puramente objetiva y desapasionada, aunque le resultaba más difícil que nunca. Una breve mirada a Alex le indicó que él se sentía igual.

—Se está volviendo cada vez más brutal —dijo Meyer, esforzándose por mantener un tono distante. Sin embargo, no pudo fingir del todo una entereza absoluta—. Un caso claro de *overkill*.

A Emma nunca le había gustado mucho el término *overkill*, pero formaba parte de la jerga y, en este caso, describía el uso excesivo de la violencia por parte del perpetrador, especialmente comparado con las dos primeras víctimas.

—Es evidente que está intensificando la violencia —dijo Emma—. Lo mismo ocurre con los intervalos en los que secuestra y mata a sus víctimas.

—No parece que haya muerto anoche —dijo Alex—. Pero eso no tiene sentido. Fue secuestrada hace solo doce horas.

—Tiene los ojos lechosos, la piel pálida y veteada de finas venas, por lo poco que se puede ver bajo tanta sangre —dijo Meyer—. Supongo que la mató durante la noche, como a las demás, poco después de secuestrarla. Se ve claramente en la piel que no está cubierta de sangre. —Señaló el muslo y la pantorrilla derechos, donde eran visibles las livideces cadavéricas.

—Pero son más pálidas que en las otras —observó Emma.

—Normalmente, en estas condiciones, la pérdida de color no ocurre hasta pasadas las setenta y dos horas —explicó Meyer—. Pero como no le quedaba suficiente sangre en el cuerpo en el momento de la muerte, o poco después, las manchas post mortem no pudieron desarrollarse con la intensidad habitual. De lo contrario, serían de color rojo oscuro a azulado, como ocurrió con las otras dos víctimas. Ellas también habían perdido mucha sangre, pero ni de lejos tanta como esta. Además, sospecho que no le dedicó tanto tiempo como a las demás.

—¿Por qué? —preguntó Emma.

Él señaló el suelo frente al escenario, donde había varias marcas que parecían indicar que alguien se había resbalado con la sangre en múltiples ocasiones. Mirando de cerca, Emma incluso pudo distinguir unas cuantas huellas de manos borrosas. —Ahí es donde la tiró al

suelo para colocarle las alas. —Varios marcadores numerados de pequeño tamaño señalaban las huellas que los compañeros ya habían documentado. Algunas hendiduras parecían marcas de rodillas—. Ahí, y ahí —señaló Meyer en varios puntos—, hay grapas que el perpetrador le arrancó. Las heridas de la espalda muestran que fueron necesarios varios intentos; no fue tan cuidadoso al colocarlas con precisión como con las dos primeras víctimas.

—¿No podrían haberse soltado por su propio peso mientras ella ya estaba colgada? —preguntó Alex.

—No lo creo —dijo Meyer—. Mirad esto. —Exhaló de forma audible y buscó las fotos pertinentes en su cámara digital. Emma y Alex se colocaron a su lado para poder ver lo que quería mostrarles con un gran aumento—. Las heridas de la espalda son idénticas. Si las grapas se hubieran caído mientras ella ya estaba muerta, se verían diferentes. No estarían tan oscuras y amoratadas. —Volvió a bajar la cámara y miró a la difunta—. Además, no hay manchas de sangre en el escenario que sugieran que se pudieron soltar allí arriba. Al menos no en mi inspección inicial. Tampoco hemos encontrado grapas allí.

—Las huellas de calzado son sin duda las mismas que en las otras dos escenas del crimen, ¿verdad? —dijo Emma, mirando desde el suelo frente al escenario hacia el resto de la nave, donde las huellas se volvían más tenues con cada paso.

—Sí —confirmó Silvia Wulle.

—Está disfrutando al conmocionarnos —dijo Alex.

—Puede ser —dijo Emma, aceptando su sugerencia—. O no le importa lo que pensemos al respecto. Se está volviendo más brutal, más impaciente.

—Y más impredecible —añadió Alex.

—O quizás no —dijo Silvia Wulle, que se había arrodillado en medio del auditorio y ahora sostenía unas pinzas a la luz.

—¿Ha encontrado algo? —preguntó Emma.

—Escamas de piel. Docenas de ellas en el mismo punto.

Emma, Alex y Meyer formaron un semicírculo a su alrededor, y entonces el propio Meyer cogió las pinzas. Las sostuvo bajo su linterna y las estudió por todos lados.

—¿Tan grandes? —preguntó Alex.

—Esto no tiene sentido —dijo Meyer, acercándose la escama a la cara.

—¿Exactamente qué? —quiso saber Alex.

—Esta escama es de un ser humano. Pero...

—¿Podría ser de la víctima o tal vez incluso del perpetrador?

—No...

—Quizá tenga psoriasis o algo por el estilo —especuló Alex.

—Es de un ser humano muerto —dijo Meyer.

—¿Entonces, de la víctima? —insistió Alex.

—Estoy seguro de que son de una víctima, pero no de la que hemos encontrado aquí.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —preguntó Emma.

—Una escama de ese tamaño, y en un estado necrótico tan avanzado —que puedo ver incluso a simple vista—, proviene de una persona que lleva muerta al menos unas cuantas semanas.

Emma se quedó sin palabras, y claramente no era la única que se preguntaba, en el silencio que siguió, por qué se habían encontrado allí escamas de piel de un cadáver desconocido, uno que debía de llevar muerto más tiempo que la primera víctima.

Capítulo 44

—¿No solo me tienen aquí retenida durante horas, sino que ahora también afirman que soy una especie de cerebro en la sombra de una red de tráfico sexual? —Julia Marini examinó a los dos investigadores con desaprobación, y eso era decir poco. Emma estaba agotada, pero internamente funcionaba a toda máquina.

—Usted no ha estado precisamente prodigando la verdad durante el transcurso de nuestra investigación —dijo Alex—. Ahora la confrontamos con una grabación en la que se la ve en una de esas fiestas sexuales, y usted sigue negándolo.

—Todo lo que se ve es el reflejo de una persona en el cristal de una ventana. Y ya les he dicho que esa no soy yo.

—¿Está segura?

—Sí.

—Nuestra gente opina lo contrario —dijo Alex.

—No me importa lo que diga su gente.

—¿Se mantiene en que no sabe nada de las fiestas?

—Sí.

—Tenemos declaraciones de otros participantes que afirman lo contrario. Concretamente, que usted elige a las mujeres y las invita a las fiestas.

—Eso es mentira.

—¿Y también está segura de eso? —preguntó Alex.

—Sí, muy segura.

Emma buscó señales de nerviosismo o incertidumbre, pero Julia no mostraba nada parecido. Sin embargo, no dejó que eso la

disuadiera. Sabía que esa aparente compostura no era más que una máscara muy ensayada.

—Interesante —dijo Emma entonces—. Porque hemos recibido indicios de que no solo conocía las fiestas, sino que también participaba activamente en ellas. Hay una grabación de usted y de Carlos Romero. ¿Quiere verla?

—No —replicó Julia de inmediato. Su mirada era gélida.

—Supongo, entonces, que sabe que se la puede reconocer claramente en ella. Además, como ya he dicho, tenemos declaraciones que la identifican como la persona que selecciona e invita a las chicas. Y ahora me pregunto por qué haría algo así si solo es una bailarina inocente que solo se preocupa por su carrera.

Julia Marini levantó la barbilla y su mirada se volvió desafiante. —No pueden demostrar que haya hecho nada ilegal. Una grabación en la que se supone que he filmado a unas personas teniendo sexo no es suficiente para eso. Todo fue consensuado. No se obligó a nadie a nada. ¿O es que parece una violación en el vídeo en cuestión? Incluso si se supone que estuve allí, ¿qué cambia eso? Se ve claramente que no ocurrió nada relevante para el derecho penal.

—¿Así que admite que está familiarizada con los vídeos? —preguntó Emma.

—Sí —dijo ella, como si estuviera enfadada por habérsele escapado.

Emma se inclinó hacia delante y su voz se volvió más baja e insistente. —Sabe, he investigado su pasado a fondo. Sé que las cosas no han sido fáciles para usted. Su padre era un alcohólico violento que a menudo la dejaba sola. Acabó en un centro de acogida, luego con una familia de acogida que le causó aún más daño. Ha pasado por mucho, más de lo que la mayoría de la gente podría entender y, sobre todo, soportar.

Julia Marini entornó los ojos, pero no dijo nada. Emma vio cómo sus palabras empezaban a penetrar en la fachada de la joven. Dejó que calaran un momento antes de seguir hablando. —Quizá

aprendió que solo se sobrevive si se es especialmente fuerte. Si no se permite que nadie se acerque demasiado. Tal como hizo con Carlos.

—Pfff —se mofó Julia—. Como si le hubiera dejado acercarse a mí emocionalmente.

—No a propósito. Puedo entender que, como joven aspirante a bailarina con grandes sueños, cayera en su rutina. Él le ofreció la oportunidad de dejar atrás su pasado. Se enamoró de él porque le dio algo que nunca había tenido: la sensación de ser importante para alguien.

Julia parpadeó y bajó la mirada por un instante. Emma sintió que estaba en el camino correcto. —En algún momento se dio cuenta de que él solo la estaba usando. Que su afecto no era genuino. Y entonces decidió que quería otra cosa. Nada de amor, nada de cercanía. Solo control y poder. Pensó que de esa forma nunca volverían a herirla. Por eso también mantuvo siempre las distancias con Silas.

—Hubo otros motivos para eso.

—¿Ah, sí? Quizá le prometió más de lo que pretendía. Y cuando se dio cuenta de que lo tenía en la palma de la mano, pensó que podría hacer lo mismo con otros, con Carlos, por ejemplo. Se vengó y, al final, también lo tuvo en el bolsillo. Por eso él le está consiguiendo los grandes papeles con los que otras solo sueñan. Porque para él usted no tiene talento. —Emma hizo una pausa, dejando que la provocación calara en Julia antes de continuar—: Me pregunto hasta dónde está dispuesta a llegar para escapar de su pasado.

Julia levantó la cabeza con la mirada endurecida. —¿Qué está intentando decir?

—Que no se trataba solo de las fiestas. Que tiene más que ver con los asesinatos de lo que está dispuesta a admitir. Tenía el conocimiento, los contactos y un motivo plausible para quitarse de en medio a la competencia y, al mismo tiempo, a quienes querían destaparlo todo. Después de todo lo que le ha pasado, no es difícil

imaginar que en algún momento se hartara. Que decidiera no ser más la víctima.

Un destello de ira saltó en los ojos de Julia Marini, pero se contuvo. —Yo no he matado a nadie —dijo con firmeza.

—¿Y qué hay de la inducción al asesinato?

Julia Marini permaneció en silencio.

Emma pudo ver cómo los pensamientos se agolpaban en su cabeza, cómo iba sopesando las palabras y buscando una forma de defenderse. Emma esperó y dejó que el silencio creciera entre ellas hasta que Julia Marini habló por iniciativa propia. —Está bien. ¿Quieren saber la verdad? Se la diré.

—Sin más mentiras, si es tan amable. Porque, como seguramente sabrá, hace tiempo que ha cometido un delito penal con los vídeos. Y si hubiera sido honesta con nosotros desde el principio, puede que nunca hubiera habido una tercera víctima.

—Si hubiera sido honesta, yo habría sido la tercera víctima —dijo ella sin el menor rastro de miedo. Su muro defensivo se mantenía intacto—. Les dije que Elsa solo consiguió mi papel porque se acostó con Carlos. Igual que yo tuve que hacer en el pasado.

Emma lo reconoció asintiendo claramente.

—No grabé el vídeo porque quisiera. Carlos me obligó, e hice como que me gustaba. ¿O de verdad creen que no hay otros vídeos de él y de mí? Era joven cuando lo conocí, y tonta. En cuanto me di cuenta de que no sentía nada por mí, tuve miedo de que pudiera destruir mis sueños si no hacía lo que me pedía. Así que iba a sus fiestas con regularidad. Sabía qué esperar allí y participaba de todas formas. Recibía las grabaciones correspondientes al día siguiente. Junto con la amenaza de que debía seguir consiguiéndole «carne fresca», como él decía, o distribuiría los vídeos que tiene de él y de mí.

—¿Con «él» se refiere a Carlos Romero? —preguntó Alex.

—Sí —dijo ella, habiendo perdido parte de su aire de superioridad.

—¿Aún conserva esos mensajes? —preguntó Alex.

—No.

—Por favor, continúe —dijo Emma.

—Hice lo que quería y me gané su confianza. Eso me permitió entrar en el estudio antes que los demás para preparar unas cuantas cosas. Instalé cámaras.

—¿Cuántas? —preguntó Alex.

—Cuatro. En la lámpara junto al sofá, enfrente, al otro lado junto a la ventana, encima de la barra y una en el baño. Y cuando tuve las grabaciones que necesitaba para cambiar las tornas, me asignaron los papeles que quería sin tener que humillarme más. Aunque otro fuera el que dirigiera, Carlos se aseguraba de que yo obtuviera lo que me correspondía por derecho.

—¿Qué se puede ver en los vídeos que grabó con las cámaras ocultas? —preguntó Emma.

—Cómo Carlos y Frank vierten la droga de la violación en las copas de champán que yo había preparado. En parte también consumo intensivo de drogas, con sustancias ilegales, por supuesto. Y verán que algunas de las chicas se resistieron a las drogas al principio.

—¿Cómo fueron obligadas a consumirlas? —preguntó Emma.

—Por un lado, prometían hacerme grande, y luego amenazaban con destruirme si me negaba.

—¿Se dejaba a su elección marcharse cuando quisiera? —preguntó Alex.

—Esa pregunta nunca se me pasó por la cabeza.

—¿Y las otras jóvenes? —preguntó Emma.

—No se invitaba a las chicas ricas. Todas las que estaban allí no tenían otra opción si querían alcanzar sus metas.

Tras un breve momento de silencio, Emma continuó el interrogatorio. —Si posee un medio de presión tan fuerte, ¿cómo ocurrió que Elsa Vogel lograra arrebatarle ese papel tan importante?

—Ya he declarado sobre eso.

—¿De veras cree que eso es suficiente? ¿Tiene material incriminatorio? —preguntó Alex.

—Sí, y definitivamente no tengo nada que ver con la muerte de Elsa.

—¿Están esas grabaciones comprometedoras todavía en su poder? —preguntó Alex.

Ella asintió. —Se las entregaré en cuanto hayamos terminado aquí.

—¿Se mantiene en la declaración de que Elsa se acostó con Carlos por el papel principal? —preguntó Emma.

—Sí.

—Aunque así fuera, no creemos que hubiera sido suficiente para hacer cambiar de opinión a Carlos Romero. Creemos que Elsa Vogel tenía algo contra él y también contra usted.

—Lo que nos lleva a dos buenos motivos para el asesinato —añadió Alex.

Julia inspiró y espiró profundamente. —Sospecho que consiguió que las chicas le enseñaran los vídeos que yo... —Se interrumpió, desconcertada; acababa de delatarse a sí misma. Finalmente, cedió —. ...que yo grabé —dijo, apenas audible—. Por favor, créanme, yo no quería que nada de esto pasara. De alguna forma se nos fue de las manos. —Una lágrima corrió por sus afilados pómulos y goteó de su barbilla—. Quería ser la mejor. Pero nunca quise que nadie muriera.

—¿Qué sabe de los asesinatos? —insistió Emma.

—Nada. Pero estoy segura de que Carlos y Frank tienen algo que ver. Esos dos llevan tanto tiempo en el negocio que nunca dejarán que nadie arruine su carrera. Si mi sospecha es cierta, Elsa chantajeó a Carlos con los vídeos de las chicas, y ahora se está deshaciendo de aquellos que podrían volverse contra él.

—¿Estuvo Sophia Winterfeld en una de esas fiestas? —preguntó Emma.

—Sí.

—¿Participó?

—Claro que lo hizo. Como cualquier otra chica que haya estado allí alguna vez.

Capítulo 45

NADA más cruzar la entrada del departamento de vestuario del teatro municipal, Emma y Alex oyeron a Carlos Romero y Frank Peterhanwa discutiendo a gritos. No lograban distinguir nada salvo algunas palabras sueltas, y no eran más que improperios, por lo que no obtuvieron ninguna información relevante.

—¿Crees que saben que hemos visto las grabaciones de Julia? —preguntó Alex mientras seguían avanzando hacia los almacenes.

—No creo que ella se lo haya dicho —reflexionó Emma, apretando el paso. Se detuvieron ante las puertas dobles de hierro cerradas y escucharon. Desde allí, la discusión se oía con más claridad.

—… nos arruinará, ¿es que no te importa nada? —gritaba Carlos Romero.

—Claro que me importa, joder —le espetó Frank Peterhanwa—. Como sea, tenemos que hacernos con los móviles de esas zorras. Si no, estamos acabados.

—Por tres de ellas ya no tenemos que preocuparnos.

—No quiero oír hablar de eso.

—Es lo que hay.

—¿Has tenido tú algo que ver con…? Da igual, olvídalo. Ni siquiera quiero saberlo. Solo asegúrate de que Julia no pierda el control sobre esas perras.

—No te preocupes por ella —dijo Carlos Romero—. Hará lo que yo le diga.

—¡Pues asegúrate de que las otras también lo hagan, de una puta vez!

La puerta se abrió de par en par desde el interior, y los investigadores se encontraron con el rostro sobresaltado de Frank

Peterhanwa.

—Gracias, ya habríamos encontrado el camino nosotros solos —dijo Emma con una sonrisa forzada.

—No pueden dedicarse a espiar conversaciones privadas —Carlos Romero arremetió hacia ellos.

—Tiene toda la razón. Precisamente por eso estamos aquí con esto —Alex alzó las dos órdenes de arresto que habían obtenido.

Capítulo 46

La luz de la luna entra por los grandes ventanales del estudio de ballet, proyectando largas sombras por el suelo. Julia está ensayando para el estreno de mañana. Sus movimientos son elegantes; cada paso y cada giro son perfectos. Me he escondido para observarla. Fascinado, sigo cómo se mueve con una gracia que parece casi sobrenatural. Lleva un maillot blanco y un tutú que ondea con cada pirueta. Su rostro está concentrado, con los labios apretados con firmeza.

Conozco cada movimiento, cada posición. Sé que está ensayando el pas de deux, la parte más difícil de la pieza. Su precisión y dedicación son impresionantes e hipnotizantes. Y, sin embargo, siento este odio persistente que me corroe por dentro. ¿Cómo puede algo tan hermoso hacer algo tan feo? ¿Cómo puede exponerse a este circo, dar semejante espectáculo?

Se percata de mi presencia. Sus ojos se agrandan y luego muestran fastidio. Se detiene en seco, con el tutú balanceándose ligeramente.

—¿Qué haces aquí? —su voz es tranquila, pero puedo oír la rabia contenida en ella—. ¿No ves que me estás molestando?

Salgo de las sombras y el frío de la sala me envuelve. Ella parece suspicaz, pero no asustada. Me reconoce; lo sé. Me acerco más. Arquea la ceja derecha con aire inquisitivo y, antes de que pueda alzar la voz contra mí, le estampo la tela blanca contra el rostro, que en ese instante pierde hasta el último ápice de su arrogancia.

Capítulo 47

La mañana del domingo siguiente ya había despuntado. Después de solo unas pocas horas de sueño —si es que Alex podía llamar así a los escasos minutos que se había quedado traspuesto en el sofá—, Emma y Alex se tomaban su primer café en el despacho. No habían conseguido sacarles nada a los dos hombres. Su abogado les había recordado, con toda la razón, que no podían presentar ninguna prueba que los relacionara con los asesinatos de las tres mujeres.

—Definitivamente no ha sido Frank Peterhanwa —dijo Alex, sentado frente a Emma en el despacho—. Esa es, al menos, la información que hemos podido extraer de su discusión.

—Los registros de los pisos tampoco han arrojado resultados. La droga incautada a Carlos Romero no es digna de mención. Con una cantidad tan pequeña, puede que ni siquiera se inicien acciones penales y, si se hace, saldrá bien parado.

—Y el hecho de que Gräfe haya confirmado que las escamas que el equipo de la científica encontró en la escena del crimen de Sophia Winterfeld son, de hecho, partículas de piel de un cadáver solo nos ayuda hasta cierto punto.

—Al menos sabemos que el cadáver estuvo expuesto principalmente a un ambiente con aire acondicionado que permite tal desecación de la piel y, por tanto, ese tamaño de las escamas.

—¿Así que ahora también tenemos que buscar un lugar con un sistema de aire acondicionado que funcione?

—No tiene por qué ser nada de alta tecnología... En cualquier caso, la búsqueda se ha ampliado, pero no creo que encontremos al perpetrador tan rápido, y mucho menos por casualidad.

—Yo tampoco lo creo.

—Sea como sea, no ha habido ninguna coincidencia con las escamas en la base de datos de ADN. Así que podría ser cualquiera que todavía figure como desaparecido.

—Eso significa que, además de todo lo demás, ¿estamos buscando un cadáver, una persona fallecida cuya desaparición puede que ni siquiera se haya denunciado? Genial, simplemente genial.

Emma se pasó los dedos por el pelo, pensativa. —Lo sé, es frustrante. Me siento igual. Pero debemos intentar mantener la cabeza fría. Veamos, si se lleva un cadáver a las escenas del crimen —lo cual es probable, aunque no hayamos encontrado rastros correspondientes en las otras escenas—, debe de tenerlo escondido en algún lugar con aire acondicionado. Por lo tanto, lo más probable es que no lo esconda en el sótano de su casa.

Alex asintió y añadió: —¿Por qué lo trae siquiera a la escena del crimen?

La pregunta los dejó a ambos en silencio por un momento antes de que Emma pensara en voz alta: —Tal vez porque hasta ahora hemos estado pensando en la dirección equivocada. Siempre hemos asumido que escenifica las escenas con los ángeles para sí mismo. Pero ¿y si lo hace para alguien más? ¿Para una persona muy especial?

—Tendría que ser alguien cercano al perpetrador. O alguien que lo fue. Porque quienquiera que sea, es obvio que ha muerto. Podría ser la madre, el padre, la esposa o cualquier otra persona. Todavía no sabemos nada de él.

—Si esta persona lleva muerta más tiempo que las víctimas que tenemos hasta ahora, entonces podría haber sido el detonante que lo obliga a cometer estos actos.

—La idea me revuelve el estómago... Me viene a la mente la imagen del perpetrador sentando a un cadáver entre el público y obligándolo a mirar mientras asesina a mujeres jóvenes.

—Verdaderamente asqueroso, es cierto. Pero es una buena teoría. Podría ser exactamente así. De forma clásica, podría tratarse de la

madre del asesino.

—Excepto que las madres de nuestros sospechosos siguen vivas o, como en el caso de Julia Marini, llevan bajo tierra más de dos décadas.

Emma miró el teléfono con sorpresa cuando sonó. Reconoció el número. —¿Quieres contestar tú?

—¿Quién es?

—Geneviève Beaumont, de la *Maison de l'Art*.

—Casi mejor que no, gracias. Pásalo bien —dijo Alex con cansancio.

Emma respiró hondo antes de responder a la llamada en manos libres.

—Tienen que venir —dijo Geneviève Beaumont, sin molestarse demasiado en saludar.

—¿A dónde quiere que vayamos? —preguntó Emma.

—¡*Bon sang*! ¿A dónde va a ser? ¡A mi *établissement artistique*!

***

Alex estaba en el estudio de ballet de la *Maison de l'Art* y contemplaba el espejo hecho añicos. Los fragmentos yacían esparcidos por el suelo, brillando bajo la potente luz de las lámparas del techo. Sus colegas de la científica, Meyer y Silvia Wulle, también estaban allí recogiendo pruebas. De vez en cuando, los flashes de las cámaras iluminaban la estancia y se reflejaban multiplicados por los espejos de alrededor.

—¿Qué te parece? —preguntó Emma, situándose a su lado.

—Alguien estaba de espaldas al espejo cuando llegó el agresor. La redujo y la parte posterior de su cabeza impactó contra él. Las salpicaduras en el espejo y en el suelo encajan. Parece una

laceración. Lo único extraño es que Julia Marini no está aquí, pero sus cosas sí, incluido su teléfono móvil.

—Eso sugiere que no se marchó de este lugar voluntariamente —concluyó Emma—. Siempre y cuando la empujaran realmente contra el espejo. Quizá fue el agresor quien chocó contra el cristal cuando Julia se resistió. Pero, para ser sincera, no lo creo.

La ropa de entrenamiento de Julia Marini estaba junto al espejo sobre su bolsa, como si solo hubiera salido de la sala un momento. Su teléfono estaba en el suelo a solo unos pasos de allí. Al igual que el de Elsa Vogel, parecía haber sido destruido deliberadamente. Sin duda, ya no se podría recuperar nada de él.

—¿Qué es eso? —Alex se arrodilló y sacó un paño blanco de detrás de la bolsa de Julia Marini. Lo cogió con cuidado y lo olfateó desde una distancia prudencial. Un olor acre y dulzón llegó a su nariz—. Cloroformo —masculló, mirando a Emma.

—¿Me permites? —preguntó Meyer, señalando el hallazgo de Alex. Este se levantó y le entregó el paño a su colega, quien inmediatamente lo metió en una bolsa y lo etiquetó.

—Entonces está claro que está destinada a ser la cuarta víctima —dijo Emma—. O al menos eso es lo que quieren que creamos.

—Me temo que tu primera afirmación es la más probable.

—Estoy de acuerdo.

—Si ella estaba aquí cuando él la drogó, entonces debió de verlo en los espejos. No pudo haberse acercado sin ser detectado. Hay fácilmente cinco metros hasta la puerta, una distancia demasiado larga para no ser visto.

—Entonces lo más probable es que lo conociera —supuso Emma.

—Lo suficiente, al menos, como para no intentar huir y quizá solo se dio la vuelta para enfrentarse a él en el último momento.

Emma señaló la parte rota del espejo. —Se da cuenta de que algo va mal cuando él se le acerca. Se gira, él le presiona el paño contra la boca y la parte posterior de su cabeza golpea el espejo. —Emma

lo miró de cerca. Su nariz casi lo tocaba—. Hay restos de pelo oscuro pegados.

—*Mon dieu*, ¿está segura?

En el reflejo, los dos pudieron ver a Geneviève Beaumont de pie en el umbral de la puerta.

—Por favor, no entre en la sala —dijo Meyer.

—¡Estas son mis instalaciones, entraré en ellas cuando quiera!

—Entonces, al menos, póngase calzas —dijo Meyer en un tono inusualmente severo.

Antes de que Geneviève Beaumont pudiera alterarse más, Alex se dirigió a ella: —¿Dónde ha estado todo este tiempo? La hemos estado buscando.

—¿Perdón? —Ella los miró a los dos a través del espejo roto, perpleja. Cuando Alex se volvió hacia ella, su expresión cambió. Parecía indignada—. Tengo cosas que organizar en las que no debo ser molestada.

—Bien, pero díganos por qué estaba siquiera aquí un domingo —dijo Alex con bastante dureza—. ¿No es el conserje el responsable de abrir el lugar cuando es necesario?

—Oh. *Oui, c'est vrai*. En realidad, él suele hacer eso, pero no apareció, a pesar de que sabía que se suponía que había un ensayo para el elenco principal esta mañana temprano. Nadie sospechaba que se había cancelado porque ustedes arrestaron a nuestro director. Como él no estaba allí, me llamó una de las bailarinas.

—Pero pensé que todos tenían llave.

—Después de todas las catástrofes, las recogí, lógicamente. Solo miembros seleccionados tienen acceso a mi estudio sin que yo esté presente.

—¿Julia Marini también?

—Sí.

—¿Y entonces el conserje no ha abierto hoy?

—No. No vino, y yo tampoco pude localizarlo.

—¿Había pasado eso antes? —preguntó Emma.

—No —dijo ella, todavía indignada—. ¿Qué significan todas estas preguntas? ¿No ven lo que está pasando aquí? ¡Alguien quiere arruinarme!

Alex frunció el ceño. —¿Entonces, el hecho de que su conserje no haya aparecido es inusual?

—¡*Mon dieu*, hace tiempo que conoce la respuesta!

—¿Podría ser que a Julia se le olvidara cerrar las puertas tras de sí, de modo que alguien de fuera pudiera haberla seguido al entrar? —preguntó Emma.

—No, eso es improbable —respondió Geneviève Beaumont—. Las puertas se cierran automáticamente y no se pueden abrir desde el exterior sin llave.

Alex y Emma intercambiaron una mirada de preocupación. —Tal vez el conserje vio o escuchó algo y no vino por esa razón —especuló Alex.

—¿Quieres decir que a él también le ha pasado algo porque podría haber sorprendido al perpetrador? —añadió Emma.

—O que hemos estado apuntando a las personas equivocadas todo este tiempo.

Geneviève Beaumont soltó una carcajada burlona. —¿Cree que Lars ha secuestrado a Julia? ¿Y que luego asesinó también a las otras?

—¿No lo cree capaz de ello? —preguntó Alex, acercándose a ella.

—*Bien sûr que non*. Él no haría daño a nadie.

—¿Dónde vive? —preguntó Alex.

—Calle arriba, a un minuto a pie.

—¿Puede ver su estudio desde su piso? —preguntó él.

—Tal vez —dijo ella con incertidumbre.

—¿Nunca ha estado en su casa? —preguntó Emma.

—¿Por qué debería haber estado?

—¿Ni siquiera cuando no podía localizarlo? —preguntó Alex.

—Tengo asuntos más importantes de los que ocuparme.

—¿Podríamos echar un vistazo a la habitación donde el conserje guarda sus cosas, por favor? —preguntó Alex.

Geneviève Beaumont puso los ojos en blanco y les dio la espalda. —*Suivez-moi* —dijo con un tono claramente molesto, indicando el camino por el pasillo.

La propietaria los llevó hasta la habitación donde habían hecho unas cuantas preguntas al conserje hacía más de una semana y abrió la puerta. Alex y Emma entraron y miraron a su alrededor. El cuarto era angosto y estaba atestado de todo lo que un conserje necesitaba para realizar su trabajo.

—Si me disculpan ahora, estaré en mi despacho. Tengo que hacer unas llamadas. —Sin esperar respuesta, se marchó a toda prisa.

—Será mejor que vaya a echar un vistazo a su casa —dijo Emma —. Es muy posible que esté inconsciente en su piso. O algo peor.

—Buena idea —dijo Alex.

—Te llamo en un rato —dijo Emma y se marchó.

Alex era reacio a dejar que Emma fuera sola, pero su terapeuta le había dejado claro que tenía que seguir obligándose a hacerlo. Emma sabía defenderse sola y no necesitaba su protección. Aunque eso lo había tenido claro desde el primer día, todas las experiencias de su trabajo juntos lo habían dejado profundamente traumatizado. Respiró hondo, se concentró y volvió a centrarse en su tarea.

Las estanterías de las paredes estaban llenas de arriba abajo con productos de limpieza, herramientas y piezas de repuesto. Todo estaba escrupulosamente ordenado y limpio. Un banco de trabajo viejo y desgastado, de apenas un metro de ancho, se apoyaba contra la pared opuesta; sobre él colgaban pequeñas cajas con una

colección variopinta de tornillos, clavos y cosas por el estilo, todo cuidadosamente clasificado por tamaño.

En una esquina de la habitación se alineaban cubos, escobas y fregonas, mientras que en la otra descansaban escaleras de mano y un carrito de limpieza. De los ganchos de las paredes colgaban diversas herramientas: martillos, destornilladores, alicates. En el aire flotaba un fuerte olor a productos de limpieza y metal. No había ninguna ventana para ventilar.

Alex se acercó al banco de trabajo y lo examinó, pero no encontró nada inusual. Abrió uno de los armarios y encontró artículos de limpieza y trapos viejos, cuya vista le hizo pensar de inmediato en los paños empapados en cloroformo. Pero nada allí señalaba al conserje como el autor. Se sacudió el pensamiento, se agachó y enfocó con la Maglite detrás de los productos de limpieza, apartándolos; cuando estaba a punto de levantarse de nuevo, vio un frasco pequeño de color marrón y sin etiqueta que no parecía encajar en absoluto con el resto. Parecía algo que se compraría en una farmacia. Lo desenroscó y ni siquiera tuvo que olerlo para reconocer que era cloroformo.

***

Emma había tocado el timbre dos veces sin éxito antes de intentarlo finalmente con la vecina. En algún lugar por encima de ella, alguien abrió una ventana de golpe y le preguntó con bastante rudeza qué quería.

—Me llamo Emma Bajetzky, soy de la policía judicial de Bielefeld. ¿Conoce a Lars Hoffmann? Debería vivir en el piso de debajo del suyo.

—Sí —dijo el rostro inexpresivo de la mujer, cuya edad Emma no lograba adivinar.

No añadió nada más, así que Emma solicitó: —¿Me dejaría entrar, por favor?

La mujer se quedó allí un momento, luego dijo: —Un momento —y cerró la ventana.

Desde los escalones de la entrada, Emma intentó echar un vistazo a través de las ventanas de la planta baja. Pero fue imposible. No podía inclinarse lo suficiente y, además, las cortinas estaban echadas. Se dio la vuelta y vio la escuela de ballet, donde la prensa ya se había congregado y trataba en vano de sortear las barreras y a los compañeros para entrar en Maison's. Al menos ahora podía estar segura de que desde allí había una buena vista del estudio.

La puerta principal se abrió; la mujer del primer piso salió a su encuentro y la dejó entrar.

—Vive en el número dos —dijo, señalando el piso de la izquierda.

Emma se lo agradeció y añadió, pensando en los reporteros: —Y por favor, no deje entrar a nadie más que a mi colega y a mí.

La mujer asintió con cautela y volvió a subir las escaleras hacia el primer piso.

—¿Ha visto hoy a Lars Hoffmann? —le gritó Emma.

La joven solo miró brevemente por encima del hombro. —No. Casi nunca lo veo. —Dicho esto, desapareció.

Emma llamó a la puerta del piso y anunció con voz firme que era de la policía. Estaba a punto de hacer otro intento cuando Alex la llamó y le contó lo del cloroformo.

***

Mientras la búsqueda de Lars Hoffmann ya estaba en marcha, Alex utilizó su ganzúa para acceder al piso del conserje. Entró con el arma desenfundada. Como de costumbre, Emma le daba cobertura, seguida por dos compañeros uniformados que probablemente estaban agradecidos de no tener que lidiar más con la insistente prensa.

El piso tenía un pasillo estrecho que conducía primero a una pequeña cocina donde apenas había espacio para darse la vuelta. Todo estaba limpio y ordenado. Emma echó un vistazo al baño, luego volvió junto a Alex y juntos se acercaron a la última puerta y se encontraron en un pequeño salón con un sofá cama que estaba desplegado. La ropa de cama estaba pulcramente colocada. Enfrente había una televisión de pantalla plana pequeña y antigua. Junto a la cama había un armario estrecho y, al otro lado, una cómoda a juego. También había un pequeño balcón.

Enfundaron sus armas. No había nadie allí, y el piso era demasiado pequeño para que alguien pudiera haberse agazapado en algún rincón oscuro. Emma y Alex dieron las gracias a sus compañeros, quienes se marcharon apresuradamente para retomar sus tareas originales.

—Yo revisaré el armario —dijo Alex, pues era lo que tenía más cerca.

—Vale —dijo Emma, alumbrando bajo la cama y abordando después la cómoda.

—Está cerrado —dijo Alex, dándole un fuerte tirón. Se inclinó hacia delante y examinó más de cerca los tiradores—. No hay cerradura —observó.

—¿Quizá algún mecanismo entre las puertas? —sugirió Emma.

Alex alumbró a lo largo de la ranura central mientras oía a Emma abrir y cerrar los cajones de la cómoda. —Hay algo —dijo, al ver un estrecho perno de metal. Sacó la ganzúa que ya había usado para abrir la puerta del piso. La insertó en la ranura a media altura, tiró hacia arriba y pudo oír cómo se desbloqueaba algo. El armario se abrió. Dentro colgaba la ropa de diario del conserje. Nada inusual, nada con logotipo. Todo se mantenía en tonos predominantemente oscuros. Junto con unas cuantas sudaderas con capucha y monos negros también con capucha. Eso coincidía con la descripción que habían recibido del corredor. En el suelo había una caja de zapatos, con la etiqueta Haix Airpower XR26, número cuarenta y tres. El

mismo modelo del que habían encontrado huellas en las respectivas escenas del crimen y en el piso de Elsa Vogel. Alex estaba ahora seguro de que encontrarían los mismos rastros en Maison's. Abrió la tapa de la caja de zapatos, pero no había nada dentro excepto algo de papel de seda.

—Probablemente las lleve puestas ahora mismo —dijo Emma, enfocando con su linterna por encima del hombro de Alex hacia la caja vacía.

Alex volvió a colocar el papel y se detuvo. Alargó la mano hacia algo claro detrás de la caja, apenas más grande que un pulgar. —Una pluma —reconoció—. Con un poco de sangre seca. —Miró hacia la ropa—. Pero los disfraces no están aquí.

—Podría haber entrado volando, o se quedó pegada a su ropa de trabajo —conjeturó Emma.

—Podría ser —dijo Alex, metiendo la pluma en una bolsa de pruebas. Luego se metió en el armario, palpó el suelo en busca de alguna trampilla secreta y comprobó el panel trasero, que no cedió ante su presión—. No hay nada más aquí —dijo.

—Al menos parece que hemos encontrado al culpable —dijo Emma.

—Pero nada que nos diga dónde está ahora mismo. —Se puso de rodillas y presionó contra la moldura decorativa inferior del armario, que se soltó de inmediato—. Eso no debería pasar —dijo Alex. Sacó su navaja y palanqueó la moldura del lado izquierdo sin tener que usar mucha presión ni fuerza. La dejó a su lado, se inclinó hacia delante y alumbró debajo del armario. Allí vio una vieja caja de cigarros de cartón. La sacó y la abrió de golpe.

—Vaya —se limitó a decir, extrayendo una foto que era solo una de varias—. La conocemos, ¿verdad? —dijo, mostrándole a Emma una vieja foto de la entrenadora estrella de Maison de l'Art, Helene Dubois.

—Madame Beaumont ya nos dijo que a veces le gusta tomarse descansos. Sus alumnos dijeron lo mismo, pero por lo demás no

había nadie a quien pudiéramos preguntar sobre ella —dijo Emma—. Lleva desaparecida un tiempo, ¿verdad? —Cuando Alex asintió, ella añadió—: Creo que ahora sé a quién pertenecen las partículas de piel de la última escena del crimen.

—Yo también lo creo. —Alex compartió el montón de fotos con Emma, que se agachó a su lado—. Pero ¿por qué la eligió a ella? ¿Cuál es la conexión? ¿La acechó y luego la mató por accidente?

—¿Y con las puestas en escena en los escenarios está intentando compensarlo? ¿Quizá quiere complacerla con ellas?

Entre las tomas, pronto encontraron algunas que mostraban una versión claramente más joven del conserje junto a Helene Dubois, tomadas en un entorno privado. Ella se veía muy severa en estas fotos y parecía dejarse fotografiar con él solo a regañadientes. A diferencia de Lars Hoffmann, que posaba sonriendo con orgullo a su lado.

—Estas fotos privadas... —Alex sacudió la cabeza y miró unas cuantas más.

—Parece que ella lo crió —concluyó Emma.

—Pero no parecía muy feliz por ello. Puede que él tampoco —dijo Alex, cogiendo otra foto del montón, que mostraba a una joven Helene Dubois bailando en el escenario, cuyo rostro había sido rayado hasta quedar irreconocible. También había marcas tras su espalda que parecían grandes alas de ángel.

—Tú conoces muchos de los lugares de Bielefeld y sus alrededores —empezó Emma, mirando las fotos con creciente prisa.

—Sí, pero ¿no los hemos comprobado ya?

—Evidentemente, no todos. Estamos buscando el refugio de Helene Dubois. Si ni siquiera sus amigos lo conocen, seguro que su hijo sí.

—¿Así que de verdad crees que es su hijo?

—Sí, ¿o tienes otra explicación? Piénsalo, ¡encaja!

—¿Acaso Geneviève Beaumont no sabía nada de la relación entre ellos dos? —Alex apenas podía creer que algo así pudiera ocultarse.

—Geneviève Beaumont no me parece alguien que se interese especialmente por un conserje ni que suponga ningún vínculo familiar entre la clase de él y la suya. Dijo en nuestra primera reunión que él ya trabajaba en la escuela cuando ella empezó allí. Además, tiene un apellido diferente. No, ella no tendrá ni la menor idea.

—Entonces tenemos que buscar un lugar que tenga conexión con Helene Dubois —dijo Alex.

—Sí, comprobemos de nuevo todos los locales de conciertos, ya estén activos o desmantelados desde hace mucho tiempo.

Capítulo 48

En el piso de Helene Dubois, al otro lado de la ciudad, la percepción que Emma tenía de la mujer se reflejaba en la decoración interior. Al entrar en el elegante apartamento, se vieron prácticamente sumergidos en una inundación de opulencia y narcisismo. Por todas partes colgaban retratos de gran formato de Helene, que la mostraban en diversas etapas de su vida: como joven bailarina, como célebre prima ballerina, como dama elegante con ropa de diseño. Las imágenes habían sido cuidadosamente seleccionadas y colocadas, cada una de ellas como testimonio de sus éxitos pasados y de su anhelo por su gloriosa juventud.

Emma dejó vagar su mirada por el salón. Estaba amueblado con gusto, pero resultaba frío. Muebles caros, cada uno de ellos combinando a la perfección con el siguiente. Ni fotos de familiares o amigos, ni objetos personales que sugirieran una vida social activa. Resultaba evidente que Helene estaba más interesada en su pasado que en su vida actual o en los demás.

—Desde luego tiene un don para el dramatismo —murmuró Alex, que estaba de pie al lado de Emma, mirando a su alrededor.

Emma asintió.— Todo aquí rezuma autocomplacencia y nostalgia.

En el dormitorio encontraron un vestidor lleno de ropa y zapatos de marca, todo impecable y bien ordenado. En el estudio descubrieron viejos programas de actuaciones de ballet, recortes de prensa y críticas que elogiaban a Helene en términos entusiastas. Sin embargo, no había nada que apuntara a una conexión con Lars Hoffmann.

Emma abrió un cajón del escritorio y encontró un documento oficial cuidadosamente conservado en un doble fondo—. El certificado de nacimiento de Lars Hoffmann. Ella es su madre biológica. Su nombre de soltera es Marie Hoffmann.

—¿Y el padre?

—Desconocido —dijo Emma, dejando el documento sobre el escritorio. No había nada más en el compartimento secreto—. No he visto ni una sola foto de su hijo en todo el piso hasta ahora. No hay ni el más mínimo rastro de que siquiera exista. El certificado de nacimiento parece ser lo único que ha conservado de él.

—¿Qué significa eso? ¿Reniega de él? ¿Lo ignora? No lo entiendo... —Alex sacudió la cabeza.

—A mí me pasa lo mismo. Si se supone que nadie debe conocer la conexión, ¿por qué guardar el certificado de nacimiento? ¿Y por qué ha estado él trabajando todos estos años como conserje en una escuela de danza donde ella no solo está activa, sino que es prácticamente adorada? Si quería olvidarlo, ha elegido una forma muy extraña de hacerlo.

—Quizá no pudo desprenderse de él por completo —respondió Alex—. Como de su pasado. Todo está conectado de alguna manera. Solo que aún no sé cómo.

—Ni yo.

Emma y Alex registraron más cajones y estantes, encontrando aún más artículos de prensa antiguos sobre Helene Dubois. Se sentaron a la mesa del salón y empezaron a examinarlo todo.

—Mira —dijo Emma poco después, pasándole un artículo a Alex—. Ya utilizaba el nombre artístico de Helene Dubois antes de que naciera su hijo.

Alex comparó las fechas que ya habían reunido—. Y después de su nacimiento, hizo que se registrara como su nombre real.

—¿Con la esperanza de poder recuperar su éxito a través de él?

Alex se limitó a encogerse de hombros y ambos continuaron leyendo. Finalmente, Emma dijo: —Los éxitos de Helene Dubois como bailarina son elogiados con entusiasmo en todas partes. Había tenido una carrera impresionante y un futuro brillante por delante.

Alex se inclinó hacia delante; había ordenado los artículos de forma cronológica aproximada.— Mira esto —dijo señalando las fechas—. Los himnos de alabanza hacia ella terminan abruptamente unos meses antes del nacimiento de Lars. —Alex frunció el ceño, apoyando los codos en los muslos.— Parece que Lars fue el motivo de que su carrera se estancara.

—Desde su perspectiva, más bien fue que terminó por completo. —Emma suspiró—. Descargó su frustración con él, culpándole de arruinarle la vida. A pesar de que no es culpa suya haber nacido.

—Eso podría haber provocado que se acumulara mucha ira en él a lo largo de los años, que finalmente tuvo que desahogar.

—Si ese es el caso, ¿por qué estas puestas en escena con ángeles? Quiero decir, es obvio —señaló los artículos que ya habían revisado sobre la mesa— que Helene Dubois tuvo su última actuación importante con un disfraz con alas de ángel. Pero eso no explica por qué Lars Hoffmann está usando eso como parte de su modus operandi.

—¿Y si es muy sencillo y ella es su ángel?

—Por cómo se ven las cosas en este momento, no era precisamente una madre modelo. No podía ser un ángel a los ojos de un niño.

—Quizá lo deseó toda su vida. Quizá la idealizó. Los niños hacen eso —reflexionó Alex.

—Pero si Lars es la razón por la que su carrera terminó, a sus ojos, y siempre se lo hizo sentir...

—... entonces podría haber estallado. Algo debió de pasar que fue la gota que colmó el vaso.

—Si hubo algo así, no encontraremos ninguna pista aquí. Y tampoco la atacó aquí.

—Podría haberla atraído fuera de aquí.

—Sí, ¿pero a dónde?

Siguieron estudiando los artículos hasta que Emma notó algo—. Conocemos este lugar —dijo, tendiéndole un recorte a Alex.

—Ahí es donde encontraron a Elsa Vogel.

—Y aquí está Emilia Austermann.

Alex ojeó el montón de artículos que ya habían revisado hasta encontrar el correspondiente—. Y aquí está Sophia Winterfeld —dijo, mostrándole a Emma la imagen pertinente.

En muchos de los artículos se mencionaban los lugares de las actuaciones—. Y Julia podría estar en cualquier parte —dijo Alex, expresando lo que Emma también estaba pensando—. Pero estoy seguro de que este escenario del crimen también tiene algo que ver con su madre. Sigamos buscando. La respuesta está en alguna parte.

—Su última actuación importante antes del nacimiento de Lars —reflexionó Emma en voz alta después de un rato—. Esa en la que llevaba las alas. —Buscó el artículo y leyó el nombre del lugar en voz alta—: *Theater am Alten Park*.

—¿Crees que Lars podría tener a Julia cautiva allí? —preguntó Alex.

Emma le miró—. Es posible. Ese escenario tuvo una gran importancia para ella, así que también podría ser un lugar simbólico para él.

—¿Por qué iba a estar allí ahora, precisamente, y no en uno de los otros lugares? Solo tiene sentido si Julia es su última víctima.

—Ella sería la cuarta víctima —dijo Emma—. ¿Hemos pasado algo por alto? ¿Tiene el número cuatro algún significado para Helene Dubois o Lars Hoffmann?

Alex puso la mano sobre el nuevo montón que habían formado para clasificar los posibles lugares y los contó—. Once posibles ubicaciones en un radio de cincuenta kilómetros.

—Más las tres que ya conocemos —añadió Emma.

—Eso hace catorce.

—El mismo número de nombres que en la lista de Robert Vogel.

—A excepción de su hermana.

—Entonces serían quince.

—Así que no encaja. Pero, por otro lado, quizá Lars Hoffmann no tenga ninguna lista de víctimas en absoluto.

—De acuerdo. Pero hasta ahora ha ido a por mujeres que tenían éxito y para las que su carrera era lo primero. ¿Notaste ese afán en los otros a los que interrogamos?

—No mucho. Quizá en el novio de Sophia Winterfeld y en otros dos bailarines.

—Pero ninguna mujer.

—Ninguna mujer —repitió Alex.

—Entonces solo queda Julia Marini.

—Enséñame los artículos otra vez —pidió Emma, pues se le había ocurrido una idea.

—¿En qué estás pensando?

—La fecha —dijo ella, poniendo delante de sí el artículo con el lugar donde habían encontrado a Elsa Vogel. Luego el de la ubicación de Emilia Austermann y finalmente el de Sophia Winterfeld. Emma señaló el primer artículo.— 1970. —Luego señaló el segundo y el tercero—. 1975 y 1977.

Alex colocó el artículo sobre la última gran actuación al final de la fila.— 1980 —dijo.

—Va por orden. Está asesinando a sus víctimas en los lugares que simbolizan el ascenso de su madre. Cada artículo describe un paso importante en su carrera. Todas las demás actuaciones son de relleno. Pero estas cuatro describen los hitos más importantes.

—Entonces Julia está allí. —Alex señaló el último artículo de la fila.

—Exactamente.

No fue necesario intercambiar más palabras. Los dos sabían lo que tenían que hacer. Alex buscó el lugar en Google con su teléfono del trabajo, mientras Emma llamaba a la comisaría.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Emma, mirando a Alex.

—Sí, el *Theater am Alten Park* todavía existe —respondió él—. También se puede encontrar en Google Earth. Según los informes de internet, cerró sus puertas hace treinta años y en su día formó parte del teatro más grande de Westfalia Oriental.

Emma asintió y esperó a que alguien respondiera en la comisaría —. Habla Bajetzky —dijo cuando un compañero de la oficina contestó—. ¿Puedes averiguar rápidamente quién es el propietario del *Theater am Alten Park*?

Esperó mientras se realizaba una investigación activa al otro lado de la línea. Finalmente, llegó la respuesta.

—Gracias —dijo Emma y colgó. Se volvió hacia Alex—. El edificio pertenece a Helene Dubois. Lo compró hace treinta años.

Capítulo 49

Alex y Emma aguardaban bajo el manto de la oscuridad frente a la entrada del antiguo *Theater am Alten Park*. Junto con la unidad táctica, tomaron posiciones ante el acceso. Las linternas de los subfusiles seguían apagadas, convirtiendo a los agentes en un grupo de figuras oscuras que se movían en silencio. La prensa aún no se había enterado de que estaban allí, y Alex esperaba que así siguiera siendo. El oficial al mando hizo una señal a la silueta que estaba más cerca de la puerta para que la abriera. Este bajó con cuidado el picaporte de la pesada puerta de madera. Estaba cerrada. Se hizo a un lado para dejar sitio a su compañero, que portaba el pequeño ariete. El hombre se posicionó y esperó ante la puerta. Alex recibió por radio el aviso de que el resto del equipo en la entrada lateral también estaba listo para asaltar el edificio.

El oficial al mando, junto a Emma, asintió al hombre de la puerta; habían recibido la autorización para entrar. Este balanceó el ariete y forzó la puerta hacia dentro. De inmediato, se encendieron las luces de los subfusiles, así como las Maglite de Alex y Emma, que sostenían bajo sus pistolas.

La puerta lateral también fue forzada en ese momento, mientras Alex avanzaba con pasos sigilosos que la moqueta del interior amortiguaba casi por completo.

El vestíbulo estaba limpio y ordenado, como si el teatro siguiera funcionando, pero los viejos carteles de las paredes contaban una historia distinta. Mostraban imágenes de representaciones que pertenecían a décadas pasadas. Helene Dubois en el papel principal, pero en obras de las que Emma y Alex no habían encontrado ningún registro. Según las fechas, los estrenos habían tenido lugar todos después del nacimiento de Lars Hoffmann. Pero Alex sabía que aquello nunca había sucedido en realidad. Todo allí era una completa farsa. Sin embargo, lo que le inquietaba más profundamente eran

los maniquíes que se erguían en el vestíbulo. Muñecos a tamaño real, vestidos a la moda de principios de los ochenta y colocados en posturas que imitaban movimientos reales. Congelados en un tiempo pasado.

Los agentes de policía se abrieron paso con cuidado entre ellos. Alex dejó que su mirada recorriera el vestíbulo, intentando no dejarse perturbar. Pero no podía librarse de esa ligera sensación de desasosiego. Los muñecos parecían más vivos en la penumbra de lo que le habría gustado. Algunos sostenían programas de mano, como si estuvieran esperando una representación que estuviera a punto de comenzar. Por un momento, creyó percibir movimiento en el borde de su campo de visión, pero cuando miró más de cerca, no había más que otro maniquí con un esmoquin. Otra llevaba un elegante vestido de noche con guantes largos y una estola de piel sobre los hombros. Tenía la cabeza ligeramente ladeada, como si estuviera conversando con el muñeco vestido de forma similar que tenía al lado.

La luz oscilante de las linternas proyectaba sombras que se agitaban y temblaban, y Alex no pudo evitar preguntarse si realmente no había nadie allí. Todos los muñecos tenían rostros expresivos, sus ojos parecían vivos, como si pudieran parpadear en cualquier momento. Podría no percatarse de la presencia de una persona viva hasta que fuera demasiado tarde.

Un suave crujido de tela se superpuso al sonido de sus pasos. Probablemente solo fueran los agentes que, como él, se abrían paso por aquella cámara de los horrores. No obstante, tenía la sensación de ser observado, como si algo pudiera salir de la oscuridad en cualquier momento, o como si uno de los muñecos pudiera cobrar vida. Sí, se reafirmaba en ello: entre todos aquellos invitados inmóviles, el autor podría esconderse fácilmente. La luz de las linternas no bastaba para distinguir si las siluetas negras que emergían de la oscuridad eran muñecos o personas reales. Alex sacudió la cabeza, obligándose a mantener la calma, pero también se advirtió a sí mismo que debía ser precavido. Lars Hoffmann

podría estar en cualquier parte de aquel lugar. Poco a poco empezaba a sentir algo parecido al miedo, que crecía con cada paso a medida que se adentraban más en aquel mundo oscuro y surrealista.

A pocos metros frente a las puertas dobles abiertas, que presuntamente conducían al auditorio principal, colgaba un cartel enorme de Helene Dubois en una pose glamurosa, que la mostraba en la cima de su carrera. Habían encontrado esta foto en muchos artículos de periódico, seguramente porque la retrataba muy bien. Bajo ella había un grupo de gente, riendo y cogiendo champán de una bandeja que les ofrecía un camarero. La foto era tan buena que Alex casi creyó que podía oírlos reír.

Un suave crujido hizo que todos aguzaran el oído mientras pasaban sigilosos ante el mostrador, tras el cual un muñeco barman servía bebidas. Estaba parcialmente oculto por la puerta doble abierta, tras la cual sospechaban que se había originado el sonido. En el camino, los muñecos se hicieron más numerosos, dificultando el avance. Era casi imposible evitar rozarlos de vez en cuando.

Avanzaron lentamente, hasta que Alex tropezó de repente. Chocó con uno de los muñecos junto a la puerta abierta, que golpeó el marco metálico con un fuerte estruendo y se desplomó al suelo.

Todos se quedaron gélidos un instante, iluminando sus alrededores con cuidado. Pero no se oía nada ni se veía movimiento alguno. Nada que pudiera suponer un peligro. El oficial al mando les hizo una señal con la mano para entrar en la sala y desplegarse.

Distribuidos por la gran sala, decenas de muñecos estaban de pie o sentados. Algunos vestían trajes de la época de esplendor de Helene; como seguidores fieles que esperaban ansiosos la función. Otros parecían estar aún buscando sus asientos en el auditorio. Los detalles eran aterradoramente precisos, y casi cada muñeco mostraba una emoción diferente: alegría, entusiasmo, asombro. El teatro parecía vivo, listo para una función que nunca tendría lugar. Un eterno paroxismo ante el último espectáculo.

En la mente de Alex, resonaron los sonidos de conciertos pasados, donde había oído el murmullo del público expectante desde entre bastidores antes de saltar al escenario. ¿Cuánto tiempo y esfuerzo habría costado crear aquel mundo en el que Helene Dubois simplemente desaparecía durante semanas enteras? Aquel debía de ser su santuario. Un refugio de energía. Un mundo en el que nunca había tenido a Lars y en el que era la estrella que siempre deseó ser.

Los compañeros de la unidad táctica se dividieron y subieron por las estrechas escaleras de caracol a izquierda y derecha para asegurar el anfiteatro, mientras los demás, junto con Emma y Alex, inspeccionaban fila tras fila, acercándose poco a poco al escenario. El equipo de la entrada lateral se les unió.

Alex incluso reparó en un acomodador que recogía las entradas de una pareja y les indicaba sus asientos. Las miradas de los muñecos ya sentados se dirigían hacia el escenario.

Un fuerte chasquido les hizo sobresaltarse. Antes de que pudieran localizar el origen del ruido, los focos del anfiteatro, que abarcaban todo el ancho de la sala por encima de ellos, se encendieron de golpe. La unidad táctica en las escaleras buscó cobertura e interrumpió su avance, vigilando de cerca los focos. Era imposible saber si alguien se ocultaba tras ellos observándolos, o si habían activado accidentalmente un sensor de movimiento. El oficial al mando asintió a Alex para indicarle que vigilaban el anfiteatro, y ordenó a su gente en las escaleras que siguiera avanzando.

Cuando llegó la confirmación de zona despejada por radio y vieron que no acechaba peligro desde el área del anfiteatro, Alex y Emma volvieron a centrarse en el escenario. Se separaron y recorrieron los pasillos entre los asientos, acompañados por otros agentes. Un olor agrio y penetrante llegó a la nariz de Alex. Entonces, en la primera fila, justo frente al escenario, descubrió un muñeco que era diferente a los demás. Tenía la cabeza echada hacia atrás y llevaba una coleta impecablemente recta. Algo en ella le resultó extraño, e indicó a Emma, que recorría el pasillo paralelo a él al otro lado, que quería comprobarlo. Con cada nuevo paso, el olor empeoraba y, aunque no

le era desconocido, se negaba a reconocer lo que era: el hedor de la putrefacción.

Se detuvo a la altura de la primera fila. Solo entonces pudo ver que no era una coleta, sino el mango de un hacha clavado en la cabeza de una mujer. Aunque todo su ser se estremeció, se acercó más a ella y reconoció que la difunta era Helene Dubois. Debía de llevar semanas muerta. Verla sentada allí, en la primera fila, respondía a la pregunta de dónde procedían las escamas de piel halladas en la escena del crimen de Sophia Winterfeld. Ella también había estado allí, justo frente al escenario, viendo a su hijo asesinar a la joven bailarina. Y aunque no habían encontrado rastros en las otras escenas que sugirieran su presencia, Alex estaba seguro de que había estado allí en cada uno de los asesinatos.

Hizo al oficial al mando la señal del hallazgo de un cadáver y siguió vigilando el anfiteatro, donde unas siluetas negras se aproximaban tácticamente al centro. Luego volvió a mirar a la mujer muerta.

La boca de Helene Dubois estaba muy abierta, tenía las encías negras y sus ojos lechosos, en los que apenas se distinguía nada de sus antaño verdes iris, estaban torcidos de forma asimétrica. Su piel parecía fino papel vegetal, a través del cual se transparentaban incluso las venas más pequeñas. Tenía el cuello antinaturalmente estirado debido al peso del hacha en la nuca. Solo su vestido de noche encajaba con el resto de la escena. No había sangre visible en el suelo detrás de ella ni en el respaldo. Se veían escamas de piel dispersas que se habían desprendido de la herida abierta de la nuca, donde la carne putrefacta brillaba con tonos negros bajo el haz de la Maglite.

Otro sonido hizo sobresaltarse a Alex. Esta vez procedía del escenario, que estaba flanqueado por dos agentes tácticos. Cuando se giró alarmado, comprendió que venía del mecanismo que había puesto el telón en marcha. Lentamente se abrió y se deslizó hacia arriba. Emma se agachó junto a él, y él hizo lo mismo para poder reaccionar ante cualquier peligro que pudiera acechar detrás. Pero no había absolutamente nada. Ni pies, ni un adversario oculto con

un arma. En su lugar, se reveló ante ellos un decorado de aspecto antiguo.

Aparecieron columnas de mármol de un templo romano, decoradas con capiteles y relieves detallados. Entre las columnas había tensada una tela que indicaba la entrada a una villa antigua. Al fondo, se veía una pintura mural que representaba edificios majestuosos, jardines florecientes y árboles. Todo bajo un cielo de un azul radiante. Alrededor, estaban dispersos elementos de atrezo romanos: ánforas, coronas de laurel y trajes tipo toga en percheros.

Cuando el telón hubo subido unos dos metros, Alex descubrió unos pies descalzos atados con una larga tela de seda. Estaban tirados hacia atrás y sujetos al frontón situado sobre la entrada de la villa. Poco a poco, el cuerpo desnudo de Julia Marini se reveló ante ellos, suspendido como un ángel sobre el escenario como las otras víctimas anteriores. Las alas se extendían medio metro más allá de sus brazos estirados. Finos regueros de sangre seca bajaban hasta sus pies, testimoniando que las alas habían sido grapadas a su espalda. Tenía las muñecas atadas con alambre de espino.

Alex solo pudo salir de su estado de shock al oír un débil gemido procedente de Julia Marini.

Seguía viva.

Maldita sea, ¿cómo iban a bajarla de allí sin hacerle daño?

—¿Julia? —soltó él, y ya estuvo a punto de asaltar el escenario cuando oyó la voz de Lars Hoffmann. O al menos una voz que le recordó a la de Hoffmann. Sonaba inusualmente dulce, casi femenina.

—¡Qué maravilla que hayáis venido todos!

Aquello venía de la izquierda, de la zona de los disfraces tras el pilar. Por el rabillo del ojo, Alex pudo ver a Emma y a la unidad táctica acercándose a la escena más adelante. Sin importarle los posibles peligros, Alex se encaramó a la galería. Apenas recuperó el equilibrio, apuntó hacia el lado izquierdo. Creyó haber visto un movimiento entre los tabiques, las columnas y el decorado. Pero no

lograba localizar a nadie. En su lugar, se dio cuenta con horror de que los corazones extraídos a las víctimas habían sido incorporados allí. Reposaban en cestas de fruta colocadas sobre los escalones frente a la villa y anidados en las coronas de laurel.

De pronto, Lars Hoffmann entró en escena. Miró a Alex con furia, pero eso no fue lo que desconcertó al investigador. Fue el disfraz que llevaba el hombre, que a Alex le resultó familiar. Era el mismo que había lucido Helene Dubois durante su última actuación, el que aparecía en tantos artículos de periódico. Solo el hacha de carnicero en la mano derecha de Lars desentonaba con la escena.

—Lars, quédate donde estás —gritó Emma, que también había logrado subir al escenario y se aproximaba por la derecha.

Lars Hoffmann se quedó inmóvil detrás de Julia Marini y miró alternativamente a Alex y a Emma. Por un momento, todos permanecieron estáticos. Entonces se activó el siguiente mecanismo y Julia Marini fue bajada lentamente hacia el escenario. Alex no sabía qué hacer. ¿Debía correr hacia Julia Marini para salvarla o abrir fuego contra Lars Hoffmann con ella de por medio? Ambas opciones eran peligrosas. Al perpetrador le bastaba con un solo movimiento del hacha para hundirla en la espalda de Julia. Aunque no encajaba con su método habitual, el hecho de que lo hubieran acorralado podía provocar una reacción instintiva de ese tipo.

En cuanto Julia Marini quedó colgando entre los tres, una sonrisa de satisfacción se dibujó en el rostro de Lars Hoffmann. Su ira hacia los invitados no deseados pareció desvanecerse en un instante. Miró más allá de los investigadores y de Julia, hacia el patio de butacas, buscando claramente el contacto con el público.

—¡El hecho de que todos os hayáis presentado hoy aquí, y en tal número, me llena de orgullo y de asombro por igual! —Extendió los brazos de forma acogedora, con el hacha sostenida de forma amenazante en su mano derecha—. Os doy la más calurosa bienvenida, sobre todo a mi *maravillosa* madre —señaló con la mano libre a la difunta de la primera fila—, sin la cual ninguno de nosotros estaría hoy aquí. —Un estruendoso aplauso empezó a sonar por los

altavoces y se fue apagando mientras Lars continuaba. Todo el espectáculo estaba cronometrado a la perfección—. ¡No os arrepentiréis de haber venido! —prosiguió—. ¡Hoy, todos experimentaréis lo que habéis estado esperando durante décadas! —Los aplausos arreciaron de nuevo y Lars tuvo que alzar considerablemente la voz para ser escuchado—. Y ahora... ¡disfrutad... del... espectáculo! —Con la última palabra, todo se quedó a oscuras y comenzó una música de orquesta ensordecedora que parecía provenir de todas partes. Las linternas apenas lograban captar a Lars Hoffmann revoloteando y desapareciendo entre el decorado, bailando al ritmo de la música.

Cruzaba repetidamente los haces de luz que los policías movían frenéticamente, pero no se quedaba quieto el tiempo suficiente para que pudieran apuntar durante más de una fracción de segundo. La unidad táctica también se movía ahora con más rapidez por la sala; algunos subieron al escenario.

—¡Lars! —gritó Alex por encima del fragor de las cuerdas y los metales cuando lo vio bailar brevemente bajo un rayo de luz una vez más. Se movía por el gran escenario con un porte elegante que resultaba a la vez impresionante y aterrador. ¿Cuántas veces habría ensayado esos movimientos para ser capaz de ejecutarlos así?

Alex siguió al hombre. Sintió un aliento detrás de él y se dio la vuelta de inmediato, pero no descubrió a nadie aparte de a Emma y a la unidad táctica. Alex seguía en medio del escenario y se sentía ligeramente desorientado, cegado por los focos del balcón. Entonces sintió otro movimiento a su espalda, seguido de un dolor punzante en el hombro derecho. No alcanzaba a comprender por qué su arma se había vuelto de repente pesada como el plomo, ni por qué ya no podía sostenerla. Un calor se extendió por su hombro y, cuando el arma golpeó los tablones del suelo, llegó el dolor. Por instinto, se palpó la zona. La sangre le corría por los dedos y el corazón le latía a mil por hora.

—¡Al suelo! —gritó Emma de repente, apuntándole. Como si siguiera la indicación de un director de orquesta señalando el clímax

de una sinfonía, se arrojó al suelo, golpeándose la cara con fuerza. El dolor le subió desde el hombro por todo el torso, ganando intensidad a la par que la orquesta. Estallaron estrellas ante sus ojos; el fogonazo de la pistola de Emma lo cegó. Algo pasó zumbando a un milímetro de su cara y le bloqueó la visión.

Como a través de algodón, Alex oyó que las voces a su alrededor se volvían más frenéticas. Por el rabillo del ojo, vio a Lars cruzar el escenario a toda velocidad. El movimiento rápido de los haces de las linternas dejaba claro que no habían alcanzado al culpable.

Cuando Emma se precipitó hacia Alex agachada, él la siguió con la mirada y, de repente, todo se volvió más oscuro. Un instante después, se dio cuenta de que era la hoja del hacha la que le obstruía la visión. Estaba clavada en el suelo, a escasos centímetros de su rostro.

—¿Estás bien?

—Sí —mintió Alex.

Emma estaba registrando los alrededores desesperadamente, con el arma apuntando por encima de él hacia el decorado.

Antes de que Alex pudiera pensar nada más, Emma agarró el mango del hacha y la arrancó del suelo de un tirón. Una lluvia de polvo y astillas cayó sobre Alex y, para cuando pudo volver a ver con claridad, Emma ya estaba junto a uno de los grandes pilares del decorado, alzando el hacha. Quería cortar la gruesa cuerda que unía el pilar con el techo. Alex miró hacia atrás y vio a los agentes de la unidad táctica acercándose y posicionándose de forma protectora alrededor de Julia Marini, mientras dos de ellos la liberaban con las pequeñas cizallas destinadas a las bridas con las que aseguraban a los sospechosos reducidos.

Un chasquido fuerte como un latigazo se mezcló con el rugido de la orquesta, que se acercaba a su clímax con el estruendo de los timbales y las trompetas. Emma lanzó el hacha a un lado y por un momento Alex vio a Lars Hoffmann pasar de nuevo junto a ella entre el decorado. Tenía un hacha nueva en la mano y a Emma en el

punto de mira. No pudo verlo mucho tiempo, pero fue suficiente para darse cuenta de que ahora el objetivo era ella.

Se dio la vuelta bruscamente mientras sonaban disparos que, al parecer, volvieron a errar el tiro. La risa de Lars Hoffmann se elevó por encima de todo el ruido y empeoró el mareo que mantenía a Alex en el suelo. Pero se obligó a levantarse y se tambaleó hacia Emma, que estaba totalmente concentrada en derribar el pilar. Alex reunió sus últimas fuerzas. Por el rabillo del ojo, vio el destello del hacha brevemente sobre la cabeza de Lars Hoffmann, o al menos creyó verlo. De repente, recuperó la concentración por completo. Echó a correr, giró y se lanzó sobre Emma. Con el impacto, pensó que el hombro le iba a explotar. Se estrelló contra el suelo una vez más, arrastrando a Emma consigo. Aunque se le estaba nublando la vista, pudo ver a un furioso Lars Hoffmann levantar la mirada y ver cómo el pilar se le caía encima.

Mientras el polvo se asentaba, las últimas notas de la orquesta se desvanecieron. La unidad táctica surgió de la penumbra y apuntó con sus armas al lugar donde Lars Hoffmann se encontraba apenas unos instantes antes.

—¡Así no es como lo habíamos ensayado! —le oyó gritar Alex—. ¡Soltadme!

Oír el crujido de la brida fue un alivio. Entonces divisó a Julia Marini, a quien dos agentes habían sacado del escenario y estaban atendiendo. Eso le infundió nuevas energías.

—¿Estás bien? —preguntó Emma, poniéndose en pie y ayudando a Alex a levantarse.

—Estoy bien —dijo él, y lo decía en serio, a pesar de que las estrellas seguían bailando ante sus ojos, desvaneciéndose solo poco a poco.

—¡Así no es como lo habíamos ensayado! —volvió a gritar Lars Hoffmann, pero no tuvo ninguna oportunidad contra los compañeros que ahora lo ponían en pie a rastras. No parecía importarle el corte

que tenía en la frente. Ni la sangre que le corría por el lado derecho de la cara—. ¡Habéis arruinado el espectáculo!

—Lleváoslo —fue todo lo que dijo el jefe de operaciones.

No se apreciaba dolor en su rostro mientras clamaba: —¡El bis! ¿No me vais a conceder un bis?

Dos hombres enmascarados lo sacaron del escenario pasando junto a Alex y Emma. Lars miró a Alex con ojos desorbitados por la locura. —¡Me lo habéis arruinado todo!

—Supongo que no es muy fan del teatro de improvisación —oyó decir a Emma. El alivio en su voz era inconfundible y, aunque Alex seguía luchando por mantener el equilibrio, sonrió.

Poco después se encendieron las luces; al parecer, uno de los agentes de la unidad táctica del balcón fue el responsable. Emma se dirigió de inmediato hacia Julia Marini. Alex la ayudó, ignorando el dolor del hombro.

—Estás a salvo —dijo Emma, agachándose a su lado.

Uno de los compañeros vestidos de negro la sostenía en brazos, con el torso erguido para que no se apoyara en las alas que aún tenía incrustadas en la espalda. Alex se acercó más y se dio cuenta de que Lars había utilizado grapas significativamente más gruesas y grandes que las anteriores veces. No quería ni imaginar el dolor. La desnudez de Julia estaba cubierta con un gran trozo de tela del decorado.

Emma asintió a Alex, indicándole que ella se encargaría de ella. Alex se puso en pie —su circulación se volvió loca de inmediato—, echó mano de su móvil y solicitó ambulancias y refuerzos.

—¿Dónde... —dijo Julia Marini aturdida, apenas capaz de abrir del todo sus párpados trémulos.

—Estás a salvo —se limitó a repetir Emma.

Él aún no terminaba de creérselo. Sobre todo cuando miró por encima del hombro a Lars Hoffmann, que agradecía eufórico al público y se disculpaba por las molestias mientras era conducido

fuera de la sala. Cuando Hoffmann atravesó las puertas dobles hacia el vestíbulo, la mirada de Alex se posó en Helene Dubois, en la primera fila. Entonces le quedó claro que su hijo, al igual que ella, debía de haber vivido durante décadas en un mundo que difícilmente podría haber estado más alejado de la realidad.

Capítulo 50

Tres semanas después

EMMA se encontraba sentada en la austera sala de interrogatorios de la prisión de Brackwede, cuya ala de alta seguridad se había establecido tras los sucesos del Otoño alemán en la década de 1970 y gozaba de una reputación particular desde entonces: un lugar idóneo para alguien como Lars Hoffmann. Él estaba sentado frente a ella, pálido y con la mirada vacía. Las esposas que rodeaban sus muñecas estaban sujetas a la mesa por un dispositivo que le impedía rascarse la cara sin inclinarse mucho hacia delante. Tenía los pies encadenados a las patas de la mesa, que a su vez estaban ancladas al suelo con gruesos cáncamos. Permanecía allí sentado, inmóvil, observando el metal desnudo de la mesa como uno de los maniquíes del teatro privado de Helene Dubois.

Aparte de él y de Emma, había dos funcionarios de prisiones en la sala, custodiando la puerta. Alex estaba con su superior, Krüger, y la fiscal Aufderheide al otro lado del espejo. Habían decidido deliberadamente que lo mejor sería que Emma llevara a cabo el interrogatorio a solas. Según los informes de los psicólogos forenses, creían posible que Lars Hoffmann estuviera más dispuesto a abrirse si se sentaba frente a una mujer.

Sobre todo desde que había quedado claro que la personalidad de Lars Hoffmann, el bedel tranquilo, ya no existía. En su lugar, había emergido la personalidad de una mujer, una versión femenina de sí mismo que, al parecer, él creía que habría complacido a Helene Dubois. Una personalidad que había seguido sus pasos e insistía en haberse convertido en una estrella con su última actuación.

Las personas como Lars Hoffmann, que habían sufrido bajo el control estricto y las tácticas manipuladoras de sus madres durante su infancia y juventud, desarrollaban con frecuencia una relación compleja con las mujeres. En muchos casos, proyectaban su anhelo de amor materno y reconocimiento en figuras de autoridad femeninas. Y en el caso de Lars, según el testimonio de los médicos, la situación había llegado al extremo: una personalidad completamente distinta había tomado el control absoluto. Quien estaba sentado ante Emma no era Lars Hoffmann, sino Valerie Dubois. Una versión femenina de sí mismo que ya había sido creada en su infancia por la convicción de que Helene Dubois le habría dado a una hija el amor y la atención que a Lars Hoffmann se le habían negado durante toda su vida.

Emma había elegido deliberadamente la iluminación de la sala de interrogatorios para que solo cayera un foco de luz sobre el expediente que contenía las fotos y los informes de las víctimas de Lars Hoffmann. Eran ellas las que merecían el protagonismo, no él. Y aunque no corría ningún peligro, Emma no lograba apartar la desagradable sensación que sentía en la boca del estómago.

—Valerie —comenzó Emma con calma, aunque ya era el quinto intento de entablar conversación con él—, tenemos que hablar de lo que pasó. Los psicólogos pensaban que obtendría mejores resultados si aceptaba que se encontraba frente a esa personalidad femenina.

Hasta ahora, la táctica no se había visto coronada por el éxito. Lars no se movía ni un ápice. Sus ojos no transmitían vida alguna. Aunque a Emma le parecía imposible, creía que no había parpadeado ni una sola vez desde que lo habían traído allí.

—¿Valerie Dubois? —Emma se inclinó hacia delante, moviéndose ligeramente hacia la luz.

Entonces él parpadeó y respiró hondo. —La actuación no le gustó —murmuró, casi de forma inaudible, con una voz triste y femenina. Era la misma que ella había oído en el escenario.

Emma se inclinó aún más, apoyando las manos entrelazadas sobre la mesa. Cuando los ojos de él por fin se fijaron en ella, Emma dijo en voz baja pero firme: —¿A quién no le gustó?

—A mi madre.

—Su puesta en escena está siendo alabada en la prensa. —Emma no podía expresar con palabras cuánto detestaba decir aquello. Pero, después de todo, no se trataba de sus propios sentimientos.

—Los críticos nunca han entendido realmente el arte.

—¿Qué entiende usted por arte?

—Entiendo lo que mi madre me enseñó. Todos los años que sacrificó por mí. Relegó su carrera a un segundo plano para convertirme en la próxima número uno.

—¿Y cree que no lo ha logrado?

—Voy por buen camino. No hay mucha competencia.

—Gracias a usted.

—¿Perdón?

—Usted ha eliminado a la competencia.

—¿Así es como lo llama? Yo les he proporcionado las actuaciones de sus vidas. ¿Y cuál es el agradecimiento? Que me dan la espalda. Y eso que les he dado tanto. He invertido tanto tiempo y esfuerzo en ellas, y nunca era suficiente. Todas y cada una de ellas lo fastidiaron. Y mi madre...

—¿Le dice algo el nombre de Lars Hoffmann? —Emma intentó que la conversación fuera más efectiva, con la esperanza de que eso no provocara que él volviera a sumirse en su letargo.

Lars arqueó una ceja; no podía haber mostrado una expresión más despectiva. De no haber sido por las sujeciones, seguramente habría cruzado las piernas y entrelazado las manos sobre la rodilla. —Debo confesar, para mi vergüenza, que es mi hermano.

—¿Por qué es eso un problema para usted? A nosotros nos causó una impresión agradable.

—Sí, es agradable, y también servicial. Pero le falta algo.

—¿A qué se refiere?

—Mentalmente. No es el más brillante. Nunca lo fue.

—¿Cuida bien de él?

—Lo aguanto cuando no me queda más remedio. Es el bedel de la *Maison*. Eso ya lo saben, y se las apaña bastante bien solo.

—¿Por qué nadie más conocía el vínculo entre usted, su madre y Lars?

—Porque ella se avergüenza de él. Y yo también. Ya lo han conocido. ¿Querrían que se les relacionara con semejante perdedor?

—Que intelectualmente no esté a su nivel no le hace menos persona.

—Me recuerda a los típicos críticos que solo lo juzgan todo superficialmente.

—Entonces ayúdeme a entenderlo mejor. —Emma abrió el expediente y fue colocando una a una ante él las fotos de las escenas del crimen de las víctimas. Al hacerlo, observó de cerca la reacción de Lars Hoffmann y no pudo ver en ella ni horror ni admiración por sus actos—. ¿Cómo juzga estas imágenes?

—Ya se lo he dicho. —Frunciendo el ceño, levantó la vista hacia ella—. ¿De dónde ha sacado estas fotos?

—¿No lo sabe?

Él exhaló, molesto. —Mire, por lo que más quiera, realmente no sé dónde se hacen las chicas las fotos de promoción. Y tampoco me importa.

—No son fotos de promoción —dijo Emma—. Son reales.

Él la miró con aire inquisitivo. —Sí, ¿y qué? No entiendo por qué me las está enseñando.

—Las mujeres de estas fotos están muertas —dijo Emma.

—¿Muertas? —Lars Hoffmann necesitó un momento antes de volver a mirar las fotos—. ¿Cómo murieron?

Era peor de lo que le habían dicho a Emma. La personalidad de Lars Hoffmann no era solo diferente. También vivía en una realidad totalmente distinta. Miraba las fotos y no reconocía que las mujeres habían sido torturadas y asesinadas brutalmente. Y, sobre todo, ya no parecía saber que él era el responsable de ello.

—¿Sabe siquiera por qué está aquí? —preguntó Emma.

—Para la entrevista —dijo él, como si no entendiera la pregunta.

—Por favor, mire estas fotos una vez más.

—No sé qué tiene esto que ver con mis actuaciones. Está bien, si tengo que elegir... No, no puedo decidirme. Elija usted una para que se publique con el artículo.

—Me gustaría que mirara una más.

Lars Hoffmann puso los ojos en blanco con fastidio.

Emma apartó las fotos a izquierda y derecha para dejar sitio en el centro. Luego sacó otra del expediente y la colocó en el espacio vacío. Era la imagen de la difunta Helene Dubois.

—¿Es esto algún tipo de broma de mal gusto? —preguntó la voz aguda. Todavía no era Lars Hoffmann quien hablaba con Emma; eso podía percibirlo y leerlo en su mirada.

—¿Podemos usar esta para el artículo? —preguntó Emma.

—¿Se ha vuelto loca?

—¿Qué ve en la foto?

—Veo que alguien está intentando burlarse de mí. Yo... —Lars Hoffmann intentó ponerse en pie y, cuando se dio cuenta de que no era posible, miró las esposas como si acabara de notar su presencia —. Se va a buscar un montón de problemas si todo esto pretende ser una broma. Suélteme de inmediato.

—Me temo que no puedo hacer eso.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Por favor, vuelva a mirar las fotos. —Emma acercó la foto de Helene hacia ella y volvió a juntar las demás. Lars Hoffmann se quedó paralizado a mitad de un movimiento. Entonces su expresión cambió. Con asco, apartó las fotos de un manotazo con los dedos y miró a Emma con una mezcla de horror y furia.

—¿A qué clase de juego se está jugando aquí? No quiero ver esto. ¿Por qué me enseña estas fotos pervertidas?

—Porque usted es el responsable de ellas.

—¿Se supone que yo he hecho esto?

—No parece que le afecte precisamente.

—No me afecta. Si es necesario, puedo asumir sus funciones. Que es lo que debería haber hecho desde el principio.

—¿No es eso un poco de sangre fría?

—Esas mocosas son las que tienen la sangre fría. Les ofrecí la oportunidad de su vida, pero ¿cree que una sola de ellas mostró agradecimiento? Solo piensan en sí mismas. No me sorprende que les haya pasado esto. Pero desde luego no he sido yo.

—Hemos hallado sus huellas dactilares en la última escena del crimen donde le encontramos a usted y a Julia Marini. También hemos descubierto una colección de hachas detrás del escenario que son del mismo modelo utilizado para asesinar a las mujeres de las fotos. El mono ensangrentado de uno de los camerinos no solo tiene la sangre de sus víctimas, sino también rastros de su ADN. Como puede ver, tenemos pruebas suficientes de que torturó y posteriormente asesinó a esas mujeres inocentes.

Se levantó de un salto —o al menos lo intentó—, lo que alertó de inmediato a los guardias. —¡No he sido yo! ¡Suéltenme! —le gritó a uno de los dos que se habían puesto a su lado y le sujetaban por los brazos. Emma asintió para indicarles que accedieran a su demanda.

—Siéntese de nuevo, por favor —dijo ella entonces, pero Lars Hoffmann se negó.

—Ahí lo tiene, vea lo egoístas y manipuladoras que son estas zorras. ¿Cargarme a mí múltiples asesinatos? Esas putas probablemente estén escondidas en algún sitio partiéndose de risa... —Su respiración se volvió más pesada, más irregular—. Quieren derrocarme. A mí y a mi madre. Y eso a pesar de que les facilitamos tantas cosas. ¡Se lo dimos todo!

—Usted no les facilitó nada —dijo Emma.

—¡Eso es mentira! —Tiró con tanta fuerza de las sujeciones que su muñeca derecha empezó a sangrar.

—¿Por qué mató a las mujeres?

—¡No he sido yo!

—Elsa Vogel —Emma señaló su foto y continuó impertérrita—. Emilia Austermann, Sophia Winterfeld y su propia madre.

—¡Basta ya!

—¿Quería igualar el éxito de su madre? Y cuando se dio cuenta de que estaba condenado al fracaso, descargó su rabia contra estas jóvenes inocentes que tenían toda la vida por delante.

Lars Hoffmann se apoyó en la mesa y bajó la mirada. Estaba agotado, y Emma esperaba haber logrado por fin llegar hasta él. Su respiración se reguló, su postura cambió y entonces volvió a levantar la vista hacia ella. La mirada no le resultaba desconocida a Emma, y sin embargo nunca se la había visto a él. Era una persona diferente quien la miraba, aunque Emma no tenía información de que aquella hubiera emergido también durante las sesiones con los terapeutas.

—Mi hija no fracasó —dijo Lars Hoffmann con un tono de voz totalmente nuevo. La frialdad de su voz y la arrogancia claramente audible golpearon a Emma como un muro de hormigón.

Hizo amago de sentarse en la silla que uno de los agentes acercó a la mesa, lanzó al hombre una mirada de desprecio por encima del hombro y corrigió la posición de la silla unos milímetros con el pie antes de sentarse.

—Sencillamente, aún no ha encontrado lo que hace falta para tener éxito. —Miró más de cerca la foto de su madre muerta, la cogió, la inspeccionó como si fuera un borrador o algo parecido y luego volvió a dejarla caer con descuido—. ¿Se supone que Valerie ha hecho esto?

—¿A qué se refiere? —preguntó Emma.

—Bueno, estas chicas ciertamente no se arrancaron sus propios corazones.

—¿Eso le deja fría?

—Siempre hay un repuesto.

—¿Eso se aplica también a usted?

Lars Hoffmann miró a Emma, frunció los labios y se reclinó un poco. Ella no recibió respuesta a la pregunta.

—¿Podría su hijo haber tenido algo que ver? —continuó Emma, sabiendo con quién estaba hablando en ese momento.

Ella soltó una carcajada desdeñosa. —Como mucho, puede que haya ayudado a limpiar el desorden. No sirve para nada más.

—¿Por qué no? ¿Por qué no quiere a su hijo?

—Le quiero. De lo contrario, no me habría asegurado de que estuviera siempre cerca de mí.

—O no quería dejarlo sin supervisión para no perder el control sobre él. Para que no le dijera a nadie que es su hijo.

Lars se encogió de hombros. —Si es así como quiere llamarlo. ¿Hemos terminado ya entonces? Tengo mucho que hacer.

—Por favor, vuelva a mirar de cerca la foto. —Emma señaló a la difunta Helene Dubois.

—¿Qué pasa con ella?

—Esa es usted en la foto, ¿verdad?

—Sí, ¿y qué?

—Por favor, describa lo que ve.

—¿Para qué?

—Por favor, solo hágame el favor.

Lars exhaló molesto, cogió la foto, arqueó una ceja e inclinó la cabeza un poco más hacia atrás. Al parecer, la verdadera Helene Dubois había tenido presbicia. —Esa soy yo en la última actuación de mi hija. —Dejó caer la foto de nuevo.

—¿Qué lleva puesto en la imagen?

—Mi vestido negro, el que siempre me pongo para las ocasiones especiales. Aunque el reportero no me fotografió de forma muy favorecedora que digamos. ¿Sabe de quién es? Debería presentar una queja. No sea que acabe publicándose.

—¿Qué papel interpretaba Julia Marini en la función?

—El más grande —dijo él, y un brillo inquietante se extendió por sus ojos. Emma creyó reconocer en ellos entusiasmo, casi una especie de adoración—. Ella tenía el corazón más oscuro de todas. Era perfecta para ese papel. Una lástima que no llegara a ensimismarse en él tanto como ensayamos. Para ser sincera, ninguna de ellas fue capaz.

—¿Podría haberlo hecho usted?

—Podría haberlo hecho, de haber querido.

—¿Por qué no quiso?

—Lo dejé todo por mi hija, para convertirla en lo que yo estaba en proceso de ser.

—¿Por qué no llegó a serlo usted?

—Porque fui consciente de mi responsabilidad.

—No con su hijo.

—Él carece del talento necesario.

—¿Es por eso por lo que lo menospreció tanto?

—Si no hubiera sido el vivo retrato de su padre, le habría tratado de otra manera.

—¿Qué pasó con su padre?

Lars Hoffmann sacudió la cabeza. —Lo único que necesita saber al respecto es que fue un accidente.

—En su opinión, ¿el amor es algo que uno tiene que ganarse? ¿Algo que solo se consigue si se es perfecto?

—Nadie es perfecto. Lo que espero es el deseo de perfección. Lars nunca tuvo eso. A diferencia de Valerie. Ella es mi angelito. Y siempre lo será.

Con la última frase, volvió a desplomarse en la pose inerte de una marioneta a la que le han soltado los hilos. Su mirada se volvió fría y vacía. No había parpadeo ni vida reconocible en ella. Emma ni siquiera podía verle respirar, de lo quieto que estaba sentado. Ya no reaccionaba a sus llamadas. Emma permaneció sentada un rato más y le observó. Le miró a los ojos vacíos e intentó contactar con él, sin éxito.

Unos minutos más tarde, salió de la habitación y dejó a Lars Hoffmann a solas con su lucha interna. Una lucha que no podía ganar. Las otras personalidades en su interior se habían vuelto demasiado fuertes para su mente débil. Una mente que no había deseado nada más que el amor angelical de su madre.

Capítulo 51

Una semana después del extenuante interrogatorio de Lars Hoffmann, Alex se encontraba en una habitación pequeña y mal iluminada tras el escenario del pub irlandés más grande y popular de la ciudad, el *Alter Ratskeller*. El pub estaba ubicado bajo el antiguo ayuntamiento, un edificio que, con sus símbolos masónicos y sus tallas ornamentadas, capturaba la esencia de una era pasada. Las vigas de madera oscura, los techos altos con arcos de estuco y la luz tenue creaban una atmósfera íntima que convertía al local en un lugar de encuentro muy concurrido. Aquel sábado por la noche volvía a estar a reventar, y Alex estaba más nervioso que nunca ante su primera actuación desde el caso del «Ángel de la Muerte», como lo había bautizado la prensa.

El aire estaba cargado con una mezcla de cerveza, delicias fritas y el aroma ahumado de la carne a la brasa. Alex oía el murmullo de las voces y el tintineo de los vasos que acompañaban el ajetreo propio del pub. Normalmente disfrutaba de esos sonidos; le daban una sensación de pertenencia y le transmitían energía. Pero hoy era distinto.

Sentía como si pudiera desplomarse en cualquier momento. El corazón le latía con fuerza y notaba los nervios hasta en el temblor de las manos. El hombro todavía le daba algún que otro pinchazo, pero la lesión ya no era digna de mención. Llevaba ya una semana pudiendo tocar de nuevo.

Torben estaba afinando su guitarra y de vez en cuando le lanzaba miradas de preocupación. — ¿Todo bien? —preguntó por fin—. Estás bastante pálido.

—Solo un poco nervioso.

—Ay, compañero, viejo amigo —dijo Torben con una sonrisa de complicidad—. No es la primera vez que tocas delante de Emma.

—Eso no tiene nada que ver.

—¿Se trata de otra chica?

—Olvídalo. No pasa nada —dijo Alex, inspirando y espirando profundamente.

Torben le puso una mano en el hombro. —Hemos hecho esto mil veces. Saldrá genial, como siempre. Ya conoces la rutina. Tocamos, a las chicas se les aflojan las piernas, mañana no nos despertamos solos y todo eso.

Alex forzó una sonrisa. No podía dejar de pensar en las mujeres muertas que habían encontrado sobre los escenarios.

Una vez más, se preguntó si alguna vez sería capaz de subirse a un escenario y disfrutar de la música que tanto significaba para él.

¿Y si no puedo?, pensó. *¿Y si me derrumbo y simplemente no soy capaz de hacerlo más? Esas pobres jóvenes...*

Torben pareció intuir sus pensamientos y le habló en tono tranquilizador. —Mira, colega. Sé que tu trabajo te ocupa la mente más de lo que es bueno para ti. Por eso estamos aquí. Para divertirnos y desconectar unas horas. Y para hacerle la vida un poco más fácil a la gente de ahí fuera, sobre todo a las chicas. Como hemos hecho siempre. Céntrate en la música.

—¿Y en las chicas? —Alex intentó bromear.

—Esa es la actitud —dijo Torben y le dio un puñetazo amistoso en la parte superior del brazo, pero de inmediato le miró alarmado—. Oh, lo siento. No quería hacerte daño.

—No te preocupes. Vamos allá —dijo Alex, aunque en el fondo hubiera preferido salir corriendo, y el dolor del hombro, que se había vuelto un poco más presente gracias a Torben, mantenía vivos los recuerdos.

Torben esbozó una amplia sonrisa, abrió la puerta del escenario, hizo una reverencia exagerada, se inclinó hacia delante como el mayordomo borracho de *Cena para uno* y dijo: — ¿Mi lady?

Bajo los aplausos de la multitud, Alex fue el primero en salir al escenario. Recordó las innumerables actuaciones que habían hecho juntos, el entusiasmo del público y la alegría que sentían y contagiaban al tocar. Era ese momento de conexión, cuando la música lo eclipsaba todo, lo que siempre lo había devuelto al escenario. Los focos lo cegaron momentáneamente, pero enseguida vio los rostros de la gente que había venido a escucharlos.

Cuando sus ojos se hubieron acostumbrado mejor a la luz, divisó a Emma en una de las mesas altas tras la multitud congregada frente al escenario. No estaba sola. A su lado estaban sus dos amigas, Nina y Lisa, que también aplaudían y le saludaban con la mano. Alex sintió una oleada de alivio al percibir el apoyo de su compañera. Emma siempre había creído en él, y su presencia le dio la fuerza que con tanta desesperación necesitaba en ese momento.

Al lado de Emma, divisó a la fiscal Aufderheide, a la que ni siquiera había reconocido a primera vista. A Alex le sorprendió verla allí. Sin su traje severo, parecía una persona completamente distinta, relajada y... guapa. Cuando ella le dedicó una leve pero agradable sonrisa, sus nervios se desvanecieron junto con el dolor del hombro. Fue como si aquella sonrisa le diera permiso para disfrutar del momento y liberarse de la carga de su último caso.

Alex se sentó junto a Torben en el taburete vacío y colocó su guitarra en posición. Miró a Torben, que le asintió con la cabeza.

Los primeros acordes resonaron en la sala y Alex sintió que la música fluía a través de él. El sonido y la vibración de las cuerdas bajo sus dedos, la armonía con la guitarra de Torben y sus voces complementándose... todo encajó, y aquello lo sostuvo y lo llenó. Por un momento, todas las preocupaciones y miedos quedaron en el olvido.

***

—Colega, ¡ha sido con diferencia nuestro mejor concierto! —dijo Torben y le dio una palmada en el hombro cuando ya estaban de

vuelta en el camerino.

—Ah, no digas tonterías, hombre. —Alex estaba aliviado.

—Te lo juro. Pero oye, que no se te suba a la cabeza y, sobre todo, déjame alguna mujer para mí.

—¿Y qué hay de Emily? ¿Le gusta que digas cosas así?

—Claro, y además está aquí.

—Desde luego que sí —dijo Emily en un tono que revelaba que lo había oído todo.

—Solo estábamos repasando la letra de una canción nueva —intentó salvar la situación Alex.

—Sí, claro —dijo ella y sonrió divertida antes de echarle los brazos al cuello a Torben—. Ha sido realmente brillante. —Se besaron, y Alex se alegró por su amigo, que había encontrado en Emily a una pareja tan estupenda.

Alex empezó a recoger su equipo. En cuanto Torben se soltó de su novia, se acercó de nuevo a Alex. Alex lo miró y le dijo: —Gracias, tío, ¡de verdad!

—Oye, no te pongas a llorar ahora, ¿vale? —dijo Torben—. De nada y todo eso.

Alex lo miró brevemente, sonrió y sintió que una profunda calma lo invadía. —No te preocupes. Solo lloro con *Braveheart*.

—¿Y con *Terminator*?

—Vale, con esa también —admitió Alex divertido.

—Ha sido soberbio —oyó Alex de repente la voz de Emma. Lo abrazó en cuanto él se giró hacia ella—. Espero que no vayas a dejar tu carrera policial para hacerte músico profesional ahora.

Alex aún podía sentir el calor de su abrazo. —Solo si tú te haces nuestra roadie.

—Pero no hay sueldo —apostilló Torben.

—En ese caso, prefiero quedarme con mi antiguo trabajo —dijo Emma.

—Supongo que entonces yo tendré que hacer lo mismo —dijo Alex.

—Qué aburridos sois —dijo Torben en broma y entró en el pub con Emily.

—Tengo algo más que decirte antes de que salgamos ahí fuera. Pero seguro que te animará todavía más —dijo Emma.

—Dispara. —Alex cerró el estuche de su guitarra de un golpe y lo colocó en la esquina junto al de Torben.

—Acabo de hablar con los compañeros de la unidad de delitos sexuales. Van a poder meter a Romero y a Peterhanwa entre rejas durante una buena temporada.

—¿A pesar de que las grabaciones de vídeo y los mensajes que nos dio Robert Vogel no pueden admitirse como prueba?

—Probablemente no nos lo dio todo, imagino. Además, las mujeres se han unido y se han presentado en la comisaría en bloque con más vídeos y mensajes.

Alex sonrió. —Así que totalmente legal y sin puertas traseras.

—Eso parece.

***

Después de que Alex lo hubo recogido todo tras el escenario y de que Emma le hubo concedido otro momento para sí mismo, volvió a salir a la sala principal del pub. Los clientes habían regresado a sus mesas y estaban inmersos en sus conversaciones, pero cuando lo vieron, estalló de nuevo una breve ronda de aplausos. Dándoles las gracias, Alex fue a reunirse con Emma y Aufderheide en una mesa cerca de la barra.

Las amigas de Emma asintieron con aprobación y lo abrazaron. —Has estado genial, Alex. Nos ha encantado —dijo Nina—. Si no

tienes planes para luego...

—De verdad —la regañó Lisa—. Déjalo en paz por una vez.

—¿Por qué? Es parte del ambiente. —Le guiñó un ojo a Alex, quien, al igual que Emma y Lisa, sabía desde hacía tiempo que no hablaba en serio.

Entonces la fiscal Aufderheide dio un paso adelante. Sonrió a Alex y le tendió la mano. —Señor Kuper, ha sido una actuación impresionante. No tenía ni idea de que tuviera ese talento.

—Gracias —dijo él—. Pero usted también muestra hoy una faceta completamente nueva. Casi no la reconozco.

—Estoy practicando el parecer un poco más humana en mi vida privada.

Por encima del hombro de Aufderheide, vio a Emma y a las otras dos mujeres guiñándole el ojo con aire conspirador. Resultaba casi un poco embarazoso, pero en ese momento comprendió quién debía de haber invitado a Aufderheide allí. Ni siquiera quería saber cuánta persuasión le había costado a Emma convencer a una fiscal, conocida por separar estrictamente su vida profesional de la privada, para que estuviera hoy aquí.

—¿Le apetece una copa? —preguntó Alex, señalando hacia la barra, lejos de las otras tres.

—Me encantaría, pero esta invito yo —dijo ella en un tono que no admitía réplica. Alex no podía negar que aquello le gustaba.

Ella se abrió paso entre la multitud hacia la barra por delante de él y, por un instante, Alex recordó las muchas muñecas por las que había tenido que colarse... Rápidamente desechó el pensamiento.

En la barra, ella pidió dos cervezas sin alcohol. Sin duda, Emma le había dado el soplo de que Alex no bebía alcohol. ¿Qué más le habría contado sobre él? ¿Y lo habría hecho Emma por iniciativa propia, o la habría interrogado un poco Aufderheide?

—¿Usted tampoco bebe alcohol? —preguntó Alex.

—No cuando quiero conocer mejor a alguien —dijo ella y sonrió, lo que hizo que Alex terminara de aterrizar por completo en el aquí y ahora.

FIN

¿Te apetece seguir leyendo?
Descubre los últimos libros de **Gunnar Schwarz** aquí**:** https://www.amazon.es/stores/Gunnar-Schwarz/author/B08ZYXVTW1

Una pequeña petición para terminar…

¡Gracias por leer!

Este libro fue traducido del alemán. Si durante la lectura notas algo que podría mejorar, no dudes en escribirme a feedback@gunnarschwarz.de.

Si te gustó el libro, me encantaría que dejaras una reseña positiva – eso me ayuda a llegar a nuevos lectores y a seguir publicando historias que emocionan.

Tus comentarios también me ayudan a ver mis historias a través de los ojos de los lectores – a entender qué los conmueve, los toca o los sorprende. Es una forma maravillosa de apoyar mi trabajo y de mostrar aprecio por las muchas horas dedicadas a la creación de este libro.

Muchas gracias por tomarte el tiempo de compartir tus impresiones – por ejemplo dejando una breve reseña en Amazon.